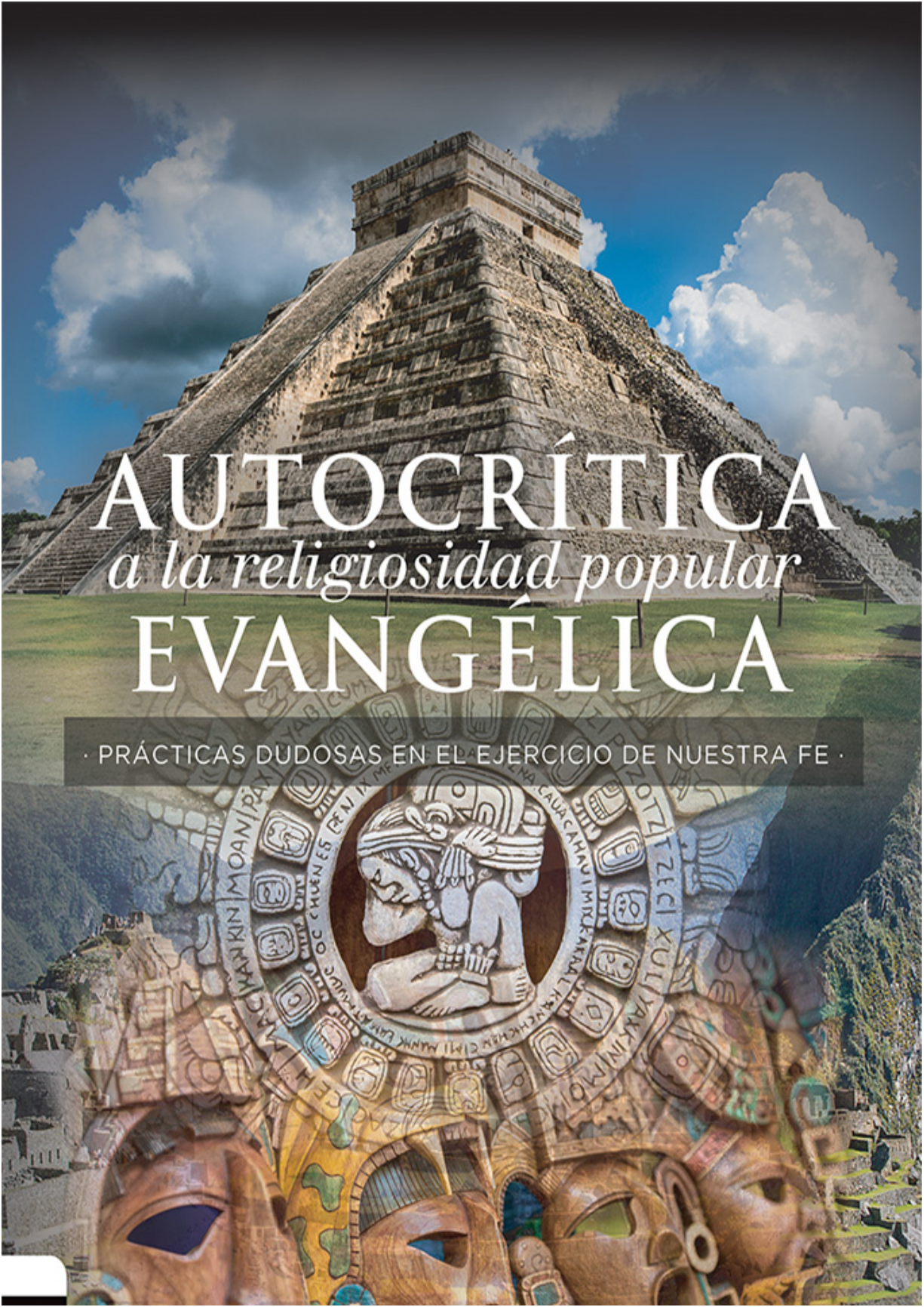


AUTOCRÍTICA *a la religiosidad popular* EVANGÉLICA

· PRÁCTICAS DUDOSAS EN EL EJERCICIO DE NUESTRA FE ·

RIGOBERTO GÁLVEZ



AUTOCRÍTICA *a la religiosidad popular* EVANGÉLICA

· PRÁCTICAS DUDOSAS EN EL EJERCICIO DE NUESTRA FE ·

editorial Clie



RIGOBERTO GÁLVEZ

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com



DESCARGA

GRATUITA

Editorial CLIE



**Como muestra
de gratitud por su compra,**

visite www.editorialclie.info
y descargue gratis:

*“Los 6 consejos de Jesús para vivir en
plenitud hoy”*

Código:

PLENITUD24

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

AUTOCRÍTICA
a la religiosidad popular
EVANGÉLICA

PRÁCTICAS DUDOSAS EN EL EJERCICIO DE NUESTRA FE

RIGOBERTO GÁLVEZ



Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

Editorial CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2018 por Rigoberto M. Gálvez Alvarado

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2018 por Editorial CLIE

AUTOCRÍTICA A LA RELIGIOSIDAD POPULAR EVANGÉLICA

ISBN: 978-84-17131-28-9

eISBN: 978-84-17131-29-6

Vida cristiana

Crecimiento profesional

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

RIGOBERTO M. GÁLVEZ ALVARADO

Licenciado en Teología, graduado en la Universidad Mariano Gálvez de Guatemala. El Dr. Gálvez posee una Maestría en Dirección de Medios de Comunicación, Máster en Ciencias (MSc), graduado de la Universidad Panamericana; posee un Doctorado académico en Teología (Ph.D.), graduado de la Universidad Panamericana de Guatemala y un Doctorado en Divinidades Honoris Causa otorgado por el Sweet Water Bible College, Phoenix, Arizona. Ha sido catedrático de Teología Sistemática en la Universidad Mariano Gálvez, ha formado parte de ternas examinadoras en el área de humanidades en la Universidad del Valle, Universidad Panamericana, Universidad Mariano Gálvez. Actualmente Rector del Seminario Bíblico Teológico de Guatemala (SETEGUA), forma parte del consejo doctoral de CONSELA (Consortio de Seminarios de Latinoamérica). Es autor de varios libros entre ellos publicado en 2016 por la editorial CLIE de Barcelona, España.

En el área espiritual y ministerial el Dr. Gálvez conoció al Señor Jesucristo en Diciembre de 1980 y comenzó a servir en la obra en diferentes áreas. En el Ministerio sirve a tiempo completo desde 1987 hasta la fecha. Es Pastor ordenado, docente, escritor, comunicador, forma parte del equipo pastoral de Iglesia de Jesucristo Familia de Dios. Está casado y tiene dos hijas.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

ÍNDICE

Dedicatoria

Agradecimientos

Prefacio

Introducción

PRIMERA PARTE: *Panorama histórico de la religiosidad popular*

1. Religiosidad popular medieval

1.1 Perdón de pecados, penitencia y restauración

1.2 Penitencias

1.3 Las reliquias

1.4 Los santos

1.5 Campañas de canonización

1.6 Las peregrinaciones

1.7 Los dramas religiosos

1.8 Las supersticiones

1.9 Las indulgencias

2. Rechazo de la reforma a la religiosidad popular

2.1 La situación religiosa

2.2 La situación teológica

2.3 La religiosidad popular en la pre-reforma

2.3.1 Los precedentes de reformas

2.3.2 Precedente humanístico

2.3.3 La cuestión de las indulgencias y la reforma

3. Las ciencias sociales y la religiosidad popular

3.1 Las cosmovisiones indígenas de América y la Teología Occidental

3.2 El evangelio y la cultura

3.3 El respeto a los valores autóctonos en el proceso de evangelización

- 3.4 Promoción de todos los creyentes sin distinción social en la predicación del evangelio
- 3.5 La responsabilidad civil del cristiano
- 3.6 La libertad de expresión, la libertad de culto y la predicación del evangelio

SEGUNDA PARTE: *El fenómeno de la religiosidad popular*

- 1. Definiciones del término pueblo
 - 1.1 Concepto bíblico de pueblo
 - 1.1.1 Concepto culturalista de pueblo*
 - 1.1.2 Concepto partisano de pueblo*
- 2. Relación y distinción entre religión, religiosidad y fe
 - 2.1 Religión
 - 2.1.1 Diversidad de significados del término religión*
 - 2.1.2 Religión como conjunto de ritos*
 - 2.1.3 Religión como retiro numinoso o santo*
 - 2.1.4 La religión como crítica anti-fetichista*
 - 2.1.5 La religión como compromiso*
 - 2.1.6 Concepto teológico y bíblico de religión*
 - 2.2 Religiosidad
 - 2.3 Fe
- 3. Tipología de la religiosidad popular evangélica
 - 3.1 Ungimiento de objetos
 - 3.2 Imposición de manos sobre objetos
 - 3.3 Los santos ungidos modernos
 - 3.4 Culto de nueve días
 - 3.5 Bibliolatría
 - 3.6 Dramas religiosos
 - 3.7 Supersticiones evangélicas
 - 3.8 Fórmulas y métodos de aprendizaje para sanidad
 - 3.9 Ministerio de liberación en el cristiano

- 3.10 Ministerio de sanidad interior
- 3.11 El evangelio de la prosperidad
- 3.12 El rock “cristianizado”
- 3.13 Celebración de 15 años
- 3.14 La danza hebrea en la congregación
- 3.15 Celebración de la Navidad
- 3.16 El movimiento de la “Híper Fe”
- 3.17 La guerra espiritual
- 3.18 Movimiento apostólico mundial
- 3.19 El movimiento profético moderno
- 3.20 El movimiento mesiánico popular
 - el mesianismo bíblico
 - el movimiento mesiánico popular
- 3.21 El avivamiento de la risa
- 3.22 Movimiento de las caídas y contorsiones en el espíritu
- 3.23 Las señales del “Polvo de oro” en los cultos y campañas de avivamiento
- 3.24 El Humanismo
- 3.25 Papocesarismo
- 3.26 El cristiano y la política partidista
- 3.27 El denominacionalismo
- 3.28 La iglesia emergente
- 3.29 Proclamas proféticas
- 3.30 El Neopentecostalismo ¿un movimiento de religiosidad popular o de fe popular?
- 3.31 Características del Neopentecostalismo
 - el crecimiento numérico
 - una hermenéutica individualista
 - subjetivismo
 - el espíritu empresarial
 - la jerarquía tipo “militar”

- la religiosidad popular en las Iglesias Neopentecostales
 - el uso de los medios masivos de comunicación
 - el divisionismo como factor de crecimiento
- 3.32 Otra perspectiva del movimiento Neopentecostal y una crítica a las iglesias no pentecostales
- 3.33 Autocrítica del Neopentecostalismo.

TERCERA PARTE: *Hacia una propuesta de fe popular*

1. Claves teológicas

- 1.1 Consideraciones generales
- 1.2 Jesús el multimodelo
- 1.3 El culto cristiano
- 1.4 Fundamentos de la adoración
- 1.5 Sacerdocio universal de los creyentes
- 1.6 La espiritualidad
- 1.7 La ley del amor
- 1.8 La fe como vida, compromiso, conocimiento, acción y la multiplicación de la fe
- 1.9 La misión de la Iglesia

2. Propuestas de acción pastoral hacia una fe popular

- 2.1 La iglesia y la predicación del evangelio
- 2.2 La iglesia y la acción de discipular
- 2.3 La iglesia y la sanidad divina
- 2.4 La iglesia y la expulsión de demonios
- 2.5 La iglesia y la enseñanza
- 2.6 La iglesia y el testimonio
- 2.7 La iglesia y el servicio
- 2.8 La iglesia y la acción de evangelizar
- 2.9 La iglesia y el iglecrecimiento

Conclusión

Recomendaciones

Apéndice I

Apéndice II

Bibliografía

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

Dedicatoria

Dedico este libro, con amor en Cristo, a todos mis hermanos ministros del Evangelio, que han sido escogidos por la gracia de Dios, para el supremo llamamiento de servir en los santos oficios del ministerio de la reconciliación. Pido al Señor que no perdamos de vista nunca, que es una honra grande y una gloria inmerecida para nosotros, el que Dios nos haya tomado en cuenta y esté dispuesto a aceptar el servicio que le ofrecemos.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

Agradecimientos

Agradezco al Señor Jesús que me permitió concluir este libro. Sin su gracia y sin el poder de su Espíritu Santo me hubiera sido imposible llevar a cabo esa tarea. Agradezco al Señor también el que me haya dado seres queridos que, con su comprensión y su amor, me animaron a escribir: mi madre Arsenia, mi esposa Ingrid y mis dos hijas: Andrea e Irene.

Mi respeto y mi cariño al Doctor Emilio Antonio Núñez por haberme dado la oportunidad de comentarle sobre el proyecto. Agradezco sus valiosas sugerencias.

Agradezco profundamente al Doctor Luis Fernando Solares como pastor y presidente del Ministerio de Motivación Cristiana, no solo por su cobertura espiritual, sino por su ejemplo y por animarme siempre a enseñar la verdad bíblica.

Rigoberto Gálvez

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

Prefacio

Ningún libro pareciera ser más oportuno que este, en los primeros años del siglo XXI, por cuanto han proliferado “nuevas doctrinas” y prácticas religiosas que deben ser analizadas a la luz de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, no debe sorprendernos –del todo– lo que está aconteciendo, porque la misma Biblia advierte que vendrán tiempos de confusión doctrinal, sentimientos de superioridad de unos siervos sobre otros, prácticas equivocadas y desviaciones de la fe:

“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán la verdad del oído y se volverán a las fábulas (2 Ti. 4:3-4); “No atendiendo a fábulas judaicas, ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad” (Tito 1:14); “Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo” (Gálatas 1:6-7).

Nuestro deber es mantenernos fieles a la Palabra de Dios y evaluar qué clase de obra y misión estamos haciendo como Iglesia Evangélica. En ese sentido, este libro nos provee los criterios para conocer y evaluar las prácticas religiosas dudosas que no corresponden exactamente a la gran comisión que la Iglesia recibió de nuestro Señor Jesucristo.

El libro nos presenta acertadamente tres partes: una histórica –Época Medieval y de la Reforma Protestante– otra descriptiva y analítica de las prácticas actuales de Religiosidad Popular y la propuesta de acción hacia una fe auténtica. Todo con el propósito de que se erradiquen algunas prácticas antibíblicas y se reorienten otras en amor y servicio.

Entre otras advertencias, el autor señala el peligro de volver a nuestras raíces “hebreas” no solo porque sus contenidos son errados, sino porque trae una terrible división, a pesar de que todo el Nuevo Testamento habla reiteradamente que en Cristo Jesús ya no hay judíos ni gentiles, siervos y libres, no son dos pueblos, sino que de dos pueblos Jesús hizo uno: la Iglesia.

Si este libro va a crear polémica, creo que el autor deberá sentirse satisfecho. No creo que debamos condescender con el error de ninguna

manera. Considero que es deber de todo cristiano evidenciar, en amor, la equivocación si el objetivo es la permanencia de los valores fundamentales del Evangelio que fue gloriosamente magnificado en la Reforma Protestante del siglo XVI.

Amo con todas las fuerzas de mi corazón la intención de mostrar la unidad del cuerpo de Cristo. He procurado, a través de muchas acciones, que la oración expresada por nuestro Señor en el capítulo XVII del Evangelio de Juan, se convierta en una hermosa realidad.

No obstante, por conservar la unidad, no se puede condescender con lo que no es verdadero, y aceptar sin evaluar bíblicamente las ideas doctrinales equivocadas. Amo la unidad, sí, pero la unidad verdadera en la cual no son importantes nuestras pequeñas diferencias doctrinales.

Sin embargo, no creo en la unidad que nos obliga a aceptar lo inaceptable, ni en acceder a ello por motivos de conciencia, pues perderíamos la objetividad llegando a validar hasta herejías “en aras de la unidad”. Esto no es lo que el Señor demanda de nosotros, ni en esta época, ni en ninguna otra de la historia de la Iglesia.

Presento este libro con la sincera intención de que nos una más a los que vivimos conforme a la Palabra de Dios. Oro intensamente porque este libro sea de bendición para todos los que “*ya no vivimos para nosotros mismos, sino para Jesús*”.

Amo a todos mis hermanos y consiervos, incluyendo a los que no piensan como yo.

Dr. Luis Fernando Solares B.

Pastor de la Iglesia de Jesucristo “La Familia de Dios”
y Presidente del Ministerio de Motivación Cristiana

Introducción

Conscientes de la necesidad que existe de evaluar continuamente, en cada generación, la labor y la misión que está llevando a cabo la Iglesia, hemos realizado una investigación de las prácticas religiosas actuales de la Iglesia Evangélica Protestante. Nuestros puntos de partida para dicha evaluación son: la Biblia, los principios fundamentales de la Reforma Protestante del siglo XVI y la realidad “religiosa” que viven hoy las congregaciones.

Es, pues, nuestro objetivo examinar a la luz de las Sagradas Escrituras y de la historia de la Iglesia, algunas prácticas que pueden desviarnos del verdadero contenido de la fe hacia una religiosidad vacía y engañosa. Esa religiosidad puede impedir el conocimiento y el cumplimiento de la misión de la Iglesia.

Por otra parte, consideramos que el presente libro es una herramienta de trabajo para todos los líderes, ministros y creyentes de todas las iglesias, para que puedan evaluar –desde el punto de vista bíblico y teológico e incluso cultural– las liturgias, las doctrinas y las prácticas religiosas que están realizando.

Se da por entendido que el lector que decida incursionarse en la lectura de este documento y en el pensamiento del autor, conoce, por lo menos a grandes rasgos, la Historia de la Iglesia. Además, hemos colocado los apéndices de las noventa y cinco tesis del Doctor Martín Lutero, la lista de los nombres de los “santos intercesores”, que surgieron en la Época Medieval y la lista de los nombres de los “santos patronos”, que se invocan hasta hoy en muchas regiones de América Latina. Todo eso con un propósito didáctico, para comprender las creencias y prácticas religiosas que fueron cuestionadas por Lutero.

Las prácticas religiosas equivocadas o cuestionables que puede llegar a practicar la Iglesia encajan, desde el punto de vista bíblico teológico, en lo que se ha denominado “religiosidad popular”. Este fenómeno no es nuevo. Ya el rico, complejo y disolvente movimiento de la Reforma condenó con voz unánime el proceso ascendente de superstición a que la fe cristiana de las masas venía sometiéndose, propiciado por la propia institución

eclesiástica a través de las prácticas de religiosidad popular, tales como: indulgencias, penitencias, veneración a reliquias, culto a imágenes, intercesión santoral, símbolos y ritos mágico-religiosos¹.

El protestantismo quiso erradicar esas expresiones que afectaban el crecimiento y la formación del cristiano. Sobre este respecto, es necesario traer a colación que el protestantismo fomentó la responsabilidad del creyente a través de una adecuada instrucción bíblica y una transformación espiritual, orientadas hacia las doctrinas fundamentales, tales como: la divinidad y la soberanía de “Solo Dios”, la singularidad de “Solo Cristo”, la gratuidad de la “Sola Gracia”, la suficiencia de la “Sola Escritura” y la libertad de la “Sola Fe”².

La historia del protestantismo muestra una pauta ejemplarmente prolongada hasta nuestros días de formar responsablemente a cada cristiano en academias teológicas, seminarios bíblicos y universidades. Al mismo tiempo, optó por la sobriedad, la espiritualidad y sencillez cultural, en la cual lo que se pone de relieve es la actitud del corazón. De esta manera, el cristiano se transforma en un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Todo ello con el ánimo de corregir la marcada inclinación de la devoción popular hacia la religiosidad alienante.

La problemática en torno a la religiosidad popular se viene arrastrando desde muchos años atrás. Sobre esta temática, Maldonado refiere que la época anterior y posterior a la Reforma fue pródiga en ataques a lo popular, aceptando que estos indudablemente fueron justificados debido a las aberraciones existentes en torno a las reliquias, los santos intercesores, las peregrinaciones, los dramas religiosos y las indulgencias.³ En otras palabras: no que lo popular sea malo en sí mismo en cuanto provee un conocimiento valioso desde el punto de vista cultural sociológico. Pero el problema resulta cuando las prácticas religiosas degeneran en puros ritos supersticiosos carentes de una fe bíblica auténtica, por lo que contradicen las verdades universales de la revelación del evangelio del Reino de Dios.

Según Latourelle-Fishella, la religiosidad popular abarca una gama de fenómenos sociales, culturales y religiosos, a saber:

“procesiones, misas, rosarios, romerías, penitencias, fiestas patronales, adoración e intercesión santoral, fiestas de bautismos, fiestas de vírgenes”. Todas ellas cargadas de supersticiones y celebraciones mágico-religiosas con la vida misma, tales como: *“El nacimiento,*

*salida de la adolescencia, 15 años, noviazgo, matrimonio, enfermedad y muerte, rezos de 9 días, 40 días”.*⁴

En esa dirección, en algunos países de la religiosidad popular de origen medieval se hace presente en todas sus regiones. Contamos con un pasado largo y complejo que está impregnado de varias formas de ese fenómeno que heredamos de la “cristianización” hace 500 años. A toda esta variedad de expresiones de religiosidad popular se suma nuestra milenaria cultura Maya, llena de ritos, sacrificios y una cosmovisión politeísta-animista. Como consecuencia del proceso de conquista de nuestros indígenas por los españoles, ha resultado un sincretismo religioso, que ha vuelto más complejas las ya numerosas manifestaciones de religiosidad popular del Catolicismo Romano.

El problema en mención, se agudiza en virtud de que algunas de estas expresiones de religiosidad popular supersticiosa se han introducido con pequeñas variantes dentro de algunas denominaciones cristianas evangélicas que son herederas de la Reforma Protestante, a pesar –como hemos visto– que esta rechazó y condenó enérgicamente estas expresiones, que llegan hasta la superstición pagana. Estas manifestaciones presentan un serio desafío a la Iglesia en su misión discipuladora y evangelizadora sustentada sobre los principios de la Reforma Protestante del siglo XVI, que hemos indicado. Estas hablan del dominio de Dios, la suficiencia de Cristo, las Sagradas Escrituras como la norma de las normas, la gracia que recibe el hombre sin aportación propia y acontece como regalo de Dios, y la *sola fe* que justifica el hombre ante Dios.

En las páginas que siguen, intentaremos mostrar cómo la pervivencia y el incremento de la religiosidad popular en las iglesias evangélicas impide la expansión de la fe. Intentaremos mostrar también cómo algunas de estas expresiones de religiosidad son una reminiscencia de la religiosidad popular medieval.

Cabe mencionar, por otro lado, que la religiosidad popular significa diferentes cosas para diferentes personas. Es bastante compleja. Por ello definiremos los distintos términos y conceptos e indicaremos, según nuestra perspectiva, su significado. Para comenzar, existe diversidad de significados etimológicos del término religión: *re-ligere*, *re-linquere*, *re-eligere* y *re-ligare*⁵. En el contexto bíblico existen varias palabras para religión. Sobresalen los términos griegos: “Threskeia, Deisidaimonia”⁶ que son

traducidos por “religión” en el Nuevo Testamento. En este caso, abordaré cada uno de los que he mencionado. La razón es que existen decenas de definiciones acerca de religión. En el campo de las Ciencias Sociales no es la excepción: Galindo indica, que ya desde el año 1912 el psicólogo norteamericano James Leuba, podía contar con cuarenta y ocho definiciones de religión distintas y, en su propia opinión, todas deficientes; hoy por hoy, existen un poco más de doscientas⁷.

Con relación al origen de la palabra “popular” de la cual cobra vida la palabra “pueblo” veremos que tiene distintas connotaciones y definiciones: el concepto bíblico de pueblo (*laos*), el concepto culturalista, el concepto partisano⁸. Además, se hace necesaria la distinción y relación entre religión, religiosidad y fe. Es por todo esto que la religiosidad popular es compleja. No acepta cualquier simple definición. Bien lo señala Kselman: “No obstante el interés de la religión popular, el concepto de sí misma continua siendo difícil de describir”⁹.

Por otra parte, Martín Velasco intenta definir esa religiosidad popular de la siguiente manera:

“Es una religiosidad que se contrapone a la de la iglesia institucional que tiene por sujeto al pueblo y se recibe por tradición o herencia. Es una religiosidad en la que predomina lo emotivo y corporal. Se trata de una religiosidad práctica y devota de una fuerte tendencia pragmática y utilitarista”¹⁰.

En esa definición, en principio notamos que las prácticas de la religiosidad –independientemente de en qué religión se practiquen– ponen énfasis sobre lo emocional, lo corporal y no sobre lo espiritual. Es más la atención sobre “lo que le gusta al pueblo” y no sobre lo que es su responsabilidad hacer de acuerdo al mandato de las Sagradas Escrituras.

De cualquier manera, en este escrito abordaremos el asunto desde la perspectiva protestante evangélica, usando los conceptos de fe, pueblo y religión desde el punto de vista bíblico, no sociológico. Llamaremos religiosidad popular a “*los aspectos subjetivos del fenómeno religioso, a las prácticas supersticiosas y vacías que subyacen en el fasto, en las cuales se da importancia a lo externo, sin un contenido de fe*”. En ese sentido, entenderemos la religiosidad y religión desde el punto de vista Barthiano:

“Como un esfuerzo inútil del hombre en el que la religiosidad ha tomado la primacía que corresponde a la fe, tratando de establecer contacto con Dios, mientras, la fe es exactamente lo

*opuesto a la religiosidad en cuanto procede de la revelación de Dios que se descubre en Cristo Jesús al hombre*¹¹.

En consecuencia, en lugar de “religiosidad popular” proponemos “fe popular”. Sé que esta postura es contraria a otras formas de pensar como el punto de vista del escritor Idígoras, que ve una religión popular en Jesús, una religión popular en la Iglesia Apostólica, como la adaptación del mensaje a los anhelos, a las ilusiones del pueblo y no esta gama de sentimientos del pueblo adaptados al mensaje:

*“La religión que Jesús vive y predica en el evangelio no es ciertamente ilustrada, ni con preocupaciones críticas sobre los fundamentos de la fe. Es ingenua y popular...”*¹². *“Pero creemos que aun en las comunidades de los primeros tiempos podemos encontrar una religión popular”*¹³.

Es cierto que las enseñanzas de Jesús, y su propia persona, llegaron a ser populares porque llegaron a las esferas del pueblo, pero eso no quiere decir que el pueblo era el que decidía creer o celebrar. Por el contrario, Jesús llamó al pueblo para que hicieran la voluntad de Dios y no la de ellos. Somos conscientes que desde el punto de vista sociológico, la fe evangélica tiene que aceptar el ser clasificada como una religión entre otras. Pero el evangelio del Reino de Dios acontece como una revelación al hombre y este se apropia de ella por la fe.

También estoy de acuerdo en que la fe tiene que expresarse con actos, gestos, posturas, ritos, pero estos deben corresponder a una genuina fe. Porque la fe sin obras es muerta. Podríamos agregar que la fe sin expresiones está muerta. Por eso, en general, no se pretende aniquilar las expresiones de religiosidad popular “evangélicas”, sino más bien reorientarlas, a menos que estas rayen en la magia o superstición.

De manera, pues, que es necesario que llevemos a cabo una reflexión que, a la hora de analizar las falsas creencias y las prácticas cuestionables de la religiosidad popular, establezcamos principios y postulados que sean válidos para cualquier forma de vida cristiana en cualquier parte del mundo, principalmente en el contexto hispano. Además, que al estudiar la religiosidad popular “evangélica” se pueda dilucidar las claves bíblicas y teológicas que permitan ofrecer nuevas pautas que orienten la fe cristiana rectamente vivida y la conduzcan a la expansión. También que podamos influir en la sociedad mostrando un recto testimonio de vida, una fe

auténtica, de tal manera que se lleve a cabo una tarea evangelizadora acorde con los principios evangélicos, para que la fe, del Dios del evangelio, llegue a ser popular.

También, es pertinente que se conozcan las experiencias de la religiosidad popular evangélica como una muestra a nivel Latinoamericano, y que se rastree minuciosamente su origen: ¿Qué conciencia tienen de su propia práctica? ¿Se puede justificar su actuación? ¿Es compatible con la forma particular de entender la fe cristiana que arranca del movimiento de la Reforma del siglo XVI? De igual manera, es pertinente el conocer las actitudes de las personas que están bajo el impacto de tales prácticas. Finalmente, no solo será interesante detectar los motivos que explican la presencia de la religiosidad popular, los elementos que la conforman y en qué medida condicionan la personalidad de sus practicantes, sino arriesgarnos a dar propuestas hacia una fe popular.

1. Véase DUCH L., “*Reformas y Ortodoxia Protestantes, Siglos XVI, XVII*”, en VILANOVA E. [ed] *Historia de la Teología Cristiana*, II, Herder, Barcelona 1989, 214.

2. Cf. GOMEZ-HERAS J., *Teología Protestante, Sistema e Historia*, B.A.C., Madrid, 1972, 13.

3. Cf. MALDONADO L., *Introducción a la Religiosidad Popular*, Sal Terrae, Santander 1985, 36.

4. Véase LATOURELLE R., y FISHELLA R., *Diccionario de Teología Fundamental*, Paulinas, Madrid España, 1992, 1171.

5. Citado por MARQUINEZ G., HOUGHTON T., “*Los Valores Religiosos*”, *El hombre latinoamericano y sus valores*, Nueva América, Bogotá, 1991, 397.

6. Cf. VINE, W., *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, Clie, Barcelona, 1984.

7. Véase GALINDO F., *El Protestantismo Fundamentalista. Una experiencia ambigua para América Latina*, Verbo Divino, Estella (NAVARRA) 1992, 50.

8. Cf. MALDONADO L., “*Pueblo, Laicado y Pueblo de Dios como Iglesia*”, en *Carthaginensia* III (1987) 179.

9. Cf. KSELMAN T., *Ambivalence and Assumption in the Concept of Popular Religion*, LEVINE D. *Religion and Political Conflict in Latin America*. The University of North Carolina, 1986, 24.

10. Cf. MARTIN J., *Religiosidad Popular, Religiosidad Popularizada y Religión Oficial: Pastoral Misionera* 11 (1975) 47-57.

11. Cf. BARTH K., *Ensayos Teológicos*, Herder, Barcelona, 1978, 147.

12. Citado por IDIGORAS J., *La Religión Fenómeno Popular*, Ediciones Paulinas, Lima Perú 1991, 145.

13. Cf. *Ibid.*

PRIMERA PARTE

Panorama histórico de la religiosidad popular

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

Religiosidad popular medieval

Algunas de las prácticas cuestionables en la Iglesia actual, se conocen con el nombre de religiosidad popular. Esta religiosidad se gesta, se forja y se consolida al final de la Edad Media. Este hecho, en su primera parte, se da sin conciencia explícita y sin sobresaltos. Durante la época medieval que abarca, más o menos un período de mil años –del año 476 d.C. con la caída de Roma al 1453 d.C.– lo popular y lo oficial de la Iglesia se armonizan y nutren mutuamente¹⁴. La jerarquía religiosa, por un lado, es tolerante y por otro, comienza a ser permeable a la expresión de los sentimientos y vivencias religiosas populares. Pero a partir del siglo XIV se inicia un proceso de desconfianza y de cuestionamientos por parte de teólogos y predicadores como Juan Huss y Juan Wyclif. Sucesivamente desde el año de 1517, se cobra una conciencia clara respecto de las expresiones de la religiosidad popular y del clero, debido al rechazo principalmente de Martín Lutero, con lo cual comienza prácticamente la Reforma Protestante.

Muchas de las expresiones y vivencias religiosas del pueblo en la época medieval surgieron y se manifestaron ingenua y espontáneamente, pero sin un fundamento bíblico. Para tratar de explicar la característica de este fenómeno, Chadwick y Evans escriben:

“Las procesiones y la misa del Corpus Christi, eran organizadas por cofradías o hermandades seguidas por una celebración del pueblo, con fiestas populares, juegos y bailes para producir, por estos medios la paz, la concordia y la amistad mutua”¹⁵.

Agregan respecto a los santos y su culto: *“El culto de los santos implicaba que si el muerto común necesitaba de las plegarias de los vivos, entonces los vivos a su vez necesitaban las plegarias de los muertos”¹⁶.* Esta descripción refleja el dominio de los deseos del pueblo, en lugar de una fe orientada por la fe en Cristo.

El pueblo de esta época, ignorante de las Sagradas Escrituras, de la fe genuina y de la centralidad de Jesucristo en su singular y absoluta mediación entre Dios y los hombres, creía necesario tener un “patrón”

comunitario cuya reliquia o imagen se conservaba en la iglesia o santuario local. Ese patrón solía ser llevado en procesión en todos aquellos momentos tormentosos de crisis sociales, epidemias y pérdidas de cosechas. Imprescindible para ellos, pues, era tener un contacto con lo sagrado, localizando “espacios específicos”. Con esto, el pueblo trataba de hacer palpables y concretos los anhelos e intereses religiosos de la comunidad, uniendo el cielo y la tierra en un vínculo sagrado. Además, para el pueblo estas representaban, de la manera más concreta e imaginable, la presencia universal de lo divino en la vida humana.

*“De esta manera la celebración popular hace de la calle un templo en el que se escenifica los misterios de la pasión: el pueblo ve lo que sucedió a Jesús y se identifica con él, interviniendo como parte activa y principal en el drama sacro”.*¹⁷

Las prácticas de religiosidad fueron, con pocas excepciones, cualquier cosa menos un volver al modelo de Jesús. En la descripción que mostraremos enseguida observamos un proceso de mezclas de conveniencias religiosas, políticas y sociales, más que una devoción centrada en la Biblia. Esto lo comentan acertadamente Chadwick y Evans al relatar cómo Agustín de Canterbury, en el año 604-605 d. C., condujo una misión enviada por el Papa Gregorio “El Grande” para convenir a los anglosajones al cristianismo. Gregorio el Grande sabía que la Iglesia de Inglaterra necesitaba una liturgia como base de sus ceremonias y, ante esta necesidad apremiante, la sugerencia de Gregorio a Agustín fue la siguiente: “*Trata de introducir una nueva forma de culto paulatinamente*”. Respecto de los ídolos del templo paganos, añadió:

*“Los templos de la nación inglesa no deben destruirse. Dejad que los ídolos paganos que contienen sean destruidos, pero rociad los templos con agua bendita y colocad los altares sobre las reliquias de manera que la gente pueda acudir con la mejor disposición a esos lugares familiares y, apañando el error de sus corazones, lleguen a conocer y adorar como el verdadero Dios, y ya que estaba acostumbrada a sacrificar a los diablos hagamos que otra ceremonia sustituya a esas prácticas en ocasiones tales como en los días de la consagración o de los nacimientos de los santos mártires cuyas reliquias se hayan depositado allí, y ya no ofrezcan bestias al diablo, sino que maten una res para comerla para la gloria de Dios, dando las gracias al dispensador de todos los bienes”.*¹⁸

En esta misma dirección es claramente válida la constatación que hace Juan Estrada de que la historia de la evangelización de Occidente se hizo a partir de las estructuras religiosas paganas imperantes:

“La Iglesia adoptó una postura sincretista y de apertura a la mentalidad religiosa del tiempo, que provocó grandes tensiones en el cristianismo y ocasionó la protesta de la corriente más purista y menos abierta a la cultura romana dentro de los cristianos y se conectó con las culturas, fiestas, símbolos y dioses paganos, a partir de allí se comenzó la cristianización”¹⁹.

Además del proceso de adaptación del incipiente cristianismo al paganismo, muchos historiadores y sociólogos afirman unánimemente que todas las prácticas de religiosidad popular surgieron por las necesidades espirituales, sociales y económicas del pueblo. Empero, soslayan el hecho de que no había una formación bíblica y una transformación espiritual auténtica, para poder ejercer una influencia correctora sobre las ideas, ilusiones, anhelos de toda aquella gente ansiosa de encontrar respuestas tangibles para su existencia. A este respecto Luis Maldonado señala que la floración de toda una gama de expresiones de piedad popular, entre otras causas, se debe a una cristología deficiente: *“De todos modos es cierto que en muchos casos los santos vienen a ocupar ese vacío que había dejado la persona de Cristo al ser despojada de su realidad mediadora, teándrica, convertido en una figura teísta, desdoblamiento más o menos explícito del Padre”*.²⁰

Esta expresión difícil, se refiere al hecho que había una doctrina equivocada sobre la realidad mediadora de Jesús, porque se había enseñado que no tenía todo el poder para hacerlo. Por lo que era necesario que otros “mediadores” intervinieran, lo cual no tiene ningún fundamento bíblico.

A continuación, se ha elegido una parcela de las expresiones religiosas populares en su desarrollo histórico, tratando de rastrear sus orígenes en la Edad Media. He aquí algunas de estas:

1.1 Perdón de pecados, penitencia y restauración

El concepto general del cristianismo primitivo era que si confesáremos nuestros pecados, Él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados²¹. Pero había pecados de muerte, que no podían ser perdonados²² ¿Cuál era precisamente ese pecado “de muerte”? No estaba claro. Unos opinaban que era el rechazo del Espíritu Santo. Marcos 3:29 presenta a Cristo diciendo:

“Mas cualquiera que blasfemare contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, mas está puesto a eterno juicio”. La Doctrina sostiene que *“a cualquier profeta que hable en el Espíritu*

*no probareis ni discerniréis; porque todo pecado será perdonado pero este pecado no será perdonado*²³.

Sin embargo, el sentimiento general era que los pecados imperdonables se referían a la idolatría o la negación de la fe, el asesinato y la lujuria. Una sentencia y acusación severas se encuentra en la Epístola a los Hebreos contra aquellos que

“Crucifican de nuevo para sí mismos el hijo de Dios” (6:4-8, 10:26-31). Para Tertuliano, los pecados mortales eran siete: “idolatría, blasfemia, asesinato, adulterio, fornicación, falso testimonio y fraude”.²⁴

Mientras en la época de Hermas (115-140), escribe Walker, se creía que el bautismo limpiaba todos los pecados previos, aquellos de la clase mencionada cometidos después, eran mortales²⁵. No obstante, parece que existía la tendencia de modificar esta estrictez, pues el mensaje de Hermas era que por excepción y en vista del próximo fin del mundo *“se había concedido un arrepentimiento más, después del bautismo, el cual se extendía aun al del adulterio”*²⁶. Sin embargo, en todas partes en el siglo II la práctica era más suave que la teoría. Por ese tiempo también comenzó a practicarse lo que se llamó la restauración. Eso implicaba que si había un arrepentimiento de los pecados mortales después del bautismo con una humillante confesión pública, una exomologésis²⁷, entonces se hacía efectiva. Inevitablemente, surgió la duda de cuándo un pecador había hecho lo suficiente para ser restaurado. Muy pronto apareció la convicción de que el poder absolutorio había sido conferido por Dios a la Congregación²⁸. También se creía y se reclamaba que esta autoridad había sido entregada directamente a Pedro, y por implicación, a los funcionarios de la Iglesia²⁹. Otra característica era que los que estaban por ser mártires, los que sufrían torturas o cárcel por su fe, eran considerados capaces de absolver por estar llenos del Espíritu³⁰. Como consecuencia natural e inevitable muchos se adjudicaron la potestad de absolver, siendo una opinión popular, hasta la terminación de las persecuciones. Más tarde se generalizó esta práctica. La absolución suscitó finalmente la cuestión de una escala de penitencias, una norma para juzgar cuándo se había hecho bastante para justificar el perdón; por supuesto, que esto dio pie, entre otras prácticas, a las conocidas penitencias que degeneraron en meros ritos sin una motivación correcta.

1.2 Penitencias

Por penitencia se entendió, desde los albores de la Edad Media,

“La confesión y la pena o castigo para satisfacer la culpa de los pecados cometidos. A estas tres fases mencionadas se añade la absolución sacerdotal, que confirma el perdón que ya Dios le ha otorgado al penitente”³¹.

Paralelamente a la enseñanza y práctica de la penitencia, se afirmó equivocadamente que quienes mueren en la fe y comunión de la Iglesia, pero sin haber hecho penitencias suficientes para el perdón de sus pecados, van al Purgatorio, un lugar de “Purgatio” o purificación, donde pasan algún tiempo antes de ir al cielo. Como necesidad subsiguiente aparecería la doctrina de que los vivos pueden ayudar a los muertos a salir del Purgatorio al ofrecer misas en su nombre. Este asunto lo trataremos con detalle más adelante.

Como una práctica periódica y ya generalizada, los obispos recibían los “montantes” que en sus respectivas diócesis se imponían penitencias pero con el tiempo quedó en manos del Papa. Él nombraba agentes especiales para que se encargaran de los distintos prelados que en alguna medida ya habían convertido el asunto en negocio lucrativo. Los obispos acostumbraban enviar delegados a Roma a hablar con el Papa respecto de casos especiales y de las penitencias respectivas que debían imponerse. El Papa investía a dichos representantes con facultades especiales; aun la de dar la absolución papal a los que habían sido excomulgados por sus respectivos obispos³².

1.3 Las reliquias

Justo González refiere que

“Por lo menos desde el segundo siglo, los cristianos habían acostumbrado a conmemorar el aniversario de la muerte de algún mártir celebrando la comunión donde el mártir estaba enterrado”³³.

Por esa razón obvia se construyeron iglesias en muchos de esos lugares. Los cristianos comenzaron a celebrar los cultos en los lugares donde se encontraba la presencia de las reliquias de un mártir, por creer que el culto tenía especial eficacia si se celebraba en uno de estos santos lugares. El

resultado fue que se comenzó a desenterrar los mártires para colocar sus cuerpos, o parte de ellos, bajo el altar de varias de muchas de las iglesias que se estaban construyendo. Seguidamente, algunas personas comenzaron a decir que habían recibido revelaciones de mártires hasta entonces desconocidos o casi olvidados.

Así, de manera ingenua y espontánea comenzó a dárseles crédito a ciertas “revelaciones” que, incluso indicaban dónde estaban enterrados los huesos de tal o cual mártir en cuestión. *“Pronto se comenzó a atribuirles a tales reliquias un poder milagroso, y de allí se pasó cada vez más a su veneración y después a su adoración”*³⁴. En el siglo V se permitió igualmente el uso de sucedáneos, los famosos “brandea”, que eran paños pasados por el cuerpo del santo, pensando que quedaban como impregnados de santidad. Todo lo que tocaba el objeto sagrado, incluso el polvo, tenía un gran valor. Coincide con esta afirmación lo que señala Chadwick: *“La devoción de los santos comenzó a centrarse en porciones de su cuerpo a las que se atribuía un poder mediador en favor del creyente, al que también podían sanar o purificar”*³⁵.

Para el pueblo cristiano cobró una tremenda importancia el hecho de obtener por lo menos alguna reliquia que les hiciera recordar la vida, obra y el entorno cultural e histórico de Jesús, y, por supuesto, porque estaban “dotadas” de gran poder.

“La capilla que concebía atesorar una sola, se hacía famosa inmediatamente. Pues llevaban los enfermos a la iglesia para que el sacerdote los tocara con la reliquia y aquellos creían sinceramente que sanarían”.³⁶

En ninguna época de la historia como la medieval se ha imaginado la gente tantos milagros relacionados con el asunto de las reliquias. Los países del Oriente surtieron a la cristiandad de las reliquias más valiosas; pero en Italia se manufacturaron muchas más. Fletcher cita el ejemplo del monasterio franco de Sentula que mostraba entre sus tesoros, las reliquias de: una choza que había pertenecido a San Pedro, un pañuelo con el que San Pablo se había sonado las narices, varios cabellos de la barba de Simón Pedro, algunos juguetes traídos de las tumbas de los niños que Herodes mandó matar en Belén, un poco de la leche de la Virgen María y parte de la madera que San Pedro no usó, pero que tuvo la intención de usar en los tres tabernáculos en el monte de la transfiguración.³⁷

La oportunidad de prestigio, el interés piadoso y en algunos casos el interés económico que ofrecía el poseer alguna reliquia, condujo a un tráfico desmedido de estas a tal grado que en más de una ocasión se falsificaron objetos y restos de los tiempos de Jesús. Hubo un tiempo en que se veneraron tres cabezas de Juan el Bautista simultáneamente en distintos templos. La actitud oficial en torno a tales excesos, tenía que hacerse tolerante a causa de la presión popular que se manifestaba a través de grandes procesiones de homenaje a las famosas y distintas reliquias: eran despliegues espectaculares de la devoción del pueblo.

1.4 Los santos

Ante el desconocimiento de la salvación por la *sola gracia* y la justificación por la *sola fe* en Cristo, los cristianos de aquella época tenían un concepto erróneo y pobre del carácter misericordioso y amoroso de Dios. Así lo confirma Maldonado: “*Ante un Dios juez y un Cristo igualmente juez, los fieles se sienten cohibidos, amedrentados, desarmados. Es natural que recurran a los santos*”³⁸. La aparición de una intensa devoción a los santos es otra de las marcas de la religiosidad popular medieval. La importancia que cobra la intercesión santoral a partir de esta época es un hecho de bulto que va a dejar huella profunda en el alma del pueblo. Así, por ejemplo, San Miguel Arcángel empieza a gozar de una gran popularidad como guardián del paraíso e intercesor en el momento del juicio. Desde el siglo X ocupa el lugar de Cristo en los pórticos de muchas iglesias, un lugar de suyo reservado al Salvador.³⁹

El culto de los santos no es cosa nueva ni siquiera en el siglo X. Ya desde la época que corresponde a los siglos VI-VII, aparece como una de las manifestaciones características de la piedad cristiana. Pero en el siglo X alcanza un mayor auge. Es el pueblo el que “canoniza”, pero la iniciativa corresponde a las iglesias locales, porque aún no hay reserva del “papa”. Hasta el siglo XI aunque no existía un procedimiento canónico se representaba la manera informal en que se hacía. Los santos son reconocidos como tales en su propia tierra por aclamación popular y por la influencia del clero local.

Nominalmente, el poder de autorizar el culto estaba en manos del obispo. El culto o veneración de los no-mártires, es decir, de los confesores, aparece en el siglo IV gracias, en parte, a la influencia de la vida de San

Antonio, escrita por San Atanasio. Desde el siglo V se prohibió a seculares y clero local establecer relicarios sin la correspondiente aprobación episcopal. Pero en Occidente pasaron varias centurias hasta que los obispos pudieran conseguir cierto control.

Antes del siglo XI el método normal de inaugurar el culto a un santo era el de la “elevación”, que implicaba desenterrar sus reliquias y colocarlas en un altar. La aprobación Papal, apenas se pedía antes del siglo X. Solo en el siglo XI empezó a ser considerada como esencial y necesaria. La primera canonización Papal conocida es la de San Ularic de Ausburgo en el año 993⁴⁰.

Los siglos X y XI son la época de los traslados de reliquias. Se construyeron numerosos santuarios para cobijarlas y empezaron a florecer las peregrinaciones a estos nuevos lugares sagrados. Generalmente, como decimos, se trata de santos locales, protectores de un terruño, de una aldea, de un lugar particular, cuyas gentes ponen en ellos una confianza ingenua y aun supersticiosa. Algunos de estos santos adquieren una notoriedad mayor. Entonces sus santuarios se convierten en centros de grandes peregrinaciones que lanzan sobre los caminos a numerosos fieles, ávidos de lo maravilloso. Otros son designados patronos de las iglesias o parroquias ya existentes⁴¹.

Otra de las características de inaugurar el culto a un santo fueron las cofradías o hermandades religiosas, constituidas por hombres y mujeres laicos consagrados a un “Santo Patrón” o a la virgen o a algunos aspectos de la pasión de Cristo: “Las cinco llagas”, “La preciosa sangre”, etc.⁴²

1.5 Campañas de canonización

Ocurría a veces en la Edad Media que cuando un abad u obispo moría, sus restos provocaban “una curación”. Entonces se organizaban “campañas” para la canonización y el sepulcro podía convertirse en un centro estable de peregrinación durante muchas generaciones⁴³.

Cuando se canonizaba un santo, o santa, era señalado un día para su conmemoración. A través de los siglos, el número de los santos reconocidos oficialmente se multiplicó y se aumentaron, por consiguiente, los días dedicados a los más notables de ellos. Se separaba un día para la oración en sufragio de los muertos, finalmente conocido como día de las ánimas, el cual fue lento en su desarrollo. Ya avanzado el siglo X, un abad de un

monasterio distinguido habló de él en su casa, como de una costumbre antigua. A principios del siglo XI, Odilio, abad de Cluny, ordenó un día para la conmemoración anual de todos los difuntos. Apoyada por el prestigio de Cluny, la costumbre se extendió ampliamente entre otras familias de monasterios⁴⁴.

A lo largo de la época medieval, paulatinamente se fueron atribuyendo a los santos la potestad y facultad de interceder ante Dios por el pueblo, en caso de enfermedades y necesidades específicas. La atmósfera de la época medieval, tan cargada y tensa debido a la obsesión por la salvación, y tan angustiada por los problemas materiales, uno de ellos, la salud corporal, al mismo tiempo el estado incipiente y lamentable en que se encontraba la medicina, era el mejor plano inclinado para la aparición de numerosas expresiones de tipo supersticioso y mágico, para la difusión, incluso, de ciertos fanatismos.

1.6 Las peregrinaciones

Desde el siglo IV las peregrinaciones a Tierra Santa se habían hecho cada vez más populares. En fecha anterior se estableció la costumbre de visitar las tumbas de los mártires en el aniversario de su muerte. Ahora que el imperio era cristiano, se hacía posible emprender peregrinaciones más largas a Tierra Santa o a Roma, donde descansaban los restos mortales de San Pedro y San Pablo.

La peregrinación se entendió al principio como un modo de adquirir la amistad de Dios, de asegurarla, pero también es un gesto, quizá el más expresivo, de la fe cristiana en lo que tiene de camino hacia la patria prometida⁴⁵. El problema surgió cuando se creyó que por el solo hecho de peregrinar marchando hacia un lugar santo, el lugar del santo y de lo santo, se podía obtener un milagro.

El peregrinar también significaba sencillamente un talante, un modo de ser, sin mayores objetivos inmediatos. Posteriormente tuvo otras ramificaciones concretas de naturaleza histórica: el encuentro en Tierra Santa con una nueva imagen de Cristo y, a partir de ahí, el nacimiento de una nueva cristología popular deficiente. Por último, el paso de un viaje pacífico a otro belicoso, es decir, la transformación de la peregrinación en Cruzada.

La idea de la peregrinación se basa en dos concepciones muy antiguas de la tradición cristiana: la primera es la idea de que el alma se encuentra aquí en la tierra como en un exilio, pero viajando hacia Dios. La segunda concepción es la creencia de que ciertos “objetos” y “lugares” son focos de santidad, donde el mundo espiritual puede “tocarse”⁴⁶. En la primera idea prevalece un sentido figurado, espiritual, y en la segunda se refleja la característica propia de la mente religiosa de dividir el espacio. Visitar un templo o un lugar donde se guardan las reliquias de un santo, o ir a un lugar como el Santo Sepulcro, equivalía a “acercarse a Dios”; tan arraigadas estaban esas dos ideas, que en las mentes de las personas sencillas de la Edad Media viajar a los “Lugares Santos” constituía una manera de alcanzar el cielo.

En todo caso, el pueblo entendía la peregrinación como una gran aventura y una gran ofrenda. Fue la forma más perfecta de ascesis propuesta por el cristianismo heroico del siglo XI. Siempre encerraba un simbolismo fundamental: el peregrino imitaba la marcha del pueblo de Dios hacia la tierra prometida. Lo que en la procesión era un símbolo, aquí se desplegaba con la máxima fuerza expresiva y existencial. El signo exhibía toda su virtualidad vital y empeñativa de compromiso. La procesión como forma privilegiada de la piedad popular, cuenta con una larga historia y con una morfología múltiple. Una de esas formas la describimos al hablar de la liturgia monástica y su influencia en el pueblo. Otras se remontan a la Roma de Gregorio Magno. Entonces eran célebres las procesiones intra-urbanas de iglesia a iglesia recitando las letanías o rogativas. Luego se transforma en las famosas estaciones de la Cuaresma. En fin, la procesión se convierte en peregrinación.

La peregrinación, a veces era un placer, la única distracción entonces existente. Desde la temprana Edad Media, es también una de las formas más frecuentes de penitencia pública difundida por los misioneros irlandeses. Estos peregrinos penitentes iban cargados de cadenas. Otros de los peregrinos eran individuos condenados a muerte. Su pena les había sido conmutada por la penitencia del peregrinar⁴⁷.

Latourette también trata de explicar los motivos y características de las peregrinaciones y afirma que:

“Las peregrinaciones aparecieron en los primeros días de la fe cristiana. No eran un fenómeno exclusivamente cristiano, pues se practicaban en otras muchas religiones

*precisamente por la separación inherente a la mente religiosa del “espacio sagrado”. Tras ellas prevalecía el impulso religioso y el deseo de viajar”*⁴⁸. De esta manera podemos entender que los cristianos de la época medieval no estaban a la zaga de los fieles de todas las edades, pues, visitaban Tierra Santa por la relación con el escenario del nacimiento, la vida y la resurrección de Cristo, así como Roma con sus iglesias y los recuerdos de Pedro y Pablo. Las tumbas de los santos, como la de Tomás Becket en Canterbury, eran la meta para muchos, las reliquias de los santos eran apreciadas tanto como en los siglos anteriores, y los relicarios eran el objetivo de innumerables peregrinaciones.

Chadwick entiende las peregrinaciones como una ayuda para la paz y las buenas causas del pueblo, además del propósito de arrancarle una curación milagrosa a los objetos o “lugares santos” que fue otro factor importante y consistente de los orígenes de las peregrinaciones. Sin embargo, esa forma de vivir y entender la peregrinación no solo no tiene un claro fundamento bíblico, sino que fue cayendo en supersticiones.

1.7 Los dramas religiosos

En la búsqueda de la expresividad y de forma, se halla otro fenómeno de la época: la “teatralización”⁴⁹. Esta forma de expresar, asociada con la predicación, se cree que surgió inicialmente para educar a las masas y para que el ejercicio de las cofradías cobrara su sentido⁵⁰. El origen y propósito inicial de los dramas religiosos parecía ser sincero y necesario; de esta manera lo plantea Maldonado al relatar cómo San Francisco y sus discípulos iniciaron una predicación amalgamada con elementos de juego y poesía y así también Santo Domingo de Guzmán, Vicente Ferrer y otros lo hicieron poniendo en práctica una nueva forma de predicación: misiones populares. El modo de desarrollar estas misiones culminó en una mezcla curiosa de predicación y teatro. A esto se le ha llamado: “la teatralización de la vida religiosa y la acción pastoral, que explota al máximo una serie de valores expresivos”⁵¹.

La forma de llevar a cabo este tipo de teatralización, por lo general, era liberar los púlpitos del claustro y montarlos en el exterior, lo que permitía llegar a grandes públicos. Los actores-predicadores hacían a la gente llorar y reír movilizand—y muchas veces manipulando— los sentimientos y las emociones del público: “*Se presentaban piezas religiosas con el doble fin de divertir al pueblo y de instruirlo en las partes más dramáticas de las Sagradas Escrituras*”.⁵² El énfasis de los dramas religiosos recaía principalmente en la pasión de nuestro Señor Jesucristo y se representaba

con tal realidad, que producía un efecto profundo en las masas que se apresuraban a presenciar en el campo abierto los detalles de la crucifixión en vivo. Con los dramas religiosos saturados de gestos y mímica hacían llegar al pueblo el Evangelio. El sermón se desarrollaba en medio de un espectáculo, de una especie de fiesta popular (desfiles, procesiones, cantos.) El público era invitado a convertirse en actor en el drama divino. “*El vía crucis era la culminación de esta gran participación del pueblo en lo representativo*”.⁵³

1.8 Las supersticiones

Latourette refiere que estas estuvieron de moda entre los cristianos, creencias y prácticas que provenían de la magia o se parecían a ella. Aun el muy intelectual Orígenes sostenía que la repetición del nombre de Jesús, si se hacía con fe, echaría fuera los demonios⁵⁴.

También desde el siglo II y III se comenzó a creer que los huesos de los santos, las posesiones religiosas y la cruz tenían un poder sobrenatural en sí mismos.⁵⁵

Realmente, resultaría fácil dar una descripción de las supersticiones que se habían configurado por obra de la religiosidad popular a lo largo de la Edad Media. Los elementos mágico-religiosos brotaban espontáneamente en torno a las procesiones, peregrinaciones, cofradías, intercesión santoral, campañas de canonización, vigiliias ante los sepulcros de los santos, el culto a las reliquias y la obsesión por todo lo relativo a la muerte y el más allá, exorcismos⁵⁶, incluso el hechizo que, dicho sea de paso, no es más que

*“La respuesta cultural a la necesidad humana de dilucidar factores incontrolables e inexplicables como la enfermedad, acontecimientos aciagos y la muerte [...] y, por ello, [...] el hombre necesitaba explicar el porqué de las necesidades aludidas arriba; entonces careciendo de conocimientos científicos y de revelación teológica, recurrió al hechizo”*⁵⁷.

Chadwick también admite respecto de la carencia de una formación teológica, el enseñoramiento de las supersticiones en la época medieval, al señalar que existía toda una doctrina comúnmente admitida que todos morían imperfectos, incluso los “buenos cristianos”. Todo hombre, mujer o niño debía, por tanto, sufrir indecibles tormentos en el purgatorio para la expiación de los pecados y estos tormentos podían ser abreviados mediante misas, altares, oraciones de los santos y de los amigos y parientes vivos,

todo esto cargado con elementos supersticiosos; y como no era suficiente, había que agregar los perdones papales, conocidos como indulgencias, que más tarde se traficaron y vendieron con otros propósitos.

1.9 Las indulgencias

Al principio, las indulgencias constituían la remisión de algunas de las obras de penitencia prescritas a trueque de otro acto. Sobre esta temática Chadwick afirma:

“Una indulgencia era, en su origen, una dispensa de la pena o una satisfacción exigida al penitente: un hombre podía cambiar una peregrinación a un “lugar santo” por una donación de limosnas a los pobres, o una donación a la iglesia, por la realización de actos piadosos más leves”⁵⁸.

Gradualmente, se fue elaborando la enseñanza de que Cristo había adquirido un infinito tesoro de méritos para la humanidad. Entonces el Papa podía aplicar este mérito a los pecadores arrepentidos, de la misma manera que un banquero transfiere de una caja a otra:

“Existe un tesoro de obras supererogatorias, o sea, que sobraron a los santos para obtener la gloria. Cuyo mérito puede ser aplicado por el “papa” y los obispos a los católicos que se hacen acreedores a ello por medio del cumplimiento de ciertos actos de piedad o de donativos a la Iglesia”⁵⁹.

Walker menciona que fue Santo Tomás de Aquino quien dio una interpretación clásica siguiendo a Alejandro de Hales, y enseñó que

“Los méritos superabundantes de Cristo y de los santos forman un tesoro de buenas obras, una porción de las cuales puede ser transferida al pecador necesitado por la autoridad de la Iglesia, actuando a través de sus funcionarios”⁶⁰.

Se enseñaba también que si las penas temporales impuestas para remisión de pecados, no se cumplían en esta vida, serían requeridas después de la muerte, en el purgatorio hasta que pudiese el alma purificarse de su pecado y ser apta para la visión beatífica de Dios.

Sin embargo, algunos de los escolásticos, aunque creían claramente que la Iglesia podía redimir tales penas en esta vida, no quedaron convencidos de que las indulgencias pudieran conseguirlo para las almas que estaban en el purgatorio. Más que el animarlos a orar porque las penas de aquel estado fuesen aliviadas, otros llegaron a creer que las indulgencias concedidas por

los papas y obispos no solo tenían valor en esta vida, sino también en el purgatorio:

“En el siglo XIII se extendió una creencia generalizada en el sentido que una persona podía obtener una indulgencia en bien de otra, y que los vivos podían conseguir indulgencias para las almas que estaban en el purgatorio”⁶¹.

Concluamos. Algunos historiadores, sociólogos y teólogos, entre otros: Chadwick, Evans, Lattourette, Maldonado, Walker y Estrada, aseveran que fue la imaginación popular la que distorsionó esta doctrina a tal grado que fue ampliamente aceptado que las indulgencias podían borrar los pecados y que podían aplicarse a las almas atormentadas del purgatorio. La Santa Sede y los obispos mantenían contacto con el pueblo y, aunque concedían indulgencias a las prácticas piadosas más acordes con la sensibilidad de las masas, debemos recordar que las indulgencias no eran permisos para cometer pecado. Tampoco podían librar las almas del infierno, donde el castigo por el pecado no era temporal, es decir limitado al tiempo, sino que era eterno. Ni hacían ellas innecesario el arrepentimiento⁶². A esto podemos agregar que Maldonado, constata que los obispos y papas descuidaron vigilar la predicación difusora de la práctica indulgencial. Los abusos no se hicieron esperar. Se produjo una verdadera inflación que abarató el valor de las indulgencias y provocó nuevas pujas y nuevas subastas⁶³.

Como quiera que se interprete el asunto del origen, desarrollo y práctica de las indulgencias, no cabe duda acerca del prejuicio moral del sistema que empeoró hasta el surgimiento de la Reforma Protestante del siglo XVI.

14. Cf. VA, *La Historia de la Iglesia Cristiana*, Vida, Miami, 1979, 94.

15. Cf. CHADWICK H. -EVANS G.R., *La Iglesia Cristiana. Veinte Siglos de Historia*, Folio, Barcelona 1990, 90.

16. Cf. CHADWICK H. -EVANS G.R., Op.Cit., 90.

17. Cf. ESTRADA, J. *La transformación de la Religiosidad Popular*, Sígueme, Salamanca 1996, 52.

18. Cf. CHADWICK H. -EVANS, G.R., Op. Cit, 76.

19. Cf. ESTRADA J., Op.Cit., 44.

20. Cf. MALDONADO L *Génesis del Catolicismo Popular; inconsciente colectivo de un proceso histórico*, Cristiandad, Madrid 1979, 63.

21. Cf. 1 Jn 1.9.

22. Cf. Jn 5:16.

23. Citado por WALKER W, *Historia de la Iglesia Cristiana*, CNP, Kansas9 1991, 100.
24. L. Cit., *Avanzada la Edad Media*, se consideraban como pecados capitales. La ira, la soberbia, la lujuria, la pereza, la gula, la avaricia y envidia. Cf. CHADWICK G,R Op,Cit 93.
25. Cf. WALKER Op. Cit.,101.
26. Cf. *Ibid.*
27. Cf. *Ibid.* “La Restauración o exomologésis consistía en alimentarse con oraciones durante el ayuno, gemir, llorar y clamar al Señor nuestro Dios doblegarse ante los pies de los presbíteros y arrodillarse delante de los amados de Dios”
28. Cf. Mt.15:18.
29. Cf. Mt. 16:18-19.
30. Cf. WALKER w., Op.Cit., 101.
31. Cf. GONZALEZ J, *Una Historia Ilustrada del Cristianismo, La Era de las Tinieblas II*, Caribe, Miami, 1987, 94.
32. Cf. FLETCHER J., *Historia Compendiada de la Iglesia Cristiana*, CLIE. Terranova (Barcelona) 1985, 175.
33. Cf. GONZALEZ J., *Una Historia Ilustrada del Cristianismo, La Era de los Gigantes*, II Caribe, Miami, 1984, .38.
34. Cf. CHADWICK H. -EVANS, GR., Op. Cit., 88.
35. Cf. *Ibid.*
36. Cf. FLETCHER J., Op. Cit., 175.
37. Cf. *Ibid.*,177.
38. Cf. MALDONADO L, *Génesis del catolicismo popular. El inconsciente colectivo de un proceso histórico*, Cristiandad. Madrid, 1979, 63.
39. Cf. *Ibid.*, 64.
40. Véase., L. Cit. CHADWICK H. -EVANS, 26.
41. Cf. L. Cit. CHADWICK H. -EVANS.
42. Cf. CHADWICK H. -EVANS. GR., Op., Cit., 89.
43. Cf. *Ibid.*,
44. Cf. LATOURETTE K., *Historia del cristianismo*, CBP, El Paso7 (Tx.) 1983, 630.
45. Véase MALDONADO L., Op Cit.,85.
46. Cf. CHADWICK H. -EVANS. G.R. Op. Cit., 76.
47. Cf. MALDONADO L., Op. Cit., 86.
48. Cf. LATOURETTE K., Op. Cit., 635.
49. Cf. MALDONADO L., Op. Cit., 143.
50. Cf. *Ibid.*,143.
51. Cf. *Ibid.*,143.
52. Cf. FLETCHER J., Op. Cit., 244.
53. Cf. MALDONADO L., Op. Cit., 144.
54. Cf. LATOURETTE K., Op. Cit., 263.
55. Cf. BAKER A., *Compendio de la Historia Cristiana*. CBP. El Paso, (Tx), 3, 1986, 39.
56. Cf. WALKER nos relata que “cerca del año 251 d.C bajo el obispo único de Roma había 46 presbíteros y 7 diáconos (...) y, en las órdenes menores, había 7 subdiáconos, 42 acólitos y 52

exorcistas cuya tarea consistía en echar los espíritus inmundos en cual acción se creía firmemente en esa época” ID, Op. Cit., 90.

57. Cf. DE LEON J., *La Fe en el Crisol*, IGDAE, Guatemala 1990, 1-2.

58. Cf. CHADWICK H. -EVANS, G.R., Op. Cit., 93.

59. Cf. VILA S. *A las fuentes del cristianismo*, Horeb. Barcelona 1986, 53.

60. Cf. WALKER W., Op Cit., 276.

61. Cf. LATOURETTE K., Op. Cit., 625.

62. Cf. LATOURETTE K., Op. Cit., 626.

63. Cf. MALDONADO L., Op Cit., 162.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

Rechazo de la reforma a la religiosidad popular

A menudo se ha considerado que las últimas décadas del siglo XV y el inicio del siglo XVI fueron tiempos de un retroceso espectacular de la piedad y de los ejercicios religiosos. No parece que sea así, más bien al contrario: esta época se caracterizó por unas prácticas devotas muy intensas y extensas. Ahora bien, con frecuencia tenían un carácter enfermizo, a causa, como hemos indicado anteriormente, de la angustia generalizada que se había apoderado entonces de Europa. Pecado, castigo, buenas obras, méritos, culpa y expiación, fueron algunos de los conceptos religiosos importantes de los tiempos anteriores a la Reforma. Muy posiblemente, continuaron siéndolo durante y después de la Reforma, pero con otros contenidos. Muchos eran sensibles al miedo y a la inseguridad respecto de su propia salvación eterna. Por esta razón capillas, ermitas, altares, cofradías, fundaciones de misas, veneración de reliquias, intercesión santoral, peregrinaciones, prácticas ascéticas y supersticiosas, se multiplican con gran profusión, como si se quisiera asegurar el más allá ante las incertidumbres y los temores del momento presente⁶⁴.

Las prácticas religiosas de finales de la Edad Media muestran, en general, una acusada tendencia subjetivista, que en sí misma anuncia ya el término de una época y el advenimiento de otra nueva. El impacto del humanismo que hizo su aparición en Italia en el siglo XVI, con el Renacimiento propicia el auto-descubrimiento del hombre, que desea despertar las múltiples posibilidades que habían permanecido adormecidas durante la Edad Media. Esta toma de conciencia se lleva también a término en el terreno religioso, particularmente en el campo de la religiosidad y de la devoción, que se hacen más antropocéntricas en sus expresiones y, sobre todo, en el sentido que se les da. Busquets es consciente del crecimiento de la religiosidad popular en esta época y reconoce que numerosas misas, sufragios, culto a las reliquias y a los santos (en esa época estaban de moda San Jerónimo y Santa Ana), peregrinaciones constantes, literatura devota, etc., son expresiones que obedecen a una religiosidad externa y

supersticiosa, carente de vitalidad interna y autenticidad evangélica. Por lo que, todo ello resulta postizo, frágil, dominado por la rutina y por las formas externas sin profundidad. El propósito popular se resume en que debe ganarse a Dios como sea y a cualquier precio con misas, limosnas y sufragios. Una fe profunda, sí, pero hasta cierto punto ciega y sin razones, como la fe del carbonero⁶⁵.

2.1 La situación religiosa

A estas alturas, tanto el prestigio de la religión como de la Iglesia decae irremisiblemente. Está en plena y generalizada crisis. La razón de esta crisis estriba en el marcado contraste entre el ideal religioso y su realización concreta. Entre otras causas de esta situación crítica veremos la realidad del papado, de los obispos, de los prelados y el bajo clero. El papado, a raíz del cisma de Aviñón (1309 -1377) y del Concilio de Constanza presentaba un aire impregnado totalmente del espíritu profano de renacimiento. No se veía en ninguna parte el ideal religioso y pastoral. Los papas eran más príncipes italianos que responsables religiosos. La curia romana, de manera concreta, desempeñó un papel nefasto que indudablemente preparó el camino a la Reforma Protestante. Duch, un autor católico romano, resalta la condición de deterioro de la Iglesia con los comportamientos interesados del papado y del clero para obtener beneficios, canonjías, mitras, anatas, colocaciones, reservaciones, dispensas, simonía, nepotismo, dominio sobre las ciudades, así como el abandono de su misión pastoral, que fomentaron la crítica a la Iglesia, sobre todo por parte de aquellos que deseaban su reforma⁶⁶.

En cuanto a los obispos y prelados, las sedes episcopales y los grandes cargos eclesiásticos eran monopolio de la nobleza. La Iglesia había adquirido riquezas y los prelados se aprovechaban para llevar una vida tranquila e inmoral. La preocupación ya no era por su grey sino por sus propios intereses. Cabe decir, que este comportamiento contrario a la vida ejemplar de los apóstoles no era una excepción, sino más bien la regla. Su formación era preponderantemente civil y, por regla general, carecían de conocimientos teológicos. Con frecuencia el nombramiento de obispos y clérigos obedecía a razones políticas y económicas más que a razones pastorales. En este aspecto, Duch se refiere a casos en que una misma persona reuniera dos o tres obispados, o que nunca hubiera visitado la diócesis en que estaba nombrado.

También coincide con Busquets al afirmar, sin ninguna duda, que la baja calidad moral, teológica y espiritual del papado, los obispos y el clero, constituyeron unas de las causas más importantes de la tolerancia de la piedad popular y la incapacidad de corregirla coadyuvando a la Reforma del siglo XVI⁶⁷. Debe mencionarse, además, que precisamente fueron las razones que con mayor insistencia destacaron los diversos reformadores.

Con respecto al bajo clero, al lado del alto clero hay un genuino proletariado de curas que vivían en la incultura, la ociosidad, el concubinato, en una situación económica paupérrima, cargando sobre sus espaldas la humillación y el menosprecio de los humanistas por la ignorancia que mostraban en lo más elemental del cristianismo. Paradójicamente, en esta época existía una multitud escandalosa de clérigos. Solo en Florencia habían 5.000 clérigos (casi el 10% de la población en una ciudad que no alcanzaba los 70.000 habitantes) y a finales del siglo XV Breslau, una pequeña ciudad que no llegaba a los 10.000 habitantes, contaba con 236 altaristas⁶⁸, ¡para tan solo dos iglesias! Es necesario señalar que fue en el clero rural principalmente en el que más se evidenciaron todas estas deficiencias.

2.2 La situación teológica

De la teología de finales del siglo XV poca ayuda eficaz podía esperar la Iglesia para superar la crisis generalizada del cristianismo occidental. La causa era la rutina fastidiosa y la falta de creatividad en que habían caído los pocos profesionales de la teología. Por regla general, se limitaban a repetir y complicar el aparato conceptual, con nuevas definiciones y distinciones que servían solamente para la acrobacia verbal de las disputas públicas. Estas venían a ser una especie de divertimento escolar o de juego social en que los maestros actuaban retórica y dialécticamente ante sus discípulos. Para la vida y, más concretamente aún, para la predicación, la teología de la época no era de gran ayuda. Era incapaz de iluminar las exigencias del cristianismo en aquel momento histórico concreto, no permitía comprender e interpretar los acontecimientos de la vida cotidiana a la luz de la Palabra de Dios –siempre nueva, creadora y eficaz– ni ayudaba a formular la significación de la comunidad cristiana en el proceso de salvación.

2.3 La religiosidad popular en la pre-reforma

2.3.1 *Los precedentes de reformas*

La problemática en torno de la piedad popular se viene arrastrando desde muchos años atrás. Sobre esta temática, Maldonado refiere que la época anterior a la Reforma fue pródiga en ataques a lo popular, aceptando que estos indudablemente fueron justificados debido a las aberraciones existentes en torno a las reliquias, indulgencias, las prácticas exteriores, las devociones a los santos, y a María.⁶⁹

Es pertinente hacer una enumeración, por lo menos sumaria, de algunas obras que se remontan a los albores de la edad media que cuestionaron críticamente lo popular de la religiosidad. Entre otras, están las siguientes: la obra de San Martín de Praga en el año 579 titulada “De correctione rusticorum”, para conocer la situación de la evangelización en la península Ibérica; en el siglo V también aparecen los “Sermones” de Cesareo de Aries, así como los “Diálogos” de San Gregorio Magno compuestos entre los años 593-594. En el siglo VIII aparece la obra “Indiculus Superstitionum”; en el siglo IX tenemos las “Homilías” de Rábano Mauro y finalmente en el siglo XI debe recordarse el “Corrector sive Medicus”, de Burchard de Worms, un espécimen de «Penitencial»⁷⁰.

Por otra parte, las protestas de Wiclef en Inglaterra y de Huss en Bohemia iban orientadas contra la tradición eclesiástica formal y rígida, como la exagerada y deformante devoción popular. Son, pues, verdaderos preludios de la Reforma Luterana. Estos hombres, con su carácter «nacionalista», su contestación a la Iglesia establecida y, sobre todo, con su doctrina sencilla basada en la Biblia, anuncian realmente lo que sucederá después en Alemania.

Lutero habla a menudo de ellos, en especial de Huss, y parece que ambos influyeron directamente en él, a pesar de que el reformador los supera. No es un simple ejecutor de ideas prestadas. Él es algo nuevo, un reformador más completo y más profundo, pero en parte es deudor de ellos. Los puntos principales en los que coinciden son el reconocimiento de la Escritura como única fuente de la revelación, el rechazo de la tradición eclesiástica y de la constitución jerárquica de la Iglesia⁷¹.

John Wiclef, o Wycleef, (1320-1348), era profesor de filosofía y de teología en Oxford, y al mismo tiempo rector de la parroquia de Lutterworth. Como predicador se hizo famoso en todo Londres. Su sistema doctrinal, influido por la escuela Agustiniiana (como Lutero), encontró un terreno muy preparado, porque en Inglaterra ya existía una práctica de iglesia autónoma, con pocas posibilidades de intervención papal. Cuando el Parlamento inglés se negó a pagar el censo que el Papa Urbano V reclamaba, Wiclef se unió a su nación en contra de la curia papal. La Iglesia ha de ser pobre, decía, y por ello propugnaba que el estado debía apropiarse de todos los bienes eclesiásticos y mantener él mismo al clero. Sobre todo atacaba las propiedades de los monasterios y criticó el mismo estado religioso. Gregorio XI, el último Papa de Aviñón, condenó las 18 tesis de Wiclef, mientras que el arzobispo de Canterbury solo le hizo una amonestación. Las ideas de este predicador-profesor inglés habían tenido una notable resonancia entre el pueblo y la nobleza, y la misma corte las miraba con simpatía⁷².

Cuando estalla el cisma (1378), Wiclef aprovecha la ocasión para atacar a los dos papas y al papado como tal. La síntesis de su doctrina es esta: a) La Iglesia la forma la comunidad invisible de los predestinados; b) El único fundamento de la fe es la Escritura (él mismo es apellidado doctor *evangelicus* por sus discípulos y tradujo el Nuevo Testamento al inglés); c) Rechaza la transubstanciación, la confesión auricular, el celibato eclesiástico y también las indulgencias, los sufragios, el culto a los santos, las reliquias y las imágenes.

Las doctrinas de Wiclef tuvieron una gran acogida en Bohemia. El país había alcanzado un alto nivel con la dinastía de los Luxemburgo (Carlos IV, Wenceslao, Segismundo) y se hallaba en un momento de fuerte exaltación del sentimiento nacional, al cual se sumaba la necesidad de la reforma de la Iglesia sentida como una urgencia. Además, aún subsistían en Bohemia restos de las viejas protestas de la edad media, especialmente de los Cátaros y los Valdenses. Las doctrinas de Wiclef llegan a través de las relaciones entre las universidades de Oxford y de Praga.

Juan Huss es profesor en Praga y acreditado predicador en la iglesia de Belén. Severo de costumbres, de carácter fuerte, orador brillante, total y apasionadamente entregado a la causa del nacionalismo checo en un momento en que el pueblo empezaba a rebelarse contra el predominio

cultural y político de los alemanes en Bohemia⁷³. Teológicamente Huss es deudor de Wiclef. No obstante, en la eucaristía mantiene la transubstanciación; hace depender la eficacia de los sacramentos de la santidad del ministro y antepone la predicación del evangelio a los sacramentos.

La resonante predicación de Huss levantó una gran polémica. La Universidad de Praga se opuso a él (aún predominaba el profesorado alemán). Por su parte, el arzobispo de la capital intentó frenar su enseñanza, pero cuando los estatutos de la universidad fueron decantados a favor de los checos y en Praga estalló la oposición a la predicación de la indulgencia papal, Huss y sus partidarios aprovecharon la ocasión «apelando al concilio universal y a Jesucristo como único juez supremo». Se había llegado a la ruptura y Europa entera se conmovió ante la enseñanza de todo un país que la vinculaba a su causa nacional.

El emperador Segismundo hizo lo posible para restablecer la unidad religiosa y obligó a Huss a comparecer ante el concilio reunido en Constanza, proporcionándole un salvoconducto imperial que aseguraba su vida con el «libre regreso», pero que a la hora de la verdad no sirvió de nada. En Constanza, no queriendo retractarse, Huss fue condenado como hereje y entregado al brazo secular. Aquel mismo día (6-VII-1415) fue ejecutado, y murió en la hoguera dando testimonio de su valerosa fe.⁷⁴

Con todo, hay que decir que Huss y Lutero son muy diferentes: aunque apasionados y religiosamente honestos, Huss es un hombre fanático y un asceta iluminado, mientras que Lutero, doctrinalmente más importante, es un líder más lúcido, místico, pero también más «terrenal», gustador de los placeres permitidos.

2.3.2 Precedente humanístico

Si Wiclef y Huss deben mencionarse en los precedentes de reformas protestantes, también es justo, por lo menos, mencionar a Erasmo de Rotterdam (1469-1536) y los erasmistas, por la pronunciación cauta –y algunas veces débil– de su teología y de la renovación de la concepción cristiana, fundamentada en los siguientes principios.

- a) La fe importa más que las obras; en todo caso cuentan las obras internas, no las externas.

- b) La imitación de Cristo es el camino.
- c) Hay que superar la letra para llegar al espíritu, que es lo determinante.
- d) El amor fraterno es el fundamento del cuerpo místico.

En su obra famosa “Enchiridion militis christiani”, 1503, el humanista Erasmo muestra un cambio claro hacia la piedad bíblica en la que se refleja menosprecio –cuando no rechazo– de gran parte de las estructuras externas de la religión, de las ceremonias, de las prescripciones y usos eclesiásticos, de los privilegios de clérigos y monjes. El controversial escritor Küng afirma que Erasmo se consideraba así mismo “*defensor de la verdadera libertad por Cristo y que los fariseos habían secuestrado*”⁷⁵.

Erasmo tenía otra idea de la religiosidad popular. Él mismo, una persona que de los países bajos viajaba a París, Inglaterra, Roma, Suiza, no aceptaba, sin más, la piedad popular que se arraigaba profundamente en las distintas regiones y comunidades: Reliquias, peregrinaciones, jerarquías, incluso sacramentos que para él eran secundarios y hasta innecesarios, y por supuesto no sustitutivos del verdadero cristianismo. Él exclamaba:

*“De qué te sirve ser rociado con agua bendita por fuera si estás sucio por dentro, si quieres agradar a Pablo y Pedro, imítalos. No te condeno por venerar las cenizas de Pablo, pero si prescindes de su imagen viva que habla en sus cartas, tu devoción es absurda”*⁷⁶.

Puso de relieve con fina ironía toda superstición y abuso de la religiosidad popular:

“El atiborrarse de oraciones repetitivas y vacías, la invocación supersticiosa de los santos patronos e intercesores en las necesidades y el creciente número de misas y peregrinaciones, las lucrativas historias de milagros, el abuso de la confesión o las costosas indulgencias”.⁷⁷

No debemos desestimar el esfuerzo de Erasmo al procurar, aunque, tenue, que el pueblo se dejara guiar por el mensaje bíblico y más concretamente, por el de Jesús, el de los evangelios, siguiendo el camino que él mismo recorrió para nuestro ejemplo, en oposición a todos los falsos escribas y a los hipócritas sacerdotes. Fueron muy famosas sus paráfrasis de los libros del Nuevo Testamento creadas con el especial interés de despejar el tumultuoso camino para que los laicos pudieran encontrar al verdadero Jesús.

Erasmus tenía otra idea de la ciencia bíblica, dándole un merecido valor al conocimiento de las lenguas antiguas (recordemos su mejor esfuerzo al presentar un nuevo y más exacto texto elaborado con algunos manuscritos griegos y la Vulgata Latina). En el área de la teología procura, al igual que la teología primitiva, reconocer como única norma a la Sagrada Escritura, que en su interpretación se deje guiar por los santos padres y no por la escolástica y que, finalmente, pueda transmitir el mensaje cristiano al hombre de hoy. En definitiva: el estudio de la teología debe ir precedido por el de la Sagrada Escritura⁷⁸.

En cuanto al clero, Erasmo era cada vez más consciente del enorme abismo abierto entre los “sucesores de los apóstoles” y los mismos apóstoles, entre la iglesia triunfalista de la época y la sencilla iglesia primitiva, entre el cristianismo del día y el Cristo de ayer. También era para él cada vez más claro en qué consistía el verdadero cristianismo: no fiarse del derecho canónico, el dogma y el aparato eclesiástico, sino de la Sagrada Escritura y del Cristo viviente, por todo esto y más, llegó a expresar (refiriéndose a la vida religiosa de la época) que la Iglesia y el papa, en vez de una ayuda, son un estorbo en el camino hacia Dios. Küng lanza una inquietante pregunta respecto a este precedente de reforma:

“Si el programa de reforma erasmiano inspirado en la Biblia y propuesto tantos años antes de Lutero, Zwinglio y los otros reformadores hubiera sido acogido a tiempo, ¿no se habría adueñado del futuro?”⁷⁹

Küng, en alguna medida, tiene razón al llamar a Erasmo de Rotterdam “un reformador antes de los reformadores”.

2.3.3 La cuestión de las indulgencias y la reforma

El asunto de las indulgencias fue la gota de agua que hizo derramar el vaso. Este imprimió un nuevo rumbo “público” en la comprensión del cristianismo, que de manera privada había ido entretejiendo Lutero. En Wittenberg ya hacía tiempo que el reformador enseñaba una nueva teología sobre la justificación, resultado de un largo y angustioso proceso, y de un descubrimiento progresivo que debe situarse entre 1513 y 1519. A este respecto, Eliade refiere que Lutero encontró el verdadero significado de la expresión “la justicia de Dios”. El acto por el que el creyente recibe – gracias a su fe– la justicia obtenida mediante el sacrificio de Cristo. La frase

“el justo vivirá por la fe” (Ro. 1:17), constituye el fundamento de la nueva teología de Lutero. “*Sentí que nacía de nuevo y que había penetrado en el paraíso con sus puertas abiertas*”⁸⁰. Lutero durante toda su vida se consideró un “probado”. Sin embargo, todas sus pruebas, en lugar de conducirlo a la desesperación, más bien contribuyeron decisivamente a la formulación y configuración de su pensamiento y perspectiva teológica. Afirma Lutero: “*No he aprendido mi teología de golpe, sino he tenido que cavilar cada vez más y más a fondo, y en esto me han ayudado mis pruebas, porque sin la práctica no se puede aprender nada*”⁸¹.

La ocasión de que hiciera pública su nueva teología y le diera un tono de desafío fue precisamente el asunto de las indulgencias. En Roma se estaba construyendo la nueva basílica de San Pedro, y, en 1515, el Papa León X había promulgado una bula de indulgencia con el fin de recaudar fondos para hacer frente a los gastos de esta construcción. Por otra parte, en Alemania el príncipe Alberto de Brandeburgo, se había convertido en arzobispo de Maguncia y en primado de Alemania. Los gastos y sobornos para conseguirlo definitivamente, eran elevados y habían quedado en manos de la gran banca de los Függer y, para pagar sus deudas, se promulgó la mencionada bula, la mitad de los ingresos que habría de recibir eran para el papa y la otra mitad para Alberto y sus banqueros.

El incremento y promoción de las indulgencias había llegado a un punto extremo de vejación y burla, y esto lo reflejaba prístinamente la predicación farisaica en pro de las indulgencias del fraile dominico Juan Tetzel (que seguía instrucciones del príncipe Alberto) cuando decía “*apenas un dinero cae y suena en el cofre sale el alma del purgatorio hacia el cielo, pon tu dinero en la bandeja, abre las puertas perladadas y entra sin chistar*”⁸². En Alemania esta predicación estaba ligada a un negocio escandaloso.

Martín Lutero, que ya no aceptaba la predicación y práctica de las indulgencias en su sistema teológico, aprovechó la ocasión para desafiarlas públicamente al publicar las 95 tesis sobre el valor y la eficacia de las indulgencias y sobre el poder papal (Lutero fue el primero que llamó al papa “el anticristo” en 1518). Esto ocurrió en la vigilia “de todos los santos” el 31 de octubre 1517. Más tarde publicó una serie de folletos en los que criticó y señaló de innecesarias muchas de las enseñanzas de la Iglesia. Solo la fe contaba, y esta venía por escuchar le predicación de la Palabra. Entonces la confianza de los hombres en las peregrinaciones, las reliquias,

los santos, las buenas obras, la confesión, la penitencia y aun los mismos sacramentos, era vana. Lutero era cada vez más consciente del abismo entre sus enseñanzas y la tradición. Indefectiblemente, tenía que rechazar tanto la primacía del Papa como la infalibilidad de los concilios.

Lortz destaca que, efectivamente, Lutero envió las 95 proposiciones de las indulgencias a los obispos competentes, pero como no hubo ninguna reacción, también las presentó a algunos teólogos y, partiendo de ellos, las tesis como un torbellino alcanzaron en brevísimo tiempo una amplísima difusión a pesar de que estaban escritas en latín.⁸³ Históricamente todo apunta a que a partir de las 95 tesis, que conllevaron su crítica y rechazo, Lutero entró en el escenario mundial.

Es necesario observar que Lutero no se preocupó solamente del aspecto mercantilista del asunto de las indulgencias, sino también del trasfondo de la predicación altisonante de las mismas. Es decir, de la falsa seguridad y de las promesas engañosas que conducían al pueblo a un adormecimiento espiritual cargado de prácticas puramente externas como resultado de las indulgencias y demás expresiones de religiosidad popular. Paralelamente, Lutero protestó enérgicamente contra el desprecio de la justicia de Dios y contra la doctrina de la Iglesia a la que consideraba oscura, confusa y desfasada.

En el debate que Lutero propuso en el mismo encabezado del documento que contenía sus 95 tesis, refleja un tono mesurado y comedido; no obstante, es crítico y hasta polémico en el desarrollo de sus tesis. Las palabras de introducción son estas:

*“Por amor a la verdad y con el deseo de sacarla a luz, se discutirán en Wittemberg las siguientes proposiciones, bajo la presidencia del Reverendo Padre Martín Lutero, Maestro en Artes y Sagrada Teología, y profesor ordinario de las mismas en este lugar”. Por consiguiente ruega a todos aquellos que no puedan estar presentes y discutir oralmente con nosotros, quieran hacerlo por carta”.*⁸⁴

Aunque parece muy solemne esta introducción, más bien se trata de una forma usual acorde a la época, puesto que las 95 tesis tienen decididamente un carácter de enfrentamiento, de crítica y de queja. En cierta manera, estas proposiciones no son la síntesis ni la sistematización de su teología, pero provocaron la divulgación de su nueva doctrina que en alguna medida sí está implícita en las 95 tesis.

Al meditar sobre la primera tesis del reformador notamos que insiste en que la penitencia ha de ser interior, en el valor de la cruz, no en las prácticas exageradas que prescinden de la caridad.

[1] Cuando nuestro Señor y Maestro Jesucristo dijo. “Poenitentiam agite” quiso que toda la vida de los creyentes fuera arrepentimiento.

[2] Esta palabra no puede interpretarse como penitencia sacramental, es decir, la confesión y satisfacción que administran los sacerdotes.⁸⁵

Lutero, escrupuloso y preocupado por la salvación, especialmente por la de él mismo, experimentó frustración y fracaso en las espurias e inútiles obras buenas. Más tarde, Calvino llamaría a estas “bienes relativos a lo que los hombres no renacidos llaman buenas obras”. De esa manera los calificaba como meros esfuerzos humanos. Él ha entendido que la salvación es por la fe y en la justicia de Dios. Lutero llega a la nueva solución y enseña que el hombre está totalmente corrompido por el pecado original, todas sus obras son pecado. La concupiscencia perdura como un pecado personal y resulta prácticamente imposible toda contribución activa a la propia justificación. En suma: las obras humanas son inútiles. La distancia es inmensa: Dios es Santísimo, el hombre plenamente esclavo, pecador, incapaz y, como tal, no puede merecer la salvación ni contribuir a ella, ni prepararse para alcanzarla. Gómez Heras describe, de manera exagerada, esta enseñanza como el presupuesto del “pesimismo antropológico”⁸⁶. Porque si bien es cierto que el hombre después de la caída quedó inhabilitado por el pecado, la imagen de Dios en él no quedó anulada.

Lutero de una manera enérgica y decisiva, en uno de sus escritos afirma “*Ahora debemos combatir a los hipócritas, a los falsos hermanos que se vanaglorian de su santidad por las observancias (...) los pecados nos son perdonados, no por nuestras obras, sino únicamente por la misericordia de Dios que no nos los imputa*”.⁸⁷

Es así como Lutero resuelve su drama interior de cómo ser salvo y justo. No obstante, también Lutero reclama de forma explícita esta nueva vida como exigencia y manifestación de la fe. Es imposible, decía Lutero, que quien está unido a Cristo por la verdadera fe no dé frutos de agradecimiento. La ausencia de estos es señal de que no hay fe justificante. Ahora bien, es definitivo que las obras, el cumplimiento de los mandamientos, no contribuyen ni predisponen a la justificación,

simplemente son el fruto de la fe sola. A este principio se le ha llamado “Sola Fides”.⁸⁸

Llegados a este punto, debemos entender que si Lutero condena las obras y ritos externos supersticiosos, e incluso los aborrece, es en tanto que estos pretenden asegurarnos una salvación que únicamente puede venir de Dios, y es porque también orgullosamente nos dan una falsa seguridad, debido a que la salvación del hombre acontece por la fe únicamente y por pura gratuidad de Dios (principio de la “Sola Gratia”). Esta es la certeza evangélica de Lutero manifestada ya, de manera implícita, en sus 95 tesis contra todas las falsas “seguridades” que podía ofrecer la Iglesia con la variada y denostada religiosidad popular paralela a la infundada y prepotente primacía papal canalizada a través de una rígida estructura jerárquica.

Al analizar otras de las tesis de Lutero vemos evidentemente que repudian y condenan el comercio de las indulgencias y el motivo intrínseco que las impulsan, así como las obras y las penitencias, la autoridad y el poder papal.⁸⁹ Notamos que el reformador manifiesta abierta y categóricamente que las indulgencias no pueden redimir ninguna pena, al contrario, son una farsa y un vil engaño y una promesa ilusoria. Lo que dejan al descubierto es la avaricia. Además, enfatiza que la intercesión puede darse y venir más que solo de Dios y no de los santos, ni de los perdones, ni de ninguna otra “obra”.

La salvación es por la fe sola y esta es un don, es decir, que viene de la pura gracia y misericordia de Dios que es realmente el único tesoro que se ofrece en el Evangelio. Es el que debe procurarse, no el de la tierra. Para Lutero la gracia de Dios es un regalo inmerecido que incluye la piedad de la cruz como la verdadera piedad. También, Lutero enseña sumisión y obediencia plena a Cristo, que es la “cabeza” aun a costa de sacrificios, dificultades, tribulaciones y muerte; con esto hacía más claro su rechazo a la Iglesia terrenalmente jerarquizada.

Hasta el momento, a nuestra manera de ver, y por lo expuesto anteriormente, podemos notar el rechazo de la religiosidad popular de una manera clara y contundente, por el reformador Martín Lutero, aunque en la práctica, según Busquets, fue más tolerante.

Para no alargar demasiado esta parte del rechazo de la Reforma del siglo XVI a la religiosidad popular, en proporción a las otras, no profundizaré en

las reformas de Calvino (1509-1564) y Zwinglio (1484-1531), que por cierto fueron mucho más radicales que las de Lutero. De todos es conocido, por ejemplo, el empeño del reformador Ulrico Zwinglio en condenar y erradicar sistemáticamente las indulgencias, el culto a María, el celibato clerical, la intercesión de los santos, peregrinaciones, procesiones y demás expresiones de religiosidad, sumadas a la primacía y jerarquía papal y la misma Iglesia como institución. Porque para él no ocupan ningún lugar en el mensaje del Evangelio.

Calvino también destacó la soberanía absoluta de Dios contrastada con la realidad del hombre caído, pecaminoso, depravado, que no merece nada. Enseña también que la salvación depende totalmente de Dios y no del hombre con sus “obras” que se reducen a nada. El consejo inmutable de Dios determina la salvación por gratuidad, prescindiendo totalmente del mérito humano, aunque este consejo de Dios ha determinado la salvación de unos y la condenación de otros, es justo e irreprochable, pero incomprendible. Es por eso que al acercarse a Dios por medio de prácticas religiosas externas sucumben ante la justicia de Dios, dada gratuitamente en la justicia de Jesucristo. Calvino insistía en la santidad y piedad interior, y visible a la vez, como fruto del cristiano que pertenece a la Iglesia de Dios, por medio de la cual puede establecerse una sociedad piadosa y temerosa de Dios. Calvino, era un hombre enfermizo en extremo, de tal manera que padecía frecuentemente, por lo menos, ocho enfermedades: dolores persistentes de un lado de la cabeza, la tráquea casi deshecha, ataques de pleuresías, absceso a causa de una vena hemorroidal, piedras en la vejiga y los riñones, calambres en el estómago y finalmente la artritis. Sin embargo, trabajó incansablemente por proclamar la doctrina que ahora lleva su nombre: Calvinismo.⁹⁰

En suma, podemos decir, que los reformadores rechazaron abierta y decididamente los aspectos de religiosidad popular del clero y del pueblo mismo como una desviación que había rayado en paganismo, ritualismo, magia, fariseísmo, perversión moral; todo menos el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo plasmado en las Sagradas Escrituras. Cabe recordar, que para los reformadores la Biblia era considerada como la única norma de autoridad y de revelación escrita, como la última instancia de fe, conducta, y salvación. Por esa razón se convirtieron en los apóstoles de las Sagradas Escrituras.

La religiosidad popular, con todos sus efectos colaterales, en vísperas de la Reforma, era un hecho absolutamente obvio y que prácticamente se había convertido casi como en el pan de cada día, aunque hacía ya algún tiempo que estaba enferma de muerte. La relación de la piedad del pueblo con el clero y el obispo, que supuestamente eran los representantes de Dios, era tensa y cada vez más distanciada. Tolerada al principio, como ya hemos dicho, la religiosidad popular fue posteriormente impulsada por la propia institución religiosa.

Ahora bien, tenemos que reconocer que muchas de las expresiones de religiosidad popular, por su propia naturaleza, son imprecisas en su origen, puesto que el pueblo rara vez rinde cuentas mediante palabras de sus pensamientos y sentimientos como de su fe, pues simplemente la vive y la expresa de múltiples maneras y con enorme intensidad. Empero, es evidente la limitación para dar una descripción adecuada y exacta de la religiosidad popular, pues esta, entre otras cuestiones, constituye una de las tareas más difíciles de la historiografía. Asumir este hecho y su grado de dificultad tiene especial importancia en una época de despertar espiritual generalizado, principalmente en América Latina.

Antes de intentar dar una respuesta bíblico-teológica de la piedad del pueblo, esto es, de “su conocimiento o manera de entender la revelación”, como presupuesto de la fe, es necesario reflexionar sobre el contenido múltiple del concepto “pueblo” que desde la post-reforma hasta la actualidad ha cobrado un creciente interés en amplios sectores de las Ciencias Sociales. Es necesario recordar, entretanto, que la intención al abordar el tema desde este ángulo es proyectar sobre él una reflexión y una respuesta bíblico-teológica desde una perspectiva evangélica.

64. Cf. BUSQUETS J., *¿Quién era Martín Lutero?*, Sígueme, Salamanca, 1986, 86.

65. Cf. *Ibid.*, 87.

66. Véase DUCH L., “*Reformas y Ortodoxia Protestantes. Siglos XVI, XVII*”, en VILANOVA E [ed.], *Historia de la Teología Cristiana*, II, Herder, Barcelona 1989, 214.

67. Cf. *Ibid.*

68. Cf. *Ibid.*, “*Altaristas*”, eran auténticos jornaleros a sueldo de otro clérigo más importante que retenía el beneficio. El altarista solo estaba obligado a celebrar la misa en lugar de su amo y a cobrar.

69. Cf. MALDONADO L” *Introducción a la Religiosidad Popular*, Sal Terrae, Santander 1985, 36.

70. Cf. *Ibid.*, 37.
71. Cf. VOS H., *Breve Historia de la Iglesia Cristiana*, Moody, Chicago, 1995, 83.
72. Cf., *Ibid.*
73. Cf., *Ibid.*
74. Cf. *Ibid.*,
75. Cf. KUNG H., *Teología para la Post Modernidad*, Alianza, Madrid, 1989, 31.
76. Cf. CHADWICK H -EVANS GA” Op Cit., 91.
77. Cf. KUNG H., Op. Cit., 32.
78. Cf. *Ibid.*,
79. Cf. *Ibid.*, 34.
80. Cf. ELIADE M. *Historia de las Creencias y de las Ideas Religiosas III*, Cristiandad, Madrid, 1983, 248.
81. Cf. DUCH L, Op. Cit., 229.
82. Cf. BUSQUETS J. Op. Cit. 125.
83. Cf. LORTZ J., *Historia de la Iglesia en la Perspectiva de la Historia del Pensamiento II*, Cristiandad, Madrid, 1982,112.
84. Cf. Las 95 Tesis de Martín Lutero, producido por el consejo de las Iglesias Luteranas de C.A. y Panamá, Sociedad Bíblica de Guatemala, 1983.
85. Cf. *Ibid.*, El texto producido por la Sociedad Bíblica de Guatemala advierte que Mt 4:17 en griego es “Methanoeit” y en Alemán es “Busserun”, las versiones latina y alemana pueden ser traducidas “haced penitencia” el término griego solo puede traducirse “arrepentios”.
86. Cf. GOMEZ-HERAS J., *Teología Protestante Sistema e Historia*, B.A.C. Madrid, 1972, 14.
87. Cf. BUSQUETS J. Op. Cit., 128.
88. Cf. *Ibid.*
89. Las 95 Tesis de Martín Lutero. Al respecto léase las tesis 21 24 27 28, 37, 45 52 53 62 66 67 68 71 78 82 83 84 89 92 93 94 95. Para comodidad del lector remito apéndice 2, página 111, Las 95 tesis de Martín Lutero.
90. Cf. PALMER E., *Doctrinas Claves*, Estandarte de la Verdad, Pennsylvania, 1976, 156.

Las ciencias sociales y la religiosidad popular

Una de las características más destacadas de la cultura occidental en el siglo XX ha sido el desarrollo de las Ciencias Sociales. Pues los aportes de estas han sido difundidos en el mundo académico profesional y aun en la vida cotidiana. Por ello, ha sido de particular interés en el campo de la Antropología, la Etnología, la Sociología y la Historia, analizar e investigar la reaparición y la persistencia del fenómeno de la religiosidad popular. De este modo, gradualmente ha sido posible establecer la distinción entre “religiosidad popular”, “religión popular” y “fe popular”. Como se ve, no es posible soslayar la contribución que las Ciencias Sociales pueden hacer para la mejor comprensión del comportamiento religioso popular.⁹¹

Por otra parte, cabe recordar que por muchos siglos desde comienzos de la era cristiana, el mundo occidental, y en especial la teología, han estado fuertemente influidos por la cultura y la filosofía griega. Hasta nuestros días la influencia se hace evidente en el lenguaje y en algunos conceptos tales como: átomo, materia, logos, (palabra, razón universal), filosofía, Dios, hermenéutica, etc. Sobre el asunto, Padilla refiere: “Muy temprano en la historia de la Iglesia el mensaje cristiano fue fijado en categorías filosóficas y la dimensión histórica de la revelación pasó a ocupar un lugar secundario respecto al dogma”⁹². Esta relación ha sido tan estrecha que el pensamiento teológico ha sido casi monocultural.

Los cristianos evangélicos y la religión en general no dejan de ser un fenómeno que se vive dentro de una sociedad. Por el hecho de vivir en el mundo no escapan de ser tratados y afectados por las Ciencias Sociales. De tal manera que entran en contacto, bien, directa o indirectamente con el quehacer de las mencionadas ciencias. Esto implica que los evangélicos deben responder a este contacto, puesto que el fenómeno religioso y los movimientos relacionados con él constituyen un desafío y ofrecen a la vez interés a las ciencias que su objeto de estudio es la realidad social y por ende el hombre⁹³.

Las Ciencias Sociales, y dentro de ellas la antropología sociocultural, han venido aumentando paulatinamente su presencia en las escuelas y en programas de misiones alrededor del mundo, empezando en Europa y en Norteamérica en el siglo XX. No podemos negar algunos de los aspectos positivos de estas tendencias en la preparación de misioneros laicos, obreros y pastores para la comunicación y proclamación del Evangelio entre otras culturas y pueblos. Esta realidad se ha venido dando no solo en el ámbito de escuelas de misiones, sino en institutos bíblicos, seminarios, que cada vez más toman conciencia de la necesidad de incorporar en sus cursos y programas, materias relacionadas con las Ciencias Sociales. La realidad múltiple sociocultural de nuestro mundo actual impone tomar en cuenta la preparación teológico-misional sin ignorar lo cultural y lo popular.⁹⁴

Por lo general la preparación bíblico-teológica en nuestro medio no logra empalmar la reflexión teológica con la realidad socio-cultural, principalmente en el campo de la predicación local y misionera. Es la misma Biblia la que pone de relieve la encarnación del Jesús Histórico que es un hecho dado en un tiempo y una cultura específica: *“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer bajo la ley para redimir a los que estaban bajo la ley”*⁹⁵. Dios se hizo hombre, irrumpió en la historia, en un lugar concreto y en una cultura singular. El “logos” que se hizo carne, es llamado por el profeta Isaías: Emmanuel, nombre que significa “Dios con nosotros”⁹⁶.

Padilla afirma al respecto del carácter vinculante de la encarnación de Jesús el Cristo:

*“La gran dificultad que los cristianos tienen en general para relacionar su fe con cuestiones sociales, económicas y políticas está estrechamente vinculada con su carencia de un fundamento Cristológico adecuado para la acción y el pensamiento”*⁹⁷.

En consecuencia, es importante ver esa conexión fe-realidad social, con el propósito de hacer asegurable y comunicable el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo a las comunidades, a los pueblos, a las masas, en medio de sus culturas.

Por tanto, elaborar una reflexión y dar una respuesta bíblico-teológica sobre la religiosidad popular requiere receptividad de cara a los distintos aspectos antropológicos y socio-culturales de las distintas comunidades,

estudiados por las Ciencias Sociales. El apóstol San Pablo seguramente manifiesta esta sensibilidad cuando formula la siguiente exhortación:

*“Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del Evangelio, para hacerme copartícipe de él”.*⁹⁸

3.1 Las cosmovisiones indígenas de América y la Teología Occidental

Muchos de los componentes de la religiosidad popular latinoamericana son el resultado de los valores religiosos de la cosmovisión indígena y de la religiosidad hispana. Por una parte, la conciencia primitiva mítica de los pueblos amerindios, en cuyos ritos y leyendas se encuentran significados profundos entorno al sentido de la vida y de la muerte, el concepto del hombre y Dios, del mundo y del más allá. Por otra parte la concepción religiosa hispana del conquistador cargado de elementos semíticos, cristianos, políticos y religiosos impregnados de un mesianismo medieval se encontraron, se mezclaron y chocaron.⁹⁹ Por esa razón, y para una mejor comprensión de la religiosidad popular y su conexión con ambos trasfondos culturales, describiremos brevemente la religiosidad indígena y la religiosidad hispano-europea.

En consecuencia, creemos que es pertinente, en primer lugar, describir por lo menos una de las cosmovisiones de los pueblos amerindios. Hemos escogido la del pueblo Maya que tiene muchos puntos en común con el resto de las cosmovisiones de Mesoamérica y porque es una de las más significativas. Describiremos a grandes rasgos su concepción acerca de Dios, la creación, el hombre, la vida aquí en la tierra, la muerte, la vida más allá de la muerte, la salvación, su historia, así como sus valores morales y éticos. En segundo lugar, hacer un contraste, también *grosso modo*, con la teología occidental protestante y católica romana, tomando como el horizonte las Sagradas Escrituras, pues las consideramos como la *Norma Normans*.

En cuanto a la concepción acerca de Dios, esos pueblos, muestran ciertos indicios de un monoteísmo difuso e imperfecto. Pese a que tenían

otros dioses de menor categoría, se referían a uno que poseía mayor injerencia. Por ejemplo: un cronista inca relata la asombrosa respuesta de un cacique inca al sacerdote Valverde, que venía con los conquistadores españoles. Valverde le pidió que se hiciera cristiano a Atahualpa después de mostrarle una Biblia en Latín explicándole el cristianismo (complicado) tratándole de hablar de un Dios superior, Atahualpa respondió: *“Por ventura es el mismo que nosotros llamamos Pachacamac y Viracocha.”*¹⁰⁰ Hay otra referencia a la creencia de un Dios superior en los pueblos que vivían en lo que hoy es México:

*“Tenían los mexicanos idea aunque imperfecta de un ser supremo, absoluto e independiente, a quien confesaban deberle adoración, respeto y temor. No le representaban en figura alguna porque lo creían invisible, ni le llamaban con otro nombre que con el común de Dios, que en su lengua es Teotl, más semejante aún en su significación que en su articulación al texto de los griegos; pero le daban varios epítetos sumamente expresivos, de la grandeza y poder que de él concebían. Llamándole Ipalnemoani “Aquel por quien se vive”; y Tloque Nahuaque, “Aquel que tiene todo en sí”*¹⁰¹.

Esa misma percepción de monoteísmo imperfecto se registra no solo en los incas, los aztecas, sino también en los mayas. Estos últimos en sus escritos del Popol Vuh mencionan a un Dios supremo sobre los otros dioses: *“Corazón del Cielo” quien da la medida y el movimiento con una proyección universal. Es el único dador del movimiento y la medida y como unidad de la pluralidad”.*¹⁰²

Lo descrito anteriormente con la relación a la percepción de un monoteísmo en los pueblos Meso-americanos, no debe extrañarnos. La Biblia destaca que Dios ha tenido muchas maneras de revelarse a todos los seres humanos, además de la revelación específica a los primeros testigos del pueblo de Israel. La carta a los Romanos 1:20 describe esa revelación general:

“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa”.

El Salmo 19:1-4 también afirma la revelación general de Dios a todos los hombres

“Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día y una noche declara sabiduría. No hay lenguaje ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras”.

En el contexto de esa revelación general estamos de acuerdo con la afirmación de que, históricamente, el Dios y padre de Jesús, el Mesías ya se había revelado a estos pueblos a través de la creación por lo que ellos captaron, aunque de manera superficial, la existencia de un Dios supremo poderoso. Es por eso que creemos que la fe en el Dios que se ha revelado, aunque sea de manera general, está por encima de la cultura hebrea, cultura occidental católica romana y protestante.

El concepto del cosmos y del tiempo se destacan en el pensamiento indígena. El primero para ellos es la totalidad de la relación Dios, hombre y naturaleza. No están desligados el uno del otro y en cada uno está la esencia del creador. El hombre es parte de la naturaleza y al mismo tiempo de la inmensidad del cosmos. El segundo es uno de los más importantes. El infinito se expresa por medio de ciclos vitales, inter-ciclos, en períodos, en el poner y ocultar del sol, en equinoccios, mutaciones, posiciones de estrellas, eclipses, lluvias, huracanes, erupciones. El actuar, el ritmo, el sitio y la función correctos y a tiempo de estos elementos constituyen el equilibrio. El tiempo lo es todo y lo contiene todo.¹⁰³

En cuanto al lenguaje, casi sin excepción, se presenta con elementos que tienen que ver con la naturaleza: montañas, volcanes, valles, mares. También se dan formas y colores de cuestiones abstractas que se expresan en ornamentos y en utensilios. Allí se conjuga lo arcano y lo cotidiano, lo esotérico y lo concreto, lo general y lo específico, lo pasado y lo futuro.¹⁰⁴

En cuanto a las creencias propiamente religiosas, durante los varios milenios transcurridos desde que los mayas cambiaron su vida sedentaria, sus creencias sufrieron los cambios respectivos. La cosmovisión religiosa de los mayas fue al principio seguramente un culto sencillo a la naturaleza, una personificación de las fuerzas naturales que los rodeaban y cuyo juego continuo constituía el marco dentro del cual los mayas tenían que vivir su vida de tribus nómadas.

Aquella forma de vida religiosa requería muy poca organización formal, y no necesitaba del sacerdocio, ni de un complicado ritual, ni siquiera de lugares dedicados especialmente a su culto. Su vida diaria se desenvolvía alrededor del jefe y sacerdote de la familia, el templo familiar que consistía en una modesta choza provisional cercana a la habitación también provisional de la familia. Hoy todavía se ve esa forma de vida entre los mayas lacandones de los bosques del valle de Usumacinta en el oriente de

Chiapas. Más tarde se introdujo la agricultura, lo que trajo como consecuencia las habitaciones permanentes y mayor tiempo disponible. La vida religiosa se fue organizando y los dioses se especializaron, aunque, según otros autores, existía la creencia en un solo dios llamado Hunab o Hunab Pu que fue padre de Itzamná, el Júpiter Maya, y que quiere decir un solo dios. En la práctica, el monoteísmo no jugó un papel importante en la vida diaria del pueblo.¹⁰⁵ Se creó así un sacerdocio que tenía como función propia interpretar ante el pueblo la voluntad divina, surgiendo entonces la necesidad de levantar santuarios más formales; y la religión se convirtió en ocupación de unos cuantos.

La existencia de residencias fijas hizo posible levantar centros ceremoniales más permanentes y estimuló la erección de santuarios más atrevidos, y el desarrollo de un ritual más complicado. El propósito principal de estas creencias era procurarse la vida, la salud y el sustento. Adoraban ídolos para pedir buena salud, y buenos temporales. Para agradecer a sus dioses ofrecían sacrificios humanos diciendo: “*Dios todo poderoso, estos sacrificios te hacemos y te ofrecemos estos corazones para que nos des vida y bienes temporales*”.¹⁰⁶

Existen otros factores que también ayudan a tener una perspectiva global de la cosmovisión de los pueblos amerindios tales como su artesanía rica y variada, la importancia que le dieron a la familia, su música, su impresionante arquitectura, su organización social, sus valores morales. Todo ello nos da los elementos para entender mejor su cosmovisión. No obstante nosotros los cristianos de América Latina debemos seguir siendo fieles a la Reforma Protestante en la medida que esta fue fiel en los principios bíblicos universales que recuperó en la Biblia. Lo demás es pura cultura con elementos que no tienen que ver necesariamente con la cultura latinoamericana. Es un error considerar que la *crisianización* romana que aconteció hace quinientos años y la evangelización protestante centenaria llegaron a los pueblos amerindios (Mesoamérica) sin un bagaje cultural, social, ritual, lleno de costumbres y normas propias del hombre occidental, que, por cierto, no tenían necesariamente que ver con los presupuestos universales del Evangelio. Además, la teología occidental se ha caracterizado por sus propios métodos de conocer, (estatutos epistemológicos) interpretar y vivir el contenido del mensaje del Evangelio. También es un error dar por sentado que todo lo que creían y practicaban

los pueblos amerindios es pagano y contrario en extremo a la revelación de Dios en las Sagradas Escrituras y en Jesús el Mesías, pues estos también tienen sus contenidos, percepciones y formas de conocer dentro de las cuales hay elementos de verdad.

La teología occidental con sus tradiciones ortodoxas no debe generalizar afirmando que todas las culturas que no tienen su talante, todos sus elementos son paganos, demoníacos y absurdos. Pues la Biblia debe ser leída e interpretada en el contexto de otras culturas, examinándolas a su vez en cuanto que esta sí tiene un carácter vinculante y normativo.

Por el lado de la invasión y de la cristianización española en Mesoamérica, tenía un trasfondo eminentemente católico romano plagado de concepciones políticas y religiosas medievales, con un alto contenido de expresiones de religiosidad popular. Estas expresiones también fueron adoptadas con pequeñas variantes por la concepción protestante en Europa, las que a su vez nos trajeron los misioneros a América Latina. Fue así como nuestros pueblos amerindios fueron impactados por ambas corrientes con sus respectivas culturas, y por sus prácticas religiosas dualistas que han impedido ver la revelación general de Dios en otros pueblos aparte del judío y de los pueblos de Europa.

De cualquier manera, este choque de creencias y culturas ha resultado en un sincretismo religioso del cual las iglesias de Cristo, conocidas como evangélicas, no han podido liberarse de la influencia de ciertas prácticas de religiosidad popular que contradicen abiertamente la Biblia. Es por eso que se hace necesario una relectura bajo una perspectiva integral que, a la luz de los principios universales del Evangelio, examine y concilie en cada cultura los elementos valiosos y ricos que redunden en la aceptación y la expansión del Evangelio del Reino de Dios.

3.2 El evangelio y la cultura

Para abordar el tema del Evangelio y la cultura es pertinente partir de sus definiciones. En cuanto a la definición de Evangelio, ya la hemos abordado en otro apartado de este escrito. Sabemos que, esencialmente, significa “buenas nuevas” de salvación. Con relación al concepto de cultura es muy difícil definirlo. En primer lugar porque el término cultura ha sufrido una larga evolución. En segundo lugar, existe una numerosa cantidad de definiciones. De cualquier manera, hay algunas de estas que son

más o menos generalmente aceptadas, como la definición de cultura que proporciona Willowbank para observar la conectividad y relación entre el mensaje y las culturas:

*“La cultura es un sistema integrado de creencias sobre Dios, la realidad o el sentido final y de valores sobre lo que es verdadero, bueno, hermoso y normativo; de costumbres: cómo comportarnos, relacionarnos con los demás, hablar, orar, vestirnos, trabajar, jugar, comerciar, comer, realizar tareas agrícolas, etc., y de instituciones que expresan dichas creencias, valores y costumbres: Gobierno, tribunales, templos o iglesias, familia, etc., que unen a la sociedad y le proporcionan un sentido de identidad, de dignidad, de seguridad y continuidad”.*¹⁰⁷

Otra de las definiciones de cultura generalmente aceptadas es la que se encuentra en el libro “Cristo y la Cultura” de Niebuhr:

*“Es la suma total de cuanto ha brotado espontáneamente del progreso de la vida material, y es también como una expresión de la vida espiritual y normal, expresión que se traduce en todo el aparato social, las tecnologías, las artes, la literatura y las ciencias. Es el reino de lo variable, de lo libre, de lo que no es necesariamente universal, de todo cuanto carece de la pretensión de ser una autoridad obligatoria”.*¹⁰⁸

De cualquier manera, el concepto cultura sigue siendo difícil de definir. Según Daniel Berg, originalmente cultura era solo un término biológico que significaba el cuidado del crecimiento natural. Tenía que ver con el desarrollo de los poderes humanos, por lo que a las personas educadas se les llamó “cultas”. Más adelante, en el siglo XIX, el concepto cultura comenzó a aplicarse como un término social que incluía valores materiales, intelectuales y “espirituales” que distinguía a una sociedad de otra.¹⁰⁹ Fue así como el término sociológico absorbió al término biológico de cultura.

Entonces, el tratar de conciliar Evangelio y cultura se torna complicado. No obstante, vemos esa interrelación desde los orígenes del Evangelio. Desde su primera etapa profética en el Antiguo Testamento, se gestó dentro de un contexto cultural singular concreto. Los valores de la cultura hebrea rodearon el nacimiento del mensaje universal de Dios de salvación para la raza humana. Ese mensaje iba dirigido primeramente al pueblo de Israel y luego a todas las familias del pueblo gentil:

“Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gn. 12:1-3).

El Evangelio, en la etapa de su cumplimiento pleno con la encarnación del verbo –es decir la vida, carácter, enseñanza y obra de Jesús de Nazareth– también se anunció primeramente a “las ovejas perdidas de Israel” y luego a los gentiles de varias regiones de la cuenca del mediterráneo:

“Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿No son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra propia lengua en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia. En Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de África más allá de Cirene y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios”.

Sin embargo, aunque muchas personas de diferentes naciones comenzaron a oír el Evangelio, estas estaban influenciadas directa e indirectamente por tres grandes culturas: la judía, la griega y la romana. En cuanto a la cultura judía, para comenzar, es claro el trasfondo religioso hebreo de Jesús. Jesús fue un judío en todo el sentido de la palabra, guardando la ley y respetando los valores propios de su cultura. La influencia cultural griega es evidente en el Nuevo Testamento pues prácticamente todo el Nuevo Testamento está escrito en griego. Las cartas de Pablo están llenas de ilustraciones griegas y romanas: el estadio griego, los juegos olímpicos griegos, la armadura del soldado romano, las construcciones romanas, el dominio político y militar romano. Al converger estas tres culturas hubo conflictos con algunas enseñanzas del Evangelio del Reino de Dios (Hch. 2:7-11).

Donde observamos claramente ese conflicto evangelio-cultura es en el capítulo 15 del libro de los Hechos. Unos hermanos judíos comienzan a decir que, además de creer en Jesús, los gentiles (griegos, y de cualquier otra nación que no sea judía) debían guardar una lista de mandamientos dados por Moisés que incluían alimentos puros e impuros, mientras que otros judíos y los gentiles decían que no tenían que hacer más que tener fe en Jesús para salvación, pues lo otro era exclusivamente del pueblo judío. Hubo una resolución de parte de los apóstoles y ministros que se habían reunido en el concilio de Jerusalén donde regularon lo que era propiamente acorde al Evangelio y lo que no era conveniente. El Espíritu confirmó que los creyentes debían guardar únicamente unas pocas cosas y ser libres de toda imposición mosaica.

He ahí el desafío del Evangelio ante las culturas, que si bien es cierto se gesta, nace y comienza a expandirse en medio de una cultura específica, predica verdades universales que han de recibirse en medio de toda cultura de cualquier región del orbe. El Evangelio mismo enseña que el Reino de Dios contiene valores insustituibles y conceptos absolutos. Las culturas son regionales, pero los principios fundamentales del Evangelio son universales.

Es así como la experiencia cristiana en la expansión de la fe en el Dios de los evangelios tiene que enfrentar los desafíos y conflictos culturales, rechazando lo que abiertamente contradice las verdades singulares de la Palabra de Dios. Pero debe incorporar los valores de cualquier cultura que no atenten contra la primacía de la revelación escrita y la misión de Jesús encomendada a su Iglesia.

Daniel Berg, señala que hay tres intentos en el ámbito de análisis sistemático, de resolver el conflicto cultural y la experiencia cristiana:

- a) El monismo cultural
- b) El pluralismo cultural
- c) El relativismo cultural.

El monismo cultural –según Berg– no identifica que ciertos elementos de la fe cristiana están condicionados culturalmente; en consecuencia, la cultura inmediata llega a ser prácticamente idéntica a la fe cristiana y la extensión del Evangelio se convierte en la extensión de la cultura. El pluralismo cultural intenta distinguir los diferentes elementos esencialmente cristianos, de los elementos condicionales por la cultura en la expresión de la fe. Por tanto, tolera las diferencias permaneciendo intactos los elementos esenciales de la fe. Los desafíos que se le presentan no son contra las culturas, sino contra los elementos anticristianos. Se practica un examen de estos elementos en las diversas culturas donde se propaga la fe cristiana. El relativismo cultural es el más tolerante frente a la variación cultural por lo que considera a la cultura como algo absoluto. Esta postura reconoce la legitimidad de la fe cristiana, por la habilidad que esta tenga de mantener y dar realce a los valores auténticos de una cultura.¹¹⁰

La postura evangélica con relación a la cultura está reflejada en el documento del Pacto de Lausana que sugiere el usar métodos creativos en

la evangelización que vinculen a las iglesias con su cultura. Sin embargo, hace énfasis en que la cultura tiene que ser probada y juzgada a la luz de las Sagradas Escrituras. Agrega, que es necesario dicho examen, porque si bien es cierto que el hombre es criatura de Dios –y por lo tanto el hombre crea en su cultura elementos ricos en belleza y bondad– también el hombre ha caído y en consecuencia su cultura también está manchada, a tal grado que se pudieran encontrar aspectos demoníacos¹¹¹.

También el documento señala que las misiones con frecuencia han llevado un Evangelio cargado de una cultura extraña que tiende a obligar a guardar aspectos más culturales que los elementos universales y fundamentales del Evangelio. En esa misma dirección, en el informe de Willowbank hay una declaración muy acertada en cuanto a la relación entre el Evangelio y la cultura “*Ninguna declaración teológica está libre de cultura*”¹¹². Este documento hace un llamado al examen de toda formulación teológica a la luz de las escrituras.

Por lo expuesto anteriormente, creo que debemos buscar el equilibrio del pluralismo cultural juntamente con el examen de la cultura como lo sugiere Lausana y el examen de toda formulación teológica tomando como la norma de las normas la Biblia, como lo sugiere Willowbank.

Es así como los creyentes debemos aceptar el principio de la contextualización, que es un proceso mediante el cual se procura reformular el mensaje cristiano dentro de otros idiomas y culturas, en maneras que respondan fundamentalmente a dos preocupaciones: la de ser fiel a la revelación divina y la de ser relevante a la cultura en particular. La encarnación es un ejemplo apropiado de la tarea teológica y misionera, en que demuestra la posibilidad de la identificación de lo divino con lo humano y lo culturalmente particular sin perder su identidad.¹¹³

3.3 El respeto a los valores autóctonos en el proceso de evangelización

Como un precedente del respeto a los valores culturales, aunque sin conciencia explícita, ya a comienzos del siglo XVIII, Guillermo Carey (1761- 1834), un hombre laico de oficio zapatero, procuró llevar el Evangelio a todo hombre y mujer necesitados dando a conocer la obra de Jesús a casi todo el mundo oriental. Comenzó a estudiar geografía e hizo

una esfera de barro y dibujó un gran número de mapas que colgó en las paredes de la habitación en que trabajaba. En 1792 publicó un folleto que tituló el “*Examen de las obligaciones de los cristianos de usar los medios a favor de la conversión de los impíos*”.¹¹⁴

En una reunión de ministros, presidida por el Dr. Ryland, Carey propuso que se debería intentar evangelizar a los paganos, pero ese ofrecimiento parecía muy extraño a los presentes, a lo que replicó Ryland: “*Cuando Dios quiera convertir a los paganos lo hará sin su auxilio ni el mío*”. Carey no se desanimó y continuó preparándose para la “gran obra” a la cual Dios le había llamado. Después de organizar en Kettering, en la iglesia de Fuller, la “Sociedad Misionera Bautista” (la primera en formarse) se embarcó para lugares lejanos a realizar la tarea evangelizadora. Carey publicó en Serampore la traducción bengalí del Nuevo Testamento, su primera traducción a la lengua oriental en el año de 1801. Carey preparó y publicó 9 magníficos diccionarios y gramáticas de las lenguas orientales, veinticinco versiones de porciones bíblicas en 30 años. Carey y sus compañeros, a quienes instruyó, hicieron popular y accesible la Palabra de Dios a la tercera parte del mundo. Antes de su muerte se publicaron 212.000 ejemplares de las Escrituras en 40 diferentes lenguas habladas por 330 millones de personas. Debemos tener en mente la connotación que implica una verdadera traducción, o sea, el tomar en cuenta e interpretar los aspectos culturales, económicos, políticos de cada país y los filológicos de su respectivo idioma. De esa manera facilitó Carey la labor de los misioneros que han ido a la India después de él y otros que han preparado estudios orientales. El nombre de Guillermo Carey permanece en la historia como el del hombre que fundó las Misiones Modernas al “in culturizar” la fe del Evangelio en el mundo oriental de esa época¹¹⁵.

El Pacto de Lausana procura en su propósito de evangelización que no existan barreras culturales a la comunicación del Evangelio. Manifiesta que ningún testigo cristiano puede esperar que comunique el Evangelio si ignora el factor cultural, principalmente en el caso de los misioneros. Porque ellos mismos son producto de una cultura determinada y se dirigen a gente que son producto de otra diferente. El Pacto de Lausana también reconoce la distinción del cristianismo y la civilización occidental: “Cuando voy a predicar el Evangelio” afirmó Billy Graham, arrepentido de su pasado, “voy como embajador del Reino de Dios, no de los Estados

Unidos”¹¹⁶. Esta afirmación sugiere definitivamente que el Evangelio debe ser “des-occidentalizado”, cosa que en nuestros días parece difícil de alcanzar en la magnitud que conlleva.

3.4 Promoción de todos los creyentes sin distinción social en la predicación del evangelio

El protestantismo después de la Reforma ha procurado que todo creyente que forma parte de la Iglesia sea protagonista y no espectador, pasando de “una Iglesia para el pueblo” a “una Iglesia del pueblo”, del pueblo de Dios. Juan Wesley (1705-1791), fundador del metodismo, juntamente con su hermano Carlos establece una nueva forma de evangelizar en la que “*todos y cada uno de los miembros de la iglesia, laicos incluidos*”, deben recibir preparación, especialmente los de las capas más bajas de la sociedad, para alcanzar a otros por medio de la evangelización¹¹⁷.

En Oxford formó una organización dedicada a la lectura del Nuevo Testamento, visitaba enfermos, descarriados y prisioneros. Al principio, su ministerio no obtuvo mucho éxito, pues su predicación tenía un tinte legalista. Su ministerio comenzó a tener auge cuando su predicación se realizaba al aire libre; en la primera reunión que llevó a cabo asistieron aproximadamente 1.000, en la segunda 2.000 y antes de terminar la campaña evangelizadora había hecho comunicable el Evangelio a más de 20.000 personas, no solo por medio de estas campañas, sino por medio de la ayuda del laicado. Wesley continuó su predicación de esta forma y así consolidó el ministerio de Campañas Populares de Predicación, continuó predicando en muchas ocasiones de 4 a 6 veces diarias durante 50 años. Wesley organizó la Sociedad Metodista Misionera, y recorría 13.000 Km. por año llevando el Evangelio a toda una masa de labradores, pescadores y obreros, manteniendo una comunicación efectiva, personalmente y por correspondencia, con sus dirigentes de las sociedades metodistas, formadas por laicos, con el propósito de involucrar a la gente más pobre y sencilla en la tarea de la evangelización¹¹⁸.

Juan Wesley a los 83 años todavía predicó una campaña evangelizadora en Holanda; a los 88 años, el 23 de febrero, predicó su último sermón, llegando a predicar un promedio de 42.000 veces bajo el lema “el mundo es

mi parroquia”¹¹⁹. Wesley llevó el Evangelio a cientos de miles de personas de todas las edades y de todos los niveles sociales y económicos con la ayuda del estamento laical; realmente hizo “popular” el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

3.5 La responsabilidad civil del cristiano

La responsabilidad civil del cristiano conlleva otra responsabilidad: la responsabilidad primaria como creyente. Son dos deberes que no pueden ir separados en el cristiano. El deber como cristiano y el deber como un ciudadano se conjugan en la misma persona. En el primero, el cristiano tiene que dar una respuesta con las correctas actitudes y acciones a la autoridad de Dios. En el segundo, tiene que dar una respuesta a la autoridad de un gobierno terrenal con las cualidades que caracterizan a un buen ciudadano. Sin embargo, el creyente, cuando se dispone a dar una respuesta ante la autoridad del gobierno y la sociedad, no puede hacerlo de manera independiente de su deber como cristiano ante la autoridad del Señor. La una procede de la otra. El creyente no puede desligar su vida cristiana de su vida ciudadana en cuanto que tiene que ser responsable tanto ante la autoridad divina como la humana, aunque la última proceda de la primera. La Biblia establece que todas las autoridades que están establecidas, lo están por Dios mismo.

En consecuencia, toda autoridad se fundamenta en el trono de Dios. Y su autoridad es Él mismo; es su decisión misma; es su libertad misma. La autoridad de Dios se encuentra establecida en el universo, en la tierra, en las naciones, en la familia, en el trabajo, en la iglesia, en la escuela: Ro. 13:1-7, 1Pe. 2:13-14, Ex. 28:28, Mt. 22:21, Ef. 5:22-24, Ef. 6:1-3, Col. 3:18, 20,22, Ef. 6:5-7, 1Ti. 6:1, Tito 2:9-10, 1Ts. 5:12-13, 1Ti. 5:17, 1Co. 16:15-16, Jud. 8:10, 1Sa. 24:1-6. Por donde quiera que vayamos los cristianos, que conocemos la palabra de Dios, reconocemos que la autoridad de Dios debe ser obedecida.

El cristiano, entonces, necesita: en primer lugar, ser responsable ante la autoridad de Dios. Esto implica huir de la rebelión contra su voluntad y sus mandamientos. Obediencia es lo contrario a la rebelión. La responsabilidad que Dios pide es vivir con amor a Dios y al prójimo, en obediencia, santidad y servicio. Tanto abomina el Señor la rebelión a la autoridad que dejó registrados en el Antiguo Testamento los casos de rebelión que fueron

castigados: la caída de Adán y Eva, la rebelión de Cam, la rebelión de Core, Nathan y Abiram, la desobediencia de Saúl, el castigo de Nadan y Abiu. Por eso es que la Escritura dice: “Porque como pecado de adivinación es la rebelión y como ídolos e idolatría la obstinación” (1Sa. 15:23).

El cristiano, en segundo, lugar debe responder como ciudadano ante las autoridades representativas de Dios que han sido establecidas aquí en la tierra. Es decir, tiene que responder con civismo ante el gobierno de su país, con excelencia en su trabajo como empresario o empleado, con un ejemplo de madurez y amor en su familia, con respeto y apoyo a los que dirigen la educación, con generosidad a los necesitados, con ética en su vida diaria. En otras palabras: la responsabilidad del cristiano como ciudadano ante la sociedad y el gobierno de su país es múltiple. No obstante, una de las primeras responsabilidades es ante las autoridades gobernantes terrenales, de las cuales nos vamos a ocupar más que las otras.

En cuanto a las autoridades terrenales, Pablo y Pedro no solo nos exhortan, en lo positivo, a la sumisión, sino que también nos advierten, en lo negativo, contra la resistencia:

“Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. (Ro. 13:1-2). “Por causa del Señor someteos a todas institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien” (1Pe. 2:13-14).

En consecuencia, quien resiste a las autoridades resiste el mismo mandamiento de Dios; quien rechaza a las autoridades delegadas de Dios rechaza la misma autoridad de Dios. Por eso la Biblia afirma que la autoridad se caracteriza por la singularidad de su naturaleza: no hay autoridad sino de parte de Dios. El que resiste a la autoridad resiste a Dios, y los que se resistan incurrirán en juicio. No hay ninguna posibilidad de rebelión sin juicio. La consecuencia de resistir a la autoridad es desobediencia a Dios. Así pues, el hombre no tiene alternativa en la cuestión de la autoridad; debe responder a ella para la honra de Dios y el bienestar de la sociedad.

Ahora bien, el cristiano no tiene que obedecer a ciegas. Debe tener claro cuáles son las funciones del gobierno en la sociedad. La Biblia menciona algunas de estas: están, no para infundir temor al que hace lo bueno, sino al

que hace lo malo. A pesar de ser diferentes las leyes de cada nación, todas ellas se derivan de la ley de Dios; el principio básico de todas las leyes de Dios es castigar lo malo y recompensar lo bueno. Todas las autoridades tienen sus propias leyes. Su función consiste en mantener y ejecutar estas leyes con el fin de aprobar lo bueno y corregir lo malo. No en vano llevan la espada. A pesar del hecho de que algunas autoridades exaltan lo malo y reprimen lo bueno, tienen que recurrir a la aberración de llamar malo a lo bueno y bueno a lo malo. No se atreven a presentarse públicamente a declarar que al malo se le exalta por su maldad mientras que al bueno se le castiga por su bondad. Hasta el presente, todas las autoridades siguen –aún al menos en principio– la regla de recompensar lo bueno y castigar lo malo. Este principio no ha cambiado; por consiguiente, la ley de Dios sigue en vigor.

Una vez que el cristiano sabe para qué ha establecido Dios las autoridades terrenales, entonces es más fácil que esté dispuesto a hacer lo que le corresponda para contribuir para el bien de toda la nación. Según la Biblia, algunas de las acciones que reflejan las características de un buen ciudadano para con las autoridades, son las siguientes: pagar tributos, pagar impuestos, mostrar respeto, dar honra:

“Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra” (Ro. 13:5-7).

Podemos inferir, que si el Señor nos pide que confiemos los recursos económicos a los gobiernos a través de los tributos y los impuestos para que los manejen, también nos da la libertad llamándonos a la responsabilidad para que podamos como pueblo elegir a nuestros gobernantes (aunque sabemos que Dios es quien pone y quita presidentes) por medio de nuestro voto. En una democracia avanzada o incipiente el arma que se le provee al ciudadano es el derecho a ejercer su voto para que el gobierno sea electo por la mayoría. Por lo tanto, si pagamos impuestos, si pagamos tributos, si damos honra, si damos honor, entonces demos nuestro voto también, aunque sepamos que los gobiernos humanos son imperfectos y no erradicarán los problemas más serios, por lo menos debemos esperar lo que Pablo decía en 1 Timoteo 2:1-2:

“Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres. Por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad”.

Concluamos. La responsabilidad como ciudadano (pagar tributos e impuestos, dar honra y respeto a todas las autoridades establecidas por el Señor, votar, participar en los comités para el desarrollo de la comunidad en beneficio de la mayoría, especialmente los necesitados para que reciban los servicios básicos) debe ser iluminada desde la responsabilidad cristiana. El combinar de manera equilibrada estos dos deberes resultará en las correctas acciones en la sociedad. El creyente no puede separar el hecho espiritual de que es un ciudadano del reino de Dios, de ser un ciudadano terrenal. La manera en que el cristiano se conduzca en la sociedad ante las diversas autoridades debe corresponder a una auténtica vida cristiana. Tiene que saber además, que la absoluta obediencia es solo a Dios y no a las autoridades que él ha puesto cuando estas van en contra de los propios intereses del reino de Dios.

Es decir: la obediencia total es para Dios y la sumisión total para las autoridades. Por ejemplo: cuando el Faraón en Egipto ordenó a las parteras hebreas que a los niños varones que nacieran los mataran y a las niñas hebreas las dejaran vivir, ellas fueron sumisas porque hablaron con respeto, con humildad y sin proferir quejas, pero no obedecieron la orden del Faraón, obedecieron la orden del Señor al dejar vivos a los niños. Igualmente cuando a Pedro y los demás apóstoles las autoridades religiosas y políticas los apresaron y les prohibieron seguir predicando el nombre de Jesús, ellos fueron sumisos porque no respondieron con arrogancia, con insultos, más bien se quedaron callados. Pero cuando los soltaron desobedecieron esa orden, obedeciendo al Señor al seguir predicando el evangelio del Señor Jesucristo. Cuando le preguntaron por qué había desobedecido, respondió con estas palabras: *“Respondiendo Pedro y Juan les dijeron: Vosotros mismos juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios”* (Hch. 4:19).

3.6 La libertad de expresión, la libertad de culto y la predicación del evangelio

La Libertad de expresión y de culto se encuentra en diversos documentos internacionales y nacionales. Dentro de los internacionales

mencionamos los ya conocidos:

- A. La declaración Universal de los Derechos Humanos cita en su artículo 19 la libertad de expresión: “Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión”.
- B. El Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos los cita también en su artículo 19 en su primera parte: “Nadie podrá ser molestado a causa de sus opiniones”. En su segunda parte dice: “Toda persona tiene derecho a la libertad de expresión...”
- C. La Convención Americana Sobre Derechos Humanos lo cita en su artículo 13: “Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento y de expresión...” En el artículo 14 de esta convención se habla de algunas regulaciones en relación de la libertad de expresión.

Dentro de la legislación nacional existen:

- A. la Constitución Política de la República de Guatemala, la cual cita en el artículo 35: “Es libre la emisión del pensamiento por cuales quiera medios de comunicación sin censura ni licencia previa”. “Este derecho constitucional no podrá ser restringido por la ley o disposición gubernamental alguna...” Y en el artículo 36: “El ejercicio de todas las religiones es libre. Toda persona tiene derecho a practicar su religión o creencia, tanto en público como en privado, por medio de la enseñanza, en el culto y la observancia, sin más límites que el orden público y el respeto debido a la dignidad de la jerarquía y a los fieles de otros credos.
- B. En las leyes constitucionales (en un rango inferior de acuerdo a la jerarquía de leyes de Helsen) se encuentra específicamente la ley de emisión del pensamiento, que en su artículo primero reza: “Es libre la emisión del pensamiento en cualquier forma, y no podrá exigirse en ningún caso, fianza o caución para el ejercicio de este derecho si sujetarse a previa censura”.

Sobre estas bases podemos afirmar limpiamente que el espíritu de esas leyes es garantizar a la persona su libertad de expresarse libremente en sus ideas, pensamientos, opiniones y creencias, sin más limitaciones que las contenidas en los códigos morales y los principios de seguridad nacional.

En consecuencia “todos” sin distingo de raza, credo o condición social somos libres de expresar nuestras ideas a través de la radio, la televisión, periódicos, revistas, volantes o a viva voz, sin tener una licencia previa para expresarnos. Este derecho no puede ser limitado por ningún gobernante, salvo los casos de “Estado de Excepción” que se contemplan en la misma constitución.

Los que somos teólogos o pastores a cargo de congregaciones evangélicas debemos estar agradecidos con los hombres que han creado y defendido la libertad de expresión y la libertad de culto, que son un reflejo de la libertad que Dios ha dado al hombre en su capacidad de actuar, pensar, y decidir. Pero aún más agradecidos debemos estar con el Dios de la Biblia, nuestro Señor Jesucristo que creó al hombre en libertad.

Humanamente, si no existiera la libertad de expresión y la libertad de culto la iglesia tendría serias dificultades para cumplir con la misión que le ha sido encomendada desde hace dos mil años. Porque esa misión se basa precisamente en dar a conocer el Evangelio, que quiere decir “Buenas Noticias que hay que comunicar”, pero tiene que darse a través de la libre expresión y por todos los medios habidos y por haber. La iglesia debe de ser consciente de que su discurso posee una estructura eminentemente comunicativa. En todo el Nuevo Testamento se encuentran palabras específicas en el griego bíblico *koiné*, para expresar la comunicación del evangelio que tiene que ver con el proceso comunicativo. Las palabras sobresaliente son: anunciar, proclamar, pregonar, transmitir, enseñar, explicar, exponer, hablar, decir, atestiguar, convencer, persuadir, discurrir, disertar, extender, divulgar, difundir, trasladar, expresar; todas ellas relacionadas con el evangelio. Es concluyente, pues, que la estructura del evangelio y del quehacer de la iglesia descansa totalmente sobre el fundamento de la comunicación. Pero no se podría llevar a cabo sin la libertad de expresión y la libertad de culto plasmadas en las leyes mencionadas.

No obstante la libertad de la que habla la Biblia es un poco distinta de la que el hombre generalmente entiende. Es una libertad en la que se es libre del pecado, libre de nuestro egoísmo y nuestros propios intereses, pero al mismo tiempo es una libertad en obediencia y sumisión a Dios y a sus mandamientos. En la Biblia no se es libre, sino se es siervo de la verdad. Se da la paradoja: libres para servir a otros, y servir para demostrar que somos

libres. Esa libertad proviene de la creación del hombre a la imagen y semejanza de Dios. Y esto incluía la facultad de decidir en libertad. Dios creó al hombre libre a tal punto que el mismo hombre podía desobedecerle en su libre decisión. Sin embargo, esta libertad dada por Dios al hombre nunca fue creada con ocasión de caer en libertinaje. La libertad de la Biblia no es una independencia absoluta del hombre con respecto a Dios y al prójimo. El hombre hace uso de esa libertad para hacer lo que debe hacer y no para hacer lo que quiera hacer. La auténtica libertad de la Biblia es una libertad “En bien para el otro” porque amando al prójimo me amo a mí mismo y a Dios. En otras palabras: el hombre que es libre, realmente es libre cuando sirve a los demás.

El hombre, por sus mismas equivocadas decisiones, perdió su libertad espiritual desde el momento que le dio la espalda a los mandamientos de la palabra de Dios. Pero afortunadamente la misma Biblia nos muestra el camino para recuperar esa libertad espiritual: “Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres...” Jesús dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” “y si Cristo el hijo os libertare seréis verdaderamente libres”.

En la Biblia encontramos otro fundamento religioso para reconocer y apreciar la libertad de expresión y la libertad de culto. Y es el hecho de que todo ser humano, no importando su condición racial, social, o económica, tiene suma importancia ante Dios, solo por ser humano y por haber sido creado a su imagen. Ya sea sabio o ignorante, noble o plebeyo, judío o gentil, del norte o del sur, pobre o rico, pecador o no pecador (aunque la Biblia afirma que todos somos pecadores), incluso los marginados por la sociedad como los presos, los desamparados, los niños de la calle, etc. tienen dignidad humana por tener una historia propia, ya sea de éxito o fracaso, por poseer sentimientos, emociones, frustraciones, temores, inquietudes, deseos. Por eso no es de extrañar que Jesús el hijo de Dios, cuando vino a este mundo y comenzó a predicar el evangelio de salvación, no hizo acepción de personas. Él buscó a los publicanos, a las ramera, a los leprosos, a los pecadores, a las mujeres –que eran menospreciadas como objetos en aquel entonces– a los niños indefensos, pero también a los religiosos, a los que tenían una ética elevada, y a los de la aristocracia, porque él sabía el valor que tiene una persona ante Dios, no importando su condición ante los hombres. De cualquier manera, todos necesitan salvación. Él afirmó que una persona vale más que todo el oro del mundo;

por eso Dios no quiere que nadie se pierda, sino que venga a Cristo para ser salvo de la condenación y muerte eterna.

Como cristianos, no solo tenemos derechos, también tenemos obligaciones. Tenemos el derecho de la libre expresión, el derecho de la libertad de culto, pero en esa misma proporción tenemos deberes para con Dios para con nuestra nación, para con nuestro prójimo. No usemos esa libertad como pretexto para el libertinaje, sino para el servicio a los demás.

-
91. Cf. PAREDES T. *Fe Cristiana, Antropología y las Ciencias Sociales*, en Kairos 12, 1993, 64.
 92. Citado por PAREDES T “*Fe Cristiana, Antropología y las Ciencias Sociales*” en Kairos 12, 1993, 64.
 93. Cf. PAREDES T. Op. Cit. 64.
 94. Cf. *Ibid.*
 95. Gá 4:4-5.
 96. Cf Jn 1:14.
 97. Citado por PAREDES T., Op. Cit., 67.
 98. Cf: 1 Co. 9:19-23.
 99. Cf. VA., *El hombre Latinoamericano y sus valores.*, Nueva América, Bogotá, 1991, 325.
 100. Cf. MIREs, F., *La Colonización de las Almas*, DEI, Costa Rica, 1987, 57. Citado en la Expresión y Metodología del Pensamiento Maya, Tesis de Graduación de Licenciatura de Vitalino Similox en la Universidad Mariano Gálvez de Guatemala.
 101. Cf. LEON PORTILLA, M, *Antología de Teotihuacan a los Aztecas*, 256. Citado en la Expresión y Metodología del Pensamiento Maya, Tesis de Graduación de Licenciatura de Vitalino Similox en Universidad Mariano Gálvez de Guatemala.
 102. Cf. GIRARD, R, *El Popol Vuh*, fuente histórica, 83. Citado en la Expresión y Metodología del Pensamiento Maya, Tesis de Graduación de Licenciatura de Vitalino Similox en la Universidad Mariano Gálvez de Guatemala.
 103. Cf. SIMILOX, V., *La Expresión y Metodología del Pensamiento Maya en Guatemala*, Cholsamj, Guatemala Tesis de Graduación, 1992,38.
 104. Cf. *Ibid.*,
 105. Cf. VA., *La Civilización Maya*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, 204.
 106. Cf. *Ibid.*, 206.
 107. Cf. CANCLINI A. [ed] *El Informe de Willowbank El evangelio y la cultura*, Comité de Lausana para la Evangelización Mundial 1978, 3
 108. Cf. NIEBUHR R., *Cristo y la Cultura*, Península, Barcelona, 1968, 35.
 109. Cf. VA., *Diccionario Teológico Beacon*, CNP, Kansas,1995,185.
 110. Cf. Berg D. en *Nuevo diccionario de teología Beacon*, CNP, Kansas City, 1995,185.
 111. Cf. Documento Lausana, *en Teología en el camino*, documentos compilados por Pedro Arana, Presencia, Lima, 1987, 38.
 112. Cf. VA., *Nuevo Diccionario de Teología*, CBP, El Paso Texas, 1992,269.

113. Cf. *Ibid.*
114. Cf. VILA S-SANTAMARÍA D., *Enciclopedia Ilustrada de la Iglesia*, CLIE. Terrasa Barcelona 1979, 258.
115. Cf. VILLA S. Santamaría, Op. Cit. 259.
116. Citado por STOLL D. *¿América Latina se vuelve protestante? Las políticas del crecimiento evangélico*, Abya-Yala. Ecuador, 1990, 95.
117. Cf. *Ibid.*, 1069.
118. Cf. *Ibid.*
119. Cf. SKEVINGTON WOOD A., Wesley, Juan 1703 – 1791 Op. Cit. 1069.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

SEGUNDA PARTE

El fenómeno de la religiosidad popular

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

Definiciones del término pueblo

1.1 Concepto bíblico de pueblo

En el sentido etimológico, que es a la vez el más teológico y más bíblico, “laico” hace referencia al “laos”, o sea, al pueblo de Dios. Por eso cuando hablamos de laicado nos estamos refiriendo al pueblo de Dios, y es exactamente lo mismo cuando hablamos de la Iglesia en su sentido global.

El sentido tradicional del concepto pueblo-laos-laicado debe superarse, así lo afirma categóricamente Maldonado¹²⁰, lo cual nos parece acertado puesto que es necesario volverse al sentido bíblico, como el principal. De hecho así está sucediendo: la teología del laicado de entenderse “sectorialmente” no avanza, y luego, a la inversa, con los movimientos laicos “escuetos”, si se separan del contexto “comunitario”, tampoco avanzan, si es que no retroceden o desaparecen. Por tanto, la definición de la Iglesia como pueblo de Dios es de orden esencial y primario; mientras que la definición de “laico” como algo aparte, como una subdivisión, es de orden secundario. Creemos, pues, que se debe dar al pueblo de Dios, a su unidad, la prioridad que le corresponde en cuanto anterior a toda distinción, incluso de derecho divino. De lo contrario, puede hacer daño, a esa comunión fundamental previa, a los ministerios que la vida muestra de la verdadera fraternidad de los cristianos (Mt. 12:44; 23:8; 28:25-40; Mr. 5:35; Lc. 8:21; Jn. 20:17).

Aunque la teología del laicado o pueblo de Dios ha sido cuestionada principalmente en tiempos recientes, parecen estar superados dichos cuestionamientos y ahora, con esta misma perspectiva, lo opuesto a laico no es ser clérigo o “espiritual” sino ser-no-pueblo. Es lo que describe 1 Pedro 2:10: “*Vosotros que antes erais no pueblo y que ahora sois pueblo de Dios*”. El conocido texto de Mt. 23:8-11: nos habla de la igualdad de los creyentes como hermanos:

“No os hagáis llamar Rabí porque uno solo es vuestro maestro y todos ustedes son hermanos. Ni llaméis Padre a nadie sobre la tierra porque uno solo es vuestro Padre el que está en el cielo”.

El respectivo comentario ataca la falsedad del jerarquismo del judaísmo que se contrapone a la fraternidad sin distinciones de los cristianos¹²¹.

1.1.1 Concepto culturalista de pueblo

Este concepto es el que presentan las Ciencias Humanas, no las teológicas. Maldonado lo considera como un concepto en el plano pre-teológico, en el sentido de que es como el presupuesto antropológico social del sentido teológico de pueblo. Debe partirse entonces de los resultados de las ciencias del folklore¹²²: de la etnología, la antropología social o cultural, tal como han ido evolucionando en el presente siglo. En primer lugar, han considerado al pueblo como una realidad que posee un alma, una conciencia colectiva, una sustancia. Pueblo, entonces, vuelve a ser una colectividad, un colectivo, pero unido por un principio interno, profundo (no puede ser en este sentido: masa, muchedumbre, conglomerado), aunque es necesario puntualizar que no todos los antropólogos sociales están de acuerdo con este punto de vista.

Este principio profundo (alma o espíritu) que se encarna en lo que se denomina cultura, acaba entendiéndose como una realidad con los componentes principales que constituyen a un pueblo, los que describen que el hombre produce con sus diversos elementos: la lengua, las costumbres, las instituciones, el sistema de creencias, el ambiente ecológico con toda su diversidad.

Esta definición tiene la idea globalizante y unitaria de pueblo. El pueblo no es un sector, un subgrupo, una fracción, una clase, sino la totalidad, los componentes de un grupo humano. Por tanto, es el sujeto colectivo poseedor y protagonista de una historia, de una tradición y una cultura común¹²³.

1.1.2 Concepto partisano de pueblo

Se entiende que al hablar del pueblo desde la acepción partisana se está indicando una parte de la nación, de la población, que se considera en oposición a las clases que poseen más bienestar, más instrucción, más poder. Se vive el fenómeno de la segregación y diferenciación social en relación con sus fundamentos económicos y sociales, es decir, las diferencias y desigualdades respecto del saber, del tener y del poder.

Mientras que el concepto culturalista de pueblo trata de expresar la unidad globalizante de pueblo, el partisano hace énfasis en los resquebrajamiento, fisuras, separaciones, y que, según el punto de vista de los que impulsan esta visión, evidencian injusticia de los sistemas económicos de propiedad, producción, distribución de la riqueza, etc. Sería un trabajo interesante – aunque no para el momento– encontrar el equilibrio entre estas dos concepciones de pueblo, puesto que ambas tienen elementos de verdad, aunque con fuerte inclinación al reduccionismo¹²⁴. Esos conceptos de pueblo y realidades sociales siguen siendo un desafío para la evangelización a otras culturas. Lo que podemos concluir es que cuando hablamos en castellano de pueblo y lo analizamos, por ejemplo, expresamos el sentido globalizante que considera en un mismo común denominador a los que vivimos en el mismo territorio, con la misma lengua, tradición y tierra. Ahora bien, tenemos que reconocer que el término pueblo es un tanto equívoco, pues si bien sabemos que es una realidad que allí está, se refiere a elementos diferenciados y, en cierto modo, encontrados. Empero, las nociones que describen el fenómeno popular no son mucho menos excluyentes, pero sí de alguna manera reflejan la complejidad del hecho en cuestión.

¹²⁰. Cf. MALDONADO L., “Pueblo, Laicado y Pueblo de Dios como Iglesia”, en Carthaginensia III, 1987, 179.

¹²¹. Cf. *Ibid*, 182.

¹²². Cf. *Ibid*.

¹²³. Cf. ID., “Religiosidad Popular” en Conceptos Fundamentales de Pastoral. Cristiandad, Madrid, 1983, 879.

¹²⁴. Cf. L. Cit.

Relación y distinción entre religión, religiosidad y fe

Al hablar del fenómeno “religión” no es posible hacer una separación tajante entre este, religiosidad y fe, puesto que la fe debe expresarse a través del rito con manifestaciones subjetivas, culturales y demás.

Es necesario, pues, distinguir estos tres aspectos que constituyen procesos interrelacionados, aunque en la práctica puede perder su correcta respectividad y su genuina jerarquización. De este modo, en la Reforma se señaló que la fe de la Iglesia había perdido pie, pues precisamente los ritos habían degenerado en ritualismos porque no solo no correspondían a la relación de la fe que presentan las Sagradas Escrituras, sino que estos ritos habían acaparado la primacía en lugar de estar subordinados y reorientados. La fe puede apagarse cuando pierde su contenido real. De la misma manera que las relaciones entre dos personas en la expresión de su amistad puede perder su contenido real, su dinamismo afectivo, quedando reducidas a los saludos, al hablar de las mismas cosas. De igual modo puede subsistir una religiosidad vacía de la fe. Por ejemplo, la gente asiste y llega a las iglesias, se saben el vaivén de los cantos, los gestos, que en sí mismos no son reprobables, pero no por ello podemos decir que todas las opciones del valor religioso están sustentadas por la fe como relaciones interpersonales con Dios. Es por ello que la religiosidad no tiene que tomar el primado a costa y en detrimento de la fe, sino que es necesario que esté subordinada y corresponda a la fe que parte de la fuente clásica de la teología: la revelación de Dios en Jesucristo de la cual dan testimonio las Sagradas Escrituras.

El proceso religioso, si se lleva a cabo a la inversa y la primacía la tiene la religiosidad y no la fe, entonces da lugar a una deformación de la relación religiosa que la convierte en una manipulación mágica de la divinidad. Desde el punto de vista de la fe bíblica en Dios, dicha manipulación de la divinidad no es un fenómeno marginal en la vida de las religiones, sino que penetra de tal manera todas las expresiones del comportamiento religioso

que, aun con el riesgo de exagerar, esta deformación de la relación con Dios aparece como lo absolutamente típico de dicho comportamiento religioso.

La tradición profética aplicó también esta crítica hacia adentro del comportamiento religioso judío con su característica seguridad y autosuficiencia en sí mismo¹²⁵. Acostumbrados los hijos del pueblo elegido a llevar multitud de sacrificios y holocaustos de corderos, sebo de animales gordos, sangre de bueyes y ovejas, cuando lo que la divinidad pedía era obediencia y fe en la vida diaria y no solo manifestadas por medio de esta adoración sacrificial y ritual que les había sido enseñado por Dios mismo, era necesario que vivieran en limpieza de vida y libres de pecado genuinamente.

El apóstol Pablo también continuó en esa dirección la argumentación polémica judía contra la relación de los paganos con Dios, a la relación legalista de los judíos con Dios. Los puso en evidencia con su falta de amor al prójimo y por lo tanto con Dios. Ellos habían recibido los mandamientos relacionados con amar a Dios y a sus semejantes. Sin embargo, el legalismo se los impidió. Pablo les demostró que Dios ama a todos los hombres y quiere que todos procedan al arrepentimiento.

Nosotros, los líderes cristianos, debemos hacer lo mismo que hizo Pablo cuando sea necesario. Hay que aplicar la misma crítica del comportamiento religioso de los cristianos. Eso obedece porque tal comportamiento legalista religioso está en contradicción con la auténtica piedad cristiana. Bien manifiesta Pannenberg respecto de lo que hemos venido afirmando: *“El abuso de la relación con Dios para manipularlo en aras de una autoaseguración del hombre mismo ha sido y seguirá siendo siempre una perversión de la fe”*¹²⁶.

2.1 Religión

Es necesario que se confronte y se aclare el sentido del término religión. Conviene precisar, hasta donde sea posible, ese concepto para no caer en definiciones parciales y muchas veces abstractas que no hacen justicia, excluyendo componentes fundamentales de la religión. En el sentido más amplio, la palabra religión designa *“cualquier conjunto de sistemas y acciones objetivo compartido por un grupo que dé al individuo un objeto de devoción y una orientación”*¹²⁷. La definición anterior implica que la

religión está constituida por creencias y sistemas de pensamiento, comportamientos y acciones visibles, formas o medios a través de los cuales expresan sus creencias en el ámbito social.

Se oyen expresiones como: “No creo en la religión evangélica porque es solo prohibiciones”, “no creo en el cristianismo porque lo obligan a uno a asistir regularmente a los templos”, “no estoy de acuerdo con los obispos y los pastores porque son unos interesados”, “no me cambio a la religión evangélica porque es una religión como cualquier otra y de todos modos todas las religiones nos llevan a Dios”. Estas afirmaciones muy generalizadas ponen de relieve la ausencia de claridad doctrinal y vivencial en lo tocante a la realidad de la religión en todos sus elementos constitutivos. Ahora, ¿cuáles son estos elementos? Podemos distinguirlos objetivamente, así como se distinguen sus manifestaciones. En efecto, toda religión está integrada por: a) Un sistema de convicciones o creencias que es el elemento doctrinal y teórico; b) Un conjunto de prácticas rituales, es decir medios, formas, a través de las cuales se vive y se expresa lo que se cree. Este elemento es el “cultural”; c) El elemento ético se expresa en normas de conducta que rigen la vida en lo comunitario; d) El elemento comunitario, que es un sistema de relaciones sociales e interpersonales. Lo anterior explica por qué en más de una ocasión los conceptos o ideas, críticas o elogios que se dirigen a una religión tocan tangencialmente a uno u otro de sus elementos dejando fuera a uno o más de sus elementos constitutivos.

Es cierto que también todo intento de dar una definición adecuada de religión, en cuanto a su naturaleza, resulta un tanto difícil. Ya desde el año 1912 el psicólogo norteamericano James Leuba podía contar con cuarenta y ocho definiciones distintas y en su propia opinión todas deficientes. Hoy por hoy, existen un poco más de doscientas¹²⁸.

2.1.1 Diversidad de significados del término religión

Como se ha mencionado, el concepto religión trae a la mente ideas diversas a diferentes personas. Algunos asumen que es la “creencia en Dios”; otros el mero hecho de orar o participar en un ritual y llenar una “cuota religiosa”, creyendo que es suficiente. Otros más bien la entienden como el acto de meditar sobre “algo” divino. Casi siempre que pensamos en algunas religiones más conocidas mundialmente, por ejemplo, la religión

católica, vienen a nuestra mente cosas tales como: catedrales, curas, rosarios, sotanas, cruces, escapularios, rezos como el Ave María, el Padre Nuestro y otros. Si pensamos en la religión evangélica llenan nuestra mente imágenes de: templos, coros, predicadores, conjuntos, plataformas, púlpitos, aplausos, gestos y demás, y si, por algún momento pensamos en el Hinduismo, quizás se mueven ideas en nuestra cabeza acerca de posiciones, ejercicios (Hata-yoga), meditaciones, respiraciones, (Pranayamas), ropajes, cantos sagrados, turbantes, etc. Pero si vamos más allá, nos encontramos con muchas personas que relacionan directamente la religión con una actitud emocional e individual respecto de algo que es supramundano y que de realidades terrenas no debe tener absolutamente nada. De una manera más simplista la quieren mirar otros, como moralidad, identificando esta con la religión en correspondencia y equivalencia mutuas. Si todo esto acontece en la realidad y en el diario vivir, ¿No es ya por demás evidente la complejidad del concepto religión? ¿No se hace aún más difícil detectar la esencia o naturaleza de la religión? Por añadidura, el fenómeno religioso se ha dado en todo tiempo y en todas partes del mundo. No existe una sola religión, sino muchas manifestando un claro pluralismo religioso.

Todo el que estudia la historia de la humanidad se percata que la religión es un hecho universal en el que los hombres buscan a “la divinidad” para depender de esta en sus necesidades de carácter personal, familiar y aun comunitario. Tratan de llevar una relación con el poder divino extraordinario, esperando reciprocidad en dicha relación. Ahora bien, es necesario puntualizar también la distinción entre religión natural y religión positiva: En la primera se han dado las primeras etapas de la historia de la religión que van desde la creencia en el “gran espíritu” de los animales, las aguas, los árboles, etapa propia de los pueblos cazadores y agrícolas, luego viene “El culto a los muertos”, que se convierten más tarde en seres sobrehumanos que vienen a considerarse protectores y avalistas del orden social imperante, esto es lo que Galindo llama la segunda etapa¹²⁹, pasando a etapas ulteriores y elementos que son imprescindibles.

En cuanto al rito, este es la expresión externa de lo que se cree. Se supone que sirve para establecer comunicación con el ser superior, y los hay de diferente modalidad: individuales, comunitarios, de nacimiento, de iniciación, para “consagrar” objetos que el hombre hace y utiliza: El rito pretende también transformar el significado de un lugar u objeto y que puede llegar a convertirse en sacramento.

Lo expuesto no corresponde solo a la religión natural. Sin embargo, en las religiones positivas que se fundan en la intervención de Dios en la historia de la humanidad, tales como el judaísmo y el Cristianismo, para estas Dios es un ser personal que se ha preocupado de no dejar al hombre al nivel de los simples ritos, mitos y tabúes, sino que espera de él decisiones y respuestas en conformidad con los principios por él establecidos, plasmados y revelados en las Escrituras. Dios mismo, por propia iniciativa, busca al hombre y se le hace encontradizo, por pura gracia, para hacer alianza con el hombre débil, no porque le necesite, sino porque Dios en su decisión libre le ha amado. El amor de Dios trasciende el estado de postración que aqueja a la criatura humana al afrontar los problemas que la misma vida plantea. En este sentido se habla de que la religión se mueve a otro nivel que el de lo puramente mágico. En tal virtud, antes de consignar las notas esenciales de religión, se hará una reseña de la diversidad del concepto.

2.1.2 Religión como conjunto de ritos

Es muy conocida la definición etimológica de religión que aporta Cicerón: *“La palabra latina religión se deriva de “re-ligere” que significa “estar atento, considerar, observar, mantenerse unidos”, (opuesto a “negligere” que significa descuidar, socavar)”*, en otras palabras religión significa:

“El cumplimiento consciente del deber; temor en un poder más alto”. Nos sigue diciendo Cicerón: “Todos aquellos que cumplen escrupulosamente todo lo referente al culto de los dioses y se la pasan leyendo y relejendo lo que concierne al culto, son llamados religiosos”¹³⁰.

Lo que importaba en esta época para los romanos no era un sentido profundo de dependencia, de adoración y menos de amor y una entrega total, todo se reducía al culto por el culto y sin percatación consciente para el culto. Entonces lo relevante de la religión era procurar estar en paz y a salvo con los dioses, con un fin evidentemente utilitario: que ellos le fueran propicios al hombre. Concluyendo: todo se reducía a un ceremonial frío y fijado en sus menores detalles importantes en el desarrollo del ritual. Indudablemente que esta concepción descrita no fue ni es exclusiva de la Religión Romana, puesto que el hombre siempre es el mismo en sus debilidades y frustraciones, y utiliza todos los medios para asegurarse contra los caprichos y actitudes antojadizas de “los dioses”.

Para los romanos era, pues, imprescindible el culto, desde esa perspectiva. El pueblo romano, como un pueblo de derecho y jurisprudencia, se encargó de que los movimientos, palabras y gestos estuviesen “codificados” en fórmulas rígidas interminables y complicadas, de cuyo correcto cumplimiento dependía la eficacia del rito. De hecho, los códigos referentes al culto eran numerosos. De aquí que uno de los oficios indispensables de los diversos órdenes sacerdotales—sobre todo el de los pontífices— era, como dice Cicerón, “leer y releer” todo lo concerniente al culto de los dioses.

2.1.3 Religión como retiro numinoso o santo

Cuando se habla de religión en el sentido de retiro numinoso la palabra clave es “relinquere” que etimológicamente significa retirarse, apartarse o alejarse. Este significado es muy antiguo y se le atribuye a un tal Sulpicio, que afirmaba lo siguiente. “*Reciben el nombre de religiosas aquellas cosas que están alejadas de nosotros y como puestas aparte a causa del carácter sagrado*”¹³¹.

Esta interpretación de religión es un poco más acertada que la de Cicerón. En este concepto, religión se refiere al orden u orientación del hombre con lo sagrado, no con lo ritual, sino con lo numinoso. Ahora, ¿qué es lo numinoso? Pues se ha entendido como “el tremendo misterio”, que se caracteriza por ser de impacto al hombre, por lo cual este se estremece y tiembla ante la majestad que muestra la superioridad del misterio, frente al cual el hombre se siente como nada.

Lo numinoso o santo, también es poderoso y fascinante. Es por ello que el hombre religioso experimenta a la vez temor y confianza, lejanía y familiaridad con lo divino. Dentro de algunos aspectos positivos que podemos analizar de esta concepción está, en primer lugar, el que posee un gran sentido de trascendencia. Dios no es nada de lo que el hombre puede decir de él, no es de lo que hay en la vida cotidiana. Esta afirmación tiene parte de verdad. Lutero y Barth la señalaron cada uno con sus propios términos y palabras. Lutero en ese sentido se refería a Dios como el “Deus Absconditus”, Barth hace hincapié en la inescrutabilidad, el misterio, el ocultamiento de Dios refiriéndose a Él como “el totalmente otro”.¹³²

De manera, pues, que en esta vivencia espontáneamente brota un sentimiento profundo de adoración que caracteriza la vida mística, un estar ante Dios en temor, pero también en amor y confianza. Por otra parte, es cierto que si la trascendencia obtura las tareas y problemas terrenales, entonces se cae en un trascendentalismo y la religión viene a ser una huida del mundo, de la historia. Eso es alienante.

Tampoco es ignorado que un místico casi siempre es individualista, aeclesial y egoísta. Con lo afirmado no es que se esté totalmente a favor de un “verticalismo” o que al rechazarlo se acepte un “horizontalismo” secularista que empuje y proyecte al hombre solo hacia delante. Más bien es necesario un “equilibrio” que se manifestaría al saber adorar al “totalmente otro”, consciente de nuestras realidades terrenas y situaciones problemáticas sabiendo que se hace presente en y por medio de Jesucristo, la revelación de Dios, de la cual dan testimonio Las Sagradas Escrituras.

2.1.4 La religión como crítica anti-fetichista

Es necesario llegar a San Agustín de Hipona para encontrarnos con una tercera posición que prácticamente dominó los puntos de vista teológicos de la Edad Media y aun hasta nuestros días en algunos sectores. Agustín de Hipona trata de explicar el asunto de la religión con su experiencia de la conversión: “Reeligere”. Él afirma que el pecado es aversión a Dios y tiene lugar en la medida en que nos convertimos inadecuada y torpemente a las criaturas, pero la religión es lo contrario: La conversión a Dios y aversión a las criaturas. Si se toma como válida y absoluta la primera posición se cae de nuevo en una huida de la historia y en una falta de compromiso con las realidades terrenas como lo ha enseñado y practicado el maniqueísmo que no es más que un sub-producto del gnosticismo antiguo, del cual fue cautivo por muchos años precisamente San Agustín.¹³³

El resultado al optar por la segunda premisa como absoluta sobre la aversión a Dios y versión sobre las criaturas es lo que se ha llamado “fetichismo”. El fetiche es un falso dios creado por el hombre y, en esencia, es el pecado el que reemplaza a Dios por un fetiche. En este caso, la religión se constituye en la crítica y rechazo del fetiche. De manera, pues, que cualquier cosa que se tome como absoluta, ya sea la vida, el dinero, el pecado personal o incluso la misma religión, es un fetiche. En esa postura

no se reconoce a Dios como absolutamente-absoluto, lo cual permite el declarar a todas las demás realidades como relativas.

En otras palabras: el hombre puede adorar animales, árboles, ídolos de madera, plata, oro o piedra y aun a un Dios invisible, un hombre santo, o férreo caudillo, el dinero y el éxito. Todo esto puede conducir a la destrucción del amor fraterno que es la exigencia de Jesús, la única verdad, porque Dios es amor revelado en Jesús. El amor es la vida misma y esto es el centro en el culto cristiano.

2.1.5 La religión como compromiso

La cuarta etimología de la palabra religión la proporciona Lactancio: “Re-ligare” que significa: “Atar”, “mantener junto”, “una relación estrecha y duradera” con lo divino. Desde esa perspectiva, entonces, el hombre debe estar conectado con Dios por el lazo de la religiosidad. Desde este punto de mira la religión es un hecho que entra en el dominio de la interioridad y del sentimiento humano. Se nace con la obligación de dar a Dios, que nos ha creado justos y quien nos ha pedido obsequios. A Él solo debemos reconocer y seguir. A Dios estamos fuertemente atados y religados con el vínculo de la piedad de donde toma nombre la palabra religión, pero no como pensaba Cicerón, de releer, sino de religar.¹³⁴

Etimológicamente, parece la interpretación más aceptada, aunque después va adquiriendo una connotación compleja. Se la ha considerado como una de las más profundas. De aquí que haya sido aceptada casi universalmente por todos los tratadistas posteriores, empezando por el propio San Agustín, que se inclina sobre ella y monta su concepción de religión a partir de “religatio”, o “religare”, que afirma que estamos atados a Dios con el vínculo o nudo de la piedad. Esto viene a ser una atadura moral, familiar, que supone que todos los hombres tenemos un mismo origen y una misma sangre, y padre común. Por todo ello “estamos religados” no solo a Dios, sino también entre nosotros. Pero la piedad no es solamente una dimensión metafísica y una disposición o compromiso social, sino una orientación principalmente del hombre a Dios. Todas las cosas deben revertir en Dios como fin último, pero solo en el hombre este orden se produce de manera consciente, el asumir libremente esta orientación objetiva hacia Dios que es: “religación” o religión.

2.1.6 Concepto teológico y bíblico de religión

Juan Calvino, uno de los prominentes reformadores del siglo XVI, no tuvo empacho en titular su tratado de teología cristiana con el nombre de: “Institución de la Religión Cristiana”.¹³⁵ En este tratado, Calvino refuta el concepto de religión que maneja Cicerón: “Volver a leer”, porque la cree antojadiza y forzada. La entiende como: “Algo que se opone a la vida licenciosa” y que practica “todo el mundo”, pero haciendo lo que se le ocurra yendo de un lado a otro.

Cabe mencionar, por otra parte, que Calvino relaciona el contenido y la forma de religión, con los diez mandamientos y toda la ley que promulgó Dios por medio de Moisés.¹³⁶ De tal manera pues que, para Calvino, la esencia de la religión con sus normas, preceptos y sus formas son un impedimento con el propósito que el hombre no se desenfrene en el libertinaje, sino permanezca en la piedad. Por lo tanto, la religión y la piedad deben ir siempre de la mano. A pesar de todo, Calvino afirma que la religión se puede corromper y pervertir cuando se mezclan errores y falsedades.

En la parte bíblica, Santiago en su epístola utiliza la palabra griega THRESKEIA para religión. El significado de esta tiene que ver con el aspecto externo de la religión. Santiago lo utiliza a propósito para contrastar lo irreal y lo engañoso con lo que él llama la “Religión Pura” que consiste en “visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y en mantenerse uno mismo sin mancha del mundo”¹³⁷. Estas definiciones bíblicas no se refieren, sin embargo, a lo central o a la suma total de lo que debe entenderse como la fe vivida de manera integral. Es decir, a la norma de las acciones externas y condiciones internas espirituales del hombre como resultado del encuentro con su Dios.

Tampoco debemos perder de vista que Santiago, en todo el contexto de su carta, está hablando de obras y acciones que proceden de la fe genuina. Por eso, entre otras exhortaciones, nos pide que seamos hacedores de la Palabra y no tan solamente oidores. Además, nos explica que nuestra fe debe ser sin acepción de personas, mostrando obras de fe hacia los necesitados. En consecuencia, afirma que si alguno se considera religioso, guiándose de lo externo, y no refrena su lengua que expresa lo que el

corazón tiene (de la abundancia del corazón habla la boca), la religión del tal es vana. Porque la fe sin obras está muerta.

Santiago no contradice a Pablo en cuanto a la justificación por la fe. Tampoco ve una contradicción entre la religión pura como aspecto externo y la fe como una convicción interna. Más bien, ve la fe de manera integral: Las obras de la fe son un resultado indefectible de la justificación por la fe. Por lo tanto, cita dos ejemplos en los cuales la fe se manifestó en obras de fe. El primer ejemplo se refiere a Abraham que creyó a Dios y le fue contado por justicia. El segundo ejemplo se refiere a Rahab la ramera que creyó y recibió a los mensajeros por lo que fue justificada por las obras.

En lo anterior queda claro que Santiago hace énfasis en la *threskeia*, como lo externo que resulta de la *pistis*, pero no discurre ampliamente sobre la vida de fe. Por lo tanto, concluimos al igual que Calvino que los aspectos externos de la religión se pueden pervertir cuando se les da prioridad a costa de la fe genuina. Por otro lado, el hombre puede conocer y practicar los aspectos externos religiosos sin tener un verdadero encuentro con Jesucristo por medio de la fe. Esto sería religiosidad vana. En cuanto al concepto teológico de religión, fuera de la verdadera religión revelada, manejo el mismo concepto de Barth que ya he citado y afirma que la religión viene a ser un cúmulo de vanos esfuerzos humanos para asegurarse equivocadamente el favor de Dios.

2.2 Religiosidad

Llamaremos religiosidad a los aspectos subjetivos del fenómeno religioso como se manifiestan en la subjetividad de cada uno de los individuos. Se trata, pues, de gestos y valoraciones que hemos asumido a diversos niveles como expresiones espontáneas de una vivencia interior. En cualquier caso, la religiosidad cobra relevancia en el mismo nivel de nuestra cultura, particularmente en la manera propia de expresar, de decir, de contar. Así cuando nos detenemos a observar y analizar ciertas señales, prácticas religiosas, gestos de adoración, cuando alguien se arrodilla, etc., y buscamos el contenido de esa vivencia con lo sagrado, estamos buscando su sentido.

Supuesto lo anterior, es fácil entender el riesgo que es inherente a toda religiosidad, puesto que la razón, las emociones, los sentimientos pueden confundirse con la espiritualidad. De ser así, ya no hay compromiso y la

espiritualidad viene a ser una alienación. Pero este aspecto se tratará más adelante.

2.3 Fe

Desde el punto de vista bíblico neotestamentario existen básicamente dos palabras para designar fe: *pistis* como sustantivo, y como verbo de la misma raíz *pisteuein*. Estas dos palabras tienen significados distintos dependiendo de la ocasión y el contexto en que aparecen.¹³⁸ A pesar de la diversidad de significados y connotaciones de la palabra fe (*pistis*) generalmente se une en un sentido activo con los siguientes significados: a) Una convicción intelectual que descansa sobre el testimonio de otro. En consecuencia, está fundamentada en la confianza de ese otro, más que por la propia investigación; b) Una actitud confiada en Dios que se ha revelado en Jesús el Cristo. Sobre estos dos significados y las epístolas de Pablo, Berkof formula dos cosas. La primera es que en la mayoría de los pasajes donde aparecen los términos relacionados con la fe, hablan más de la confianza en Cristo que de la confianza intelectual que cree por un tercero, mencionada en el inciso (a). La segunda es que se desprenden naturalmente las etapas sucesivas de la fe: a) Confianza general en Dios y Cristo; b) Aceptación de su testimonio sobre la base de aquella confianza; y c) Sumisión a Cristo y confianza en Él para la salvación del alma. Esta última se le conoce específicamente como la fe salvadora: La salvación otorgada por Dios en Cristo al hombre “*Por medio de la fe*”: “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe*”.¹³⁹

Desde los tiempos de la Iglesia primitiva la fe era considerada como la condición más esencial para la salvación, por una parte, y por otra el arrepentimiento. No obstante, se careció de reflexión sobre la naturaleza de la fe, de tal manera que había una tendencia a usar la palabra fe para denotar la aceptación sobre la base del testimonio. También se le empleaba como el sometimiento a la verdad recibida de manera intelectual.¹⁴⁰

Si lo vemos desde una perspectiva histórico-teológica, ya los alejandrinos contrastaban *pistis* con *gnosis*, considerando la primera (más filosófica que teológicamente) como un conocimiento inicial. Tertuliano, uno de los padres de la Iglesia, reconocía la fe que se basa sobre autoridad divina, no garantizada por la razón humana. También usó la fe en un sentido

objetivo, como designación de algo que debe ser creído (*regula fidei*). Agustín de Hipona habló de la fe en más de un sentido: Algunas veces la consideró como un mero asentimiento intelectual; a la fe evangélica o justificante como que incluía el sometimiento y el amor. También se inclinaba a creer que la fe y la justificación eran sinónimas, confundiendo la justificación con la santificación. Tomás de Aquino define la virtud de la fe como: *Un hábito de la mente, por razón de la cual la vida eterna tiene su irrupción en nosotros, hasta donde hace que el intelecto dé su asentimiento a las cosas que no se ven*¹⁴¹. Sobre la base de lo mencionado, es necesario diferenciar la *fides histórica* que se aplica al *dogma* y a la escritura de la fe como una relación personal del hombre con el Dios personal. Porque la fe que justifica no se reduce al conocimiento histórico, sino que consiste en prestar anuencia y plena confianza en la promesa de Dios en la que se nos ofrece gratuitamente, por causa de Cristo, la remisión de los pecados.

Por otra parte, se ha hablado del sujeto de la fe y el objeto de la fe. La primera viene a ser el hombre. La segunda es Dios, el cual es el fundamento de la fe. Las Sagradas Escrituras como regla de fe y el dogma como reflexión sobre estas dan testimonio, cada uno a su manera, del único objeto de la fe, pero no son por sí mismos ese objeto, por lo que no deben confundirse. En ese sentido no se puede aceptar una fe de autoridad histórica como la norma (más bien es un punto de apoyo); de ser así, sería una verdadera desviación de la fe como relación personal con Dios. No se puede estar en favor de una doctrina que pone en lugar de Dios a la Biblia, o los mismos dones al servicio de la Iglesia. En suma: no es la relación de fe con la Iglesia principalmente, sino con aquel a quien ella anuncia. No con la Biblia, que puede degenerar en “bibliolatría”, sino con aquel de quien esta da testimonio. No con la herencia doctrinal, sino con aquel que ella transmite: Dios revelado en Jesucristo.

No obstante, es menester no olvidar la íntima relación fe-escritura. No hay fe sin Escritura, ni Escritura sin fe. Para obtener fe instituyó Dios el ministerio de la predicación del Evangelio. La fe viene por el oír, pero no oír cualquier cosa, por inefable que esta sea, sino el oír la Palabra de Dios.¹⁴² De aquí que la fe no tenga su origen en el hombre, sino por la palabra dada por Dios en un acto libre de amor. En otras palabras: la fe es un regalo de Dios: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe y esto no de vosotros pues es don de Dios no por obras para que nadie se*

glorié".¹⁴³ Una fe que no tiene origen en la Palabra debe ser considerada con respecto a la fe cristiana como religiosidad, que viene a ser lo que comúnmente se ha llamado "el conocimiento natural de Dios". Allí no puede haber una relación personal en Jesucristo, sino con el Dios sin rostro, que es aterrador y místico a la vez. Cuando hablamos del sujeto y la naturaleza de la fe podemos decir que la fe es el acto de un sujeto. La fe en Dios reclama la fe del hombre, pues Dios se abre al hombre en Jesucristo y luego el hombre da una respuesta integral a Dios. Esto expresa el carácter dialógico de las relaciones Dios-hombre, Cristo-creyente, por la fe sola.¹⁴⁴

Cabe señalar, por otra parte, que sin el acto de fe, el objeto y el fundamento de la fe son inoperantes. La fe es ciertamente obra de Dios, pero Dios quiere atraer al hombre a esta obra. Así, el sujeto es llamado a creer, sobre la base de la fe que Dios ha creado en él. Sin este acto de fe, Dios se convierte en un extraño para el sujeto. Pero precisamente el acto de fe hace que Dios venga a ser un Dios para el creyente. De tal suerte que tener un Dios no es sino creer en Él de todo corazón, y de todo corazón poner en Él la confianza; como se ha afirmado suficientemente, que "la confianza y la fe del corazón hacen al Dios y al ídolo". Esta correlación entre el acto de fe y su objeto se expresa también en la confianza, que está basada en la misericordia prometida por Dios. La fe entonces es confianza y esta no es sino un riesgo. Es fe a pesar de todo, esperanza contra esperanza, es "la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve".¹⁴⁵ Este acto hace al hombre confiar, vivir en medio de un mundo convulsionado e inestable y relacionarse con los demás hombres que existen en la tierra. Así, la fe en su naturaleza es asunto de todo el hombre, que es una unidad psicósomática. He aquí que el carácter integral de esta no concierne solo a tal o cual función particular del hombre: estética, afectiva, intelectual o moral, sino a todas sus funciones iluminadas por "la sola fe", "la sola gracia", en "Cristo Solo".¹⁴⁶

Al hablar de la fe no podemos dejar por un lado la justificación por la fe que es precisamente la obra de Cristo: su encarnación, vida, muerte y resurrección, para reconciliarnos y redimirnos de pecado. Esto se llama adopción filial. La justificación es la absolución de la sentencia pronunciada por la ley, es la justificación del pecador y esto implica que esta sea "forense". No procede del hombre, sino de Dios. Dios declara justo en su hijo Jesucristo al hombre que sigue teniendo una naturaleza pecaminosa.

Esta justificación, a su vez, es por la “gracia sola” que entraña la “fe sola”. Delante de Dios los hombres no pueden ser justificados por sus propias fuerzas, méritos u obras, sino que son justificados gratuitamente a causa de Cristo por la *sola fe*. La fe tiene así por fundamento y por objeto la persona y la obra de Cristo testimoniados en el Evangelio que revela el amor de Dios en Cristo.¹⁴⁷

125. Cf. Is. 1:11-17, Mal. 1:6-14.

126. Cf. PANNENBERG W., *Teología Sistemática I*. UPCO, Madrid, 1988, 200.

127. Cf. VA. *Diccionario de Religiones Comparadas II*, Sigüeme, Salamanca, 1986, 226.

128. Cf. GALINDO F., *El Protestantismo Fundamentalista. Una experiencia ambigua para América Latina*. Verbo Divino, Estella, Navarra, 1992,50.

129. Cf. GALINDO F., Op. Cit., 51.

130. Citado por MARQUINEZ G. -HOUGHTON T., *Los Valores Religiosos*, en ID, *El hombre latinoamericano y sus valores*, Nueva América, Bogotá, 1991, 397.

131. Cf. MARQUINEZ G., HOUGHTON T., Op. Cit., 403.

132. Cf. RAMM B. *Diccionario de Teología Contemporánea.*, CBP, El Paso TX., 1984, 38.

133. Cf. MARTINEZ G., HOUGHTON T., Op. Cit.,

134. Cf. *Ibid.*

135. Cf. CALVINO J., *Institución de la Religión Cristiana*, Fundación Editorial de Literatura Reformada, Rijswijk, Países Bajos, 1968, 63.

136. Cf. *Ibid.*, 246.

137. Cf. VINE W., *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, Clie, Barcelona, 1989, 343.

138. Cf. BERKOF L., *Teología Sistemática*, T.E.L.L. Michigan, E.E.U.U., 1995, 590.

139. Cf. Ef., 2:8-9.

140. Cf. BERKOF L., Op. Cit., 594.

141. Cf. *Ibid.*,

142. Cf. Rom., 10:9-10.

143. Cf. Ef., 2:8-9.

144. Cf. GOMEZ HERAS J., *Teología Protestante, Sistema e Historia*, B.A.C., Madrid, 1972, 31.

145. Cf. Heb., 11:1

146. Cf. GOMEZ HERAS J., Op. Cit., 44.

147. Cf. VA. *Diccionario de Teología.*, T.E.L.L., Grand Rapids, Michigan, 1985, 306.

Tipología de la religiosidad popular evangélica

Enseguida se ofrece una presentación breve de algunas de las expresiones de religiosidad popular en algunas iglesias evangélicas, que son también, en alguna medida, una expresión de la religiosidad popular evangélica latinoamericana. Aunque sabemos que las expresiones suelen adoptar características muy propias de acuerdo al lugar, tienen puntos de convergencia. El analizar estas expresiones a la luz de la revelación escrita, nos ayudará a comprender y reflexionar acerca de nuestro alejamiento de las Sagradas Escrituras y del primado de la fe como don de Dios en Jesucristo. El constatar que estas expresiones no corresponden a una fe genuina; nos pondrá en evidencia que hemos incurrido en el ritualismo sin un compromiso real de vida, al alejarnos de la fe viva y comprometida. Por tanto, no se tendrá la posibilidad de incidir realmente en los individuos y la sociedad, comenzando por nuestras propias iglesias que han caído en legalismo, frialdad e indiferencia espiritual. Como consecuencia, no existirá la creación de un orden más acorde con los principios evangélicos y el culto cristiano. Porque según la fe que se imparte así también resulta una determinada configuración religiosa y sociocultural.

Se hace la salvedad que, hasta donde se sabe, no existe abundante bibliografía que aborde el tema de la religiosidad popular “evangélica” desde la perspectiva que se presenta en este trabajo. Por tanto corremos el riesgo, no solo de señalar los peligros, sino de aportar soluciones, lo cual es mucho más difícil. También queremos dejar constancia que no se trata de anular la mayoría de estas expresiones, sino reorientarlas. Tampoco condenamos a quienes las practican, porque en Cristo Jesús hemos sido llamados a ser libres de toda imposición: “*Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo*”¹⁴⁸. Cuando las expresiones de religiosidad evangélica no rayan en el paganismo, la magia o la superstición es válido el principio paulino que dice que todo creyente, haga lo que haga y practique lo que practique, debe hacerlo para la gloria de Dios, toda vez lo haga con una conciencia limpia:

“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”.¹⁴⁹

3.1 Ungimiento de objetos

El procedimiento de ungir los objetos con oración e imposición de manos o bien con aceite de olivo (en su defecto se usa aceite para cocinar, no importa la marca), se ha convertido en una práctica supersticiosa que procura satisfacer las diversas necesidades físicas y espirituales del afectado, sin que medie la voluntad perfecta de Dios.

Esto no es nada nuevo. Este “método” se hizo popular en el siglo V de la era cristiana. Pedazos de tela eran pasados por los restos del santo para que quedaran impregnados de santidad y poder. Luego los usuarios cristianos lo que debían hacer era tomar ese paño y frotarlo sobre el cuerpo enfermo, sobre la casa nueva o sobre el hechizado, para satisfacer la necesidad de protección, salud y liberación. Al terminar de realizar la unción se esperaba, sin más, el resultado beneficioso de este “poder mediador” en favor del creyente.

En pleno siglo XX sigue siendo popular, en alguna medida, el “método” de los paños ungidos principalmente para fines de sanidad. El Dr. Emilio Núñez relata su experiencia propia, muy esclarecedora, al respecto. Explica en su libro “La Biblia y la sanidad divina” que se encontraba de visita en un pueblo de Texas y al pasar frente a una carpa, un amigo que lo acompañaba le explicó que en ese lugar el predicador acostumbraba a quitarse la camisa en la plataforma misma después de predicar para luego cortarla en pedazos, para luego, distribuirlos a los necesitados con el propósito de ser usados como medios curativos.¹⁵⁰

Es obvio que la gente recibe estos paños (llamados “brandeas” desde la época medieval) porque creen que están ungidos de poder. Esta práctica proviene de magia o algo parecido. El hecho de convertir en “método” lo que Dios no ha dado como tal, conduce a desvirtuar la soberanía de Dios y a impulsar el método humano. Estas prácticas de religiosidad popular rayan en la superstición en cuanto conducen a atribuir virtudes a los paños “ungidos” independientemente de las disposiciones personales de fe y de la voluntad de Dios. También podríamos calificar esta práctica de magicismo.

El problema del unguimiento de objetos comienza al repetir algunas manifestaciones que se dieron alguna vez por intervención divina para una persona específica y su necesidad particular. Por ejemplo el caso de Pablo: llevaban sus paños a los enfermos, estos sanaban y los espíritus malos se iban. Si esta fuera la regla, tendríamos que repetir muchos actos que se dieron por el mandato específico de Dios para solucionar determinado problema. Por ejemplo: Dios le dio instrucciones precisas a Moisés respecto del uso de una vara para usarla en los momentos de prueba y demostrar la autoridad que había recibido de Dios. Así fue como Moisés extendió su vara hacia el mar Rojo y este se abrió cuando ya casi era alcanzado el pueblo de Israel por el faraón que pretendía destruirlo.

¿Significa esto que hoy todos tengamos que llevar una vara y usarla en la misma forma? O ¿tendríamos que dar siete vueltas alrededor del enemigo cuando tengamos cualquier clase de problema, como lo hizo el pueblo de Israel en Jericó? Es obvio que no. Tampoco el cristiano debe llevar paños “ungidos” por el predicador o evangelista y luego hacer un frotamiento y colocarlo en el lugar afectado. Esto es superstición. El error estriba precisamente en querer repetir el mismo acto, sin la conciencia explícita de la fe, de la gracia, de la misericordia que proviene de Dios.

El Dr. Núñez, habla de esta desviación doctrinal en estos términos

*“Se ha dicho, con sobrada razón, que lo peor que puede pasarle al testimonio escritural es abrazarlo y abusar de él hasta llevarlo al ridículo, a la superstición, a la religiosidad espuria”.*¹⁵¹

Es evidente que todo intento mágico de sujetar a Dios por medio de actos repetitivos, sin una auténtica comunión espiritual no encaja bajo el régimen de la soberanía de Dios, sino bajo el cálculo humano. No puede darse la relación personal Dios-creyente, si no se vive en una actitud de abandono, de confianza total y de apertura al designio de Dios, lo cual manifiesta la actitud de fe. El Doctor G. Báez Camargo ha calificado estas prácticas de supersticiones y de curandeísmo protestante.¹⁵²

3.2 Imposición de manos sobre objetos

La doctrina de la imposición de manos siempre ha sido símbolo de la transmisión de una bendición. Esta se ha realizado de padres a hijos, de abuelos a nietos, cuando se trata de bendecir a los seres amados. El dato de

las Sagradas Escrituras en el Antiguo Testamento nos muestra además otros propósitos de esta práctica: la carga de la culpa: *“Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y será aceptado para expiación suya”* (Lv. 1:48, 23).

En el Nuevo Testamento Jesús mismo solía imponer las manos al hacer un milagro de sanidad:

“No pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos poniendo sobre ellos las manos” (Mc. 6:5). *“Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba”* (Lc. 4:40); y cuando bendecía a los niños *“De cierto os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomándolos en los brazos, ponía las manos sobre ellos y los bendecía”* (Mr. 10:15-16).

En la iglesia apostólica la imposición de manos se practicó para impartir bendición espiritual a los hermanos de las incipientes y pujantes iglesias: *“Y habiéndoles impuesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaban”*(Hch. 19:6). En otros casos para: a) Delegar autoridad; b) Respaldar el nombramiento de algún hermano para un oficio; c) Asumir una nueva responsabilidad: *“Agradó la propuesta a toda la multitud y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, Prócor, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. A estos presentaron ante los apóstoles, quienes orando, les impusieron las manos* (Hch. 6:6), *“No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio”* (1Ti. 4:14).

Aun con toda la evidencia de las Sagradas Escrituras respecto a esta doctrina, con tristeza hemos observado la perversión de la misma. Algunas iglesias han abaratado, han rebajado con ligereza esta práctica en una práctica supersticiosa. Se ha instruido a la congregación que debe actuar e imponer manos cuando la casa se ha terminado de construir y se va a estrenar, sobre su automóvil cuando este se descompone, cuando la chapa de la puerta se ha atascado, sobre cualquier objeto para que no se lo roben o no se destruya.

Cuando la imposición de manos sobre objetos se hace con el propósito de santificarlos, también se comete un grave error doctrinal, porque la santidad del objeto no es, en primer lugar, por el objeto mismo. En segundo lugar, porque la santidad de los objetos o instrumentos es por el uso que se

les dé y quien se los dé. Por ejemplo: si el piano que se usa en los cultos de alabanza en la iglesia está consagrado para acompañar cantos de adoración al Señor y quien lo ejecuta es un hombre que vive en santidad, entonces el piano es santo. De lo contrario, aunque se imponga manos sobre el instrumento, si el uso es vil y el que lo ejecuta no está consagrado, el instrumento es vil.

Existe una variante en este tipo de práctica, la de poner nuestras manos sobre el televisor o sobre el aparato de radio, cuando a través de estos se está difundiendo una campaña de “sanidad divina”. Así se cree que podemos recibir sanidad de esta forma, a larga distancia, poniendo nuestra fe en acción. Es cierto que Dios puede, en su misericordia, responder a una práctica de esta naturaleza, pero por pura compasión para con sus hijos. Sin embargo, el problema es querer manipular a Dios por medio de estas prácticas supersticiosas sin que medie la fe en la voluntad perfecta de Dios. A este respecto el Dr. Núñez ha dicho que: “ni bíblica y ni teológicamente se justifican semejantes prácticas”. Creemos que no hay necesidad de caer en semejantes excesos, que tienen todas las características de superstición degradante.

Al revisar la Palabra de Dios hemos encontrado claramente que la imposición de manos siempre fue sobre personas, y con el propósito de bendición espiritual. En otros casos, como señalamos, con el fin de apoyar y respaldar algún cargo eclesiástico. Nunca se hizo sobre objetos con tal de restaurarlos o protegerlos. Es más, hay un mandamiento de Pablo y Timoteo respecto de la imposición de manos, que nos aclara el peligro de generalizar irreflexivamente esta práctica: “*No impongas con ligereza las manos a ninguno [...] (1Ti. 5:22)*”. Así que aun en los casos permitidos con los ejemplos escriturales debemos proceder con discernimiento.

3.3 Los santos ungidos modernos

En el Antiguo Testamento vemos que Dios ungió con su Espíritu a algunos hombres del pueblo de Israel con el propósito de que realizaran tareas específicas. Por ejemplo: Dios llenó con su Espíritu a Bezaleel hijo de Uri para que inventara diseños y trabajara con toda ciencia y sabiduría en el tabernáculo; ungió a un Moisés para que libertara al pueblo de Israel; a un Sansón para que derrotara a los enemigos de Israel; a un Samuel para que restaurara el sacerdocio; a un David para que reinara sobre su pueblo.

En fin, Dios los ungió con su Espíritu para que llevaran a cabo una misión como hombres ungidos de Dios.

En el caso del sacerdocio, de igual manera, Dios solamente levantó algunos hombres. Escogió a Aarón como sumo sacerdote y a un grupo de sacerdotes de la tribu de Leví para que ellos se acercaran ante su presencia y presentaran las ofrendas y sacrificios establecidos por Dios. Estos pueden considerarse también como los ungidos de Jehová en el Antiguo Testamento para que fueran los “mediadores” entre Él y su pueblo. La razón por la que no todos fueran escogidos es bien clara. Veamos: en el Antiguo Testamento Dios deseaba que todos los de su pueblo fueran sacerdotes:

“Si ahora ustedes me son del todo obedientes, y cumplen mi pacto, serán mi propiedad exclusiva entre todas las naciones. Aunque toda la tierra me pertenece, ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”.¹⁵³

Sin embargo, a causa del pecado de idolatría del pueblo ya no se llevó a cabo este plan. Dios tuvo que dividir a Israel en sacerdotes y pueblo. Esto ocurrió cuando Moisés estaba en el monte Sinaí, mientras el pueblo estaba en el valle. El pueblo pensó que Moisés ya no regresaría. Sus mentes se embotaron y sus corazones se desviaron a la idolatría. “Al ver Moisés que el pueblo estaba desenfrenado y que Aarón les había permitido desmandarse y convertirse en el hazmerreír de sus enemigos, se puso a la entrada del campamento y dijo: *“Todo al que esté de parte del Señor que se pase de mi lado”*. Y se le unieron todos los levitas. Entonces les dijo Moisés:

“El Señor y Dios de Israel ordena lo siguiente: Ciñase cada uno la espada y recorra todo el campamento de un extremo a otro, y mate al que se le ponga enfrente, sea hermano, amigo o vecino”.

Los levitas hicieron lo que les mandó Moisés, y aquel día mataron como a tres mil israelitas. Entonces dijo Moisés: *“Hoy han recibido ustedes plena autoridad de parte del Señor; Él los ha bendecido este día, pues se pusieron en contra de sus propios hijos y hermanos”*¹⁵⁴.

Así fue como perdió el sacerdocio el resto del pueblo de Israel y los levitas obtuvieron la investidura sacerdotal. Las otras tribus fueron infieles, pero la tribu de Leví fue fiel. Solamente los levitas se quedaron con el sacerdocio. De aquí en adelante hubo separación entre “sacerdotes” y “pueblo”. Los primeros servirían a Dios, podrían hacer sacrificios, entrar al

templo, ser mediadores, contemplar la presencia de Dios, oír la voz de Dios, en fin, tenían acceso a las cosas sagradas, pero los segundos necesitarían mediadores que intercedieran por ellos. De ahí en adelante, el pueblo de Israel no podía acercarse directamente a Dios a ofrecer una ofrenda, un sacrificio o una petición, tenía que hacerlo a través de un intercesor sacerdote que recibía los sacrificios. Pero antes de ofrecer los sacrificios y peticiones del pueblo, él mismo tenía que ofrecer su propio sacrificio por sus pecados, para interceder a Dios por el pueblo. Sin embargo, Dios nunca lo deseó así, pues había planeado que todo Israel fuera un reino de sacerdotes. Ese plan lo cumplió en el sacerdocio de la Iglesia. Chafer hace una distinción en la singularidad de ambos sacerdocios: *“Israel tenía un sacerdocio; la Iglesia es un sacerdocio”*¹⁵⁵.

De ahí que en el Nuevo Testamento nos encontremos con la verdad preciosa, que todo aquel que cree en el Señor Jesucristo es hecho legalmente ante Dios un verdadero hijo y es constituido en un sacerdote. Es un ungido por el Espíritu Santo, que tiene acceso al Padre, en el nombre de Jesús, sin necesidad de que haya un tercero, como intermediario, para que Dios responda a sus peticiones. Cuando Jesús murió y su sangre fue derramada, el velo se rompió y tuvimos acceso al Lugar Santísimo. En Hebreos capítulo 10 vamos a encontrar esa verdad. Los capítulos 8, 9 y 10 de Hebreos hablan acerca de que hay un solo mediador ahora, de un mejor pacto, que es el Señor Jesús. Hablan de cómo había un tabernáculo terrenal con todos los utensilios para que los sacerdotes sirvieran los sacrificios. Pero, todo eso fue abolido por el sacrificio de Cristo. Por eso, en el capítulo 10:19 a manera de conclusión dice esto: *“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo”* por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero.

Por lo anterior, se puede afirmar categóricamente que en Cristo Jesús, ya no hay solamente unos ungidos, sino que todos y cada uno de los que han creído en él son conocidos, predestinados, llamados, justificados, santificados, glorificados, amados, elegidos, llenos del Espíritu y forman parte del reino de sacerdotes. En consecuencia, todo cristiano tiene acceso a Dios por medio de la oración, puede ofrecer sacrificios espirituales, puede

interceder por otros, puede predicar de manera formal o informal. Por lo que no necesita de santos ungidos intercesores que medien a favor de él.

Sin embargo, en todo el período de la iglesia medieval, se perdió de vista esas verdades fundamentales con respecto a lo que significa ser un verdadero cristiano. Se ignoraron los derechos y realidades espirituales de los hijos de Dios. Además, hubo una carencia de las doctrinas: antropológicas, soteriológicas y cristológicas eminentemente bíblicas, lo que provocó una ignorancia generalizada. Con razón se le ha llamado a la Época Medieval el Período del Oscurantismo. Ahora bien, ¿cuál fue la Iglesia Medieval? Fue la Iglesia que existió más o menos durante mil años: Del año 476, que fue la caída de Roma, al año 1453 que fue la caída de Constantinopla.¹⁵⁶ Durante esos mil años, la iglesia del Señor era una sola. Allí todavía no había una Iglesia Evangélica, tampoco se había originado lo que es hoy la organización Católica Romana. En este período la Iglesia comenzó a desviarse cuando comenzó a poner la mirada en hombres a los que llamó santos-mártires porque muchos de ellos murieron defendiendo la fe del Evangelio¹⁵⁷.

Hombres que eran de verdad santos, apartados del mundo y del pecado. Cuando murieron, sus cuerpos fueron enterrados en los altares o atrios de las catedrales, que eran los santuarios de aquel entonces. El pueblo comenzó a creer que aquellos hombres santos llegaron a tener el poder y la virtud de interceder por ellos. Es decir, los muertos intercediendo ante Dios para otorgar favores a los vivos.

Cuanto más se consolidaba la Época Medieval, más santos se agregaban. El número de santos llegó a cientos. Paralelamente, se le iban atribuyendo poderes sanadores a cada uno de ellos. Pero el colmo fue que llegaron a creer que los restos de estos hombres podían causar un milagro a las personas necesitadas con solo tocarlos o besarlos. También, comenzaron a practicarse las peregrinaciones o caminatas hacia esos lugares donde habían enterrado los santos ungidos de Dios. Oficialmente se les llamó santos intercesores. La Iglesia Medieval se desvió, cometiendo el gran error de dejar a Cristo, sustituyéndolo por los santos intercesores y la virgen María. Se les olvidó la condición de hijos de Dios y posición sacerdotal.

En esa misma dirección, la Iglesia Evangélica en los últimos años ha estado rodeada de ese peligro: el repetir el mismo error de la Iglesia Medieval aunque de diferente manera, pero en esencia es el mismo. Y es

que, en general, en diversas partes del mundo entero Dios ha dado avivamientos, ha levantado a hombres y mujeres que son llenos del poder del Espíritu. Son ungidos del Señor en cuanto que buscan al Señor de corazón, se han apartado del mundo, han negado su carne. El problema se vislumbra cuando muchos cristianos comienzan a buscar al hombre ungido, a la mujer ungida, a los avivamientos, creyendo que son las únicas opciones por medio de las cuales Dios les puede hablar. De tal manera que cuando oyen que hay un evento especial de sanidad y evangelismo en el que participa un “ungido” corren esperando que Dios haga algo por medio de “otros”. Cuando viene otro ungido, entonces corren de nuevo para “oír lo que Dios les quiere decir”. Muchos cristianos también corren y recorren largas distancias cuando se enteran de un culto de avivamiento en el cual participan profetas de Dios, y mejor si son extranjeros. Eso lo hacen con el propósito de saber si les traen un mensaje fresco del Señor. Otros en las congregaciones pentecostales van al culto para oír qué dice Dios a través del hermano que es usado con el don de profecía, de conocimiento o de sabiduría.

El problema es que estamos cayendo en el grave error de creer que Dios, siendo nuestro padre, no quiere o no es capaz de hablarnos a nosotros sus hijos amados directamente al corazón, por el Espíritu Santo o por la Palabra de Dios, y que tenemos necesidad siempre de que un intercesor o un ungido nos diga la Palabra de Dios a nosotros. Este fenómeno no es exclusivo de algunas regiones, pues en el mundo entero muchos cristianos están siendo deslumbrados. Se está poniendo más la confianza en el apóstol, profeta, evangelista, pastor y maestro, que en Dios. Es cierto que Dios los ha dejado precisamente para equipar y enseñar al pueblo de Dios, para que conozcan a Dios como su padre, para que tengan acceso a él, pero no para que ocupen el lugar de Dios.

Ahora, no estoy hablando de dos cosas al mismo tiempo. Aunque no estoy de acuerdo con lo que he señalado, tampoco estoy afirmando que no hayan ungidos de Dios, que no existan profetas genuinos o que está mal ir a eventos de avivamiento para escuchar a los hombres de Dios; no. El problema está en que el hombre o la mujer han perdido de vista la realidad de que son sacerdotes e hijos de Dios y, por lo tanto, Él quiere manifestarse y hablar directamente con sus hijos, no a través de terceros. La Iglesia quiere buscar la voz de Dios afuera; quiere buscar la voz de Dios externamente en los milagros, las señales y lo que dice el profeta. Tal

situación es semejante a tener santos intercesores como los tuvo la Iglesia Medieval.

Existe un ejemplo bíblico en el cual se pone en evidencia el error que hemos venido describiendo. El libro 2 Samuel 14:28 muestra la situación difícil que estaba pasando el rey David. Fue una experiencia amarga para él, que nos debe servir a nosotros como advertencia. David, como rey de Israel, vivía en el Palacio de Gobierno, que no era tan grande. Allí también vivía su hijo Absalón. Lo inaudito es que durante dos años Absalón, viviendo allí, no vio ni una sola vez el rostro de su padre. Cuando David quería hablar con él tenía que enviarle un mensajero. De la misma manera, cuando Absalón quería pedirle algo a su padre enviaba un mensajero. Absalón como hijo legítimo del rey David tenía todo el derecho de hablar directamente con su padre y pedirle todo lo que necesitaba, en lugar de enviarle mensajes con intermediarios que ni siquiera eran sus parientes cercanos, sino empleados del rey. De la misma manera que hubo mala comunicación entre el rey David y su hijo Absalón, la hubo entre los creyentes de la Iglesia Medieval con el Cristo redentor, y así está aconteciendo con la Iglesia actual. No podemos, sin embargo, dejar de reconocer que Dios habla a través de terceros y que nos pide congregarnos para escuchar su palabra. El vivir nuestra fe solos nos conduciría al otro extremo: misticismo, ascetismo, subjetivismo y un individualismo egoísta.

Por otro lado, muchos cristianos que asisten a reuniones de avivamiento lo hacen con buena intención, para recibir algún mensaje de Dios por el oír la Palabra de Dios a través del apóstol, profeta, evangelista, pastor y maestro. El problema se hace evidente cuando el creyente no hace nada de su parte para acercarse al Señor y oír su voz, dejando todo en las manos de intercesores ungidos, perdiendo de vista que es hijo de Dios y que Dios como su padre anhela sanarlo, prosperarlo, concederle sus peticiones, hablarle directamente, en la intimidad de su corazón por medio del Espíritu Santo.

Si comprendiéramos verdaderamente que Dios es nuestro padre, que Él quiere hablarnos cara a cara, acariciarnos como a hijos, darnos buenos regalos, no estaríamos buscando la voz de Dios en la calle o en los ungidos intercesores. Lo que ha pasado, sencillamente, es que nosotros no hemos apartado tiempo para estar con Dios, para escuchar la voz de su Espíritu Santo. No leemos su palabra, no meditamos en ella. Creemos que es más

fácil que Dios nos hable a través del profeta, de la visión, del sueño, del ungido. Pero al final, estamos hambrientos porque estamos buscando en el lugar equivocado.

En la práctica, nosotros como padres hacemos lo que es, por sentido común, correcto. Por ejemplo: cuando usted le va a dar un regalo a sus hijos o algo que ellos necesitan no va a llamar al vecino para que ellos se lo entreguen a sus hijos. Tampoco va a llamar a un pariente para decirle: mira entrégale esto a mis hijos. ¡Verdad que usted no lo hace así! ¡Usted mismo les entrega a sus hijos la ropa, los zapatos o lo que le han pedido! Y, por supuesto, sus hijos saben que de su padre ha venido la provisión. Sin embargo, en lo espiritual estamos ciegos y, paradójicamente, lo queremos hacer por intermediarios.

Quizá otro aspecto del problema es que nosotros todavía tenemos un concepto místico de un Dios que está lejano, que es indiferente y que no tiene interés en comunicarse con sus hijos. Sin embargo, sí creemos que puede hablarnos por medio de profetas, visiones, ungidos y ángeles. Cuando actuamos con esa dualidad contradictoria estamos dándole a Dios el papel de un Dios mezquino, creyendo que si le pedimos un pan nos va a dar una piedra, si le pedimos un huevo nos va a dar un alacrán, si le pedimos un pescado nos dará una serpiente. Por supuesto, el texto bíblico dice lo contrario: *“Si nosotros siendo malos, sabemos dar buenos regalos a nuestros hijos, cuanto más nuestro padre celestial no nos dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan”*.

Otro problema por el que el cristiano vive sin comunión es el pecado. Tal como el hijo pródigo, alejado de la casa del padre viviendo una vida perdida. Si ese fuese el caso tendríamos que hacer exactamente lo que hizo el hijo pródigo: “Volver en sí” y decir Padre he pecado contra el cielo y contra ti. Me levantaré e iré a la casa de mi Padre. En la parábola vemos cómo el padre del hijo pródigo, que simboliza a Dios, lo recibió sin un solo reclamo; al contrario, lo colmó de besos y abrazos, mandó que le pusieran un vestido nuevo, zapatos nuevos, un anillo de oro en su mano y que le prepararan el becerro gordo para celebrar su regreso. Dios, de igual manera, está siempre dispuesto como nuestro Padre con los brazos abiertos a recibirnos para abrazarnos, besarnos, darnos un anillo y celebrar una fiesta porque hemos regresado.

En muchos textos encontramos claramente establecida la relación filial de Dios padre con sus hijos. Veamos algunos de ellos: Romanos 8:15

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”. 2Co. 6: “Y seré para vosotros por Padre, Y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”. Gálatas 4:6 dice “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! (Papito, papá)”. Gálatas 4:7 afirma “Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo” ¡Qué palabra tan bella! 1Jn. 3:1 dice: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él”.

Además, cuando un padre terrenal les da una herencia a sus hijos, sencillamente la única condición para recibir la herencia es que sean hijos nada más. Si usted ha creído en Cristo Jesús, es un hijo de Dios auténtico. Es un hijo de Dios que tiene la autoridad, por eso dice que a los que creyeron y le recibieron les dio la potestad legal, santa y justa de ser hechos hijos de Dios.

Si hemos sido hechos hijos de Dios entonces el Espíritu de Dios habita en nosotros. Por lo tanto ¿por qué buscarlo afuera? ¿Por qué buscarlo en el intercesor? ¿Por qué menospreciarlo? Yo creo que Dios se pone triste cuando el cristiano siempre dice: “Hermano ore por mí, necesito que Dios me hable”. Por supuesto que debemos orar e interceder unos por otros, pero usted también tiene que ir directamente al trono de la gracia, Cristo ya le abrió el camino. Preséntese ante el trono de su papá confiadamente y dígame: “Papá aquí estoy. Cristo me ha perdonado, me ha limpiado, soy salvo, soy tu hijo. Necesito que me atiendas”.

Dios es nuestro padre y nos habla de una manera tierna y cariñosa. Por eso lo que necesite pídaselo a Dios, él es su papá y él se lo va a dar. Necesita un milagro de sanidad, pídaselo a su padre, él es bueno. Alguien puede sentirse orgulloso y decir “ah, pero Dios me habló directamente a través del hermano”, bueno, está bien, Dios puede hablar así, por supuesto, pero ya debiera de darle vergüenza que Dios le hable siempre a través de otro y no a usted directamente.

De tal manera, pues, todo creyente tiene la oportunidad de acercarse directa y confiadamente a Dios en oración; no solo porque somos hijos de Él y formamos parte de su reino de sacerdotes, sino porque también el Espíritu Santo mora en nosotros. El creyente en el nombre de Cristo tiene acceso a cualquier hora, en cualquier lugar, hasta el mismo trono de su

gracia para pedirle que supla sus diversas necesidades conforme a sus riquezas en gloria.

3.4 Culto de nueve días

El culto de nueve días, celebrado en algunas iglesias evangélicas, es una reminiscencia de la práctica religiosa llamada “novena” que practica la Institución Religiosa Católica Romana. Esta práctica religiosa se ha constituido en una devoción practicada durante nueve días seguidos, con alguna intención espiritual especial. Así, vemos entre otras, la del sagrado corazón de Jesús que era dotada de indulgencias. Es decir, que todo aquel que la practica, automáticamente obtiene perdones que se encuentran clasificados sobre la base de la frecuencia con que se realicen. Desde su inicio hasta la fecha han ido en franco aumento. Además, cada vez se fueron generalizando las prácticas de las novenas de misas llevadas a cabo por los parientes “vivos” en favor por las almas de los difuntos¹⁵⁸.

El culto de “nueve días” en la Iglesia Evangélica ocurre cuando un hermano en la fe ha muerto y sus parientes, miembros o no de la congregación, solicitan un culto en el velorio, otro en el entierro y otro exactamente a los nueve días. La intención sincera y la preocupación profunda es suplicar misericordia a Dios por el alma del difunto y recíprocamente consolación de los deudos. Por este motivo último, también se les ha llamado “cultos de nueve días” o “cultos de consolación”.

Los peligros de esta práctica de religiosidad popular son claros: en primer lugar, la desviación del propósito del “culto cristiano”, pues la atención se centraliza en lo que no es objeto de culto. Esto es reduccionismo. Todo es mero consuelo de los deudos. En segundo lugar, implícitamente, se puede llegar a creer en un “purgatorio evangélico”. De ser así, entonces sería posible afirmar que la salvación por medio de la fe en el sacrificio de la muerte del Señor Jesús y su resurrección podría obtenerla la persona después de morir. Por supuesto que las Sagradas Escrituras contradicen tales afirmaciones en cuanto dejan en claro en Hebreos 9:27 que una vez muerta la persona lo que le espera es el juicio: *“Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”*. Otro texto que nos ilustra que no hay oportunidad de salvación después de acontecida la muerte física, es la parábola del rico y el mendigo Lázaro. Jesús destacó que el rico en vida disfrutó de muchos

bienes, mientras que Lázaro sufrió hambre, enfermedad, y menosprecio. Pero cuando murió el rico fue sepultado y su alma fue al Hades. En medio del tormento alzó sus ojos y vio de lejos a Abraham. Pero el mendigo Lázaro, cuando murió, los ángeles del Señor vinieron a por él y lo llevaron directamente al seno de Abraham donde disfrutaba de amor y consuelo. Jesús dejó en claro que los dos se hallaban en situaciones que no podían cambiar. El rico por más que suplicó: a) que tuvieran misericordia de él, b) que Lázaro le llevara un poco de agua, c) que enviara un mensajero a sus hermanos para que no fueran al tormento que él estaba pasando, d) que el mensajero que enviaran a sus hermanos fuera resucitado de entre los muertos, para que creyeran; la respuesta que obtuvo aquel rico fue que él había tenido deleites aquí en la tierra y que su vida estuvo gobernada por los placeres y no por el temor a Dios (eso se infiere del texto mismo), por lo tanto ahora que estaba muerto ya no tenía solución. También el problema es que existía una cima insalvable que estaba entre Lázaro y él, que impedía pasarse de un lado a otro. La otra razón clara que vemos en este pasaje para afirmar la imposibilidad de salvarse después de la muerte, es que el mensaje de salvación hay que escucharlo y recibirlo de los profetas y los predicadores: “*Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos*”. Jesús agrega que si sus hermanos o cualquier otro israelita no oyen la ley y lo que dicen los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos (Lc. 16). De hecho, cuando Jesús resucitó a Lázaro –el hermano de Marta y María– los religiosos, en lugar de crecer, se pusieron de acuerdo para matarlo.

Es un error creer que con los cultos que se hagan después del fallecimiento de la persona se logra la salvación de su alma, o se contribuye a la purificación de su alma, aunque en vida no hubiese habido arrepentimiento y consecuentemente perdón de pecados.

Con todo, es necesario puntualizar que el criticar y señalar la posible perversión y manipulación del “culto cristiano” en los cultos de nueve días, no implica ignorar las características de la caridad cristiana. Dar de beber al sediento, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, visitar a los presos, albergar al peregrino, es vinculante al mensaje de Cristo; y ya no digamos el consolar al que sufre por la pérdida de un ser querido. Sin embargo, esto no puede darse a costa del verdadero “culto” a Dios, quien es el único que lo merece.

3.5 Bibliolatría

En la Reforma Protestante triunfó el principio de la “*Sola Scriptura*”, es decir, la Biblia como la norma de las normas para mostrar el camino al creyente en asuntos de fe y conducta, y, no la tradición de los concilios, los papas, los credos en la tradición eclesiástica. Esta lucha histórica, en el fondo, fue una lucha por la primacía de la Sagrada Escritura en contra de la jerarquía institucional, los abusos papales y las prácticas de Religiosidad Popular. Sin embargo, el hecho de que la Reforma se haya librado del autoritarismo del dominio religioso de la Institución Católica Romana, la hizo quedar expuesta al peligro del biblicismo: “*Fe en la Biblia*”, en vez de *fe en Cristo*”¹⁵⁹. Barth afirmó en ese sentido que la Iglesia Reformada convirtió la Biblia en un “papa” de papel porque empezaron a tomar la Biblia como una especie de amuleto, creyendo que por sí misma tiene poder¹⁶⁰. Aunque Barth usó palabras muy fuertes para condenar esa religiosidad, creo que tenía razón. Hoy, en pleno siglo XXI, muchos creyentes todavía creen que por el solo hecho de “cargar una Biblia” bajo el brazo o tenerla abierta en el salmo 91 en la sala de su casa o en la cabecera de su cama, tienen protección divina. Otros, creen que cuanto más grande es su Biblia, esta los puede presentar, ante otros, como más espirituales.

Hasta hoy, el biblicismo supersticioso –fe en la Biblia, en lugar de fe en el que da testimonio la Biblia– sigue siendo una realidad en algunos cristianos de ciertos sectores evangélicos. Hemos sido llamados a proclamar el mensaje bíblico que se centra en el Señor Jesucristo y no en la letra de la Biblia. Evitemos repetir el error de los fariseos que aceptaban a pie juntillas letra por letra de la ley, los escritos y los profetas, procurando ponerlos por obra a toda costa, pero no creían en el Mesías Jesucristo del cual daban testimonio todas esas escrituras. Ellos cayeron en “Toralatría”. En primer lugar, porque rindieron veneración y adoración a la ley, en lugar de adorar al autor de la ley. En segundo lugar, porque no aceptaron a Jesús de Nazaret, como el que vino a dar cumplimiento a todo el Antiguo Testamento, que se resume en la ley, los salmos y los profetas.

Ahora podemos entender mejor por qué muchos evangélicos creen en la Biblia de manera similar a la que un católico cree en su “papa”. Decididamente la Biblia es el fundamento permanente e inmovible como autoridad en asuntos de fe y conducta. Es palabra de Dios en cuanto contiene el testimonio original de Jesucristo. Por consiguiente, debemos

tener en suma estima a la Biblia, pero sin caer en “biblicismo” supersticioso, que tiende a idolatrar la letra de la Escritura y no el Espíritu de la Escritura.

Lo trágico es que en algunos ambientes evangélicos se haya llegado más allá del biblicismo, como lo hemos indicado, y se haya desembocado en pura superstición: “El poder “mágico” de la Biblia en sí misma”. De esta manera, se usa la Biblia no como la fuente de verdad sino como un “simple amuleto”, como un objeto que posee poder sobrenatural, independientemente que se lea, se medite en ella y se ponga por obra, y que podemos sacarle utilidad en cualquier momento, sin que se conozca personalmente a Jesús del cual da testimonio la misma Biblia. Como si bastara tener una Biblia, cargarla en nuestro vehículo, tenerla sobre nuestro escritorio, llevarla en nuestro maletín, para que nos ganemos el favor de Dios. ¿No es más bien, la obediencia, la justicia, la santidad, el testimonio cristiano, lo que Dios nos pide en la Biblia y no que seamos olores olvidadizos de su palabra? De nada, absolutamente de nada, nos sirve el proveernos de una Biblia o de cuarenta versiones de esta, si no la leemos, si no meditamos su contenido y no la ponemos por obra.

Entonces, lo más importante es que conozcamos al Señor Jesucristo, para que luego entendamos la Biblia. Sin tener un encuentro personal con el Señor Jesús, la Biblia tiene solo un valor literario. Así como Saulo conocía, leía y memorizaba las escrituras del Antiguo Testamento, pero no conocía al Mesías y perseguía a su Iglesia, de igual manera estarán aquellos que tienen una Biblia, pero no han creído en Jesús. Cuando Saulo tuvo un encuentro personal con el Señor en el camino a Damasco, inmediatamente testificaba que Jesús de Nazaret era el Mesías anunciado en el Antiguo Testamento. Ahora, esto lo pudo comprender, solamente después de que le fue revelado quién era verdaderamente el ungido de Dios. Si no logramos ver la diferencia entre la letra de la Biblia, conocimiento intelectual y conocimiento espiritual corremos el riesgo de caer en la bibliolatría.

3.6 Dramas religiosos

Esta expresión de religiosidad popular asociada con la predicación del Evangelio tuvo su origen en la Edad Media¹⁶¹. Su intención parece haber sido sincera. Perseguía fines educativos orientados principalmente a las masas. Aunque pareciera justificable en aquella época por el hecho de que

mucha gente sencilla no podía leer, no había ejemplares suficientes de las Sagradas Escrituras y la Institución Romana prohibía la circulación popular de las mismas, degeneró en una práctica puramente formal para entretenimiento. Estas expresiones no tardaron en rebajarse a lo puramente teatral. Actores-predicadores hacían a la gente llorar pero también reír, manipulando los sentimientos y las emociones del público¹⁶².

Triste realidad es la que muestran algunas iglesias evangélicas que están repitiendo la misma historia. Ante la carencia de una predicación poderosa, impactante, capaz de llegar a los corazones más duros, se ha recurrido a este tipo de medios. Los dramas en sí mismos no tienen nada de malo. El problema es que estos dramas se quieren implementar en los púlpitos y plataformas donde se predica la palabra. Incluso en algunos casos, parece que quieren sustituir la misma proclamación de la palabra.

Por el contrario, el Nuevo Testamento nos muestra que las predicaciones eran poderosas. Por ejemplo: Pablo afirma que proclamaba el Evangelio no con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostraciones de poder en el Espíritu Santo. Simón Pedro, aunque era hombre del vulgo, pero lleno del Espíritu Santo, predicó con denuedo, ante miles de judíos, que recibieron su mensaje confesando sus pecados y luego se bautizaron. La respuesta de sus primeros y poderosos mensajes fue 3,000 y 5,000 convertidos (Hch. 2:41, 4:4)

La gran diferencia hoy, es que la Iglesia ha recurrido a métodos humanísticos y artísticos, como la predicación con dramas, payasos y títeres, que más pareciera un ambiente de “circo religioso” que una predicación seria de la Palabra de Dios. En el caso de la enseñanza para niños en las escuelas dominicales es comprensible que se utilicen estos recursos didácticos, o en lugares abiertos, pero no en los santuarios donde se congrega el pueblo del Señor para adorarlo y escuchar la palabra de Dios. Creo que tiene que existir diferencia en lo que se celebra en el culto, en las escuelas dominicales y lo que se realiza en campo abierto, como las plazas, los parques y las calles.

La predicación en los templos llevada a cabo por los actores, payasos y los títeres pareciera que no están comprometidos con la proclamación seria de la verdad, dado que pretenden proclamar la verdad de una manera que más parece broma, juego, burla, caricatura, que una verdad de carácter central que abarca el arrepentimiento, el perdón de pecados y la

justificación que viene por la fe en la muerte expiatoria y la resurrección de Jesucristo.

Los dramas, los payasos y los títeres no son malos en sí mismos; el problema es que se convierte el Evangelio en una caricatura. Este calificativo obedece a que en la caricatura siempre hay parte de verdad y, a veces, bastante verdad, pero está desproporcionada y la desproporción falsea el conjunto; puede incluso llegar a hacer de esta algo odioso, chocante o quizá risible.

El Evangelio no necesita ser suavizado, ni maquillado, tampoco necesita ayuda de los recursos “muy mundanos”, como los mencionados, por muy atractivos y divertidos que sean. Aunque eso no les quita el que sean realizados sin seriedad. Se trata más de entretenimiento que de la comunicación del Evangelio del Reino de Dios. La predicación del Evangelio siempre ha sido suficiente desde hace 2.000 años, por lo tanto, no vemos la necesidad de usar este tipo de “muletillas” dentro de las congregaciones.

3.7 Supersticiones evangélicas

Las supersticiones son creencias y prácticas que provienen de un ambiente popular animista en el que se carece de un fundamento en las Sagradas Escrituras. Las supersticiones además, tienen connotaciones mágicas y pragmáticas respecto de Dios. Aquí no trataremos algunas supersticiones que se han señalado anteriormente en otros renglones: paños y objetos ungidos, bibliolatría, métodos y formas para sanidad divina, sino de aquellas creencias y repeticiones de palabras, frases, oraciones, incluso que parecen que tienen relación con algunas frases bíblicas.

Entre algunas supersticiones “bíblicas” está la repetición vana –y sin una vivencia personal– de la oración del “padre nuestro”. En el ámbito católico romano, hasta hoy, la repetición de este modelo de oración puede conferir perdón por algunos pecados cometidos. Depende de la gravedad del pecado, así será la cantidad de veces que se debe repetirla. Algo semejante puede ocurrirle al cristiano que no practica una vida de oración continua, espontánea, dialogal, pues terminará haciendo oraciones cortas y repetitivas.

Otra superstición que data desde los primeros siglos de la era cristiana, está relacionada con el nombre de Jesús. Orígenes ya sostenía que la “repetición” del nombre de Jesús, si se hacía con fe, echaría fuera los demonios, independientemente de quién lo dijera. Allí el asunto no es “quién lo dice” sino “qué es lo que dice” y esto no puede ser otra cosa que superstición o algo parecido. En oposición a esta falsa afirmación, nos relata el libro de los Hechos que:

“Algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían ciertos espíritus malos diciendo: Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo [...] pero respondiendo el espíritu malo dijo: A Jesús conozco y sé quién es Pablo, pero vosotros ¿Quién sois? Y el hombre en quien estaba el espíritu malo saltando sobre ellos y dominándolos pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos” (Hch. 19:13, 15,16).

Es evidente que no les funcionó a estos judíos exorcistas el repetir o pronunciar supersticiosamente el nombre de Jesús. La causa es que no tenían una relación personal espiritual con el Señor, Pablo sí. Entonces no es una fórmula mágica que dé resultados inmediatos por pronunciarla solamente.

Algunos evangélicos, al igual que pronuncian el nombre de Jesús con intención manipuladora y supersticiosa, usan una frase que pareciera tener poder ante el peligro: “Me cubro con la sangre de Cristo”. Lo cual es un error. Porque entonces se le da “omnipotencia”, es decir, todo el poder, al lenguaje sin que medie una relación espiritual. Es cierto que con la boca se confiesa para salud, victoria, pero tiene que salir de un corazón contrito y humillado delante de Dios. Jesús dijo que de la abundancia del corazón habla la boca. En este caso específico de la sangre de Jesús, por ignorancia doctrinal, no pueden entender que la santa sangre de Jesucristo fue derramada con propósitos expiatorios: limpieza de los pecados, justificación, propiciación, perdón; porque dice el texto sagrado que “sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados”. Pero es un grave error creer que invocarla en los momentos de peligro, podemos obtener resultados de protección. Es más por obediencia (el ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen y los defiende) y por misericordia, que por repetir palabras, frases y oraciones. Aunque estas se encuentren en la Biblia. Además, con tales actitudes, contradecimos doctrinas cardinales reveladas en Las Sagradas Escrituras tales como: la soberanía de Dios, omnipotencia, omnipresencia, omnisciencia, que son algunos de sus

atributos incommunicables; algunos de los atributos comunicables son: su amor, su misericordia, su justicia. Efectivamente el propósito supremo e inmediato de Dios para con nosotros es guiarnos, cuidarnos, sustentarnos, porque nos ama y porque desea tener una relación espiritual íntima. La verdadera comunión con Dios no depende de la repetición de palabras, ni siquiera de las bíblicas o del conocimiento intelectual que podamos tener de todas Las Sagradas Escrituras, sino el oír su voz, conocer su voluntad, porque estamos en santidad y lo amamos más a él que a las cosas de este mundo.

3.8 Fórmulas y métodos de aprendizaje para sanidad

Hace algunos años llegó a Guatemala un libro titulado “Sanando a los Enfermos”, de los esposos Charles y Frances Hunter. Obtuvo popularidad en cuanto que su lectura ofrecía respuestas a las interrogantes en torno a la Sanidad Divina.

Después se constató con cierta decepción que no todo lo que ahí se decía respondía a la revelación de la fe cristiana, pues no se fundamentaba en la Biblia. Era solamente un “manual” de aprendizaje y de capacitación para sanidad, basado más en sus “experiencias personales” extrabíblicas. En ese escrito se garantizaba al lector que lo ponía en práctica al pie de la letra, resultados óptimos.

El método audiovisual, ofrecía 19 formas para la capacitación, entre otras: a) sanidad por medio del paño ungido; b) dejar que los mismos enfermos pongan sus manos sobre el que ya ha sido capacitado para sanar; c) hablarle por nombre a la enfermedad directamente; d) oración modelo para aprender a sanar el cáncer; e) milagros creativos; f) otras formas de sanar a los enfermos; g) haciendo crecer brazos y piernas. Juntamente con el libro se podía adquirir un vídeo para que fuese más efectivo el aprendizaje del método.

Aunque, en lo personal yo creo que Dios puede sanar en la forma que él quiera, cuando él quiera y a quien él quiera, un inconveniente es querer normarlo. El otro inconveniente es hacer demasiado énfasis en la sanidad divina, y hacer a un lado la salvación de toda la persona. En consecuencia no es de sorprenderse que la gran comisión que presenta este libro literalmente es la de: “id por todo el mundo... sanando enfermos”. Lo cual desvirtúa claramente el mandamiento del Señor: “Id por todo el mundo y

predicad este evangelio a toda criatura” “Id y haced discípulos a todas las naciones”. Además, este desequilibrio entre salvación y sanidad “sistematizada” puede conducir, sin más, a una manipulación sobre Dios en beneficio de la salud corporal solamente.

Sin embargo, no quiere decir que todo lo que está escrito en ese libro sobre la sanidad divina es incorrecto. Tampoco niego la sanidad divina porque, en primer lugar, tenemos clara evidencia en el texto bíblico que a la predicación de Jesús y los apóstoles, les seguían sanidades. En segundo lugar, porque soy testigo de varias sanidades divinas en otros hermanos y en mi propia vida. Por lo anterior, creo necesario hacer algunas consideraciones bíblicas al respecto, y resumir otras que se encuentran en el libro “La Biblia y la Sanidad Divina” escrito por el Pastor, teólogo y escritor Emilio Antonio Núñez.

En principio, Dios es nuestro soberano creador y por ende Él es nuestro sustentador que ha prometido cuidar de nuestra vida hasta los detalles. Las enfermedades que podamos sufrir no escapan a su conocimiento, tampoco las ve con indiferencia. Únicamente nos pide que confiemos en sus promesas. Es más, estas pueden ocurrir con un propósito especial en la vida del creyente, como en el caso de Pablo que al principio de su ministerio a causa de una enfermedad, comenzó a predicar el Evangelio:

“Pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes bien me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús” (Gá. 4:13-14).

La gran comisión de predicar el Evangelio a toda criatura y hacer discípulos a todas las naciones no deben subordinarse a la predicación de la sanidad divina. Más bien, la sanidad divina, debe seguir a la predicación. Los pasajes conocidos respecto de la gran comisión son Mateo 28 y Marcos 16. Sin embargo, hay otro pasaje que resume el contenido de esa comisión de la proclamación y que la Iglesia Primitiva lo conocía muy bien:

“Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día conforme a las escrituras” (1 Co. 15:3-4).

En ese pasaje, es evidente que ni siquiera se hace alusión a la sanidad divina, aunque está incluida en la muerte de Jesús como un beneficio para el creyente, mucho menos menciona métodos de aprendizaje para sanar.

Otra consideración que nos podría ayudar a entender la posición correcta de la sanidad divina en las Sagradas Escrituras, es el hecho que los apóstoles no echaron mano de los testimonios de los que habían recibido sanidad divina, para apoyar su predicación. Pedro seguramente pudo pedirle a Bartimeo que testificara cómo el Señor Jesús lo sanó de su ceguera. También pudo llamar a Lázaro para que contara su experiencia de cómo había estado muerto y Jesús lo resucitó. Sin embargo, vemos en el libro de los Hechos 2:3-5 que Pedro prefirió tomar el Antiguo Testamento, especialmente a los profetas, como fundamento para su predicación. De igual manera, Timoteo recibe la orden amorosa y firme del apóstol Pablo que predique la palabra (1 Ti. 4:2).

El Doctor Núñez afirma con mucho tino, que aunque la sanidad divina es una realidad, esta no soluciona el problema de la muerte. Es decir, si somos beneficiados al recibir sanidad mediante la intervención directa de Dios, de todas maneras, tarde o temprano vamos a morir. Eso nos demuestra que la doctrina de la sanidad divina es una verdad secundaria y relativa, no así la realidad de la salvación que nos dará la victoria definitiva sobre la muerte. Lo medular, pues, es el plan de salvación que Dios ha preparado para el hombre.

Otro detalle que no podemos dejar de considerar, como lo indica el Dr. Núñez, es el que las sanidades también son proclamadas por las distintas religiones, sectas, seudo-religiones, incluso el espiritismo y la brujería. Es más, en el Antiguo Testamento, en el libro de Éxodo encontramos que los magos y hechiceros al servicio del faraón egipcio, también hicieron milagros como los que hizo Moisés y Aarón:

“Entonces Aarón extendió su mano sobre las aguas de Egipto, y subieron ranas que cubrieron la tierra de Egipto y los hechiceros hicieron lo mismo con sus encantamientos, e hicieron venir ranas sobre la tierra de Egipto”. (Ex. 8:6-7).

Es por ello que la predicación del Evangelio se puede malinterpretar, cuando equivocamos el orden de las doctrinas. Jesús mismo advirtió el riesgo de demandar señales, sin buscar de corazón el Reino de Dios: *“La generación mala y adúltera demanda señal, pero señal no le será dada; sino la señal del profeta Jonás”* (Mt. 12:39). En resumidas cuentas, el Evangelio no consiste en una oferta más de curaciones milagrosas, sino que es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío primeramente, y también al griego (Ro. 1:16b).

Aunque la sanidad divina no revela equivalencia con el crecimiento espiritual, si está claramente enseñada y practicada en las Sagradas Escrituras. De principio a fin en los cuatro evangelios vemos que Jesús y los doce que él discipuló, predicaron el evangelio del reino, echaron fuera demonios y sanaron a los enfermos. Sin embargo, el problema surge cuando se afirma que todos los cristianos que sufren de alguna enfermedad, son inmaduros, tienen algún pecado oculto, están sumidos en la ignorancia, son incrédulos o no han alcanzado un alto nivel de fe.

Los que predicán la sanidad divina de manera generalizada sin que medie la voluntad y el tiempo perfecto del Señor, creen a ojos cerrados que han descubierto el “método eficaz” y por ende “son espirituales”. La realidad es que los que mantienen esa postura corren el riesgo de caer en una jactancia peligrosa y de conducir a la frustración a muchos que desean, pero no reciben sanidad divina porque o no es el tiempo o la voluntad del Señor.

Estos métodos de aprendizaje para sanidad obedecen a la atrevida posición “espiritual” de fe, en la que se puede “demandar”, “reclamar” y “exigir” en cualquier momento a Dios la curación instantánea de toda dolencia física y que Dios humildemente en obediencia responderá a esas demandas, sin que haya una consagración, un corazón contrito y humillado, tanto del que ora como del que recibe la oración. También se soslaya el hecho que Dios quiera dar una enseñanza en medio de la enfermedad a los que la sufren. Dios muchas veces tiene mayores planes que quitarnos el dolor de la enfermedad. De manera, pues, que solamente exigir, sin conocer el propósito del sufrimiento puede conducir a una perversión de la fe.

De acuerdo al comportamiento del apóstol Pablo en medio de su enfermedad, el ejemplo de Timoteo con sus frecuentes enfermedades estomacales, nos dan la pauta que la actitud del cristiano frente a la enfermedad debe ser humilde. Claro que es necesario creer que el Señor puede sanarnos, pero también es necesario inquirir si el Señor quiere, en cuanto que cada caso es particular. Si él quiere, entonces debemos creer totalmente. Nunca olvidemos que Él es el Señor y nosotros los siervos. Él es quien manda, nosotros los que obedecemos.

3.9 Ministerio de liberación en el cristiano

El “ministerio de la liberación” se ha vuelto muy popular en algunas iglesias evangélicas de Guatemala. Los impulsores de esta postura capacitan a todo cristiano para que pueda reprender y expulsar a los espíritus inmundos que han poseído a cristianos, pese a que estos han profesado fe en el Señor Jesucristo como su Señor y Salvador.

Reproduzco una cita que nos ayuda a entender la realidad de estos “nuevos” ministerios de liberación:

“Hace algún tiempo misioneros sostenidos por alguna iglesia de una isla caribeña introdujeron en Guatemala ideas acerca de lo que llamaban liberación [...] proceso de liberación que culminaba, según la experiencia de los misioneros, con un vómito, señal inequívoca de que el diablo había salido”¹⁶³.

Dentro de algunos libros para el “ministerio de liberación” están los siguientes títulos: “Preparémonos para la Guerra”, “Él vino a librar a los cautivos”, “Cerdos en la Sala”, este último contiene una lista clasificada de más de 200 espíritus inmundos o demonios que pueden poseer al cristiano: La clasificación contiene entre otros espíritus inmundos a los: de muerte, de pecado, de enfermedades diversas, drogas, alcoholismo, sexualidad.

La práctica del “ministerio de liberación” tiene serias implicaciones doctrinales. Ha atentado contra la cristología y la soteriología en sus alcances, sus beneficios de expiación y justificación. Veamos por qué: La liberación en los cristianos se hace necesaria, según los que practican la liberación, porque el cristiano fácilmente puede ser poseído por los espíritus inmundos de: celos, pleitos, iras, contiendas, disensiones, adulterio, fornicación, idolatría, hechicería, enemistades, borracheras, homosexualidad, homicidios, latrocinios, etcétera. Entonces la pregunta necesaria es: ¿qué hizo Jesucristo con su muerte expiatoria por nosotros? ¿no tiene ningún alcance, ningún beneficio, ningún poder, la muerte y resurrección de Cristo Jesús para nosotros? Si eso fuese así, entonces es mentira que Jesucristo nos libertó. Jesús no es del todo suficiente, tenemos que ayudarlo nosotros porque la salvación es a medias, en cuanto que no somos plenamente libres al creer. Si eso fuera así, entonces no es una realidad la palabra en Jn. 8:32,36 que dice: “*Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres [...] así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres*”.

El otro aspecto muy importante de señalar es que los que promueven esta doctrina no han entendido que el adulterio, la fornicación, idolatría,

hechicería, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, homicidios, borracheras, son un resultado del pecado, de las obras de la carne, y no de un espíritu inmundo o demonio especial (Gál 5:19-21). Esto es irresponsabilidad llana que pone de manifiesto una triste ignorancia de las Santas Escrituras. Con todo esto no negamos que la posesión demoníaca sea una realidad en algunas personas que no son cristianas nacidas de nuevo. Pero jamás en aquellos que tienen la luz de Jesús en su corazón porque ¿qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué comunión tiene Jesús con Belial?

También los que creen esta doctrina de liberación confunden la doctrina del pecado con la doctrina de la “demonización”. El que peca necesita arrepentimiento; el que está poseído liberación. En consecuencia. Son responsables de mantener en zozobra a muchos hermanos de la congregación que temen ser poseídos en cualquier momento por algún espíritu inmundo.

Además esa falsa enseñanza afecta a la doctrina del Espíritu Santo y a la del nuevo creyente en Cristo Jesús (Antropología Cristiana) en cuanto que las personas que creen en el Señor Jesucristo, en el acto, les es dada la potestad de ser hechos hijos de Dios. Esas personas que creen no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios (Jn. 1:12-13).

En esa dirección, Pablo explica algunos cambios espirituales que ocurren en el nuevo hombre. En 1Co. 6:13 dice que el cuerpo del creyente es templo del Espíritu Santo. Pablo agrega que los que estamos unidos al Señor un Espíritu somos con él. Es decir, que Dios habita en santuarios no hechos de manos, sino en personas que son auténticos santuarios vivientes. En ese mismo capítulo, Pablo enseña una verdad extraordinaria: que nuestros cuerpos son para el Señor (no para los demonios) y el Señor para el cuerpo. Esta última verdad es sublime y contundente para enseñarnos que el Señor con toda su gloria, poder y santidad, se dispone, actúa y vive para nuestros cuerpos. En el versículo 15 de ese mismo capítulo, Pablo revela que nuestros cuerpos son miembros de Cristo mismo, es decir, son parte de Jesús, están unidos a Jesús, por tanto, no pueden compartirse con Belial. Pablo ya ha dicho anteriormente que no puede haber comunión entre Cristo y Belial.

En el versículo 19 del capítulo 6 de 1 Corintios, Pablo explica que ya no nos pertenecemos a nosotros sino que fuimos comprados por precio por el Señor Jesucristo. En otras palabras: somos su propiedad exclusiva, nos selló con su Espíritu Santo, por lo que solamente Él tiene potestad sobre nosotros. Es más, podríamos agregar lo que Pablo dice en otras de sus cartas con relación a la nueva posición del creyente en Cristo Jesús: hemos sido amados, elegidos, predestinados, llamados, justificados, santificados, glorificados. Todos estos hechos espirituales Pablo los escribe en tiempo pasado. Por tanto son realidades espirituales consumadas muy reales.

Concluamos. Quienes creen y enseñan esa doctrina errada de la posesión demoníaca en los creyentes se han desviado indefectiblemente de la verdad bíblica, porque no han entendido toda la dimensión de la salvación, la salud y la libertad que hemos recibido por medio de la obra gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

Sinceramente, el Dios Trino no nos ha llamado a vivir una vida cristiana como la que enseña esa doctrina equivocada. Dios nos ha llamado a vivir una vida de fe, de genuina libertad, una vida espiritual normal que vence. El Reino de Dios se ha acercado en Jesús desde hace dos mil años. Por eso Él desea reinar, gobernar, bendecir nuestra vida, que caminemos por el Espíritu y mostremos el fruto del Espíritu que es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza, contra tales cosas no hay ley.

3.10 Ministerio de sanidad interior

Al “ministerio de liberación” sobre los cristianos se le une otro: el de la “sanidad interior” de los creyentes. En el primer caso, el cristiano libera a otros cristianos por medio del exorcismo. En el segundo caso, prácticamente todos los que se convierten a Cristo padecen de trastornos psíquicos, desgastes afectivo-emocionales, producto de sentimientos negativos tales como: la culpa, resentimiento, amargura, odio. Entonces, según esta postura, el creyente debe actuar como psicólogo o psiquiatra. Para ambos métodos de liberación existe literatura que da a conocer ampliamente cómo los cristianos tienen que proceder para sanarse interiormente y luego sanar a otros.

También los promotores de la “sanidad interior” se equivocan al enseñar que cada cristiano debe conocer más del campo de la Psicología y la

Psiquiatría para actuar conforme a los lineamientos de estas. Según ellos, la Iglesia debe abrir, no campos de predicación, sino clínicas espirituales”¹⁶⁴. Uno de esos libros que se ha convertido en éxito de librería se titula: “La Iglesia como comunidad redentora y terapéutica”¹⁶⁵.

Este movimiento herético, al igual que el de “liberación demoníaca”, socava en el cristiano las bases de la toda suficiencia de la obra, la vida, la enseñanza, la muerte sustitutiva y la resurrección del Señor Jesús. De esos hechos espirituales que realizó Jesús vienen la salvación, la salud mental, emocional sentimental y física para los creyentes. Es cierto que los creyentes después de ser salvos necesitamos crecer y madurar en la vida cristiana. También es cierto que muchas de las bendiciones que nos promete el Señor en su palabra son condicionales. Si nosotros cumplimos nuestra parte, entonces y solo entonces Dios hará su parte. Por lo demás, es de Dios, de Jesús, del Espíritu Santo, de quienes recibimos toda liberación espiritual, mental, emocional, sentimental; no de los hombres. Eso no quiere decir que no se practique entre nosotros los cristianos la solidaridad, la consejería, la intercesión los unos por los otros, el sobrellevar las cargas los unos por los otros, la comunión con el fin de que nos animemos y continuemos la carrera cristiana hasta que el Señor nos lleve a su presencia.

3.11 El evangelio de la prosperidad

Hace algunos años, una señora llegó a nuestra oficina pastoral para pedir oración y consejería. El asunto que ella quería compartir parecía muy serio, pues se veía preocupada. Después de darle la bienvenida ella dijo: “Vengo acá porque el domingo pasado escuché un mensaje que confirma la petición que yo le he hecho a Dios”. Se le preguntó de qué había tratado el mensaje, a lo que ella contestó: “Recuerdo que el pastor decía que todo el que pide recibe, al que toca se le abre, el que busca encuentra, y yo le he estado pidiendo al Señor 50, 000.00\$ y sé que me los va a dar; Él lo ha prometido”. Inmediatamente se le preguntó para qué; ella replicó: “Yo he vivido siempre muy bien, he viajado cada mes a Miami, pero ahora no lo he podido hacer, además quiero ponerle un negocio a mi hermano para que viva tranquilo”. Enseguida se le preguntó que por qué creía que Dios se lo tenía que dar, y ella respondió, “Es que también he asistido a una iglesia en la que el pastor nos ha enseñado que debemos ser prósperos en todo, que Dios es el dueño del oro y la plata y que es la voluntad de Dios

respondernos cuando visualizamos y confesamos las cosas que hemos pedido”.

Por supuesto que al recibir el consejo que le dimos basado en varios pasajes de las Sagradas Escrituras, no se fue muy animada que digamos. El problema que esta señora estaba atravesando es el mismo que el que muchas personas están pasando. Les ha invadido el desánimo, la frustración, porque la tal prosperidad que ellos han visualizado y confesado no ha llegado.

Como resultado de esta frustración las personas comienzan a ir de iglesia en iglesia para encontrar respuesta a sus necesidades económicas. En el caso contrario se ausentan de estas porque creen que Dios no les ama por cuanto no les ha dado toda la prosperidad que ellas consideraban debían recibir. El Dr. Núñez ha insistido que el problema de la prosperidad, que se ha popularizado, se debe principalmente a dos factores: la generalización y el reduccionismo¹⁶⁶.

La generalización, por cuanto se magnifica lo económico con menoscabo de lo espiritual, y según esta premisa debemos mostrar que somos hijos de Dios y ser ejemplo de prosperidad económica. El estilo de vida sencillo de algunos hermanos de la iglesia apostólica, no encuentra espacio dentro del “evangelio de prosperidad”. En otras palabras, si no somos prósperos económicamente entonces somos infantiles en nuestra fe, porque todo el que crea y confiese una vida de prosperidad, vivirá de acuerdo a esta.

El reduccionismo: el otro factor que menciona el Dr. Núñez, es el de reducir el problema de la pobreza a una sola causa: el de la carencia de fe para aferrarse a las promesas de bendición. Es un error. Existen otras causas evidentes tales como: la indolencia que impide la superación personal, la rebelión contra los mandamientos del Señor, la renuncia a trabajar con el pretexto de vivir por fe o el pronto regreso de Jesucristo a la tierra, estas y otras causas combinadas pueden contribuir a la pobreza¹⁶⁷.

Una lectura del Nuevo Testamento nos indica que no todos los cristianos de aquella época eran ricos, es más, la mayoría eran pobres (1Co. 1:25-29; 2Co. 8:9; Gá. 2:10; Ro. 15:25). El Dr. Núñez también lanza inquietantes preguntas respecto del tema en cuestión: ¿por qué no eran ricos todos los cristianos de aquel tiempo?, ¿eran de poca fe?, ¿tenían pecado oculto?, ¿eran perezosos y desobedientes? Él mismo responde:

“Creemos que no eran así, muchos de ellos eran precisamente lo contrario: diligentes, entregados, responsables. Es cierto que en aquella época la forma de gobierno era la de señores esclavistas y esclavos lo que conducía a la injusticia social y a la pobreza en otros casos”¹⁶⁸.

El “evangelio prosperidad”, en lugar de ayudar a solucionar los problemas económicos de los creyentes, los ha convertido en víctimas de la frustración financiera.

Además, la prosperidad no se da por la fe sola. Esta tiene que ir acompañada de acciones concretas que den testimonio de la fe que se profesa. Existen, pues, principios que contribuyen no solo a una prosperidad económica, sino a una prosperidad integral. A continuación mencionaré algunos de estos.

a. Poner en primer lugar a Dios. Eso implica el tomar conciencia de que sin Dios somos incapaces de prosperar en cuanto que toda capacidad, destreza e inteligencia nos han sido dadas por Él. Si alguien piensa que puede tener éxito sin tomar en cuenta a Dios, por supuesto que lo puede lograr. Podrá acumular riquezas, tener una reconocida posición social, pero su prosperidad será relativa. Nada, absolutamente nada, de este mundo puede llenar el vacío que únicamente Dios puede llenar. Por eso, en la ley mosaica, Dios pide a su pueblo que no se olvide cuál es la fuente de su fuerza: *“Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día”* (Dt. 8:18).

b. El trabajo diligente. Es decir, desarrollar las tareas de manera consciente y con mucha responsabilidad, poniendo toda nuestra atención en el máximo rendimiento de nuestras capacidades físicas y mentales para cumplir satisfactoriamente con nuestro trabajo. Quien así lo hace, tarde o temprano los jefes o directivos de la empresa reconocerán su actitud y el fruto de su trabajo, lo que resultará en un aumento de salario y en un ascenso. Proverbios 22:29 nos ilustra esa verdad: *“¿Has visto hombre solícito en su trabajo? Delante de los reyes estará; No estará delante de los de baja condición”*.

c. El ser honrado. Este principio, al igual que los otros, es infalible. Dios lo ha establecido para que el hombre prospere integralmente. Por supuesto que alguna persona podrá acumular riqueza de manera injusta, pero eso no le permitirá tener paz en su alma y quietud en su conciencia. De todas

maneras, tarde o temprano cosechará lo que ha sembrado, y lo que ha obtenido se le irá de sus manos. No obstante, esto no es lo peor. Llegará el día en que tendrá que dar cuentas a Dios de ese y otros pecados si no se arrepiente. Deuteronomio 25:15 nos afirma que el ser honrado trae prosperidad y largura de días aquí en la tierra: *“Pesa exacta y justa tendrás; efa cabal y justo tendrás, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que Jehová tu Dios te da”*. De tal manera pues que, uno de los aspectos que más contribuye al progreso de una persona individual o una empresa es la puntualidad y la rectitud en todas las acciones. Nunca debe retenerse una hora más de lo convenido, lo que se ha prometido, tampoco, dar una onza menos del peso indicado.¹⁶⁹

d. Dar la décima parte a Dios. El asunto del diezmo es rechazado por los inconversos, cuestionado por unos pocos cristianos y aceptado por la mayoría de los cristianos. Sin embargo, es poco practicado aun por aquellos que lo aceptan. El dar la décima parte de nuestros ingresos realmente es un asunto de fe, de gratitud y sobre todo de obediencia. Hay muchos ejemplos y preceptos relativos al diezmo tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. Voy a citar únicamente dos: 1) Malaquías 3:10

“Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; Y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde”.

2) Hebreos 7:8 *“Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive”*.

e. El ahorro. Sin duda el ahorro, sumado a los principios anteriores ha sido un principio fundamental en la prosperidad individual, de la familia y, por ende, de la sociedad.

En la actualidad uno de los verdugos del ahorro es el “consumismo”. Hemos sido invadidos por una cultura de consumo que persigue estandarizar necesidades superfluas. También el consumo de masas se ha encargado de “crear” necesidades con el mito del urgente consumismo para relanzar la economía.¹⁷⁰ Por el contrario, la Biblia – aunque no es un manual de economía– da el consejo certero del ahorro. Proverbios 6:8 nos ilustra esa verdad. *“Prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento”*. El que no ahorra, al menos un dólar semanalmente, en el transcurso de los años se convencerá de cuanto pudo

haber ahorrado, pero no lo hizo. Sin embargo, aún está a tiempo de hacerlo en lo sucesivo.

f. La correcta administración. Es imperativo el considerar bien todo aquello que posee el hombre y que viva conforme a esa idea. Por eso, es necesario anotar minuciosamente los gastos y los ingresos, dado que si se pone atención a esos pormenores, no se caerá en el peligro de la deuda y se advertirá que los más insignificantes gastos se van convirtiendo en grandes sumas. No debemos olvidar que todo lo que poseemos –mucho, poco o lo necesario– nos ha sido dado por Dios. Por lo que no debemos convertirnos en disipadores de sus bienes. Lucas 16:1 deja en claro que el Señor requiere de nosotros una mayordomía intachable: *“Dijo también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y este fue acusado ante él como disipador de sus bienes”*. El que derrocha diariamente tan solo un dólar, es igual a un derroche de 365 dólares en un año, multiplicado por cinco años es igual a un mil ochocientos veinticinco dólares (1.825\$) lo que es una cantidad considerable en un momento dado.¹⁷¹

g. El compartir con otros. Este principio bíblico es infalible. A lo largo del texto bíblico encontramos que uno de los propósitos para los cuales fue creado el hombre es el de amar a su prójimo como a sí mismo. Esto incluye el que compartamos de lo que hemos obtenido, principalmente con los necesitados. El resultado para nosotros será según esta promesa divina condicional, que nunca caeremos en pobreza. Proverbios 28:27 ilustra esa verdad. *“El que da al pobre no tendrá pobreza; Mas el que aparta sus ojos tendrá muchas maldiciones”*.

h. El tiempo es dinero. Este principio explica que quien desperdicia una fracción de tiempo es equivalente a que desperdicie una cantidad de dinero proporcional, por lo que malogrará día a día la prerrogativa de beneficiarse con determinada cantidad de dinero al año. Aquel que en vano desaprovecha el tiempo que representa el valor de un dólar, se desprende de trescientos sesenta y cinco dólares al año, como quien los tira al mar. Quien haya perdido el tiempo equivalente a diez dólares es como si hubiera perdido todo cuanto pudo haber ganado con ellos si los hubiese invertido en algún negocio. Seguramente cuando el tal llegue a viejo, se lamentará la falta de tan enorme cantidad. Con razón dice el proverbio inglés *“The time is money”*¹⁷².

i. Una correcta inversión. La Biblia dice que el dinero para todo sirve. En otras palabras: el dinero es fecundo y provechoso cuando no se pone el amor en él. En el concepto capitalista el dinero puede engendrar dinero. Si cinco dólares son bien colocados se convertirán en seis, estos, a su vez, en siete, que podrán devenir con el tiempo en cientos y miles de dólares. Cuanto más dinero bien invertido, tanto más es el producto, de tal manera que el beneficio se multiplica con rapidez y en forma constante.¹⁷³

Concluamos. El “evangelio de prosperidad” que reduce a la sola fe el éxito económico ignora los principios antes mencionados, por lo que cae como hemos indicado en el reduccionismo y en la generalización. La prosperidad integral es la voluntad de Dios y esta se alcanza por la combinación de múltiples factores. Ya el destacado sociólogo Max Weber, a quien hemos citado, trata de sostener en su libro *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* de manera sutil, la siguiente tesis: “Ha sido la concepción protestante luterana, su ética, sus principios religiosos y económicos los que fundamentaron el inicio del capitalismo”¹⁷⁴.

3.12 El rock “cristianizado”

Con la única música y ritmo con los que tengo serias reservas son el rock y sus diversas variantes, por su origen, contexto e imposición transcultural. Por eso afirmo que las prácticas que manifiestan inclinación por la así llamada música rock “cristiana”, toleradas en las iglesias evangélicas, que tratan de imponerse a costa y en detrimento de la fe, también son producto de la religiosidad popular evangélica alienante. El problema no es tan sencillo, pues el aceptar e impulsar el rock “cristiano” en la “evangelización”, en los “conciertos cristianos”, incluso en los templos evangélicos, tiene implicaciones serias en el deterioro de la moral, de la fe cristiana y, por supuesto, de la familia.

De acuerdo a la investigación seria hecha por el teólogo, pastor y criminólogo (especializado en psiquiatría criminal) Juan Pablo Regimbal: “La rebeldía, la drogadicción, la perversión sexual, la ola de violencia y el suicidio están fuertemente ligados a la revolución socio cultural provocada mundialmente por la música rock. Este género de música nace a principios de la década de los 50 y ha desencadenado, hasta hoy, sobre el mundo entero una ola de lodo, escoria, sangre y hasta de sacrificios humanos”¹⁷⁵.

Además, es necesario agregar una precisión importante evidenciada por una encuesta realizada por Regimbal: el factor común en 18 casos de suicidios de jóvenes, entre 15 y 21 años de edad, ocurridos en un sector en Montreal, era la música rock. Es claro entonces, que los ritmos fuertes y sensuales del rock son capaces de excitar y producir histeria a tal punto que desembocan no solo en la miseria de la droga, libertinaje sexual y demás, sino en el suicidio. En línea con la investigación hecha por Regimbal presentamos alguna información precisa sobre el impacto del rock en el plano psíquico, físico, moral y espiritual tanto de los individuos como de las muchedumbres.

Consecuencias físicas: Regimbal relata que un famoso equipo de médicos, sociólogos y educadores, analizaron 200 casos de jóvenes que escuchaban música rock y confirmaron lo ya dicho: que la música rock no es un inofensivo pasatiempo, sino que provoca estragos, traumas graves irreversibles al oído humano, a la columna, a la vista, al sistema endocrino y al Sistema Nervioso Central (SNC).

Consecuencias psicológicas: si los daños en el plano corporal son asombrosos, en el plano psíquico no lo son menos. Al escuchar, sentir y vibrar con la música rock por tiempo prolongado se han comprobado profundos traumas psíquico-afectivos: neurosis, psicosis, histeria y propensión al suicidio.

Consecuencias morales: los temas favoritos del mundo del rock son: el sexo, la droga, la rebelión, la falsa religión. Estos deben ir acorde con el ritmo y con los movimientos corporales. La más sólida y mejor formación moral y espiritual no puede resistir por mucho tiempo al desgaste progresivo de la conciencia, del corazón y del espíritu, que produce la escucha habitual del rock.

Consecuencias sociales: el rock tiene por meta impulsar la rebeldía y el libertinaje contra todo deber familiar, religioso, político, económico y militar, y aún más, provoca histeria colectiva, con riñas y violencia ante los que el poder público se ve impotente.

La respuesta teológico-pastoral ante los asombrosos descubrimientos e influencias negativas del rock, ahora “cristiano” en muchas iglesias evangélicas, no debe esperar más. La Iglesia Evangélica posee una rica herencia musical muy adecuada para la animación del culto cristiano auténtico, razón por la cual nuestras congregaciones no tienen que

mostrarse tan porosas al impacto arrollador de esta música de la que el prestamo solicitado no es necesario, ni idóneo, ni pertinente, ni mucho menos espiritual. Sin embargo, es necesario tener apertura a la música de alabanza y adoración con contenido espiritual con una ambientación sublime y a la vez de gozo, sin tener que condescender con el mundo del rock. En consecuencia creemos que las congregaciones cristianas, en los distintos pueblos y culturas, deben alabar al Señor con sus propios instrumentos y su propia música.

3.13 Celebración de 15 años

El culto de celebración de 15 años obedece a una reminiscencia de la “misa” celebrada por la institución romana por el cumplimiento de las quince primaveras de la joven. Durante la celebración la joven luce un lindo vestido, recibe consejos, hace votos de fidelidad, comulga y luego el sacerdote le aplica “agua bendita” para indicar que la bendición está consumada. En la fe cristiana evangélica se ha permitido casi de una manera generalizada el celebrar la misma práctica, con algunas variantes, porque se cree que se debe ir a tono con los tiempos y la sociedad. Esta celebración se ha introducido sin mayores reparos. No se ha realizado una investigación de su origen, su significado y sus implicaciones en la fe de las iglesias evangélicas.

El problema de fondo de este culto de celebración “quinceaño” es el de centrar la atención en lo emocional, lo sentimental y en lo psíquico-físico dejando al margen lo espiritual. Ahora bien, no es malo ni antinatural el reconocer estos cambios que se dan en la mujer desde su niñez pasando por la pubertad a la adolescencia y de esta a la juventud, pero eso cobra relevancia en lugar de Dios y el culto a Él. Entonces, se ha caído en un reduccionismo a la esfera estética, puesto que nos deslumbra el vestido propio de los quince años y los encantos que como mujer puede mostrar. Luego los padres de la quinceañera, de buena intención y con satisfacción, presentan y lucen a su linda hija ante sus familiares, amigos, vecinos y a todos sus invitados, sin saber exactamente que están dando la pauta de que su hija ya es toda una mujer y está en la edad de ser pretendida, que ya es una casadera. Ese es el significado real de los quince años.

También cabe señalar que los formalismos, costumbres y convencionalismos sociales ejercen presión a la Iglesia en este tipo de

celebraciones. Para la Iglesia es muy claro su papel en este mundo: está en el mundo pero no es del mundo, no tiene que ser configurada por el mundo, sino el mundo conformado por esta. La Iglesia no debe ceder al impacto de la religiosidad tradicionalista que quiere apoderarse de ella, porque todo lo que quiere tomar el lugar que corresponde a “Dios Solo” es un fetiche. Eso no quiere decir que cuando la hija cumpla quince años de edad, no se agradezca a Dios con oración, alabanza y con una comida en acción de gracias. Estas acciones demuestran que reconocemos que todo don perfecto procede de Dios y que no tenemos nada que no hayamos recibido de Él.

3.14 La danza hebrea en la congregación

El creyente tiene la libertad de bailar o no bailar. Ese no es el problema. Pero la cuestión en mención se comienza a complicar cuando la danza hebrea como expresión artística coreográfica se quiere introducir en el ámbito de la fe como una norma.

Sabemos de sobra que esa danza tiene su origen en el judaísmo bíblico. Es parte de su forma de ser y de hacer las cosas. Es decir, es parte de su cultura y no necesariamente por mandato divino como en el caso de los preceptos específicos registrados en la ley. Vemos más bien, que la danza tiene varias connotaciones y matices. Esta no era solamente una expresión de alegría popular como lo muestra Jeremías 31:4 *“Aún te edificaré, y serás edificada, oh virgen de Israel; todavía serás adornada con tus panderos, y saldrás con tus danzas”*, sino de múltiples expresiones: cultural, política, militar, personal, religiosa y en algunas ocasiones dentro de un contexto idolátrico y erótico como el de la danza del pueblo de Israel ante el becerro de oro. En el libro de Éxodo encontramos la narración de un acontecimiento pecaminoso y trágico relacionado con danzas carnales. Esto sucedió cuando se encontraban en el desierto mientras Moisés estaba en la presencia de Dios en el monte Sinaí: *“Y aconteció que cuando él llegó al campamento, y vio el becerro y las danzas, ardió la ira de Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y las quebró al pie del monte”*¹⁷⁶.

De tal manera, pues, que el pueblo bailaba por varios motivos: cuando llegaba la fiesta de las cosechas (Jueces 21:19), cuando tenía una victoria un militar (Ex. 15:20), cuando alguien, de manera personal, quería mostrar regocijo y gratitud al Señor, como en el caso de la hija de Jefe que salió al encuentro con pandero y danza después que llegó la noticia de la victoria de

su padre a la ciudad. También en el caso David.¹⁷⁷ En ocasiones solemnes, generalmente participan las mujeres, y, según Matthew Henry, solo en la fiesta de los tabernáculos les era permitido. Las doncellas judías danzaban por grupos y públicamente como una expresión de júbilo santo.¹⁷⁸ De ahí que la danza pública las expusiera a un rapto masivo proveniente de los Benjamitas:

“Y los hijos de Benjamín, lo hicieron así; y tomaron mujeres conforme a su número, robándolas de entre las que danzaban; y se fueron y volvieron a su heredad y reedificaron las ciudades y habitaron en ellas” (Jueces 21:23).

Como vemos, la danza hebrea es parte de su entorno socio cultural, sin embargo, casi siempre que se practicó tuvo un tinte político, militar propio de su cultura. Por ejemplo: cuando el pueblo de Israel pasó el mar rojo en seco y Dios ahogó el ejército de faraón, ellos danzaron. La hermana de Aarón, María la profetisa y las mujeres tomaron pandero y danzaron como una muestra de gratitud por la victoria “militar” sobre sus enemigos: *“Y María la profetisa, hermana de Aarón, tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron en pos de ella con panderos y danzas”*¹⁷⁹. Cuando David venció a Goliat el pueblo le esperaba y las mujeres danzaban diciendo: *“Y cantaban las mujeres que danzaban, y decían: Saúl hirió a sus miles y David a sus diez miles”* (1 S. 18:7-8).

La danza realmente nunca fue parte del culto a Dios, aunque en pocas ocasiones ocurrió en el reinado de David. Fue David como rey de Israel que condujo al pueblo a una adoración espontánea y alabanzas con la expresión de las danzas: *“... Y David y toda la casa de Israel danzaban delante del Señor con toda clase de instrumentos de madera de haya, con arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos”* (2Sa. 6:5). David aprovechó el tiempo que el arca no estuvo dentro del tabernáculo para danzar delante de ella que representaba la misma presencia del Señor. Durante un tiempo estuvo en la casa de Obed Edon y posteriormente llegó a la ciudad de David. La danza que él practicó fue una expresión espontánea de gozo, a pesar de las críticas de su esposa Mical. Por eso, sin duda, encontramos exhortaciones en los salmos a que alabemos al Señor con danza (Sal. 149:3, 150:4), pero nunca como un mandamiento divino. En ninguna parte, la ley, los escritos, y los profetas, se pide al pueblo la obligatoriedad o requerimiento de parte de Dios para que dance.

En el Nuevo Testamento encontramos la danza desde dos perspectivas. La primera tiene que ver con la danza carnal de tipo griego. La segunda con una expresión cultural judía. En el primer caso vemos cómo la costumbre de emplear bailarinas profesionales se puso en práctica en Jerusalén. Una de esas bailarinas fue Salomé, quien danzó en la fiesta de cumpleaños del rey Herodes. La danza agradó tanto al rey que le prometió hasta la mitad de su reino a la bailarina. Salomé, inesperadamente para el rey, le pidió la cabeza de Juan el Bautista. Herodes, aunque desconcertado por dicha petición, por su honor tuvo que cumplir la promesa. En el segundo caso, se ve la danza como parte de la cultura judía, se percibe claramente en dos pasajes: en la historia del hijo pródigo cuando regresó a la casa de su padre quien le tenía una fiesta preparada para celebrar su regreso: *“Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas”* (Lc. 15:25). En la parábola de los muchachos indecisos que revela los juegos de la vida diaria de la sociedad de ese tiempo:

“Mas ¿a qué compararé esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas, y dan voces a sus compañeros diciendo: “Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos y no lamentasteis...” (Mt. 11:16-17).

Ambos ejemplos nos muestran claramente el aspecto cultural de la danza.

Podemos afirmar, entonces, que la danza con sus características propias de ritmo, movimientos de manos, pañuelos que se agitan, banderas, aclamaciones, silbidos, como expresiones culturales, políticas, militares y religiosas judías, no logró siquiera hacer impacto en la iglesia primitiva que se expandió en el mundo dominado en aquel entonces por la cultura griega y el poder del Imperio Romano. De sobra sabemos que el judaísmo dio pie al cristianismo, que proclamó un mensaje universal que supo encarnarse en la cultura de los pueblos de la cuenca del Mediterráneo. No obstante, ese cristianismo no siguió el “Folklore” judío, sino el suyo propio de acuerdo a los fundamentos puestos por Jesús, los profetas y los apóstoles.

Por otra parte, la fe cristiana tiene que tener la capacidad de “encarnarse” dentro las diversas culturas, sin permitir que las costumbres periféricas de la cultura hebrea lleguen a ser la norma. Porque los valores eternos del Evangelio sí tienen que echar raíces en los distintos grupos humanos examinando su cultura a la luz de esos mismos principios universales. Por otra parte, reconocemos que la iglesia cristiana no ha

tenido la capacidad suficiente para encarnar, feliz y totalmente el Evangelio en los valores culturales de nuestros pueblos. Esa es una asignatura pendiente que tiene que cumplir.

En cuanto a la espiritualidad del creyente o la congregación, la danza hebrea, con una connotación regionalista, no muestra necesariamente un avivamiento espiritual o equivalencia a un vivir en un camino de fe genuina, de santidad y entrega. Tampoco muestra necesariamente el compromiso de la Iglesia en la gran comisión de la evangelización y el discipulado universales asignados en las Sagradas Escrituras (Mt. 18:19; Mr. 16.15). La danza hebrea más bien nos puede conducir a la agudización del problema de división en la ya resquebrajada unidad de las iglesias evangélicas. No solo por la valoración de que, el que practica la danza es “espiritual” sino de que el que se abstiene es infantil en su fe.

El otro riesgo es el de la “elitización”. En cuanto que el danzar “con todas las de ley” implica un atuendo especial: vestidos, zapatillas, pañuelos, panderos, banderas, un ensayo continuo y concienzudo. Esto no está al alcance de todas las familias cristianas evangélicas porque un gran porcentaje de estas trabajan solo para subsistir. Lo que sí pueden ofrecer ante Dios estos creyentes es su vida consagrada al Señor con un canto que brota de lo profundo de su alma agradecida. Su vida es la ofrenda agradable a Dios. Esto es lo que realmente cuenta ante Dios.

Sumado a lo anterior, el Nuevo Testamento no registra una sola evidencia de la danza hebrea dentro de la práctica de adoración y conducta de vida en la fe de la incipiente Iglesia apostólica.

Quizá el craso error de la danza es que se quiera normar como parte del culto a Dios y no como una expresión espontánea de gratitud y regocijo ante el Señor. De esta manera se puede confundir una expresión de emoción con una realidad espiritual. Eso es precisamente ser “religioso”. El cristiano religioso no está capacitado para entender de una vez por todas que lo emocional no es equivalente a lo espiritual¹⁸⁰. No debemos evaluar, pues, únicamente por los actos externos y emotivos, ni la apariencia, sino con justo juicio. Más bien debiéramos tomar medidas preventivas para no alejarnos del contenido del culto cristiano y de los principios evangélicos.

3.15 Celebración de la Navidad

Todos los que profesamos ser cristianos evangélicos y protestantes celebramos la Navidad en cuanto es la celebración de la natividad o nacimiento del Mesías Hijo de Dios. No existe un cristiano que no se regocije de que el Enviado de Dios haya venido a la tierra para salvarnos. Por tanto, dicha celebración se da consciente o inconscientemente. El problema radica en cómo la celebran algunos creyentes. Es en ese sentido que esa celebración se puede convertir en una práctica religiosa influenciada por una cultura y consumo de masas.

La celebración de la Navidad en algunas de las iglesias evangélicas ha pasado a formar parte de sus celebraciones habituales. El intento sincero ha sido celebrar el nacimiento de Jesús, utilizando la fecha del 25 de diciembre. No obstante, es pertinente recordar que ni Jesús mismo se preocupó de comunicar por escrito u oralmente a sus discípulos su fecha de nacimiento. Agregado a lo anterior, el evangelio sinóptico más antiguo ni se preocupa de registrar este acontecimiento. Tampoco en la teología paulina tiene cabida recordar lo que para muchas iglesias hoy está entre sus celebraciones preferidas.

No obstante, a la falta de datos de primera mano, se puede saber con un alto grado de certeza la fecha aproximada para constatar que no fue el veinticinco de diciembre como habitualmente se nos ha inculcado. Existen algunas evidencias históricas seculares y otras bíblicas. Dentro de las históricas seculares encontramos la de Flavio Josefo,¹⁸¹ el famoso historiador de origen judío, que menciona en uno de sus escritos dos cosas importantes. La primera es que exactamente antes de la muerte de uno de los Herodes, aconteció un eclipse lunar. La segunda se refiere al hecho que Herodes murió justo antes de la Fiesta de la Pascua de ese año. Sobre la base de estos dos acontecimientos, se puede determinar la fecha aproximada. La fecha del eclipse ha sido determinada astronómicamente la noche del año 4 a.C. Con respecto a la pascua, esta fue celebrada en el mes de abril de ese mismo año. Por las evidencias de los relatos bíblicos, también podemos saber que Herodes estaba vivo cuando Jesús el Cristo nació, por lo tanto, es muy factible afirmar que Jesús tuvo que nacer antes de marzo del año 4 a.C.¹⁸²

Por otro lado, se puede considerar otra fecha más temprana muy probable de acuerdo a lo que Lucas 3: 1, 21, 23 muestra. Allí menciona el escritor Lucas que Jesús inició su ministerio a la edad de treinta años, en el

año quince de Tiberio. Para calcular correctamente este año, tiene que considerarse que Tiberio no comenzó a reinar sobre todo el imperio hasta la muerte de Augusto César en el 14 d.C. En consecuencia, el “año quince” se refiere al año 26 d.C. como el año en el que Jesús comenzó su ministerio. De esta manera podemos concluir que Jesús nació entre el 5 y el 4 a.C. En cuanto al mes de su nacimiento, el autor Byers hace un estudio detallado sobre la base del calendario bíblico, las veinticuatro divisiones o clases del sacerdocio mencionado en el primer libro de Crónicas capítulo 24, la clase de Abías mencionada en el evangelio de Lucas 1:5, 8, 11 llegando a la conclusión que Jesús nació en el mes de septiembre.¹⁸³

De cualquier manera, el problema es que la celebración de la Navidad se ha reducido a cuestiones puramente de festejos externos: comidas tradicionales, los regalos casi obligatorios o el intercambio de estos. Los cristianos actúan, en alguna medida, por impulsos y manipulación que provienen de una presión publicista y comercial de una cultura y consumo de masas, que pretende captar a toda costa y por adelantado los aguinaldos de los cristianos o no cristianos, con el pretexto de que la Navidad “es un día muy especial”. De este modo, se afecta los lazos comunitarios que caracterizan al encuentro personal con Dios y las relaciones interpersonales con los demás miembros de la Iglesia.

El desbalance teológico de esta celebración radica en que hace énfasis en la verdad del nacimiento de Jesús, a tal grado que minimiza otras verdades más importantes: su muerte expiatoria en la cruz y su necesaria resurrección. De manera, pues, que al levantar bandera por una verdad, sin considerar otras conexas más importantes, se desemboca indefectiblemente en un desequilibrio doctrinal. El alto riesgo de todo esto es que lleguemos a desvirtuar el propósito de los acontecimientos de la salvación en la muerte y resurrección del Señor Jesucristo al celebrar la Navidad sin conciencia clara. Por lo tanto, la atención se centra, inevitablemente, en aspectos secundarios.

3.16 El movimiento de la “Híper Fe”

Esto no es otra cosa que fe en la fe. Es lamentable que se practique en la mayoría de las Iglesias Neopentecostales. Kennneth Copeland, considerado la autoridad directriz en el movimiento de la fe, cree tan firmemente en ese concepto que ha hecho famosa la expresión “fuerza de la fe” por medio de

una repetición constante. Copeland, otro de los promotores de la hiper fe hace la siguiente definición: “La fe es una poderosa fuerza, se trata de una fuerza tangible. Es una fuerza conclusiva”. Él añade que así como la fuerza de la gravedad hace válida la ley de la gravedad, “es la fuerza de la fe la que hace que trabajen las leyes del mundo espiritual”.¹⁸⁴ Como se puede observar en estas dos definiciones, se le da mucha más importancia a la fe que al Dios de la fe. A la par de la fe deben actuar el amor, la santidad y la justicia. La fe no opera independientemente.

3.17 La guerra espiritual

La guerra espiritual es una doctrina desequilibrada. Esta enseña exageradamente la magnitud del poder del diablo y sus demonios y minimiza la posición gloriosa de autoridad y poder de todos los creyentes. Atribuye a las huestes malignas un poder similar al poder de Jesús y sus ángeles, de tal manera que hoy, según esta posición, sigue habiendo un enfrentamiento entre ambos poderes de igual potencia. Además, la Iglesia tiene que seguir guerreando contra las potestades día y noche para poder vencerlos.

Estas peligrosas enseñanzas se escuchan en muchos púlpitos, en muchos congresos de guerra espiritual y las librerías están saturadas con abundante literatura al respecto. No es extraño, pues, que la Iglesia Cristiana Evangélica haya sido permeable y confundida en su posición victoriosa sobre el diablo que ha recibido en Cristo Jesús. Con sobrada razón, muchos han levantado la bandera de la doctrina bíblica respecto la posición de derrota de Satanás. Büne es uno de ellos y afirma acertadamente que estas prácticas conducen a una autoestima jactanciosa y a una desviación del Señorío de Jesucristo. Además, supone un concepto desfigurado de Satanás al atribuirle un desmedido poder y una alta autoridad que no tiene.¹⁸⁵

Es cierto que Satanás tiene bajo engaño al mundo y en esclavitud a todas las personas que no han sido libertadas por el Señor. Pero con relación a la iglesia es totalmente distinta la posición. La iglesia tiene a su favor la total victoria de Jesús sobre Satanás. Él es la cabeza, la iglesia su cuerpo. Jesús obtuvo la victoria y se la entregó a la iglesia. La iglesia no tiene que pelear una guerra que Jesús ya ganó, solo tiene que creer y celebrar la victoria. El papel de la iglesia es luchar por mantener y vivir esa victoria. Es una lucha de estar quietos y confiados, en santidad, con la verdad de la

Biblia y con la guía del Espíritu Santo. Es una lucha en la tenemos que velar y orar para descubrir los engaños del enemigo para poder resistirle. Si resistimos a Satanás recordándole que está derrotado y que su poder ha sido destruido indefectiblemente huirá. Esa victoria se tiene y se mantiene por la fe.

A menos que la iglesia ignore esa verdad será engañada por el diablo, pero aún eso está bajo el control soberano de Dios. Sin embargo, a pesar que ya está derrotado, tiene cierto poder limitado para actuar en contra de los hermanos, pero con el permiso de Dios. Cuando se trata de tocar los bienes o los cuerpos de los creyentes, como en el caso de Job, lo hace bajo el estricto control del Señor. Satanás no es autónomo. El poder limitado que todavía tiene para confundir a los creyentes es el de la incitación (Job 1, 2), la tentación (Mt. 4:1), la imitación de las cosas las verdaderas (Mt. 13:39), la desviación de la mirada de los creyentes de las cosas de Dios para ponerla en las cosas de los hombres (Mt. 16:23), usa la mentira (Jn. 8:44), la acusación (Zac. 3:1), trata de usar argumentos en contra del conocimiento de Dios (2Co. 2:11), usa el engaño (2Co. 11:3, 14, Ap. 12:9), acecha (Ef. 6:11), estorba (1Ts. 2:8), manda dardos de fuego, es decir toda clase de pensamientos espantosos (Ef. 6:16), pone trampas (1Ti. 3:7). Si nos fijamos en todos esos pasajes la actividad del diablo se reduce a engaños, mentiras, acusaciones e intimidaciones. En muy pocos casos ocurren ataques directos de Satanás a los bienes y a los creyentes mismos, pero, otra vez, no olvidemos que cuando eso sucede, es Dios quien lo permite, a veces como parte de su disciplina amorosa y otras veces sencillamente como una prueba para que nuestra fe crezca.

Lo triste y trágico es que esta doctrina no se percata de muchos hechos espirituales que la Biblia declara enfáticamente sobre la condición de maldición y de derrota en que se encuentra el diablo. Desde Génesis 3:15-16; se nos enseña cuál es la condición de Satanás:

“Y Jehová Dios dijo a la serpiente: Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer; y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”.

Satanás, la serpiente antigua, desde ese momento (y todos los días de su vida) anda arrastrado y comiendo polvo. El golpe de muerte a la serpiente

arrastrada se lo dio Jesús al morir en la cruz y al resucitar. La cabeza de Satanás fue aplastada y destruido su poder.

A continuación mencionamos algunos pasajes que muestran que Satanás está derrotado y que los creyentes tienen autoridad sobre él sin necesidad de estar “guerreando”.

El apóstol Juan afirma que los creyentes jóvenes, por medio de la fe, han vencido ya al maligno:

“Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre” (1Jn. 2:13).

El cristiano que ha nacido de nuevo pertenece a Dios y el diablo no puede tocarlo: *“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1Jn. 5:18)*. Jesucristo destruyó el poder de Satanás por medio de su muerte: *“...Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es al diablo” (He. 2:14)*. El creyente una vez trasladado del reino de las tinieblas al Reino de Dios, Satanás ya no tiene dominio sobre él: *“...Para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hch. 26:18)*. El creyente tiene plena autoridad sobre Satanás y de los demonios cuando estos se manifiestan, pero no para estar “guerreando” contra ellos todo el tiempo: *“...Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mt. 10:1-8)*. El creyente ha derrotado a Satanás, tiene autoridad sobre la fuerza del enemigo y nada lo daña:

“Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc. 10:17-20).

De manera pues que no es necesario estar en continua guerra espiritual para obtener la victoria. Realmente la victoria no es conseguida, sino recibida por la fe en Cristo y su palabra.

Resumamos. Para mantener la victoria que hemos recibido del Señor Jesús sobre Satanás, es necesario que: a) No le tengamos miedo. Él es un enemigo derrotado. El miedo da lugar a que el diablo nos engañe; b) Es necesario que conozcamos la verdad en todos los aspectos espirituales y esta nos liberta de los engaños del diablo: “*Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*” (Jn. 8:32). Si Satanás no puede engañarnos pierde todo su poder limitado; c) Es necesario resistirle con la fe. Hemos de creer que el Señor destruyó la obra del diablo, que la resurrección de Jesús demostró la victoria total sobre el diablo y la muerte, y que hemos vencido al que nos acusaba día y noche por medio de la sangre del cordero (Ap. 12:11).

3.18 Movimiento apostólico mundial

El inicio de lo que se conoce como el movimiento o red apostólica mundial tiene sus inicios en los Estados Unidos en la década de los años noventa. En varios estados comenzaron a celebrarse convenciones específicas sobre el modelo apostólico de Pablo para tener “la unidad y retornar al tipo de poder de la época primitiva”.¹⁸⁶ Uno de los promotores de este movimiento afirma que en el siglo veintiuno Dios comenzó a restaurar cronológicamente los dones ministeriales de Efesios 4:11. En 1950 el cuerpo de Cristo fue inundado con evangelistas; en la época de los 60s y 70s, el ministerio de los pastores y maestros. En los 80s comienza a ser notable la operación del ministerio profético y en los 90s el ministerio apostólico. Cannistraci afirma que Dios quiere completar los primeros ministerios con el ministerio apostólico, con una manifestación total:

“El ministerio apostólico es uno de los ministerios que aún no ha sido restaurado en la misma medida que los otros ministerios. Creo que es un eslabón perdido en la cadena de restablecimiento: todavía necesitamos que el oficio del apóstol se manifieste en toda su plenitud”¹⁸⁷.

El problema de ese modelo apostólico radica no en que haya necesidad de restaurarlo como se menciona en lo citado, sino en la forma que se está llevando a cabo y lo que se entiende hoy por apóstol. En cuanto que se está creyendo, como señala el Dr. Núñez, que las iglesias evangélicas necesitan “cobertura” para que tengan poder, crezcan espiritualmente en todas las áreas y tengan una protección especial del Señor. El Dr. Núñez, en su libro “El Apostolado Moderno” nos invita a que nos hagamos la siguiente

pregunta: ¿Si la comunidad evangélica de este país ha estado por más de cien años sin la cobertura de apóstoles o sin la cobertura que da Jesús el Cristo, de dónde ha venido el poder para la conversión de centenares y miles de guatemaltecos?¹⁸⁸

El Dr. Núñez sigue diciendo que ante esta realidad es conveniente que volvamos a la Biblia y encontremos el modelo multifacético del apostolado. Es por eso conveniente revisar el vocablo y el concepto apóstol. El vocablo “apóstol” es una traducción del griego de la palabra “apostolos” compuesta de dos palabras: *Stello* levantarse y *Apo* desde afuera, por lo que significa enviar, despachar personas o cosas.¹⁸⁹

El Dr. Núñez señala varios usos, partiendo del significado bíblico: a) Su uso especial que se cumple en Jesucristo el Apóstol por excelencia (He. 3:1); b) El uso del apostolado de los doce que Jesús llamó. Su número era exactamente doce, ni más ni menos. Por eso Matías tuvo que sustituir a Judas para que el número siguiera siendo el mismo. Además, Apocalipsis revela que para estos doce apóstoles que lo dejaron todo al seguir a Jesús, hay doce tronos, uno para cada uno como parte de su recompensa; c) El apostolado de Pablo. Nadie puede negar que el apostolado de Pablo es singular. Ni entra con los doce, ni es repetible en cuanto que él recibió revelación directa del Señor Jesús y tuvo parte en la escritura de las cartas inspiradas del Nuevo Testamento; d) El uso general, no técnico de la palabra apóstol. Aparte de los usos especiales mencionados, el Dr. Núñez señala que todos los demás que aparecen como apóstoles, lo son en sentido general. Por ejemplo Jacobo, el hermano del Señor Bernabé, Andrónico y Junias. El texto de Efesios 4:7-12 señala el uso general del término apóstol.

El hecho de que en el siglo XX se haya observado cierto énfasis de unos dones ministeriales sobre otros, no indica superioridad de unos sobre otros. Realmente la Iglesia ha perdido de vista que los cinco dones ministeriales (apóstol, profeta, evangelista, pastor y maestro) siempre deben estar vigentes mientras esté la Iglesia en la tierra. El énfasis lo ha dado el hombre no Dios. Al leer sencillamente el texto, sin prejuicios, notamos que Dios mismo constituyó a los cinco para que *continuamente* perfeccionen (de manera constante y en todo tiempo) y equipen a todos los creyentes:

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo (Ef. 4:11-12).

Observamos, entonces, no solo que la función de los cinco ministerios es la misma en el sentido general: edificar a los santos para la obra del ministerio y la edificación del cuerpo de Cristo, sino que no existe ninguna superioridad de un ministerio sobre otro. Todos deben convertir en ministros a los creyentes por medio del equipamiento. Así toda la iglesia es un reino de sacerdotes, de ministros, el cuerpo de Cristo, en el cual no cabe la superioridad de los unos sobre los otros.

Otro aspecto de notar, es el orden en que aparecen escritos. No es un orden jerárquico, sino histórico. En sentido estricto, cada uno de los cinco ministerios ha hecho su labor que le da cierta distinción. El evangelista (aunque todos debemos hacer obra de evangelista) predica el Evangelio de manera itinerante a multitudes y a personas individuales en los templos, en las calles, en las plazas, en estadios, etc. El pastor cuida, guía, alimenta y aconseja a los creyentes. El maestro enseña las verdades esenciales de la revelación escrita del Evangelio. El profeta es un instrumento de Dios para señalar la condición espiritual de la iglesia y de los cristianos. En algunas ocasiones Dios le muestra acontecimientos futuros. Su función es alentar y amonestar. El apóstol (literalmente “enviado”) es un enviado (NO UNO QUE ENVÍA A OTROS) para predicar el Evangelio, edificar a los nuevos cristianos y fundar una Iglesia con esos convertidos dejando que ellos se organicen ministerial y administrativamente. Luego, con el tiempo, vuelve a visitarlos para ver su crecimiento. Todos los apóstoles en la Biblia, sin excepción, no fueron pastores, fueron “enviados” que predicaron el Evangelio en regiones donde nunca se había predicado el Evangelio. Por eso podemos afirmar categóricamente, sin temor a equivocarnos, basados en la Biblia, que los que son verdaderamente apóstoles son los mal llamados “misioneros”. Digo “mal llamados” porque a ellos se les debe llamar apóstoles, en cuanto van de región en región ganando personas para Cristo y fundando iglesias.

Si acaso fuera pertinente hablar de superioridad de un don ministerial sobre otro, el don ministerial de pastor sería superior a todos. La razón es que Dios mismo se reconoce así mismo como pastor, no como apóstol, profeta, evangelista o maestro: *“Jehová es mi pastor; nada me faltará”* (Sal. 23:1). *“Oh, Pastor de Israel, escucha; Tú que pastoreas como a ovejas a José, que estás entre querubines, resplandece”* (Sal. 80:1). También los libros proféticos revelan a Dios como pastor: *“Como pastor apacentará su*

rebaño; en su brazo llevará los corderos; y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas” (Is. 40:11).

También nuestro Señor Jesucristo se reconoce a sí mismo como pastor. En Mateo 26: 31 Jesús anuncia a sus discípulos que él, como el pastor anunciado, tendrá que morir y resucitar por su rebaño. Específicamente en el evangelio de Juan él mismo afirma: “*Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas*” (Jn. 10:11). Otros autores bíblicos hablan de Jesús como profeta, maestro y apóstol, pero lo único que Él aseveró de sí mismo fue que era “El buen pastor”.

Por otra parte, es dentro de las Iglesias Neopentecostales que se ha desarrollado casi exclusivamente el concepto del Apostolado Moderno. Según mi criterio, esto ha incidido en alguna medida al crecimiento numérico y a la religiosidad popular que busca “intercesores” o enviados que den “cobertura espiritual” para llegar a la madurez.

En conclusión: el movimiento apostólico conlleva el peligro de creer que puede tener amplio control de la Iglesia. Ese error ya lo ha cometido la Institución Romana. Decimos eso por el hecho que se han hecho delimitaciones de esferas geográficas, territoriales, organizacionales, como las que señala Renne Rodriguez:

“Apóstoles Verticales, apóstoles eclesiales (autoridad sobre numero de iglesias), apóstoles funcionales (ministerios en esferas específicas), apóstoles de equipo (ministran en conjunto con otros apóstoles), apóstoles congregacionales (pastores que pastorean iglesias de un número superior a los 700 u 800). Apóstoles Horizontales: apóstoles convergentes (llamado de autoridad conjunto en campos específicos), apóstoles embajadores (ministerio itinerante de catalización), apóstoles movilizados (autoridad para poner a trabajar junto cierto segmento del cuerpo de Cristo), apóstoles territoriales (autoridad sobre cierto segmento del cuerpo en la esfera de una ciudad o estado), Apóstoles de mercado (rol no definido aún).¹⁹⁰

Hermanos: esto no es bíblico.

3.19 El movimiento profético moderno

Junto al movimiento apostólico surge el movimiento profético. Van de la mano. La superioridad que pretende tener el ministerio apostólico por encima de las iglesias —e incluso de las mismas denominaciones— es apoyado por aquellos que pertenecen al movimiento profético y que “tienen la autoridad” “por manto profético” la confirmación del llamado que hacen los Apóstoles de la cúpula a los nuevos apóstoles. Es el mismo error del

apostolado de confundir su llamado, su función, su servicio, de acuerdo a la Escritura, con la jerarquía y la posición por sobre las denominaciones, pastores e iglesias locales.

Es necesario volver a la Biblia y estudiar de nuevo, con sencillez, sin prejuicios denominacionales, religiosos e incluso teológicos, todo lo relacionado con “El profeta en el AT y NT, el profetismo en 1^{er} y 2^o libro de Samuel, el don de profecía de 1^a Corintios 12, el don ministerial de profeta de Ef. 4:11.

Recordemos sobre todo que por encima del don ministerial de profeta, el don de profecía, está la Biblia que es “la Palabra profética más segura”.

3.20 El movimiento mesiánico popular

El actual mesianismo como un movimiento popular enfrenta serios cuestionamientos bíblicos, teológicos, espirituales, religiosos y culturales. Además, está seduciendo a algunos ministros y parte de sus congregaciones a que crean enseñanzas más culturales que bíblicas y realicen ritos religiosos ajenos a las ordenanzas dadas por Jesús el Mesías; tales como el uso de la indumentaria hebrea (Kipa, Talit), la abolición de la ordenanza de la cena del Señor, la invocación de Dios con oraciones establecidas, etc.

En contraste, el mesianismo real bíblico es parte del plan de Dios para la salvación de las personas y la consumación de su Reino en Jesús el Cristo (el Ungido).

Es por eso que creo que la iglesia evangélica, juntamente con sus ministros, deben conocer la diferencia entre el mesianismo bíblico y el movimiento mesiánico popular, para la orientación de su pueblo y no permitir que entren la confusión, la división y el desánimo en los creyentes a causa de las sutiles pero equivocadas y perniciosas enseñanzas que han estado introduciendo el movimiento mesiánico popular.

Para contribuir al propósito de evitar confusión abordaré brevemente el mesianismo bíblico y sus características, su contenido y sus implicaciones. Luego describiré, también brevemente El mesianismo como un movimiento popular y sus fallas y sus consecuencias.

El mesianismo bíblico. El mesianismo real bíblico está relacionado a la escatología bíblica. En efecto, es un tema fundamental dentro de la

revelación del Reino de Dios. Ese Reino comenzó a manifestarse en los distintos períodos de la Historia Sagrada registrados en el Antiguo Testamento: el período de los patriarcas, del éxodo, de los Jueces, de la monarquía, de la monarquía dividida, del cautiverio y el período de la restauración. En las Escrituras de la ley, los salmos y los profetas que narran y describen esos períodos ya se encuentran alusiones al Mesías en el sentido amplio (mesianismo que también se aplicó a reyes, sacerdotes, emperadores) y el sentido profético específico que se refiere al Mesías real.

Dentro de algunas características del Mesías real y su obra (mesianismo real) anunciadas en las Escrituras están: su descendencia davídica, su justicia, su poder, su amor, su sabiduría, su moral, su carácter, su servicio, su gobierno, todo con el propósito de salvar en primer lugar al pueblo de Israel y luego a todas las naciones reinando con justicia paz y amor.

La esperanza mesiánica anunciada al pueblo de Israel tiene pleno cumplimiento en Jesús de Nazaret. Eso lo deja en claro el pasaje aquel en el que Juan el Bautista pregunta abiertamente acerca de la identidad mesiánica de Jesús:

“Juan estaba en la cárcel, y al enterarse de lo que Cristo estaba haciendo, envió a sus discípulos a que le preguntaran: ¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro? Les respondió Jesús: Vayan y cuéntenle a Juan lo que están viendo y oyendo: Los ciegos ven, los cojos andan, los que tienen lepra son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncian las buenas nuevas. Dichoso el que no tropieza por causa mía”. (Mt. 11:3-5 NVI).

La respuesta de Jesús aunque no es abierta, sí deja en claro que él es el Mesías (Ungido en hebreo), el Cristo (Ungido en griego). Contrario a las concepciones religiosas populares equivocadas acerca de la identidad del Mesías, los evangelios nos muestran la identidad del Mesías y sus obras. Con la confirmación dada por Jesús al Bautista acerca de su mesianismo, sin duda, Jesús transformó esa concepción guerrera, política, libertadora que se tenía del Mesías.

En el evangelio de Lucas 4:18 en adelante, Jesús después de leer la porción de las Escrituras de Isaías 61, delante de todos los que estaban en la sinagoga, afirmó que él era el Ungido (Mesías) que llevaría a cabo todo lo anunciado por el profeta Isaías:

“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena

voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados”; (Isaías 61:1-2).

Ahora bien, las Escrituras nos enseñan que es por revelación que descubre la identidad de Jesús como el Cristo.

“Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt. 16:15-17).

Así que el mesianismo genuino al que se refiere el Nuevo Testamento es a la vida, misión, carácter, enseñanza, naturaleza y obra de Jesús el Mesías. Es la repuesta de fe de parte del hombre hacia el Mesías y su obra la que lo libera de la opresión del Diablo, del pecado y sus consecuencias y del mundo. Esa liberación que viene del Mesías ocurre en dos etapas que son las dos venidas de Jesús. La primera venida que tiene relación con el sacrificio por los pecados y la segunda ya no tiene relación con el pecado sino con la instauración plena del reino con justicia. En la primera venida, el Mesías trae el Reino de los cielos a la tierra; viene en el sentido amplio a predicar las buenas nuevas a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los oprimidos. En la segunda etapa que se cumple con su segunda venida somete totalmente a los enemigos de su pueblo y reina la paz y la justicia.

El mesianismo real es aceptado cuando todas las personas creen en Jesús de Nazareth como su Señor y su Salvador no importando su nacionalidad, raza o sexo. En Jesús se derriba la pared intermedia que separaba a los judíos de los gentiles (la ley, los sacrificios, los alimentos, etc.). Abolió la enemistad. La iglesia que es el Cuerpo de Cristo, el Edificio de Dios, la casa de Dios, Sacerdocio Santo, está formada por creyentes. No hay distinción de fe entre judíos y gentiles excepto en algunas prácticas culturales que deben practicarse todavía si no contradicen las verdades esenciales del Evangelio anunciado por la ley, los salmos o los escritos, los profetas, Jesús, Pablo, Pedro y Juan. Recordemos que esos aspectos culturales son regionales no universales, pero los presupuestos fundamentales del Evangelio sí son universales. Lo regional cultural no es normativo, lo universal sí.

El movimiento mesiánico popular. Los judíos que han creído que Jesús de Nazaret es el Mesías prometido a Israel para salvarlos se llaman judíos mesiánicos. Ellos forman parte del llamado movimiento mesiánico. Según uno de los principales impulsores del movimiento mesiánico, ser mesiánico significa: “que desde nuestro punto de vista, un judío que acepta el testimonio de Dios, con relación a la identidad de Yeshúa ben Yosef como el Mesías prometido, no deja de ser judío, ni tiene por qué abandonar las creencias y prácticas de nuestro pueblo, como nos han sido preservadas en la Torah, los Profetas, los Salmos y el código Mesiánico, así como en la larga historia de nuestras comunidades hebreas, que se han mantenido fieles a la fe de nuestros mayores”.¹⁹¹ (el subrayado es mío).

En esta categórica afirmación se encuentra, a la luz de las Sagradas Escrituras, algunos cuestionamientos. Si un judío al creer en el Señor Jesús no deja de ser judío ¿tendrá entonces que promover sus prácticas culturales tratando de probar que son una muestra de su fe? La cuestión es que la fe para salvación no es una cuestión cultural regional, sino un asunto universal para todos los hombres, independientemente de su nación y su cultura. Las prácticas culturales judías son regionales, la fe del Evangelio es universal.

La escritura da más importancia a la conversión espiritual que al aspecto de raza y cultura. Dicha conversión hace a todos sin distinción los que creen en Jesús el Mesías verdaderos judíos espiritualmente. Romanos 2:28-29 deja en claro esa verdad:

“Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza de la cual no viene de los hombres, sino de Dios”.

El otro cuestionamiento con relación a guardar la Torah o Ley es que, de acuerdo a las enseñanzas de Jesús, Pablo y los apóstoles, un judío que se convierte al Mesías sí tiene que abandonar las creencias, sacrificios y prácticas religiosas descritas en la Torah porque no le sirven para nada en la salvación, que es por la sola fe en Jesús solo. Pablo lo afirmó sin rodeos: Filipenses 3:2-7:

“Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo. Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne. Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley,

irreprochable. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo”.

El pasaje anterior deja claro que Pablo abandonó todas las prácticas y creencias religiosas de la Torah y del judaísmo. Las consideraba inservibles.

Pablo, antes de recibir y practicar el Evangelio del Reino de Dios, sellado en el Nuevo Pacto en Jesús el Mesías, creía y practicaba con vehemencia el judaísmo. Sin embargo, por el amor y el conocimiento del Señor Jesús y el Evangelio, todo eso lo desechó. En esta nueva posición ya no le servía el judaísmo que antes había practicado. Por lo tanto, ya no pertenecía al mismo, sino a la fe en Cristo Jesús que la había recibido por revelación no por tradiciones humanas ancestrales. Eso también lo demuestran otros pasajes:

“Quiero que sepan, hermanos, que el evangelio que yo predico no es invención humana. No lo recibí ni lo aprendí de ningún ser humano. Sino que me llegó por revelación de Jesucristo. Ustedes ya están enterados de mi conducta cuando pertenecía al judaísmo, de la furia con que perseguía a la iglesia de Dios, tratando de destruirla. En la práctica del judaísmo, yo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi celo exagerado por las tradiciones de mis antepasados. Sin embargo, Dios me había apartado desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia. Cuando él tuvo a bien revelarme a su hijo para que yo lo predicara entre los gentiles, no consulté con nadie”. (Gá. 1:11-14 NVI, el subrayado es mío).

El apóstol Pablo también reprendió a Pedro cuando este pedía, por temor a los de la circuncisión, que los gentiles practicasen el judaísmo, aunque sabía que no era necesario para la salvación y la celebración de la fe:

“Pues bien, cuando Pedro fue a Antioquía, le eché en cara su comportamiento condenable. Antes que llegaran algunos de parte de Jacobo, Pedro solía comer con los gentiles. Pero cuando aquellos llegaron comenzó a retraerse y a separarse de los gentiles por temor de los partidarios de la circuncisión. Entonces los demás judíos se unieron a Pedro en su hipocresía, y hasta Bernabé se dejó arrastrar por esa conducta hipócrita. Cuando vi que no actuaban rectamente como corresponde a la integridad del evangelio, le dije a Pedro delante de todos: Si tú, que eres judío, vives como si no lo fueras, ¿por qué obligas a los gentiles a practicar el judaísmo?” (Gá. 2:11-14 NVI, el subrayado es mío).

También el apóstol Pablo advierte a Tito sobre las falsas doctrinas que se estaban infiltrando en la iglesia de Creta:

“Y es que hay muchos rebeldes, charlatanes y engañadores, especialmente los partidarios de la circuncisión. A esos hay que tapanles la boca, ya que están arruinando familias enteras al enseñar lo que no se debe” (Tito 1:10-11 NVI).

En consecuencia, Pablo le pide que exhorte a los cretenses por los peligros arriba descritos: "...Por eso repréndelos con severidad a fin de que sean sanos en la fe y no hagan caso de leyendas judías ni de lo que exigen esos que rechazan la verdad". (Tito 1:13-14 NVI, el subrayado es mío).

Para afirmar aún más lo dicho, cito a continuación varios pasajes que ponen de relieve que el que ha creído en Jesús el Mesías no tiene que guardar más las creencias y prácticas de la Toráh (Ley en el sentido amplio que incluye la ley sacrificial) para ser salvo y para vivir la fe en Cristo Jesús.

Gálatas 6:13 "Porque ni aun los mismos que se circuncidan guardan la ley; pero quieren que vosotros os circuncidéis, para gloriarse en vuestra carne".

Gálatas 5:4 "De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído".

Gálatas 4:4-5 "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos".

Romanos 10:4 "Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree".

Otro cuestionamiento serio es el de la autoridad escritural sobre la cual se fundamenta el movimiento mesiánico popular. Aunque dicen que sus creencias y prácticas religiosas se basan en el Antiguo Testamento (la ley, los escritos y los salmos), realmente no es así.

Para comenzar, todas las fiestas, ritos, preceptos y sacrificios establecidos por Dios en el Antiguo Testamento se tienen que celebrar en un templo, en el templo de Jerusalén y por medio de sacerdotes con una genealogía registrada. Por eso Jesús y Pablo, cuando tenían que celebrar la pascua, era necesario que subieran a Jerusalén. Hasta hoy, después de cientos de años, no hay templo ni sacerdotes que tengan su genealogía registrada. Por lo tanto, ni siquiera el judaísmo que es realmente bíblico, puede practicarse hoy. Mucho menos un mesianismo o judaísmo extra-bíblico.

El mesianismo que se practica hoy no es aceptado ni siquiera por los judíos ortodoxos porque es un judaísmo rabínico, es decir, que ha sido forjado por hombres que han dejado sus interpretaciones personales humanas en documentos o textos no inspirados, tales como el Talmud.

El Talmud es un conjunto de leyes escritas, interpretadas por judíos que no se apegan estrictamente al Antiguo Testamento. El Talmud se compone de la Misná y su comentario la Gemara. Existen dos Talmudes principales: el de Jerusalén y el de Babilonia. También existe la Halaká, que es una interpretación judía de la escritura cuyo fin es deducir de ella normas ético-jurídicas para la conducta del individuo y la comunidad. Esta interpretación es paralela a otra llamada Agadá que es una escritura de tipo edificante. Además, consultan como comentarios las obras literarias llamadas Midrasim. Estas obras fueron compiladas tardíamente en bastas colecciones.¹⁹² El mismo autor mesiánico Ben Avraham afirma que otros textos que usan son el código nazareita y el código mesiánico. El movimiento mesiánico toma poco o nada en cuenta el Nuevo Testamento, por lo tanto, sus enseñanzas no son de carácter universal, puesto que no están fundamentadas sobre las Sagradas Escrituras inspiradas por Dios, constituidas exclusivamente por el Cánon del Antiguo y Nuevo Testamento formado por 66 libros (39 del A.T. y 27 N.T.). En consecuencia, sus enseñanzas carecen de valor normativo.

Además, los mesiánicos tienen en su contra, doctrinalmente, toda la carta a los Gálatas (ya he mencionado algunos pasajes de esa carta) y toda la carta a los Hebreos, de la cual quiero resaltar algunos puntos que refutan totalmente las enseñanzas y prácticas del mesianismo popular.

La carta a los Hebreos fue escrita en primer lugar para los judíos que habían creído en el Señor Jesús. La posición de esos judíos convertidos era difícil porque en Jerusalén todavía estaba el templo con sacerdotes y sacrificios que pretendían seguir perdonando pecados. Esto resultaba en confusión para ellos, pues algunos dudaban si era el sacrificio de Jesús o el de los toros y machos cabríos el que perdonaba los pecados. En contraste, para los gentiles estaba claro que el único sacrificio por sus pecados era el del Señor Jesús. En consecuencia el escritor de Hebreos les escribe a estos judíos para que abandonaran definitivamente el judaísmo (antiguo pacto) y acepten el cristianismo (nuevo pacto).

En otras palabras: la carta a los Hebreos exhorta a los cristianos de origen judío que abandonen los sacrificios terrenales y acepten el sacrificio divino. Por eso les dice que no deben dejar de congregarse. Porque el hecho de congregarse y perseverar en una congregación cristiana deja en claro que se es cristiano. Pero el alejarse de la congregación era una señal de

abandonar a Cristo y abrazar de nuevo el judaísmo. Dicho sea de paso, el pecar voluntariamente, aquí en Hebreos 10:26, no se refiere a pecados morales, sino a pecados doctrinales. Aquí todo el contexto y el texto se refieren al pecado voluntario de dejar de congregarse para volverse al judaísmo. Es más bien un pecado doctrinal. Para los judíos que habían creído en Jesús, el querer volver al judaísmo era un pecado doctrinal de fe en el que se le daba la espalda a Jesús. El escritor de Hebreos quiere dejar en claro que el único sacrificio que podía perdonar sus pecados era el de Cristo. Si ellos querían confiar otra vez en la sangre, los sacrificios de toros y machos cabríos, entonces, para ellos, realmente ya no es posible otro sacrificio por los pecados.

Si los judíos convertidos al Señor después de haber recibido el conocimiento de la verdad (no dice después de haber sido regenerados, salvos o lavados, por tanto no se refiere a salvación, sino a disciplina), se dejaban de congregar con los cristianos para volver a practicar el judaísmo buscando otros sacrificios, ellos solamente podían esperar “...una terrible expectación de juicio y hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios...”

En Hebreos se viene diciendo, por un lado, que la salvación que nos trajo Jesús está totalmente realizada, es perfecta, y por otro lado, que esa salvación es también perfecta y para siempre en los que han creído en Jesús como su Señor. Veamos: Hebreos 7:27 dice que Jesús no necesita, como los sumos sacerdotes judíos, ofrecer sacrificios diariamente por sus pecados porque Jesús, siendo sin pecado, “...lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a Sí mismo” (el subrayado es mío). Hebreos 9:12b dice que: “Entró una vez para siempre en el lugar santísimo, obteniendo así eterna redención”. Hebreos 9:28: “Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado...” Hebreos 10:10, 12, 14, dice:

*“Por esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre... Este, en cambio, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios... **Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados**”.*

¡Aleluya! El único, perfecto, santo sacrificio que hizo que fuéramos perdonados y santificados para siempre es el sacrificio y la sangre del Señor Jesús. Por eso el escritor de los Hebreos les ha venido diciendo en su carta a

los judíos convertidos al cristianismo en el capítulo ocho: “Hay un solo sacrificio”, en el capítulo nueve: “Hay un solo sacrificio”, en el capítulo diez: “Hay un solo sacrificio”. Si Ustedes quieren cambiar por otro, entonces, ya no queda otro. Ya no habrá otro.

A la luz de lo expuesto, exhorto, en nombre del Señor Jesús y su único y perfecto sacrificio que nos trajo redención eterna, a todos los cristianos que “quieren regresar” a sus raíces hebreas realizando prácticas judaicas, queriendo vivir un judaísmo rabínico, haciendo el rito de la circuncisión, usando atuendos judíos, queriendo celebrar religiosamente las fiestas judías, que se abstengan, porque la disciplina del Señor puede venir. Los versículos 26 al 29 del capítulo 10 de Hebreos se aplican a los judíos convertidos que querían regresar al judaísmo, pero también se puede aplicar a los gentiles cristianos que quieren vivir como judíos, menospreciando al hijo de Dios y al Espíritu de Gracia.

Deseo que esta breve reflexión sobre el genuino mesianismo bíblico y el movimiento mesiánico popular sirva para que no caigamos en el engaño de las sutiles enseñanzas de dicho movimiento que, con el pretexto de volver a las raíces hebreas, nos quiera volver a esclavizar con prácticas culturales regionales que nos alejen de la libertad plena que hemos recibido en Jesús el Mesías.

3.21 El avivamiento de la risa

Dentro de los movimientos y avivamientos que han surgido a lo largo de las dos últimas décadas está el llamado “avivamiento de la risa”. Este avivamiento enseña que una de las reacciones más comunes del estar llenos del Espíritu es que los cristianos pueden reír, a carcajadas, antes, durante y después de los cultos de avivamiento, algunas veces sin control sobre esta risa que puede durar minutos, horas y hasta días. Esto también se le ha llamado “borrachería espiritual”.

El movimiento de la risa ha sido aceptado por un buen número de Iglesias Neopentecostales, pero ha sido rechazado no solo por algunas iglesias Pentecostales y Neopentecostales, sino de manera generalizada dentro de las iglesias llamadas conservadoras, históricas o establecidas. Tanto las iglesias que aceptan estas reacciones de risa como algo que puede poner en evidencia un avivamiento del Espíritu, como las que no la aceptan tienen sus argumentos. Sin embargo, no es mi propósito hacer un análisis

detallado, crítico y exhaustivo de ambas posturas, sino únicamente lanzar algunas inquietudes que puedan conducir a una reflexión bíblica y espiritual seria acerca de este controversial movimiento y tratar de buscar, sinceramente, el enfoque bíblico y espiritual y no tanto el teológico. Digo no tanto el teológico porque muchas veces se puede argumentar, razonar, interpretar y justificar teológicamente (razonar y explicar sin tener versículos claros, específicos y contundentes sobre un tema) una enseñanza, doctrina o experiencia personal, pero que conducen a una interpretación privada.

Para no caer, precisamente, en una interpretación bíblica errada o tomar solamente como base la experiencia personal para sentar doctrina sobre algo cuestionable, es oportuno no solo tener en cuenta las reglas básicas de interpretación de la Biblia (la misma Biblia nos da algunas de ellas, por ejemplo: decir o explicar algo sobre la base de lo que ya estaba escrito anteriormente; a esta regla se la ha conocido como: “La Biblia se interpreta así misma”), sino la condición espiritual del que la interpreta. A continuación expongo, no en orden de importancia, algunos principios para que El Señor nos muestre la verdad sobre una doctrina: a) Aceptar sin prejuicios que podemos estar equivocados; b) El desear sinceramente hacer la voluntad de Dios; c) Un amor puro por la verdad d) El fundamento bíblico; e) La guía del Espíritu.

a) *Aceptar de antemano y sin prejuicios que podemos estar equivocados.* Amados consiervos, por los méritos de Cristo, reconozcamos la mínima posibilidad de que nosotros seamos los que estemos errados. Es posible que usted o yo seamos los únicos en el mundo entero que creamos que tenemos toda la verdad. Si esa fuera nuestra postura, estamos a un paso de la necesidad. Veamos el ejemplo de Job, un hombre justo, recto y con mucho conocimiento que creía que no estaba equivocado, sin embargo, después de que Dios se le revela, le muestra que su doctrina estaba equivocada, reconoce su pequeñez y su ignorancia:

“Tú dices: Mi doctrina es pura, Y yo soy limpio delante de tus ojos. Mas ¡oh, quién diera que Dios hablara, Y abriera sus labios contigo, Y te declarara los secretos de la sabiduría, Que son de doble valor que las riquezas! Conocerías entonces que Dios te ha castigado menos de lo que tu iniquidad merece (Job 11:4-6).

Aunque esto lo dice el amigo de Job llamado Zofar, que cree que todo el sufrimiento que le ha venido a Job es por su maldad (cosa que no es cierta,

no obstante, tiene razón en que Job estaba equivocado en su forma de entender las cosas que le rodeaban, el sufrimiento, y su doctrina acerca de Dios. Eso queda claro en los capítulos 38, 39, 40, 41 cuando Dios le habla a Job, desde un torbellino y le hace, por lo menos, sesenta preguntas y Job no le responde ni siquiera una. No responder una sola pregunta de sesenta que nos hagan sobre nuestro conocimiento acerca de Dios, es realmente grave. La doctrina que Job sabía no le ayudó. Job mismo lo reconoce en el capítulo 42:1-6:

“Respondió Job a Jehová, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti. ¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; Cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye te ruego, y hablaré; Te preguntaré, y tu me enseñarás. De oídas te había oído; más ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (el subrayado es mío).

b) *El querer hacer de todo corazón la voluntad de Dios.* Si alguien quiere aprender las doctrinas para cualquier cosa menos para obedecer la voluntad de Dios, encontrará confusión y no claridad. Por el contrario, si el motivo es puro tendremos luz del Señor sobre el conocimiento espiritual. Jesús dijo claramente este principio en el evangelio de Juan: *“El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta”* (Jn 7:17). Esto quiere decir que si nuestro móvil para conocer la verdad acerca la voluntad De Dios es para agradarlo a Él con una obediencia sincera y no para criticar o menospreciar a los demás, tendremos luz. Si nuestra intención es pura entonces Dios nos guiará a la verdad. Si conocemos la verdad podemos darla a conocer, con humildad, a los demás.

c) *Un amor genuino por la verdad.* Es imprescindible tener un amor por la verdad para conocerla. Las personas que no están interesadas ni lo más mínimo acerca de las verdades espirituales, se exponen a creer mentiras. Por cuanto cierran su corazón y sus oídos, entonces creerán en los engaños. También puede acontecer confusión doctrinal a los cristianos que se niegan a examinar imparcialmente, con un amor apasionado, con la iluminación del Espíritu Santo, las doctrinas que les enseñaron. El orgullo y la falta de amor a la verdad les conducirán a creer y a enseñar doctrinas erradas. El apóstol Pablo les advierte a los que vivían en un lugar llamado Tesalónica acerca de lo que puede acontecer a las personas que miran con indiferencia la verdad revelada por Dios en las Sagradas Escrituras:

“Y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira,” (2Ts. 2:10-11).

d) *Tener un claro y suficiente fundamento bíblico.* Las doctrinas más importantes tienen apoyo fehaciente de las Escrituras. Se mencionan en la ley, los escritos y los profetas. Son confirmadas por Jesús, Pablo, Pedro y Juan. En otras palabras: si no tenemos por lo menos dos o tres versículos claros, que no necesiten una interpretación muy elaborada, no podemos hacer doctrina. Se sabe de sobra que los versículos oscuros y difíciles pueden resultar en enseñanzas distintas dependiendo de quién los interprete: un pentecostal, un bautista, un neopentecostal, un centroamericano, y ya no digamos un testigo de Jehová, un Católico Romano o incluso el mismo Diablo que conoce la Biblia pero la cita incompleta para torcer la verdad.

Por lo tanto, si no tenemos Escrituras claras sobre un tema, no podemos afirmar que es una doctrina bíblica. Realmente, ni siquiera un versículo que mencione algo directa o indirectamente puede ser base para una doctrina. Puede tomarse como un indicio, un consejo, algo como periférico sobre un tema, pero nunca como una doctrina con columna vertebral y cuerpo.

e) *Tener la guía del Espíritu Santo.* Sin la obra del Espíritu Santo ningún hombre puede ser redargüido, convencido, iluminado y regenerado espiritualmente. El Espíritu Santo es quien hace que el hombre reconozca que es pecador, que necesita arrepentirse de sus pecados y creer en el Señor Jesús para ser salvo. El Espíritu Santo es el que se encarga de guiarnos a la verdad y de recordarnos las cosas que Jesús habló. Él es nuestro guía, maestro y consejero. Necesitamos su poder y su santidad para conocer las doctrinas verdaderas. Sin el ungimiento del Espíritu no podemos llevar a cabo la obra. Tampoco podemos caminar en verdad. Es por ello que es fundamental en nuestra vida la comunión del Espíritu para oír su voz y seguir sus instrucciones para confirmar la palabra escrita de Dios.

Recordemos que el Espíritu no trabaja sin la Palabra y la Palabra no trabaja sin el Espíritu. La Palabra es la espada del Espíritu. Y el Espíritu maneja la espada de la Palabra con poder. Por eso Jesús dijo las siguientes palabras *“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”* (Jn. 14:26).

A la luz de lo expuesto anteriormente me gustaría hacer las siguientes preguntas con relación al avivamiento de la risa: ¿Es posible que estén equivocados, tanto los que creen como los que no creen en este avivamiento? ¿Se han hecho estudios sobre el asunto en cuestión con el único deseo de hacer la voluntad de Dios o solo para probarle al otro que está equivocado? ¿Tenemos un amor puro por la verdad o tenemos un amor egoísta por nuestra reputación a tal grado que aunque descubramos la verdad no tenemos el valor suficiente para decir que nos hemos equivocado? ¿Existen por lo menos dos o tres versículos claros que pongan en evidencia que la risa es una manifestación o una reacción de estar llenos del Espíritu? ¿Si la risa es una reacción de la llenura del Espíritu por qué muchos santos hombres de Dios con el fruto evidente del Espíritu —amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio (Gá. 5:22)— y además, con un testimonio de consagración, integridad, servicio, con iglesias sanas y florecientes, el Espíritu Santo no los ha guiado a ellos y a sus congregaciones hacia el avivamiento de la risa?

Lo que sí quisiera afirmar contundentemente es que en ninguna parte de la Biblia hay un solo pasaje que diga directa y claramente que la risa es una manifestación o reacción de la llenura del Espíritu Santo. Hay dos pasajes (Job 8:21, Sal. 126: 2) que dicen que Jehová llenará nuestra boca de risa, pero los dos se refieren a la época de restauración que vendrá para Israel después del sufrimiento del cautiverio y la angustia que les tocó vivir por su propia rebeldía.

Por otro lado, tampoco la Biblia dice que el llorar es una manifestación o reacción de la llenura del Espíritu Santo y, sin embargo, muchos cristianos testifican que lloran cuando sienten la presencia, la unción y la llenura del Espíritu. Ahora bien, tanto el reír como el llorar por la unción del Espíritu se pueden afirmar teológicamente y por la experiencia personal que pueden venir del Espíritu, pero no por la Biblia. Yo prefiero guiarme por lo que dice la Biblia. Si reír o llorar son una reacción de la llenura del Espíritu o no y me hacen sentir bien, puedo hacerlo con libertad, pues no existe un precepto bíblico que me lo impida. Pero eso sí, no puedo sentar doctrina sobre el tema, porque la Biblia no la tiene como tal. Tampoco se puede generalizar afirmando que el que no llora o ríe a carcajadas no es espiritual o no tiene el poder y la presencia del Espíritu.

Otro aspecto importante es que no se debe confundir el gozo del cual habla reiteradamente la Biblia con el reír a carcajadas. La Biblia sí dice que debemos gozarnos siempre; es una orden. También dice que el gozo es nuestra fortaleza y que el reino de Dios no consiste en comida ni bebida, sino en justicia, paz, y gozo en el Espíritu. Sin embargo, el gozo del que habla la Biblia no necesariamente se refiere a la risa y a las carcajadas, sino a un modo de vivir diario, a una plena satisfacción. Las palabras que se traducen por gozo es *ratsah* en hebreo y *chara* en griego y las dos significan satisfacción, contentamiento, bienestar con una connotación de tranquilidad, no de risas y carcajadas.¹⁹³

Que el Señor tenga de nosotros misericordia y su Espíritu Santo nos guíe a la verdad.

3.22 Movimiento de las caídas y contorsiones en el espíritu

Junto al movimiento de la risa, avanza el de las caídas y contorsiones “espirituales”. Los impulsores de estas prácticas enseñan que estas son una reacción del poder y la unción del Espíritu Santo. También se les llama éxtasis, reposo en el Espíritu y derribamiento en el Espíritu¹⁹⁴.

También en este caso —como en el de la risa— existen diferentes posturas. Hay quienes lo apoyan, hay quienes lo rechazan y quienes se mantienen en el escepticismo (no creen ni dejan de creer). De cualquier manera, las prácticas están ahí, por lo que ningún creyente puede ser indiferente.

De acuerdo a la Biblia, creo que sí existen reacciones similares a las de las caídas a causa de la presencia del Señor y del poder del Espíritu Santo. Estas ocurrieron después de experimentar una visión o la presencia de Dios. Recordemos que en la Palabra de Dios se nos enseña por el ejemplo y por el precepto. Veamos algunos ejemplos: Daniel cuando vio una de las visiones de Dios se quedó sin fuerza y cayó:

“Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en fallecimiento y no tuve vigor alguno. Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra” (Dn. 10:8-9).

Cuando Juan escribía el Apocalipsis experimentó una caída por la deslumbrante presencia de Cristo: *“Cuando le vi, caí como muerto a sus*

pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último” (Ap. 1:17).

Otro de los derribados por el poder del Señor fue Saulo. En el libro de los Hechos se registra tres veces la conversión de Saulo. Él testifica que, repentinamente, le rodeó una luz del cielo y, cayendo en tierra, oyó la voz de Jesús. Él respondió: ¿quién eres Señor? Jesús le dijo: Yo soy Jesús a quien tu persigues, y Saulo tirado, temblando y temeroso dijo: Señor ¿qué quieres que yo haga?

Otros que fueron derribados por la presencia y la palabra de Jesús eran incrédulos. Los soldados que llegaron al jardín a arrestar a Jesús, cayeron al suelo de espaldas: “...*Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra” (Jn. 18:6).*

Es evidente que ante la presencia de Dios, el poder de Jesús y la unción del Espíritu Santo, tanto los creyentes como los incrédulos pueden caer y quedar sin fuerzas. Sin embargo, el que lea la Biblia sin prejuicios con relación a este tema, se dará cuenta que estas reacciones o manifestaciones se dieron no dentro del contexto del culto. Además, son pasajes periféricos en lo tocante a las doctrinas del Evangelio. En consecuencia, no debieran generalizarse esas prácticas haciendo creer a los cristianos que en los cultos de avivamiento quienes no “caen” por la unción del Espíritu Santo están fríos, en pecado o no son espirituales. Tampoco el cristiano debe angustiarse si ve que otros “caen” y él no. Dios sencillamente respeta a cada persona y su individualidad.

Por otra parte, muchos hemos sido testigos de abusos y exceso de parte de predicadores que “empujan” para que la gente se caiga. Son ellos los que botan no el Espíritu Santo. También, los excesos han ocurrido de parte de algunos cristianos que asisten a los cultos de avivamiento. Esos cristianos se caen por su propia cuenta, por emoción, por presión, por apariencia o por no hacer sentir mal al predicador. De todas maneras, el caer o no caer no demuestra si una persona es espiritual o no es espiritual. Lo importante no es la caída, sino cómo se vive después de la caída. No me cansaré de repetir que lo que pone en evidencia si un creyente es espiritual o no, es el que demuestre el fruto de la santificación (Ro. 6:22) y el fruto del Espíritu en la vida diaria, que está descrito en Gálatas 5:22-23: “*Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”*”.

3.23 Las señales del “Polvo de oro” en los cultos y campañas de avivamiento

En las Sagradas Escrituras no encontramos ningún precepto, instrucción, ejemplo o indicio de alguna manifestación de polvo de oro como evidencia del poder de Dios en medio de su pueblo o como una respuesta al culto que se le ofrece. Dios hace cosas de la nada. Creó todo lo que existe sencillamente de la nada. En consecuencia, para Dios es fácil hacer cualquier clase de manifestación o señal como esta. Sin embargo, el asunto en cuestión es *para qué* Dios querría hacerlo. Si la respuesta que el hombre tiene que darle a Dios cuando escucha la predicación de la Palabra es una respuesta por la fe, por la iluminación, el redargüir y el convencimiento de pecado, que produce el Espíritu Santo, entonces nos serían necesarias las señales extraordinarias como estas.

El otro aspecto fundamental es que, si ocurriera realmente, no le garantiza automáticamente una vida espiritual agradable a quien le acontece dicha manifestación. La clave es la obediencia. Es una respuesta de fe que obra por el amor y la gratitud. Por tanto, no se puede ni se debe generalizar como doctrina un asunto que se basa únicamente en señales. Recordemos que las señales sobrenaturales que vio el pueblo de Israel no lo indujeron a la obediencia. Al contrario, parece ser que cuantos más milagros veía, más se desenfrenaba. El hecho que fueran alimentados de manera sobrenatural, protegidos del sol y del frío de manera sobrenatural, les provocó un embotamiento. Perdieron de vista que lo que Dios quería era llevarlos a una tierra que fluye leche y miel y se estaban acostumbrando al desierto.

En el Nuevo Testamento, Jesús, nuestro Señor, alertó sobre el peligro de pedir señales. A los religiosos de su tiempo que le demandaron hacer prodigios, les respondió que no les sería dada ninguna señal, excepto la de su muerte y resurrección que se reflejaba en el relato de Jonás en el vientre del pez durante tres días.

Creo que el polvo de oro es otra de las manifestaciones dudosas, no tanto porque no pueda suceder, sino por la importancia que se le pueda dar dentro de los cultos y campañas de avivamiento como una muestra de la presencia de Dios. Si dos o tres se congregan en su nombre, allí está el Señor en medio de ellos enviando bendición y vida eterna. Si los congregados leen, escuchan, meditan y obedecen la Palabra de Dios, allí

está el Señor. Los que adoran en espíritu y en verdad al Señor son los adoradores que agradan a Dios.

3.24 El Humanismo

No es lo mismo hablar de “lo humano” que hablar de “humanismo”. Dios creó a los seres humanos. Es legítimo hablar de lo humano en cuanto que es la naturaleza que Dios le dio a los seres creados a su imagen y semejanza. Sin embargo, hay una gran diferencia al hablar de humanismo. La razón es que el humanismo se va al extremo de poner al hombre como el centro de todo. Aun el humanismo filosófico refinado y bien intencionado que destaca las cualidades, talentos y virtudes del hombre no deja de ser antropocéntrico. Pero el humanismo enajenado que pervierte, corrompe y degenera todavía más al ser humano raya en un antropocentrismo.

El problema se da cuando la Iglesia comienza a utilizar las mismas herramientas del humanismo (secularizado): filosofías vanas y huecas, sicologismos, sociologismos, entretenimiento, espectáculos, autosuperación personal, motivación secular. Así y todo, las distintas clases de humanismo se centran en el pensamiento “El hombre puede”, que por cierto es una vieja filosofía que se combina con la teoría del progreso que se sostenía antes de la Primera Guerra Mundial que afirmó: “Dios ha muerto”, no lo necesitamos, los hombres somos capaces de lograr desarrollo, paz: “un milenio” social terrenal. No obstante, se desmoronó precisamente después de dicha guerra. En la época de la posguerra, de nuevo el hombre se levanta con la esperanza de que el ser humano pueda avanzar hacia la realización perfecta. Se ensalza la civilizada Alemania, la culta Francia, la romántica Italia. Sin embargo, comienza la aterradora Segunda Guerra Mundial a causa de la “civilizada Alemania”, con los resultados trágicos y desastrosos que ya conocemos. Entonces, los hombres, al ver que el hombre no era capaz de solucionar sus propios problemas, caen en el desaliento. Nietzsche, representando al pensamiento de la época, dice: “el hombre ha muerto”. En otras palabras: ya no hay esperanza para el hombre, “ha comenzado a vivir a la intemperie”.

La Biblia ya lo había dicho. El hombre irredento está muerto en sus delitos y pecados. El hombre es incapaz de redimirse a sí mismo. Su estado de postración ante las prácticas pecaminosas, adicciones, las degeneraciones morales, perversión sexual, la pérdida de valores absolutos,

es total. El humanismo no es la solución. La solución está en el Evangelio del reino de Dios, en Jesucristo, la máxima revelación de Dios. Aun los cristianos debemos tomar en cuenta lo que Jesús afirma a los creyentes y discípulos “sin mí nada podéis hacer”. No obstante, la Iglesia retoma esa vieja teoría del humanismo y dice: “el hombre puede”, “usemos el marketing” “el liderazgo” (secularizado con ropaje bíblico) “usemos la autoayuda y la motivación” (secularizada con vestimenta bíblica). Usemos la sociología, usemos la Psicología (No estoy en contra de estas, sino de las mezclas resultantes).

Tampoco estamos afirmando que el hombre no deba cumplir su responsabilidad, ni que deje de hacer lo que le corresponde, ¡no! El hombre cristiano debe ser esforzado; sus obras, dirigidas por el Espíritu, deben reflejar su auténtica fe y el poder de Jesucristo que puede actuar poderosamente en nosotros, como dice Pablo en Colosenses 1:29. Es con el mensaje sencillo pero a la vez poderoso del Evangelio, no con “palabras persuasivas de humana sabiduría”, sino con la sabiduría que viene de Dios. Tampoco con antropologismos humanistas que al final se convierte en una mezcla confusa y difusa: **Mixofilosoficoteologiantropologica** que a fin de cuentas no satisface a ninguna de las tres. En palabras del profeta Zacarías: “No es con espada ni con ejércitos, sino con su Santo Espíritu.

3.25 Papocesarismo

Se le ha llamado Papocesarismo a las épocas de la Iglesia Medieval en las que los Papas tenían el control político y aun militar y no el César o emperador. Este solo era una figura. También hubo épocas de Cesaropapismo en las que los Emperadores se tomaban atribuciones de poder religioso en las que el Papa era solo una figura. En otras palabras: no había una separación de Iglesia y Estado.

Jesús dijo: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Ahí Jesús mismo señaló la separación de la Iglesia y del Estado.

La iglesia cristiana corre el riesgo de caer en el “Papocesarismo Evangélico”, en alguna medida, al creer que parte de la misión de la Iglesia es gobernar con el poder político. En ninguna parte de las Escrituras encontramos específicamente que le haya sido encomendada a la iglesia, como tal, incursionar en la política partidista con aspiraciones a gobernar “como Iglesia”.

3.26 El cristiano y la política partidista

Por lo expuesto anteriormente, creemos que la Iglesia como tal no debe participar en política partidaria. No es parte de su misión. Sin embargo, eso no quiere decir, que cristianos dentro de la iglesia, con vocación política, bien preparados puedan optar a cargos públicos de elección popular, incluido el de presidente o primer ministro de una nación.

Galindo ha detectado la inclinación política de algunas Iglesias Neopentecostales,¹⁹⁵ y afirma que los neopentecostales han puesto el énfasis en un anticomunismo y un proamericanismo que configuran su mensaje de prosperidad, que encaja perfectamente en la mayoría de sus miembros, que pertenecen a las élites y los militares. Eso es discutible.

Pero en lo que sí estamos de acuerdo, de lo que señala Galindo, es que la mayoría de los que se han postulado como candidatos presidenciales pertenecen a Iglesias Neopentecostales.

Otro asunto, que sería todo un tema a desarrollar, es el de con cuáles modelos de gobierno se pretende gobernar, si un cristiano llega a ser electo como presidente. La razón es que puede ser una persona íntegra, ética, con principios y valores cristianos, bien intencionada, pero el grave problema es que el sistema establecido está corrompido. En consecuencia, viene el fracaso, como ha ocurrido ya en algunos países de América Latina.

El desafío realmente no es que se logre llegar a la presidencia, sino cambiar el sistema corrupto, por el sistema que utilizaron los países reformados, sobre todo los que siguieron los principios bíblicos de gobierno, que lograron llegar a ser países prósperos, como lo señala Max Weber en su libro “La Ética Protestante y el espíritu del Capitalismo”. Los mismos principios bíblicos de gobierno fueron los que utilizaron los hombres que fundaron las primeras trece colonias de los Estados Unidos de Norteamérica. Todos esos países llegaron a ser países desarrollados con democracias consumadas.

3.27 El denominacionalismo

Como hemos visto anteriormente, los reformadores del siglo XVI no quisieron formar otra iglesia, sino renovar la que ya existía. De sobra se sabe que Martín Lutero no tenía la intención de salir de su entorno religioso

y espiritual. Lo amaba. Por ello luchó para que lo escucharan y dialogaran sobre los asuntos que, de acuerdo a la Biblia, la Iglesia tenía que desechar. Los líderes de la Iglesia no lo oyeron.

Lutero, sin embargo, no tomó la iniciativa de salir a pesar de que lo vituperaron, lo menospreciaron y lo disciplinaron. Finalmente lo excomulgaron. No le quedó otra opción más que salir de esa organización religiosa y vivir de acuerdo a las verdades espirituales que las Sagradas Escrituras le enseñaban, con aquellos que estaban dispuestos hacer lo mismo. Su propósito era vivir y andar como Jesús anduvo.

Ellos tuvieron la valentía de rechazar la autoridad de la estructura institucional religiosa imperante, que daba la primacía a lo establecido por los hombres: tradicionalismos, concilios, documentos y bulas papales. Optaron por lo establecido por Dios. Decidieron obedecer la autoridad de la revelación escrita: la Palabra de Dios. En ella redescubrieron muchas verdades. Unas de las que destacaron fueron la singularidad de “Solo Cristo” como el único Señor y Salvador y la autoridad de la misma Escritura para todo asunto espiritual y de conducta. Por eso la proclamaron como *Norma Normans*, es decir, la norma de las normas.

En consecuencia, cuando las denominaciones, cualesquiera que sean, ponen en primer lugar su filosofía, sus normas, sus tradiciones (o las de sus fundadores), sus “doctrinas” en lugar de la soberanía de Dios, del Señorío de Jesucristo, la vida de la Iglesia como cuerpo (no dividido), la fe sola, la sola gracia, tomando de referencia las normas de las Sagradas Escrituras, caen exactamente en el grave error que cayó la Iglesia Medieval, que aunque aparentemente era una, su falsa unidad se sustentaba en mandamientos y tradiciones de hombres. Y vivir de acuerdo a lo ordenado por los hombres es sinónimo de fariseísmo, sectarismo y soberbia. Todo eso conduce a división y carnalidad.

El peligro de hacer énfasis en las denominaciones y sus reglamentos, es pues, relegar a un segundo plano la centralidad de Jesucristo, quien es la cabeza de la Iglesia; es ignorar que la Iglesia tanto en la unidad espiritual como en la visible no debe levantar banderas de personajes humanos. Es tener mandamientos de hombres como mandamientos de Dios. Entendemos, por supuesto, que cada iglesia local requiere líderes y una organización con su respectiva estructura que ayuden a realizar su tarea. El problema es que las normas, los procedimientos, y las virtudes de los

hombres que fundaron dichas iglesias, lleguen a ser predominantes a tal grado que sean elevados al nivel — o por encima— de las Sagradas Escrituras.

Por otra parte, el mismo significado de la palabra “denominación” lleva en sí, división. Según el diccionario, denominación es la acción y el efecto de denominar. Eso se refiere al hecho de dar un nombre a una cosa, persona o institución, de acuerdo a las características de calidad y nivel que poseen. Eso es precisamente separación, división, exaltación de ciertos rasgos o características singulares. Casi siempre en las denominaciones se describen “virtudes o verdades” del fundador o fundadores, o de las verdades que él o ellos quisieron levantar con fuerte énfasis. Cualquiera que ha leído algo de la historia de la Iglesia y se percata de las herejías en que esta ha incurrido, sabe que precisamente las herejías vienen fundamentalmente por dos acciones. La primera por enseñar verdades a medias. La segunda por poner demasiado énfasis en una verdad e ignorar otras. Precisamente el peligro del denominacionalismo no solo se origina por la segunda causa, sino que puede llegar al error extremo de exaltar mandamientos y tradiciones de hombres.

En la Biblia descubrimos la ausencia de las denominaciones. O ¿menciona la Biblia que yo deba ser miembro de la Iglesia Luterana, Calvinista o Anglicana o cualquier otra denominación? Por el contrario, encontramos fuertes reprensiones para aquellos que quieran tomar partido resaltando “calidades o niveles espirituales” personales, en detrimento del nombre de Cristo. El apóstol Pablo exhorta a todos los creyentes corintios tendenciosos a que no traten de formar grupos en torno a personas o enseñanzas:

“Porque fui informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloe, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; yo soy de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?”(1Co. 1:11-13).

La pregunta obligada después de leer este pasaje es: ¿son más importantes Lutero, Calvino, Wesley que Pablo? Si Pablo reprendió a los corintios por tomar partido, ciertamente decir yo soy de la denominación tal o cual (“histórica”, pentecostal o neopentecostal) en detrimento de Cristo como cabeza de la Iglesia que es su cuerpo, no es ni bíblico ni espiritual. Además, atenta contra la unidad visible de la Iglesia.

Creo que todos los que hemos nacido de nuevo, cuando nos presentemos ante el tribunal de Cristo, no se nos preguntará ¿a qué iglesia o denominación pertenece o pertenecía allá en la Tierra? Por eso, si se nos inquiriera aquí o en cualquier parte ¿a qué denominación pertenece? nuestra respuesta debiera ser: “Soy cristiano y pertenezco directamente a Cristo”. La razón es que fue Cristo quien murió y se entregó por nosotros comprándonos por precio de sangre para que seamos parte de su Iglesia, resucitando al tercer día. Esa es la verdad más gloriosa del universo. Lo que importa realmente es que nuestros nombres estén inscritos en el libro de la vida.

Concluyamos. Creo que los reformadores, cuando llevaron a cabo su desafiante labor en contra de la institucionalización de la fe, no querían que los siguieran a ellos, sino a Cristo. No se imaginaron que muchos cristianos después de que ellos murieran se iban a llamar así mismos Luteranos, Calvinistas, Anglicanos. Incluso creo que Wesley nunca impulsó su propio nombre. Impulsemos, pues, el nombre de Cristo y mostremos la unidad visible de su Iglesia, el cuerpo de Cristo. Si Jesús dijo que para que el mundo creyera teníamos que ser uno, entonces sí es posible mostrar visiblemente la unidad de la Iglesia del Señor:

“Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn. 17: 20-21).

3.28 La iglesia emergente

La iglesia emergente se denomina cristiana, pero no se sujeta a reglas, normas ni doctrinas tradicionalmente cristianas y protestantes. Trata de vivir su fe fuera del marco de lo ortodoxo. Intenta responder al desafío de una sociedad posmoderna. En los escritos de McLaren se encuentran las siguientes características de este movimiento¹⁹⁶:

- a) No creen en la Biblia como la única norma de autoridad en fe y conducta.
- b) Ponen el énfasis en los trabajos de ayuda social.
- c) Dan testimonio de su fe sin mencionar el nombre de Jesús.
- d) Los temas de enseñanza son humanísticos variados: de corte oriental como el yoga, la psicología, la autoayuda, el arte, la

naturaleza o el medio ambiente. Van en busca del misticismo perdido.

- e) No predicán, se decantan por los diálogos, charlas informales, para ir construyendo la verdad entre todos.
- f) No pretenden tener respuestas para todas las dudas y no esperan recibir las siempre en todas las reuniones.
- g) Afirman que las iglesias evangélicas y protestantes tradicionales no responden a las necesidades de la sociedad actual, que no conectan con la juventud y que viven en una estructura religiosa avejentada.
- h) Su manera de vivir la fe es acorde a la moda, a lo moderno por lo que son atractivas a la juventud. Tiene rechazo a lo tradicional bíblico y protestante reformado.
- i) Buscan las experiencias espirituales para compartirlas y estimular su fe. La doctrina está por debajo de la vivencia personal. Su fe es una huida a la razón.
- j) Todos caben, al final no importa su trasfondo religioso. Todas las religiones tienen acceso a Dios.
- k) Van por una salvación cósmica, planetaria, universalista.
- l) Se inclinan a un ecumenismo amplio interreligioso.
- m) Creen que se puede establecer el reino de Dios aquí en la tierra cuando el pueblo de Dios “emergente” es renovado alrededor de las misiones divinas de amor y justicia en el mundo.

Brian McLaren uno de los destacados exponentes de la iglesia emergente define lo que es este movimiento: “...Nosotros no tenemos un programa. No tenemos un modelo. Pienso que debemos comenzar con una conversación, luego crecer como una amistad...”¹⁹⁷

El ministerio holístico o integral converge con algunas características de la iglesia emergente: Ecumenismo, enfoque de izquierda, desliz hacia el activismo social, rechazo a las doctrinas ortodoxas evangélicas y protestantes.

Respuesta desde la Biblia a la iglesia emergente:

- a) La Biblia es la autoridad de fe y de conducta. Contiene el plan de salvación centrado en Jesucristo.

- b) Las verdades bíblicas reveladas son inmutables.
- c) La salvación es únicamente por medio de la fe en Cristo Solo.
- d) Las otras religiones no son caminos de salvación.
- e) La iglesia predica el evangelio, la salvación, pero es necesario una respuesta de fe y de arrepentimiento.
- f) La Biblia si tiene las respuestas para las preguntas y realidades humanas más importantes.

3.29 Proclamas proféticas

Se describen como decretos espirituales de “bendiciones”, proclamadas por un ministro evangélico: apóstol, profeta, pastor, maestro o evangelista, al finalizar un año calendario e iniciar otro. Le dan un nombre al nuevo año: “año de la bondad”, “año de la esperanza”, “año de la abundancia”, “año de la liberación” y otros nombres parecidos.

La primera objeción es con la palabra decreto. En ningún pasaje de la Escritura se menciona que un profeta, sacerdote, apóstol, evangelista, pastor o maestro, utilice la palabra decreto en el sentido espiritual para “benedicir” a pueblos, personas, creyentes o la iglesia. Las veces que aparece la palabra decreto es utilizada en tres sentidos. El primero es con relación a decretos de reyes impíos de los Imperios de Babilonia y de los Medos-persas. El segundo se conecta con los reyes israelitas que escribieron algunos decretos para que el pueblo obedeciera los mandamientos del Señor. Y la tercera es con los decretos de obediencia, justicia y castigo de parte de Dios para su pueblo.

La segunda objeción es con los anuncios de bendiciones para el año nuevo. Las bendiciones de Dios son condicionales. Si el creyente obedece y vive de acuerdo a los principios establecidos por Dios, será bendecido. No son bendiciones generalizadas.

La tercera objeción es con el poner énfasis en determinada palabra que se relacione con conceptos, bendiciones o atributos divinos: “esperanza”, “abundancia”, “bondad”, “misericordia”. Al “decretar” el año de la “esperanza”, por ejemplo, contradice la esencia de la esperanza cristiana. Esta es constante todos los años. Es inamovible. “El año de la abundancia”: no se puede generalizar. Para algunos habrá abundancia y para otros escasez, algunos recibirán más, algunos sufrirán pérdida. Otro ejemplo:

“año de la liberación”. Esta afirmación es contradictoria. Es reduccionista. El poder de Cristo y del Espíritu Santo está liberando de manera continua. Ha ocurrido perpetuamente. No ocasionalmente o solo un año específico. “Donde está el Espíritu de Dios, allí hay libertad”, siempre.

Las proclamas proféticas no son coherentes. No se justifican bíblica ni teológicamente. Confunden a algunas personas y frustran a otras. Para muchas personas que las escuchan y las creen les acontece lo opuesto. Y otros decretos “espirituales” no se cumplen. Entonces son maniobras humanas que manipulan a los creyentes, haciéndoles creer que tienen un poder sobrenatural para “decretar”. Pero los siervos del Señor no pueden “decretar” lo que no es decretable. Es incorrecto anunciar lo que no ha mandado el Señor.

3.30 El Neopentecostalismo ¿un movimiento de religiosidad popular o de fe popular?

En las últimas dos décadas se ha suscitado una fuerte controversia sobre el surgimiento de las Iglesias Neopentecostales o carismáticas. Para algunos ha significado un avivamiento especial y un retorno a la vida llena del Espíritu, como la de la iglesia primitiva. Para otros, se trata de un movimiento sospechoso. De cualquier manera, el hecho está ahí. No podemos, sin embargo, enmarcar a todas las Iglesias Neopentecostales como iguales. Existe un amplio y variado espectro de estas. Las hay desde el tipo un tanto conservador, hasta otras que parecen rayar en la herejía. Es, pues, nuestro interés llevar a cabo un breve acercamiento histórico, doctrinal y, además, detectar algunas características fundamentales de las Iglesias Neopentecostales que nos ayuden a entender un poco más las razones de su existencia, su inusitado crecimiento y su lugar dentro de los distintos rostros del protestantismo. El destacado teólogo, historiador y escritor José Míguez Bonino les asigna un espacio a las Iglesias Pentecostales dentro del protestantismo¹⁹⁸.

El propósito de incluir un panorama general de este movimiento, es tener un punto de referencia que ponga de manifiesto si se está practicando una religiosidad popular alienante o una fe popular que incida en el crecimiento de la Iglesia Evangélica a nivel mundial. Los datos que presentamos a continuación es más una descripción que una reflexión

profunda. Por lo que serán ustedes distinguidos lectores los que saquen sus propias conclusiones.

Desde el punto de vista histórico, las Iglesias Neopentecostales no pueden considerarse directamente como protestantes, pero indirectamente sí. Estas en su mayoría provienen de las iglesias históricas, tales como las Iglesias Dispensacionalistas, pseudo Calvinistas, Centroamericanas, Reformadas y Presbiterianas, que a su vez, surgen de la rama Calvinista de la Reforma Protestante del siglo XVI. En otros casos, las Iglesias Neopentecostales vienen de la Iglesia Luterana o de la Anglicana y, en contados casos, de la Iglesia Bautista.¹⁹⁹

Las Iglesias Neopentecostales surgen a principios de la década de los sesenta, haciendo énfasis en los dones y las manifestaciones sobrenaturales del Espíritu Santo. Se sabe que fueron dos hombres los que influyeron en ese nuevo despertar: David Du Plessis, un ministro pentecostal de Sudáfrica y Dennis Bennet, párroco de la iglesia Episcopal en Van Nuys, California.²⁰⁰

Hummel afirma que el inicio de este movimiento puede fecharse en abril de 1960, y que nació desde el púlpito de la iglesia con las mismas predicaciones de Bennet, en las cuales afirmaba la realidad de los dones y las manifestaciones sobrenaturales del Espíritu Santo. Situaciones similares se dieron en los años 1960 y 1963 en las iglesias presbiterianas y en la luterana.²⁰¹

El ámbito sociocultural donde han surgido y han crecido las Iglesias Neopentecostales en América Latina procede básicamente de dos contextos. Algunas de estas iglesias son de origen extranjero y otras autóctonas. La mayoría han crecido en medio de regímenes militares, de conflictos armados, de incipientes democracias, de ayuda norteamericana, de plurietnias y de subdesarrollo, por lo tanto, en medio de muchas necesidades y demandas sociales de seguridad, libertad, identidad, justicia, educación y bienestar económico. El conflicto armado entre las fuerzas del Estado y las fuerzas insurgentes, ha sido en algunos países de América Latina el denominador común. En Guatemala la guerra afectó durante treinta años. Este conflicto preparó el terreno, en alguna medida, para el surgimiento de Iglesias Neopentecostales, pues muchos guatemaltecos, que fueron agobiados por una cultura de violencia, sufrimiento y de silencio, optaron por el camino de la fe.

Por otro lado, según los datos más recientes proporcionados por el Servicio Evangelizador para América Latina (SEPAL), el crecimiento urbano ha sido relevante y el proceso de migración a la ciudad capital ha ido en franco aumento. Estos acontecimientos proveen a las Iglesias Evangélicas oportunidades de evangelización y de crecimiento.

Por otro lado, Samuel Berberían señala algunos factores que prepararon el surgimiento del Neopentecostalismo.

“... El desplazamiento del Espíritu Santo, quien en la cristiandad del siglo XX es una persona desplazada, exiliada por la teología liberal; el racionalismo afectando al cristianismo haciéndolo cerebral e intelectual; la insatisfacción espiritual de personas que se encontraban formando parte de las denominaciones tradicionales, quienes deseaban promover una vida cristiana más profunda”²⁰².

A lo anterior podemos agregar, según nuestra percepción, los ciclos de “reacciones” que ha mostrado la Historia de la Iglesia a lo largo de su desarrollo en la aparición de nuevos movimientos o iglesias. Ciclos que comienzan con un avance, luego un desarrollo evidente y culminan con un estancamiento o un retroceso aparente, y luego otra vez el avance. Por ejemplo: la aparición de los monjes del desierto fue una reacción a la institucionalización de la fe en el Imperio Romano en el siglo IV que trajo frialdad, indiferencia, nepotismo y simonía.²⁰³

De igual manera, la Reforma Protestante, en el área religiosa, fue una reacción contra el poder papal y la corrupción moral de la Iglesia Medieval. Esta alcanzó dimensiones inesperadas que afectaron las estructuras religiosas del mundo de aquel entonces. No obstante, fue perdiendo fuerza hasta caer en el periodo de la ortodoxia protestante. Este periodo se caracterizó por ser un “mero repetir” el contenido teológico, bíblico y religioso de la Reforma Protestante. De ahí que surgiera el movimiento pietista con énfasis en la piedad personal, con ayunos, mucha oración y lectura de la Biblia, como una reacción a la frialdad y a la rigidez de la ortodoxia. Luego vino el periodo de las luces, de la razón o movimiento liberal, con muchas reservas sobre todo lo que se había enseñado en el ámbito espiritual, bíblico, teológico y religioso. Más tarde surgió la Neortodoxia, como una reacción a la teología liberal, con una vuelta a la Biblia y a Jesucristo como el centro de todas las cosas.²⁰⁴ Así se ha estado repitiendo este ciclo en los movimientos y las distintas iglesias y denominaciones que proceden de algunas de las ramas de la Reforma

Protestante. Pablo Deiros afirma que las Iglesias Pentecostales son una reacción al secularismo y a la frialdad que ejerció la guerra civil en los Estados Unidos sobre las iglesias existentes²⁰⁵ y los Neopentecostales creen que no son la excepción a los ciclos de reacciones, pues casi sin excepción, los líderes de las Iglesias Neopentecostales manifiestan que salieron de las iglesias establecidas por su frialdad.

3.31 Características del Neopentecostalismo

A continuación describimos algunas características de las Iglesias Neopentecostales:

El crecimiento numérico. Nadie puede negar el crecimiento acelerado de las Iglesias Neopentecostales. Desde el cristiano más sencillo hasta el sociólogo perspicaz se han percatado de este fenómeno. En toda Latinoamérica se está dando ese fenómeno.

En el caso particular de Guatemala, principalmente en la ciudad, hemos sido testigos de asistencia masiva a los estadios con capacidades desde veinte mil a cuarenta mil espacios, para celebrar concentraciones evangélicas Neopentecostales. Y se han llenado. Actualmente, solamente en la ciudad, existen templos de distintas Iglesias Neopentecostales con capacidad para sentar a dos mil, cinco mil, diez mil y doce mil. Sin duda se llegarán a construir templos para quince mil personas.

También han proliferado las adquisiciones de frecuencias de radios en F.M. Ya existen cadenas de televisión cristianas. Existen iglesias que poseen muchas escuelas de pre-primaria, primaria y universidades como la Universidad Panamericana de Guatemala, reconocida por el Consejo Superior Universitario. Recientemente fue autorizada por las autoridades educativas respectivas a otra iglesia Neopentecostal la Universidad San Pablo. Estamos seguros que en el futuro habrán más universidades cristianas. Los dos canales de televisión cristianos están en manos de Iglesias Neopentecostales. El primero está bajo la dirección de la Iglesia Neopentecostal La Familia de Dios. El segundo bajo la dirección de cinco Iglesias Neopentecostales

Ahora bien, ¿por qué estos fenómenos se están dando casi exclusivamente dentro de las Iglesias Neopentecostales y no en las Iglesias Históricas? ¿Qué factores son los que determinan este inusitado crecimiento

y esta presencia a todo nivel? Aunque no pretendemos responder a estas complejas preguntas, por lo menos, creemos necesario buscar las posibles causas. ¿Estarán fallando en algo las iglesias no pentecostales?

Otros rasgos abultados de las Iglesias Neopentecostales son:

Una hermenéutica individualista. La mayoría de los predicadores Neopentecostales interpretan la Biblia de manera individualista y mística. Es decir, que le atribuyen al Espíritu Santo una iluminación privada e inmediata sin que medie una exégesis y una hermenéutica sanas. Hay excepciones, principalmente en los pastores que estuvieron durante mucho tiempo en las Iglesias Históricas y que recibieron una formación bíblica y teológica.

Subjetivismo. Un subjetivismo exagerado marca a los líderes y congregaciones Neopentecostales. Este se manifiesta en la forma en que se expresan. De manera frecuente se escuchan frases como estas: “Yo siento que Dios está aquí” “Yo siento de Dios decirle” “Dios me habló”. Es obvio que el subjetivismo exagerado confunde la fe con el sentimiento o la emoción.

El espíritu empresarial. Todas las Iglesias Neopentecostales que conozco, sus pastores o han sido empresarios, o conocen de administración de empresas o tiene un grupo que les asesora de cómo dirigir la iglesia en ciertas áreas. La capacidad empresarial es tal que, junto a la iglesia, se fundan colegios reconocidos por el gobierno, para que enseñen desde la educación infantil, primaria, secundario y de grado superior. Esto, obviamente, incide en que los padres de los educandos tengan cierta afinidad con la iglesia o, en el caso de los padres que no son cristianos, tengan que involucrarse de alguna manera en la misma. Algunas veces, estos colegios funcionan como “la empresa privada” de la iglesia. Otro de los fenómenos que se observa, al menos aquí en Guatemala, es que casi todas las Iglesias Neopentecostales llegan a tener su propia librería o distribución de recursos didácticos. Esto puede incidir en el crecimiento, en el sentido de que mucha gente tendrá contacto con la librería en la iglesia y se sentirá atraída para congregarse.

El otro fenómeno es que casi cada iglesia tiene su “Escuela ministerial propia” que tiene un costo de inscripción y cuotas mensuales. En esta

escuela, la preparación es más práctica en las áreas de la unción, el poder y los dones sobrenaturales del Espíritu Santo, el evangelismo, la consejería y la predicación. Esta preparación se lleva a cabo en un tiempo relativamente corto, que va desde los seis meses hasta los dos años. Empero, otras ya están incluyendo una preparación bíblica y teológica más formal. Por supuesto que esta preparación ayuda al crecimiento y al efecto multiplicador de los líderes, que tendrán la capacidad mínima de hacer funciones pastorales y dirigir los grupos “extra-iglesia” que ayudan a la expansión de la iglesia.

La jerarquía tipo “militar”. Esto tiene que ver con la forma de gobierno eclesiástico. Las Iglesias Neopentecostales ejercen el gobierno episcopal, con cuerpo de ancianos consejeros no gobernantes. La línea de mando es vertical y comienza con el pastor principal, luego siguen los pastores de “distrito”, que son los que pueden llegar a tener bajo su dirección hasta mil personas. Los distritos se establecen de acuerdo con puntos geográficos asignados a cada pastor para la evangelización. Después están los pastores de región que tienen cien, luego los llamados coordinadores que son laicos y que tienen bajo su dirección a cincuenta, y los “líderes”, que también son laicos, tienen a su cargo la enseñanza en las casas y que regularmente dirigen a veinte miembros. Finalmente está el miembro anfitrión que es el que presta su casa para llevar a cabo la reunión. Este modelo está inspirado en el modelo de iglecrecimiento del Dr. Choo. Toman algunos pasajes como el del libro de Éxodo en el capítulo 18 en el cual Jetro, suegro de Moisés, le sugiere que ponga a hombres que estén sobre mil hombres, otros sobre cien, otros sobre cincuenta, otros sobre veinte y otros sobre diez, para que el pueblo sea juzgado y dirigido con eficacia y que el propio Moisés como el caudillo libertador y dirigente no desfallezca. En otras palabras: es el pastor general el que dirige y la congregación, en completa sujeción a su superior, obedece. No cabe duda que este modelo de tipo militar funciona en cuanto una iglesia bien disciplinada, como un ejército, puede marchar y avanzar sobre un mismo objetivo, como es el objetivo de la evangelización. El cuestionamiento surge cuando se considera que este modelo está dentro de un contexto militar antiguotestamentario y no está basado en el modelo de discipulado que Jesús practicó, o los modelos de evangelización que practicaron los apóstoles en Jerusalén y en Antioquia. Además, tiene implicaciones éticas y

eclesiológicas, puesto que en este modelo no se considera miembro de la iglesia aquel que no está dispuesto a trabajar en cualquiera de los rangos mencionados.

La religiosidad popular en las Iglesias Neopentecostales. La mayoría de las Iglesias Neopentecostales, algunas pentecostales y alguna que otra no pentecostal, practican algunas o casi todas las expresiones de religiosidad popular que ya han sido explicadas previamente. Por eso no las describiré otra vez.

El uso de los medios masivos de comunicación. Una buena cantidad de las Iglesias Neopentecostales han incursionado al campo de la comunicación masiva. Ahora que ha comenzado a abrirse el libre mercado en la adquisición de frecuencias de radio y televisión por medio de subastas, las Iglesias Neopentecostales, con unas pocas excepciones, van a la vanguardia en el uso de los medios masivos de comunicación. Esto hace que las iglesias hagan frente al desafío de una cultura de masas que antes no se detectaba fácilmente desde el punto de mira de las iglesias. En una encuesta realizada a principios del año 1999 a trescientos cuatro pastores y líderes de distintas iglesias y denominaciones sobre el conocimiento y el uso de los medios masivos de comunicación, reveló que el 39% ha hecho alguna vez uso de la prensa, radio o televisión, pero el porcentaje más alto del uso de los medios es de parte de los Pentecostales y los Neopentecostales.²⁰⁶ En efecto, al evaluar la diversidad de programas televisivos, nos encontramos con la realidad de que son los pastores y evangelistas Neopentecostales los que tienen presencia. En todos estos programas se anuncian las direcciones y teléfonos de los templos, los días de los cultos y otros servicios. En ese sentido, se está haciendo uso de la publicidad y la propaganda que contribuyen al crecimiento numérico.

El divisionismo como factor de “crecimiento”. Otra de las causas del crecimiento de las Iglesias Neopentecostales es el divisionismo. Aunque esto sucede también en las iglesias pentecostales y las no pentecostales. El divisionismo que se ha dado en el caso de las Neopentecostales ocurre en aquellas que se han formado con líderes que han abandonado —o han sido conminados a abandonar— las iglesias históricas. Asimismo, dentro de las mismas Iglesias Neopentecostales han surgido líderes a los que no se ha

dado espacio (o por diferencias de distinta índole con el pastor principal) y fundan nuevas iglesias.

3.32 Otra perspectiva del movimiento Neopentecostal y una crítica a las iglesias no pentecostales

Desde otra perspectiva, existen también características y factores de crecimiento de las Iglesias Neopentecostales. El sínodo de la Iglesia Cristiana Reformada²⁰⁷ considera varias posibles razones de crecimiento y el porqué los cristianos de las iglesias tradicionales son atraídos por el Neopentecostalismo. Veamos algunas: las iglesias tradicionales protegen en demasía la tradición en detrimento de la libertad del Espíritu, tienen en más alta estima la herencia teológica que al Señor. Hablan de piedad pero en la práctica carecen de ella, evidencian una vida espiritual débil e inefectiva, hacen mucho ruido pero pocas acciones en el amor, predicán sermones cargados de frases gastadas, hacen marcadas distinciones entre alto clero y pueblo laico, no ponen énfasis sobre la labor y el poder del Espíritu Santo.

John Macartur,²⁰⁸ un escritor serio, no carismático, también reconoce otros aspectos atractivos de las Iglesias Neopentecostales: a guisa de ejemplo: muestran una relación cálida y vital con Dios; poseen un liderazgo práctico; viven el amor fraternal y no reprimen sus emociones; en toda obra emprendida reconocen la obra del Espíritu Santo; son agresivos en la evangelización; tienen libertad en la adoración y mantienen un espíritu de compromiso.

Por otra parte, es pertinente dejar en claro que existen convergencias y diferencias entre el Pentecostalismo y Neopentecostalismo. Conviene aclarar que, si bien es cierto tienen puntos de convergencia ambos movimientos, sus diferencias los hace que sean distintos en su esencia.

Dentro de las convergencias, según el sínodo de la Iglesia Cristiana Reformada,²⁰⁹ están las siguientes: un énfasis en la experiencia religiosa individual; un gran interés en el Espíritu Santo combinado con una devoción centrada en Jesús; un entusiasmo por testificar de lo que ha sucedido en sus vidas.

En cuanto a las diferencias, existen no solo las históricas, sino las doctrinales y las organizativas.

Las diferencias históricas tiene que ver con “el cómo” y “el cuándo” surgen estos movimientos. La Iglesia Pentecostal se origina de los movimientos de santidad y estos a su vez vienen de la rama de la Reforma de Inglaterra. El movimiento pentecostal moderno surge en los Estados Unidos de Norteamérica a principios del siglo XX. Aunque nadie se pone de acuerdo en la fecha exacta, ni el lugar, se acepta en general que fue en Los Ángeles, California.

En los Pentecostales, como las Asambleas de Dios, la responsabilidad de la iglesia está sobre los ancianos y la misma congregación, no sobre el pastor. Algunas Iglesias Neopentecostales ejercen el gobierno episcopal, otras como Verbo utilizan el sistema presbiteriano con ancianos gobernantes sin la figura del pastor.

Los Pentecostales hacen énfasis en el bautismo del Espíritu Santo, la santidad, el arrepentimiento, el quebrantamiento y las sanidades, los Neopentecostales en las manifestaciones carismáticas, la sanidad y el discipulado. Las Iglesias Pentecostales son consideradas autóctonas en su mayoría, las Iglesias Neopentecostales, en algunos casos, con injerencia extranjera. Las iglesias pentecostales se han proyectado a grupos de clase baja y media, los Neopentecostales han logrado penetrar a los estratos sociales altos. En el plano doctrinal, los Pentecostales enfatizan a la persona del Espíritu Santo, los Neopentecostales el Señorío de Cristo.²¹⁰ En cuanto a la salvación, los Pentecostales tienen raíces Wesleyanas y por lo tanto arminianas como lo señala Pearlman: “...*La experiencia confirma la posibilidad de una caída transitoria de la gracia conocida como relapso o reincidencia...*”²¹¹. Los Neopentecostales tienen raíces calvinistas, en consecuencia la mayoría creen que una vez se salva la persona, es salva para siempre. En el aspecto litúrgico, los Pentecostales son tradicionales y a nuestro criterio se han comenzado a encuadrar en estructuras rígidas. Los Neopentecostales tienen más libertad en la adoración, los cantos, los gestos, la danza; sin embargo, algunas veces puede terminar en desorden. En otras Iglesias Neopentecostales se muestran en los coros con sus togas las influencias de las iglesias presbiterianas.

Por todo lo anterior, un creyente Neopentecostal difícilmente regresaría a una iglesia histórica, pero tampoco encaja dentro de las Iglesias Pentecostales establecidas. Sin embargo, los creyentes Neopentecostales

han mostrado un espíritu de apertura, de comunión y de diálogo con las distintas iglesias y denominaciones.

Como una muestra de esta apertura, se pueden mencionar la celebración y la conmemoración de la Reforma Protestante del siglo XVI, llevadas a cabo el 31 de octubre de 1999 en la ciudad de Guatemala, coordinadas e impulsadas por una iglesia Neopentecostal, en la que participaron hermanos de distintas iglesias y los pastores y teólogos de las siguientes iglesias: David Rodríguez de la iglesia Luterana, Juan Martínez de la Iglesia Menonita, Ramiro Bolaños de la Iglesia Presbiteriana, Emilio Antonio Núñez y Wilfredo Johnson de la iglesia Centroamericana, Samuel Pinto de la Iglesia Amigos y Luis Fernando Solares de la Iglesia Neopentecostal la Familia de Dios. Esta conmemoración se ha realizado durante cinco años consecutivos, a partir del año 1997.

3.33 Autocrítica del Neopentecostalismo.

La perspectiva desde la cual hemos abordado el tema está principalmente dentro del contexto guatemalteco, aunque no dudamos que muchos países de América Latina han tenido más o menos las mismas experiencias.

Las *Iglesias Neopentecostales*, a nuestro criterio, han tratado de responder —más equivocada que acertadamente— a los múltiples desafíos económicos, culturales, sociales y espirituales. Estas han buscado soluciones a estas necesidades —consciente o inconscientemente— desde su predicación, con algunas prácticas de religiosidad popular evangélica hasta la conectividad con las estructuras de poder, y en algunos casos bajo la cobertura económica y teológica norteamericana. El propósito ha sido resolver la problemática espiritual y la problemática social.

Las *Iglesias Neopentecostales* han crecido numéricamente y han influenciado a otras denominaciones cristianas a pesar de cierta intolerancia mostrada por las denominaciones no pentecostales, como lo hemos indicado. Algunas de las razones de crecimiento son cuestionables.

Las *Iglesias Neopentecostales* han desafiado el pensamiento teológico y las prácticas tradicionales de la iglesia durante siglos, pues han obligado a que se revisen las teologías conservadoras en la dimensión Neumatológica. Han recuperado la dimensión Neumatológica de la acción y el poder del

Espíritu Santo, aunque desproporcionada muchas veces o abandonada casi por completo por las iglesias históricas.

Las *Iglesias Neopentecostales* han recuperado la hermenéutica de la experiencia y la teología de la subjetividad que encajan dentro del evangelio, pues el evangelio es objetivo y subjetivo; objetivo porque parte de la obra de Jesús y subjetivo porque por la fe nos apropiamos de su obra para ser salvos. Las personas que han creído saben, de alguna manera, que son salvas. El evangelio es doctrina y experiencia, es palabra y poder, es conocimiento, pero también es guía o intuición del Espíritu, es palabra pero también Espíritu, apela al intelecto pero no elimina el sentimiento ni la emoción. La hermenéutica de la experiencia es legítima cuando está subordinada al texto bíblico correctamente interpretado sin prejuicios dogmáticos y denominacionales. La hermenéutica de la experiencia, no solo comprueba la doctrina, sino que la hace más clara y viva. Esta hermenéutica ha sido rechazada por las iglesias históricas en buena medida, lo cual a nuestro criterio es un error porque esto conduce a una profesión de fe intelectualista. Con todo, somos conscientes que la experiencia y la subjetividad se han llevado a extremos peligrosos y han conducido a un evangelio místico de interpretación privada. Por eso necesitamos oír la crítica limpia de las iglesias establecidas para evitar los excesos. Estas críticas actuarían como freno o ayuda. Al mismo tiempo, creemos que las iglesias establecidas necesitan la espontaneidad del Neopentecostalismo para penetrar la frialdad de estas. Al fin y al cabo, como hermanos tenemos que amarnos, tolerarnos y respetarnos, pues uno no escoge quiénes van a ser sus hermanos. Esto lo ha decidido nuestro Dios y Padre.

148. Cf. Col., 2:16.

149. Cf. 1Co., 10:31.

150. Cf. NUÑEZ E., *La Biblia y la sanidad divina*, Portavoz Evangélico, Barcelona, 1986, 56.

151. Cf. NUÑEZ E., *La Biblia y la sanidad divina*, Portavoz Evangélico, Barcelona, 1986, 55.

152. Cf. *Ibid.*

153. Cf. *Biblia Nueva Versión Internacional*, Vida, Florida, 1999, Exodo 19:5-6, 76.

154. Cf. *Ibid.*, Éxodo 32: 25-29, 93.

155. Cf. CHAFER L. *Teología Sistemática I*, Publicaciones Españolas, Wisconsin, 1986, 1072.

156. Cf. VA., *La Historia Del La Iglesia*, Vida, Florida, 1987, 14.

157. Véase todo lo escrito en el capítulo uno: “*Panorama Histórico de la Religiosidad Popular*”.

158. Cf. STRAUBINGER J., “*Diccionario Católico de Información Bíblica y Religiosa*”, en ID. *Sagrada Biblia*. Edición Guadalupeana, La Prensa Católica, Chicago s/f.
159. Cf. KUNG H., *Teología para la Postmodernidad*, Alianza, Madrid 1989, ID., ser cristiano, Cristiandad, Madrid 1977, 34.
160. Cf. *Ibid.*
161. Cf. MALDONADO L., Op. Cit. 143.
162. Véase FLETCHER J., *Historia Compendiada de la Iglesia Cristiana*, CLIE, Barcelona, 1985, 244.
163. Cf. *Ibid.*, 63.
164. Cf. *Ibid.*
165. Cf. *Ibid.*
166. Cf. NUÑEZ E., “*El evangelio de la prosperidad*”, en *Apuntes pastorales* 4, 1994, 33-35.
167. Cf. *Ibid.*
168. Cf. *Ibid.*
169. Cf. WEBER M., *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, Premia, México, 1979, 29.
170. Cf. GALVEZ R., *Teología de la Comunicación, un acercamiento bíblico a los medios masivos de comunicación*, Clie, Barcelona, 2001, 182.
171. Cf. WEBER M., Op Cit.,30.
172. Cf. *Ibid.*, 30.
173. Cf. *Ibid.*, 29.
174. Cf. *Ibid.*, 95ss.
175. Cf. Ministerio Ciudad Merlyot, “*La cara oculta del rock y televisión*”, en *Revista Dominical: La Prensa Gráfica*, San Salvador 1988, 24.
176. Cf. Ex., 32:19.
177. Cf. VA., *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona, 1993, 406.
178. Cf. HENRY M., *Libros Históricos I*, Josué a 2 Samuel, Clie, Barcelona, 1986, 261.
179. Cf. Ex. 15:20.
180. Cf. DE LEON J., Op.Cit., 81.
181. Cf. FLAVIO J., *Antigüedades de los Judios*, III, Clie, Barcelona, 1988, 200.
182. Cf. BYERS M. *La Victoria Final: ¿ En el año 2000? USA*, 1991, 357.
183. Cf. *Ibid.*, 358.
184. Cf. Hanegraaff Hank, *Cristianismo en Crisis*, Unilit, Florida, 1993, 65.
185. Cf. BÜNE W., *Explosión Carismática, Un análisis crítico de las doctrinas y prácticas de las llamadas “tres olas del Espíritu Santo”*. Clie, Barcelona, 1996, 170.
186. Cf. Cannistraci D., *The Gift of Apostle, Biblical look at a Apostleship and How God is using it to Bless His church today*, Regal Books, California, 1996, 19.
187. Cf. *Ibid.*
188. Cf. NUÑEZ Emilio, *El Movimiento Apostólico Contemporáneo*, MarLor, Guatemala, 2001, 1.
189. Cf. Vine W. *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, Clie, Barcelona, 1989, 129.

190. *What is the New Apostolic Reformation?*. Compiled by Renne Rodriguez. <https://dialogopastoral.com/articulos/falsos-apostoles>

191. Cf. DAN BEN ABRAHAM, *Mesianismo ¿Herejía o voz Profética?* Jerusalén, 2000, 7.

192. Cf. VA. *Diccionario Terminológico de la Ciencia Bíblica*, Cristiandad, Madrid, 1979, 69.

193. Cf. TOMAS R., *New American Standard Exhaustive Concordance of the Bible*, Broadman Holman, N. T. 1981, No 7521 y 5479.

194. Cf. KASABIAN R., *Avivamiento, ¿Bendición o confesión?* Unilit, Miami, 1996, ss.

195. Cf. GALINDO F., *El Protestantismo Fundamentalista, Una experiencia ambigua para América Latina*, Verbo Divino, Navarra, 1992, 321.

196. McLaren, en *A Generous Orthodoxy*, Zondervan, Grand Rapids, MI. p. 275

197. *Ibid.*

198. Cf. MÍGUEZ BONINO J., *Rostros del Protestantismo*, Nueva Creación, Buenos Aires, 1995, 125ss.

199. Cf. BUNER W, *Explosión Carismática*, Un análisis crítico de las doctrinas y prácticas de las llamadas “tres olas del Espíritu Santo”. Clie, Barcelona, 1996, 11.

200. Cf. HUMMEL C., *Fuego en la Chimenea*, 1990, 48.

201. Cf. *Ibid*, 51.

202. Cf. BERBERIAN, S., *Dos Décadas de Renovación*, Saber, Guatemala, 1983,5.

203. Cf. GONZÁLEZ J., *Historia del Cristianismo I*, Unilit, Colombia, 1994, 151.

204. Cf. GÓMEZ-HERAS, J., *Teología Protestante, Sistema e Historia*, BAC., Madrid, 1972, 68ss.

205. Cf. DEIROS, P., *Latinoamérica en Llamas*, 1994, 47ss.

206. Cf. GÁLVEZ, Rigoberto. *La iglesia Evangélica en Guatemala ante el desafío de los Medios Masivos de Comunicación*, Tesis presentada a la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Panamericana de Guatemala, previo a optar el grado de Master en Ciencias, en Dirección de Medios de Comunicación, Noviembre 1999.

207. Cf. VA. *Un estudio del sínodo de la iglesia cristiana reformada. La Renovación Carismática*, Subcomisión de Literatura Cristiana, Grand Rapids Michigan, 1977, 15.

208. Cf. MACARTUR, J., *Los Carismáticos*, Una Perspectiva Doctrinal, CBP. El Paso, TX. 1995,11.

209. Cf. Op. Cit. Del Sínodo de la Iglesia Cristiana Reformada, 9.

210. Cf. MATLIK J., *Entendiendo el movimiento carismático*, 1992, 24.

211. Cf. PEARLMAN M., *Teología Bíblica y Sistemática*, Vida, Miami, 1989, 299.

TERCERA PARTE

Hacia una propuesta de fe popular

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

1.1 Consideraciones generales

La religiosidad popular ha sido cuestionada seriamente desde el punto de vista bíblico, histórico y teológico. Incluso la misma Institución Católica Romana ha señalado el aspecto negativo de la misma:

“Consideradas durante largo tiempo como menos puras y a veces despreciadas, estas expresiones constituyen hoy el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado. La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites. Está expuesta muchas veces a deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones. Se queda frecuentemente a nivel de manifestaciones culturales, sin llegar a una verdadera adhesión de fe. Puede incluso conducir a la formación de sectas... Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, tiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solo los pobres y sencillos pueden conocer.”²¹²

El evangelio, y por consiguiente la evangelización, no se identifican con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede menos que tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independiente con respecto a las culturas, el evangelio y la evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna”²¹³.

Por el impacto de una religiosidad alienante, supersticiosa y mágica sobre algunas iglesias evangélicas, la fe ha sufrido una deformación con serias implicaciones, debido a que no se ha podido establecer la relación y distinción entre religión, religiosidad y fe, y el orden consecuente de estas desde una perspectiva teológica protestante evangélica.

La teología de la Reforma está cimentada sobre los presupuestos fundamentales: “La sola Scriptura”, “La sola Gratia”, y “La sola Fides”, trípode sobre el cual descansa la justificación del pecador penitente en Cristo.

Por todo esto, es necesario proponer algunas claves teológicas que nos ayuden a dilucidar el problema reiteradamente aludido. Al mismo tiempo, iluminar el estrecho, largo y quizás difícil camino a tomar a estas alturas,

para neutralizar, y por qué no decirlo, obturar todo lo que no esté acorde con los principios de la fe cristiana, contenida en la Biblia, que es el testimonio de la revelación máxima: Jesucristo.

Es necesario que nuestro seguimiento sea precisamente a la persona, la obra y el mensaje de Jesucristo solo, cuya manifestación se da desde su vida encarnada en una cultura específica, en una nación determinada y un tiempo estipulado, hasta su muerte y su resurrección. Por ello, es importante que veamos a Jesús como el multimodelo de toda la revelación de Dios y la misión de la iglesia.

Por otra parte, es de vital importancia no descuidar su ordenanza de la gran comisión (Mt. 28:19, Hch. 1:8) para actuar urgentemente y avanzar en la fe haciéndola manifiesta a todas las naciones, ciudades, aldeas; en fin, a todos los hombres de todas las razas, de todas las lenguas, para hacerla una “fe popular”, en el sentido más puro y estricto de la palabra.

Entre otras consideraciones, porque si la religiosidad alienante se ha hecho popular, por qué no hacer de la fe, entendida como don y como relación personal de Dios-creyente, “una fe para el pueblo”. Las claves teológicas que pueden ayudar a que la fe bíblica sea popular entre otras están las siguientes: Jesús el multimodelo, el culto cristiano, el fundamento de la adoración, el sacerdocio universal de los creyentes, la espiritualidad, la ley del amor, la fe como vida, compromiso, conocimiento, acción y la multiplicación de la fe, y la misión de la iglesia.

1.2 Jesús el multimodelo

Jesús el Mesías es el multimodelo de toda la revelación de Dios. Él es la suma de todas las cosas. Es todo en todo. Lo contiene todo. Es el centro de todo. Es admirable comprobar la centralidad de Jesús en todas las Sagradas Escrituras. Él es el modelo a imitar en todo lo que se nos pide como discípulos y como Iglesia. Él ha cumplido primero todo lo que nos pide que hagamos. En otras palabras: no se atreve a exigirnos algo que él no haya hecho. Él es el modelo. Ese modelo, que de alguna manera se convierte en estrategia, se resume en esta frase: “Primero Él, luego nosotros”. En consecuencia, Él es el paradigma y al mismo tiempo la fuerza en nosotros para imitarlo. Antes que veamos algunos ejemplos de cómo se cumple esa ley en las propuestas de acción, vamos a citar algunos versículos que

describen la centralidad de Jesús que lo convierte en el multimodelo de la Revelación Cristiana.

En Cristo se reúnen todas las cosas:

“Dádonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Ef. 1: 9-10).

Este versículo demuestra que Cristo es el punto focal. Todas las cosas, toda la creación, son atraídas hacia Él. Estas no pueden existir sin Cristo. Todas las bendiciones materiales y las espirituales tales como: la vida física, la salud, la prosperidad económica, la salvación que incluye la redención, el perdón de pecados, las riquezas de su gracia, su sabiduría e inteligencia, y la herencia incorruptible. Todas estas realidades espirituales están relacionadas y convergen en la vida y la obra de Jesús el Cristo.

Cristo es el todo y en todos: *“Donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo y en todos” (Col. 3:11).* Esta verdad expresada de Jesús el Mesías es extraordinaria. Destaca la universalidad, la centralidad y la primacía no solo en toda la creación celestial y física, sino en el plan de salvación. Eso implica que todo tiene fundamento, orden y jerarquía. Ese fundamento orden y jerarquía se centran en “el Todo”: nuestro Señor Jesucristo. Dios creó todas las cosas y la humanidad con el propósito de que manifestaran su gloria. Sin embargo, con la intromisión del pecado, la gloria de Dios en su creación quedó empañada. La iglesia de Cristo, desde su fundación, ha venido mostrando un poco de su gloria, pero vendrá el día en que todo el universo reflejará con todo su esplendor la gloria de Cristo dado que todo estará lleno de Él. En fin: Cristo es el eje principal, es la piedra angular, es el hilo conductor de toda la historia de la salvación y en Él se centra el doble propósito de Dios: que todas las cosas manifiesten la gloria de Cristo, como lo hemos indicado, y que el hombre sea como Cristo. Ese propósito maravilloso de Dios procede de su amor, su gracia, su justicia y su misericordia ¡Alabado sea el Señor!

La primacía en toda la creación de todas las edades la tiene Jesús el Mesías: *“En estos postreros días nos ha hablado por el hijo, a quien constituyó heredero de todo y por quien asimismo hizo el universo” (He. 1:2).* En la historia de la salvación Dios habló reiteradamente y de muchas maneras. La comunicación de Dios hacia su pueblo fue fluida, usando desde

su voz audible, teofanías, sueños, visiones, señales, profetas, el Urin y Tumin, hasta el lenguaje escrito. Pero cuando vino “el cumplimiento del tiempo” nos habló a viva voz, por medio de su propio Hijo, quien fue el medio que el Padre usó para crear todo lo que existe. Por eso lo ha constituido en el legítimo dueño de todo lo creado.

Jesús el multimodelo es la fuente de energía que da consistencia y existencia a todo lo creado.

“El cual siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder...” (He. 1:3a); *“Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas; y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos”* (He. 2.10).

Jesús no solo “es el que es”: La misma esencia de Dios, la misma gloria de Dios, la misma naturaleza de Dios, sino que es el que da sustento, es decir la vida, a todas las cosas. Ninguna cosa creada podría seguir siendo lo que es por un instante más, si no recibe la energía vital de Cristo. Se desintegraría. Ahora bien, ¿cómo lo hace? Lo hace sencillamente por “su poderosa palabra”. Cuando él dice, ordena, declara, todo, absolutamente todo le obedece. Él es el verbo que ejecuta la acción. Ante el poder de la autoridad de su palabra hasta los mares, los vientos, la muerte y el diablo le obedecen. Su autoridad y su poder vital trabajan juntos para sustentar todas las cosas. Jesús es el autor de todo lo que existe: lo visible y lo invisible; lo terrenal y lo celestial, lo físico y lo espiritual.

A continuación, escribo versículos fundamentales que dejan claro el poder creador de Jesús el multimodelo: *“Todas las cosas por él fueron hechas y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”* (Jn. 1:3). Esta verdad es contundente. Todas las cosas de la creación, sin excepción, por Jesús fueron hechas. Si quitamos a Cristo como creador existiría la nada. Él, con su poder, intervino en cada detalle de cada cosa. La creación, pues, es el reflejo prístino del poder creativo de Jesús el Cristo. Otros versículos que ratifican el poder creador de Jesús el Mesías son: en primer lugar, 1 Corintios 8:6:

“Y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él”.

En segundo lugar, Apocalipsis 4:11 *“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”*.

En este último versículo del último libro del Nuevo Testamento, ratifica la singularidad de Jesús en la creación. No olvidemos que Apocalipsis es el libro de la revelación de Jesucristo a Juan y a todas las iglesias. Se trata de la consumación del plan de salvación de Dios en Cristo y de la coronación del cordero por su eterna obra perfecta y es en este libro donde se cierra el círculo que ha venido señalando sin ambages que Jesús el Mesías es el creador de todo lo que existe. Recordemos que Jesús es el alfa y la omega, es decir, Él es el principio y el fin.

Con él se inicia el círculo y con él se cierra. ¡Gloria a Dios! Sin embargo, Colosenses 1:16-17 es el pasaje más claro, amplio y convincente en relación a la revelación de su poder creativo y la centralidad de Jesús en toda la creación:

“Porque por él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas y todas las cosas en él subsisten”.

Jesús es la causa y la creación; es el efecto, por lo tanto, la creación sin Jesús no existiría. Todo tuvo que pasar por sus manos de poder. También Jesús el Mesías precede a la creación. Él era antes de todo lleno de resplandor y gloria sin necesidad de que alguien o algo le sustentaran. Tampoco tenía necesidad de que cosa alguna creada declarara su poder. Sin embargo es inevitable que el poder invisible de Dios en Cristo se hiciera claramente visible a través de la creación (Ro. 1:18). Todo lo creado habla majestuosamente del Señor. Esto ya lo reconocía el salmista: *“¡Oh Jehová Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra! Has puesto tu gloria sobre los cielos... Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste digo: ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites? (Sal. 8:1ss)*.

De tal manera, pues, que Jesús el Mesías es el centro, el fundamento, el punto focal, el hilo conductor, el multiparadigma de toda la revelación de Dios y lo que tiene que ver con ella. Es el Alfa porque es la cabeza de toda la creación y porque de él proceden todas las cosas y es la Omega porque para él son todas las cosas. Jesús es autor de la fe y la salvación, el segundo

y último Adán. La esperanza, la gracia, la vida y la inmortalidad fueron sacadas a la luz por la aparición del Señor Jesús por medio del evangelio (2Ti. 1:9:10). El Padre ha hecho Señor y Cristo a Jesús. Ha sometido todas las cosas bajo sus pies y le dio un nombre que es sobre todo nombre para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil. 2:9-11). Por todo ello, Jesús el cordero que fue inmolado, es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, honra, la gloria, y la alabanza (Ap. 4:11). En la consumación del reino, como la presenta el libro de Apocalipsis en sus últimos capítulos, en la Jerusalén celestial con todas las cosas que la rodean, Dios y el cordero son el centro. En consecuencia, podemos afirmar, otra vez, que en Jesús se centra absolutamente todo. La meta y el propósito de todo cuanto hace Dios de eternidad en eternidad es darle al Hijo la preeminencia en todas las cosas porque el objetivo de Dios es hacer a su Hijo Señor y modelo de todo.

En efecto, si Dios quiere que el hombre llegue a ser como Cristo, entonces Cristo es, como lo hemos indicado, el paradigma de todo lo que el hombre puede ser. Entre otros, Él es el modelo de la comunicación como “el verbo”, el “*logos*” que se hizo carne para habitar con los hombres y comunicarse con ellos. Ese paradigma nos insta a que comuniquemos el evangelio (buenas noticias que hay que comunicar) como él lo hizo primero, encarnándose en una sociedad concreta con todas sus realidades. También Él es el modelo de la misión. Es el primer misionero en el sentido pleno de la palabra como enviado del padre. Si nosotros hemos de ser enviados, él fue enviado primero. Igualmente, es el modelo de la iglesia en cuanto Él es la cabeza de la iglesia primero. Si Él es la cabeza del organismo viviente llamado “Iglesia”, nosotros somos su cuerpo. Si hablamos del discipulado que él nos manda para que realicemos, siendo al mismo tiempo discípulos, tenemos que reconocer que Él ha sido antes que nosotros el discípulo perfecto, el siervo sufriente que ha aprendido del Padre, por lo que hace solo lo que ve hacer al Padre. Ha aprendido la perfecta obediencia al Padre por medio del sufrimiento vicario. Con relación a la enseñanza, Él es el paradigma de la misma: el *didaskalos*, el Rabí, el que enseña como quien tiene autoridad y como ningún hombre ha enseñado jamás. Por eso, nos puede mandar a que enseñemos a otros a guardar su palabra. Además, Él es el modelo del testimonio. Es testigo fiel

y verdadero de la gloria, la santidad y la voluntad soberana del Padre de la cual han dado testimonio a los hombres y al mundo. En consecuencia, Él puede requerirnos que seamos sus testigos dado que Él ha sido testigo primero. En cuanto al servicio, también Él es la máxima expresión de este. Él es el fundamento de la Diakonía que en esencia significa realizar tareas polvorientas y humildes. Eso lo dejó demostrado cuando Él comenzó a lavar los pies de sus discípulos, uno a uno, tomando una toalla y un recipiente con agua. Y les dijo “ejemplo os he dado por cuanto yo he venido para servir y no para ser servido”. Cuando hablamos de evangelización también Él es el paradigma de esta. Él es el evangelista por excelencia que habla del plan de salvación no solo en los templos y las sinagogas, sino que va en busca de los perdidos, de los indigentes, de los enfermos, de los marginados, de los publicanos, de las prostitutas, de los religiosos, a las calles, a los parques, a las plazas, a las aldeas, a las ciudades e incluso a sus propias casas. Su evangelización es masiva e individual. Algunas veces predica a las multitudes, otras veces se acerca al individuo, pero en ambas busca suplir necesidades espirituales y físicas. Su mensaje va dirigido al corazón, pero también sana el cuerpo enfermo y satisface el hambre de miles de hombres, mujeres y niños que han pasado un día o más sin comer. Si tratamos de encontrar alguna base para el iglecrecimiento, es decir, la multiplicación de congregaciones numerosas, podemos decir con toda certeza que Jesús también es el modelo. Él siempre alcanzó con su mensaje a multitudes y, en consecuencia, nos ordenó evangelizar a todas las naciones del mundo entero. Es más, la Biblia, desde el Antiguo Testamento, muestra que el deseo de Dios es que exista la multiplicación de su pueblo y que se dé a conocer a todos los hombres sus mandamientos.

1.3 El culto cristiano

En verdad el culto cristiano implica una radical originalidad porque rechaza el politeísmo, en cuanto que no es un culto a varios dioses, sino al verdadero y único Dios. Aunque este culto es una continuación, en buena medida, del monoteísmo judío, va mucho más lejos: el culto que enseña y exige Jesús es la adoración en “espíritu y verdad” (Jn. 4:23) que no necesita estrictamente la mediación del templo con todos sus utensilios, sino del único mediador que es la propia persona de Jesús (Jn. 14:16; 1Ti. 2:5; Hch. 4:12).

En consecuencia, la relación con Dios no es ya una relación “cósica” sino, una relación personal. En efecto, bajo el símbolo de la destrucción del templo se rechazó un culto externo, vacío, mágico y manipulador, sin contenidos interiores. Es por ello que al tratar la relación correcta que se da entre religiosidad y fe resulte que la fe, como la respuesta interna, es la principal, y que los actos externos son secundarios, que deben responder adecuadamente a la primera, sometiéndose bajo su orden y primado.

Por otro lado, aunque el culto sea en honor, exaltación y adoración atribuidos a Dios, no quiere decir que el hombre no salga beneficiado, de lo contrario sería un “puro culto”, que no revertiría en una concesión con la vida real del hombre que es a la vez personal y social.

También la teología paulina nos habla del verdadero culto a Dios, esto es, “el culto racional” (logike latreia), que se caracteriza por la consagración de los cuerpos de aquellos que estamos bajo la justificación de Dios por la fe en Cristo al Dios único (Ro. 12:1). Aun con la simplicidad y la brevedad con que se señala este tema en el presente pasaje, no puede ocultar su amplitud ni la originalidad de esta parte de su epístola. Para explicar la frase clave, Käsemann dice que el apóstol llamó racional a aquel culto que tiene lugar escatológicamente con el poder y bajo las experiencias del nuevo eón; supone por tanto un cambio de la existencia y se pone a prueba en un discernimiento crítico constante entre la voluntad de Dios y la voluntad humana.

Pero esto no quiere decir que su alcance no sea todo inclusivo, que solo queden afectadas la vida y las opiniones morales, la vida interior, porque el acontecimiento escatológico consiste precisamente en que Dios ha comenzado la reconquista de este mundo que le pertenece.

El culto racional no lleva a cabo una obra escatológica más que cuando —de una forma aparentemente muy paradójica— se basa en la consagración de nuestros cuerpos y se realiza en ella. Es obvio que se trata de la consagración del hombre entero; no obstante, el concepto paulino de cuerpo no se refiere estricta ni preferentemente a la personalidad del hombre, sino a la capacidad de comunicación y a un mundo que lo cualifica. Dios entonces reivindica nuestra capacidad y es en nuestra obediencia corporal donde se expresa el hecho de que Él ha llamado de nuevo a su servicio en nosotros y con nosotros, puesto que estamos

justificados por Dios. Estamos siempre y en todas partes “en presencia de Cristo”.

En resumen: para Käsemann la existencia histórica tiene que manifestarse en la obediencia que es el verdadero culto y está corporalmente inserta en el mundo como servicio de amor.²¹⁴

El culto cristiano, que es pues singular y necesario para la expresión libre y espontánea de nuestra fe y gratitud, involucra toda nuestra dimensión humana al Dios único. Significa, además, vivir una vida de fe, de compromiso, en todo lugar considerando en alerta continua el riesgo de que el culto degenera en rito como una especie de mecanismo vacío y mágico que pretenda capturar a Dios para manipularlo y poner lo divino al servicio del hombre.

1.4 Fundamentos de la adoración

El estilo de adoración alrededor del mundo varía de acuerdo con la influencia de la cultura, las enseñanzas y el “programa particular” de cada sector. Sin embargo, la adoración entendida como el encuentro personal del creyente con su Dios, es un tema poco tratado en nuestro medio. Al hacer una revisión de la instrucción que se pueda recibir en un ambiente teológico o eclesial —si acaso existe— esta se imparte alrededor de la historia o metodología, es decir, el “cómo adorar” y no sobre el “por qué” hacerlo. De manera, pues, que se ha centrado la atención en la mera “practiconería” y no en el fundamento teológico de la adoración que nos conduce solamente a justificar la dignidad y la grandeza de Dios.

Por otra parte, es necesario reconocer la importancia de la adoración pública de la iglesia como función primaria, sin menoscabo de la adoración en privado, puesto que cualquier otra función como: evangelismo, consejería, capacitación y adiestramiento, la responsabilidad social, etc., viene del encuentro del pueblo con su Dios por medio de la adoración. Creemos que la ausencia de esta o el carácter secundario que se le ha dado en muchas iglesias ha influido en el florecer de la religiosidad popular evangélica. Afirmado lo anterior, debe quedar claro que la preocupación no es si adoramos o no, sino cuál es el objeto de nuestra adoración.

A estas alturas trataremos de definir la adoración. Aunque es difícil encontrar una definición completa, citaremos una ya clásica y ampliamente

conocida de Willian Temple:

*“Adorar es despertar la conciencia por la santidad de Dios; alimentar la mente con la verdad de Dios, purificar la imaginación con la hermosura de Dios, abrir el corazón al amor de Dios; someter la voluntad al propósito de Dios (...) Es la actividad suprema de que es capaz el ser humano y el remedio principal para el egocentrismo que es la fuente de todo nuestro pecado”.*²¹⁵

El culto cristiano tiene otra distinción porque tiene como mediador a Jesucristo, la máxima revelación de Dios al hombre. Solamente en Él y por Él nos podemos acercar a Dios y no por movimientos en torno a Jesucristo que se desvían de su persona, su obra y de su mensaje. En todos los tiempos ha habido movimientos que han conducido a adorar lo que rodea a Jesús: estructuras religiosas, preceptos, instituciones, estatutos internos, que han reducido a formalismos la adoración, de tal manera que, sin conciencia explícita de lo que significa la adoración cristiana, hoy por hoy existen escuelas cristianas, fundaciones cristianas, partidos políticos cristianos, negocios y fábricas cristianas. Ante esta realidad cabría preguntar: ¿conocen, aman, y adoran realmente a Jesús y viven por Él y para Él?, ¿dan honor al Evangelio de Cristo?

Por estas razones, es necesario analizar el fundamento teológico de la adoración; pues es importante que se devuelva la adoración a Dios al lugar que corresponde. Dios es quien ha tomado la iniciativa. Nosotros deseamos amar a Dios porque Él nos amó primero (Jn. 3:16). Dios es el que inspira la adoración y el mediador de ella, el objeto de toda honra.

Desde siempre, Dios ha buscado al hombre y se ha encargado de sembrar en el corazón de su pueblo el deseo de adorarlo. Dios es el único digno de nuestra adoración, además de ser el creador de todo; es el único Santo, es la perfección del poder, tiene todo bajo control. No está al margen de todo cuanto sucede.

Si el carácter único e inefable de Dios, con todos sus atributos, no fuera motivo suficiente para adorarlo en todo lo que hacemos, sería necesario ver su amor eterno, su misericordia, manifestados en la encarnación de Jesús, que le condujo a un estado de humillación y de sometimiento que comienza con su nacimiento en este mundo abatido por el pecado, sigue con su vida no comprendida, su muerte cruenta en un madero, hasta su sepultura. Todo esto por amor.

Este es el Dios que inicia el diálogo con el hombre y nos invita a abrirle lugar en nuestra vida. Dios busca a los que le adoran en espíritu y en verdad (Jn. 4:23-24); tal vez al hombre le parezca egoísmo, pero Dios lo hace para el propio bien de su pueblo. Dios es Dios sin nosotros, pero Él quiere ser Dios con nosotros. Él nos quiere salvar y nos quiere santificar, quiere hacernos bien y no hacerse Dios a costa de nosotros.

El poder de Dios transforma la vida de pecado; por medio del Espíritu Santo nos capacita para responder a su llamado en la adoración. Dios se preocupa de decirnos cómo debemos adorarlo. Si Él habla, invitando a su pueblo a adorarlo, el pueblo tiene que responder; si ignoramos su invitación es equivalente a rechazarlo.

Por medio de la adoración genuina Dios se comunica. Podemos aprender a amarlo y llegar a conocernos a nosotros mismos. La verdadera adoración derriba todas las barreras, los temores y une a la comunidad cristiana.

La adoración en privado no sustituye la adoración congregacional, las dos se complementan. La adoración es continua y en todo lugar; somos templos del Espíritu Santo. En algunas iglesias, como se ha apuntado, celebran la Navidad, los quince años, el día del padre, el día de la madre, el día del maestro, sustituyendo, en alguna medida, la adoración a Dios. Eso es seguir más el espíritu del mundo en religiosidad popular que el Espíritu de Cristo.

La adoración también es ofrenda. Es dar, no querer recibir algo de Dios a cambio; aunque el resultado es que quien adora de esa forma siempre recibe abundantemente; tal ofrenda de adoración debe ser lo que podemos dar, algo que nos cueste (2Sa. 24:20).

Existen varias maneras por medio de las cuales podemos responder ante el Señor: cantamos coros e himnos, levantamos nuestras manos, nos arrodillamos, damos una ofrenda material, caminamos al frente para recibir la Cena del Señor; todo esto puede dar un indicio de nuestro compromiso de fe ante Dios. Pero los gestos y las posturas, los ademanes, no tienen valor en sí. Estos pueden hacerse por costumbre solamente o pueden presentar un “acto teatral” que represente en pura apariencia lo que no corresponde a la actitud del corazón. Esto es religiosidad alienante.

Todos los creyentes, como parte de un Sacerdocio Santo, tienen responsabilidades en la adoración. Esta función no se limita a pastores, sino

que es responsabilidad mutua de todos los miembros de la congregación. Por esta razón, la adoración no se realiza como a mí me gusta, o como otros prefieran, sino como es aceptable a Dios. Lo importante es tener presente siempre que en la adoración es necesario preservar el orden y el contenido teológico de la Palabra de Dios, así como no ahogar el Espíritu Santo por la religiosidad fingida en la adoración (Sal. 95:6-7).

1.5 Sacerdocio universal de los creyentes

En esta clave teológica incluimos algunas de las características del sacerdocio universal de los creyentes tratadas por el autor Hans Küng²¹⁶. Una iglesia que lleva el “nombre de Jesucristo”, que escucha, obedece su palabra y es guiada por su Espíritu no puede ser identificada, en modo alguno, con una determinada clase ministerial, casta o autoridad con ciertos privilegios. La Iglesia es la totalidad de los que creen en Cristo, en la que todos pueden entenderse como pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo, edificación de Dios.

No se es parte de la iglesia por un privilegio de nacimiento, de estado, de raza o de oficio. Lo que da la pauta es hasta qué punto se es lisa y llanamente un creyente, es decir, uno que cree, obedece y sirve motivado por el amor a Dios.

Todos los creyentes son elegidos, santos, discípulos, hermanos y así precisa y necesariamente son todos el sacerdocio real. Ya en el Sinaí se le dijo al pueblo escogido: “*Y vosotros me seréis un Reino de Sacerdotes y gente santa*” (Ex. 19:6). Todo el pueblo debía constituir un sacerdocio único, que pertenece al Dios y Rey único. En el ministerio profético se promete a Israel este sacerdocio: “*Y vosotros seréis llamados sacerdotes de Jehová, ministros de nuestro Dios seréis llamados*” (Is. 61:6).

La iglesia naciente ve realizada en sí misma estas promesas, aunque de un modo totalmente distinto: En lugar de solo el pueblo de Israel, ahora, el llamamiento se extiende a todos los hombres de todos los pueblos, judíos y gentiles, a formar parte del pueblo singular santo y sacerdotal.

La iglesia es cuerpo de Cristo y en este no son importantes solo unos cuantos miembros nobles, sino todos los miembros; todos son importantes y determinan conjuntamente la vida del cuerpo; todos tienen una dignidad y función perfectamente delineadas. Ni aun la cabeza puede prescindir de los

pies o de los brazos. Es imposible, puesto que todos tienen un servicio que prestarse por mutua conveniencia y simpatía.

La Iglesia es pueblo de Dios. La palabra pueblo en el Nuevo Testamento es “Laos” y aquí no significa fundamentalmente población, muchedumbre de pueblo o gente, sino comunicar: el pueblo de Dios tuvo clara conciencia de ello, por su fe en el Mesías era el verdadero pueblo de Israel, el verdadero pueblo de Dios, el nuevo Israel, el nuevo pueblo de Dios. Mientras los judíos rechazaban el mensaje de Jesús, los gentiles lo aceptaron (cf. Jn. 1:12).

Es así como en el Nuevo Testamento, principalmente en las epístolas, el término “Laos” designa también la comunidad de los discípulos, la iglesia de Jesucristo (2Co. 6:16; He. 8:10-12; Ap. 21:3; 18:4; Hch. 15:4; 18:10; Ro. 9:24-26; Tito 2:14; 1Pe. 2:9).

En suma, todos los creyentes son pueblo de Dios, por lo tanto queda excluída una separación entre pastores, ministros y el “resto del pueblo”. La Iglesia será siempre y donde quiera todo el pueblo de Dios, toda la *Ekklesia*, todo el grupo de creyentes. Todos son linaje escogido, real sacerdocio, pueblo santo. Todos los miembros del pueblo de Dios han sido llamados por Dios, justificados por Cristo y santificados por el Espíritu Santo.

En esto son todos iguales en la iglesia y han sido invitados por el mensaje de Cristo a la fe, a la obediencia y a la entrega total al orar.

La iglesia es un edificio espiritual. El Espíritu Santo no impulsó solo a unos cuantos escogidos como “mediadores”, sino que todos los creyentes están llenos del Espíritu. El ministerio profético anunció para el fin de los tiempos el derramamiento general del Espíritu; sobre toda carne (cf. Je. 2:28) sobre todos los hijos, vendría el Espíritu de Dios (cf. Is. 44:3, 63:14; Ez. 36:27; Zac. 4:6).

Los escritos del Nuevo Testamento reconocen el cumplimiento de este derramamiento sobre la iglesia entera y cada uno de sus miembros (cf. Hch. 2; 1Co. 3:16). Todos los cristianos son prontamente enseñados, guiados, aconsejados y movidos por el Espíritu, y todos deben vivir conforme a él. La diferencia del Nuevo Testamento con el Antiguo Pacto es clara: ya no solo algunos profetas, sacerdotes, son visitados por el Espíritu, sino todo el real sacerdocio es templo del Espíritu; así es edificado el edificio por el Espíritu (cf. 1Co. 3:9).

La iglesia, es templo del Espíritu. La iglesia como templo del Espíritu existe por el Espíritu y está llena del mismo hasta en su último miembro. Precisamente esta imagen del templo espiritual, que está construido sobre la piedra viva angular, es decir, sobre Jesucristo resucitado de entre los muertos, con las piedras vivas que son los creyentes, se convierte espontáneamente en la imagen del sacerdocio de un templo: *“Acercándonos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres más para Dios escogida y preciosa”* (1Pe. 2:4); *“Vosotros también como piedras vivas sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”* (1Pe. 2:5).

Aquí no se hace referencia a sacrificios terrenos y materiales, sino ofrendas espirituales: oración, alabanza, acción de gracias, frutos dignos de arrepentimiento, de fe, de amor, sacrificios que no se ofrecen además por la fuerza propia, sino por Jesucristo, el solo mediador y sumo sacerdote. Así todos los creyentes mismos han de ministrar en el templo como sacerdocio santo.

En este pasaje aparece la palabra sacerdote aplicada a todos los creyentes. El pueblo entero lleno del Espíritu de Cristo, es sacerdocio escogido; todos los cristianos son sacerdotes; esto se afirma de una manera inseparable:

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1Pe. 2:9).

En Apocalipsis, uno de los escritos más tardíos del Nuevo Testamento, se afirma una vez más muy claramente que los redimidos por Cristo han sido hechos partícipes de la real soberanía de Dios en Él mismo, sacerdotes para el culto a Dios: *“Y nos hizo un reino de sacerdotes para Dios, su Padre, a Él sea la Gloria, el imperio por los siglos de los siglos”* (Ap. 1:6). La forma en que es sacerdote todo creyente de la iglesia y la manera en que lo ejerce se funda en la Escritura del Nuevo Testamento. Veamos:

Acceso inmediato a Dios. En los cultos paganos solo el sacerdote tenía libre acceso a lo más íntimo del templo. Él mediaba, supuestamente, entre la divinidad y el pueblo que esperaba afuera; tampoco en el culto judío tenía acceso al lugar santísimo; nadie más que los sacerdotes o exclusivamente el sumo sacerdote. Es bien sabido que los sacerdotes del Antiguo Pacto eran

un instrumento especial y tenían la función de acercar al pueblo a Dios por medio de los ritos sacrificiales.

En el Nuevo Testamento vemos que esta mediación sacerdotal quedó claramente abolida. Jesucristo, por el sacrificio de su muerte, realizó definitivamente esta mediación y abrió así a todos el acceso al lugar santísimo. Por la fe tienen todos, por Cristo solo, acceso inmediato a la gracia de Dios (Ro. 5:2; Ef. 3:12 He. 10:22).

Sacrificios Espirituales. Ofrecido una vez por todas, el sacrificio de Cristo cumplió e hizo innecesarios todos los sacrificios que ya conocía el Antiguo Pacto y que eran para el ministerio profético los de más alto valor que todos los sacrificios de becerros, machos cabríos, ovejas, bueyes, prescritos en la ley, como un medio solamente y no en sí mismos (Os. 6:6; Mi. 6:6-8): fe, obediencia, oración, alabanza, acción de gracias, arrepentimiento, justicia, misericordia, bondad, amor y el conocimiento de Dios.

De aquí que en el sacerdocio santo de los creyentes se esperan sacrificios espirituales y por tanto, ofrecidos espiritualmente: "...un sacerdocio santo para ofrecer por medio de Jesucristo sacrificios espirituales agradables a Dios" (1Pe. 2:5). También Pablo, como hemos señalado anteriormente, afirma que es deber de todos los creyentes como sacerdotes, ofrecer su vida "*En sacrificio vivo, santo agradable a Dios como culto racional* (Ro. 12:1). En última instancia, se trata siempre de que el hombre no ofrezca algo, sino que se entregue a sí mismo por entero, sin reservas, como respuesta de gratitud a la vida eterna recibida gratuitamente por Dios en Cristo, en medio del mundo y sus problemas.

La predicación de la Palabra. Al sacerdocio santo de los creyentes le pertenece no solo el testimonio de la vida de entrega, de amor y de fe, sino también el testimonio libre de la palabra. La predicación o comunicación de la Palabra de Dios no se manda solo a unos cuantos, sino a todos: "*Mas vosotros sois real sacerdocio (...) para anunciar las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*" (1Pe. 2:9).

En todo el nuevo testamento la predicación o testimonio del evangelio comienza con el mandato de Jesús a los que le siguen: (Mr. 1:35-38; 16:15; Mt. 28:18-20; Hch. 1:8; 1Co. 1:17) y así se encuentra una serie de palabras para indicar la predicación: anunciar, proclamar, pregonar, enseñar, explicar, exponer, transmitir... así que nadie puede excluirse, por cuanto todos los

creyentes son sacerdotes y cada uno puede poner al servicio de los demás su talento o don que ha recibido para contribuir a la exposición del evangelio.

El mensaje de la fe en Cristo pudo propagarse como un reguero de pólvora, porque no fue anunciado solo por unos cuantos especialmente encargados, sino por todos según el don recibido: no solo por apóstoles, evangelistas y maestros, sino también por comerciantes, soldados, marinos, pescadores, etc. El libro de los Hechos hace énfasis al hacer notar que *“Todos llenos del Espíritu Santo, predicaban con libertad la Palabra de Dios”* (4:31; 8:4; 11:19).

Pablo confirma esta realidad cuando hablaba de los de Tesalónica

“Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor no solo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar; vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada” (1Ts. 1:8).

Existen otras referencias sobre el mismo aspecto del papel que todo creyente debe jugar en la mediación por ser sacerdote (Fil. 1:12-18; 1Pe. 3:1; 2Ti. 4:2).

Todo creyente, al ejercer sacerdocio santo, puede y debe en principio, en cuanto es capacitado por Dios (2Co. 3:5), enseñar y testificar a otros. Todo cristiano está llamado a la predicación de la Palabra en el sentido del personal testimonio cristiano; pero no todos, sin duda, pueden subir a predicar en un púlpito o enseñar teología.

Ejercicio de la mediación sacerdotal. El sacerdocio universal de la congregación, aunque tiene su origen en el culto que se rinde a Dios, es necesario puntualizar que repercute aquí en el mundo en que vivimos (aunque no somos del mundo) en el servicio mutuo dentro de la congregación y en el servicio al prójimo necesitado.

El sacerdocio santo universal no es nunca una mera relación privada del cristiano con su Dios. Es la acción mediadora proveniente de Dios al mundo por medio de su Iglesia en la cual mora el Espíritu Santo dado que los creyentes sacerdotes publican y hacen eficaces las obras ocultas y maravillosas de Dios.

Por tanto, todo cristiano es sacerdote de Dios en la medida que es testigo de Dios ante el mundo (cf. Fil. 2:15), pero también es un servicio de mediación que va del mundo a Dios porque el primero ora, intercede. Todo cristiano es un sacerdote para el necesitado, porque tiene libre acceso a Dios

por la fe en Cristo y puede presentarse ante su santidad en favor de otros e intercede en todo sentido por ellos: *“Exhorto, ante todo, a que se hagan rogativas oraciones de gracias por todos los hombres”* (1Ti. 2:1).

Concluyendo. El sacerdocio santo universal consiste en el llamamiento irrevocable a todos los creyentes. Cada uno sabe que es necesario responder por los otros frente a Dios y viceversa. Cada uno es responsable ante Dios de dar testimonio al prójimo y ayudarlo en sus sufrimientos, sus necesidades y conllevar sus cargas y amistad en todo. En el sacerdocio universal no se vive para sí, sino para Dios y para el prójimo por amor: *“Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas (...) amarás a tu prójimo como a ti mismo”* (Mt. 22:37-38). *“Sobrellevad los unos las cargas de los otros, cumpliendo así la ley de Cristo”* (Gá. 6:2).

1.6 La espiritualidad

Si las congregaciones estuvieran llenas de hombres y mujeres espirituales, esto contribuiría a que se viviera una fe bíblica auténtica en lugar de una religiosidad alienante. Sería más fácil que la fe se diera a conocer a todos los hombres que estén al alcance de los miembros de las congregaciones locales por su palabra y por su acción.

Por otro lado, a pesar de que la Biblia es tan clara en cuanto a la vida espiritual que se debe vivir, esta resalta también que la carne siempre tratará de oponerse a esa clase de vida. Existirá una batalla constante entre la carne y el Espíritu. Todo creyente está involucrado en esa lucha. Por lo tanto tiene que decidirse si quiere caminar según el Espíritu o según la carne. El resultado de caminar por el Espíritu es vida y paz. El resultado de caminar por la carne (sentimientos, emociones, pensamientos que aunque son legítimos deben estar sujetos al espíritu humano y este al Espíritu Santo) es muerte. El que decide andar por el Espíritu piensa y se ocupa de las cosas del Espíritu, pero el que piensa en las cosas de la carne se ocupa de las cosas de la carne (Ro. 8:5,6).

Pablo añade que si caminamos por el Espíritu obtendremos el fruto del Espíritu que consiste en *“... Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”* (Gá. 5:22-23). Pero si es por la carne, se harán manifiestas las obras de esta que son:

“Adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas...” (Gá. 5:19-21).

En consecuencia, la espiritualidad de los creyentes no se mide por la asistencia a la iglesia, los cantos, la danza, los gestos, las posturas, la risa, el llanto, el hablar en lenguas, el vestuario, la predicación, la enseñanza, la evangelización, la oración, la lectura de la Biblia y otras acciones semejantes, porque todo eso fuera del orden correcto, puede llegar a convertirse en religiosidad y en activismo. La espiritualidad se mide porque el creyente evidencia amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. El parámetro de la espiritualidad es mostrar el fruto del Espíritu. Por eso, el asunto de la espiritualidad no es un asunto de “prácticas religiosas”, “acciones buenas” o “conocimiento de lo que es bueno y es malo”, sino que es una cuestión de vida. Esto proviene del Señor, que es el Espíritu, y donde está él Espíritu ahí hay libertad.

El Espíritu es el que da vida, lo demás produce muerte. Por eso es que el Señor dijo desde el principio a Adán y a Eva que no comieran del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque les conduciría a la muerte espiritual primero y luego a la física, sino que comieran del árbol de la vida pues esto les conduciría a la vida de Dios.

La carne no se puede convertir en Espíritu ni el Espíritu se puede convertir en carne. Jesús dijo que la carne es carne y el Espíritu es Espíritu. La carne no mejora con la religiosidad, la educación, la ética, ni con el tiempo, por lo que nunca dejará de ser carne. Tampoco el Espíritu puede degradarse hasta convertirse en carne. El Espíritu siempre será Espíritu, de ahí que no puede haber un arreglo entre lo uno y lo otro. Realmente son totalmente opuestos. El creyente nacido de nuevo es el que decide a quién va a obedecer.

Un hombre que se creía un buen religioso pensando que había cumplido todo para ser acepto en el reino de Dios preguntó un día a Jesús si debía hacer algo. Jesús le respondió:

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; lo que es nacido del Espíritu, Espíritu es”.

En consecuencia, lo que viene del Espíritu es lo que realmente puede vivificar al creyente. *“El espíritu es el que da la vida; la carne para nada*

aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Jn. 6.63). De manera pues, que la nueva vida del creyente debe vivirla dentro de la espiritualidad.

El creyente es llamado a adorar en el Espíritu, de acuerdo a lo que el Señor pide. No se trata de ofrecer lo que el creyente quiera, tampoco de lugares, templos o montes; se trata de ofrecer la propia vida en sacrificio vivo, santo y agradable al Señor (Ro. 12:1), en cualquier lugar y a toda hora. Jesús le dijo a una mujer samaritana cuál era la forma correcta de adorar: Jesús les dijo:

“Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Más la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores... busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en Espíritu y en verdad es necesario que le adoren” (Jn. 4:21-24).

La predicación o testimonio debe ser con demostración del Espíritu. Pablo afirma que su predicación no fue con palabras rebuscadas de humana sabiduría. Aunque los sofistas griegos las usaban para convencer y confundir para su propia conveniencia, Pablo se abstuvo de usarlas porque en el reino de Dios no sirven:

“Estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor, y ni mi palabra ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (2Co. 2:2, 4-5).

El conocimiento de Dios también se obtiene por el Espíritu. Por el contrario, el conocimiento humano se adquiere por medio de la investigación, la experiencia, los sentidos, la mente, pero el conocimiento espiritual viene a través de la revelación del Espíritu Santo que mora en el que ha nacido de nuevo. Todo ese conocimiento espiritual que se origina en el Señor es recibido por el espíritu humano y la mente. Pero es necesario reiterar que el conocimiento espiritual no se origina en el hombre. El hombre espiritual es el receptáculo de lo espiritual. Veamos los siguientes versículos que afirman esa verdad:

“Antes bien, como está escrito: cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios... Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría

humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las pueden entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1Co. 2-9, 14).

El creyente debe cantar y orar en el Espíritu. La espiritualidad del creyente incluye el cantar y el orar en el Espíritu. El apóstol Pablo en la carta a los Corintios hablando de los dones espirituales deja entrever que el creyente espiritual ora tanto en el Espíritu como con el entendimiento; canta tanto como con el Espíritu como con el entendimiento. Al referirse al entendimiento no está hablando de cantar o de orar en la carne, sino de hacerlo en orden, con excelencia y comprensible a los oyentes incrédulos. Pablo no está menospreciando el cantar y orar en el Espíritu, más bien lo afirma y lo da por sentado.

Bien, la espiritualidad como una de las claves teológicas para hacer que la fe en el Señor Jesús se difunda, debe abarcar todas las esferas de la vida de los creyentes. Es un vivir, un caminar, un actuar por el Espíritu de Dios. Por ello es que la Escritura nos insta a adorar, predicar, conocer, cantar, orar y caminar cada día en nuestra vida personal, familiar, matrimonial, eclesial, laboral, social, por el Espíritu en medio de realidades y necesidades concretas.

1.7 La ley del amor

No quise dejar de tocar esta clave teológica de la ley del amor porque quiero dejar en claro que amo y respeto a todos los ministros e iglesias que de alguna manera, de acuerdo a la tesis que hemos venido manejando, incurren en algunas prácticas cuestionables de religiosidad popular. El que unos las practiquemos o no, no debe perturbar nuestra relación de amor y misericordia. No ha sido mi intención juzgar fríamente sin misericordia, porque también sé que con la medida que medimos con esa misma nos medirán, y con un tanto más. Más bien ha sido una inquietud sincera de examinar a la luz de las Sagradas Escrituras y de la historia de la iglesia algunas prácticas que nos pueden desviar del verdadero contenido de la fe hacia una religiosidad vacía y engañosa que impide crecer en el conocimiento y la medida de la estatura del varón perfecto: nuestro Señor Jesús el Mesías.

La última ley que el Señor nos manda a guardar es la ley del amor. Esa verdad Jesús la puso en evidencia al responderle a uno de los intérpretes de

la ley que le preguntó: ¿Maestro, cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mt. 22:36-40).

La ley se resume en una palabra de cuatro letras: AMOR. Si no se pone en práctica el amor, la ley no sirve para nada. El gran contenido de la ley, los profetas y los escritos apuntan hacia la práctica del amor a Dios y al prójimo. Esto deja a un lado la falsa religiosidad que conduce a una falsa justicia.

Ahora entendemos por qué Jesús dijo a sus discípulos: he aquí os doy un mandamiento nuevo “que os améis los unos a los otros”. Jesús vino a mostrar el amor incondicional de Dios para los hombres, no vino para condenar. Tampoco Jesús vino a indagar quiénes guardaban la ley de Moisés cumpliendo los detalles de los mandamientos o a cerciorarse que el pueblo de Israel practicara todos los ritos establecidos. Él vino a amar al hombre incondicionalmente, a salvarlo, a sanarlo, a llamarlo para que se vuelva a Dios. En consecuencia, no vino a condenar al pecador, al enfermo, al marginado, al pobre, indigentes de salvación. Él “no hace leña del árbol caído”. Tampoco vino a buscar a las personas especiales que tuvieran un árbol genealógico registrado. Jesús fue enviado a mostrar amor y misericordia a los caídos, sin importar su pasado personal, familiar o religioso.

Como una muestra de ese amor, Jesús hizo milagros en sábado para hacer bien a los necesitados, enseñándonos que el mandamiento de guardar el día de reposo no es más importante que la vida del hombre mismo. El segundo mandamiento más importante es el del amor al prójimo. Sin embargo, los fariseos no aceptaron las muestras de amor hacia los enfermos y oprimidos por el diablo. Por eso afirmaron “... *Este hombre no procede de Dios porque no guarda el día de reposo*” (Jn. 9:16). Además, lo acusaron de no respetar la obediencia absoluta a Moisés: “*Nosotros discípulos de Moisés somos. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ese, no sabemos de donde sea*” (Jn. 9:29). El extremado celo religioso de los fariseos, que se consideraban como los guardianes de la ley mosaica, con su característica vestidura religiosa, su conducta y su propio nombre

traducido (“apartados”) perdieron de vista que la ley que habían recibido de Moisés fue dada para amar a Dios y al prójimo (el más cercano).

Otro pasaje que muestra que la ley del amor es la más importante, es aquel en que Jesús les responde a los fariseos que le habían cuestionado a él y sus discípulos hacer bien en día de reposo:

“Viéndolo los fariseos, le dijeron: He aquí tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en día de reposo. Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, que no les era lícito comer ni a él y los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley, como en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo y son sin culpa? Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí. Y si supieses qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio, no condenarías a los inocentes; porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo... Él les dijo: ¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si esta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante? Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo” (Mt. 12:2-8, 11-12).

Si notamos lo que los fariseos decían, según la ley de Moisés, era válido. Estaba claramente establecido que el día de reposo había que guardarlo y no hacer ninguna clase de trabajo. Lo que los legalistas religiosos habían perdido de vista es que el día de reposo se había hecho por causa del hombre y para su propio bien. Por lo tanto era lícito mostrar amor. Jesús deja muy en claro que es más importante el amor hacia el prójimo que el tratar de guardar leyes que tienen sus propios límites y atan al hombre. Jesús los confronta al poner de relieve que ellos mismos hacen el bien en día de reposo cuando una de sus ovejas se cae en un hoyo, pues ellos la sacan inmediatamente. Por eso les hace la pregunta acerca de qué tiene más valor: si una oveja o la vida de un hombre. Podríamos agregar otro elemento a la pregunta de Jesús: ¿qué tiene más valor: el día de reposo, una práctica correcta de adoración, una oveja, o la vida de un hombre? La respuesta obvia es la vida de un hombre.

Otro pasaje que no quisiera dejar de mencionar es aquel en el cual Jesús, una vez más, pone de relieve que la ley del amor es más importante que la observancia de la estricta ley religiosa. Me refiero al caso de la mujer adúltera que fue sorprendida en el pleno acto del adulterio por los celosos guardianes de la ley. Cuando esos fariseos la llevan ante Jesús y le preguntan qué deben hacer con esa mujer en cuanto que Moisés ordenó que en esos casos específicos mataran a pedradas a los transgresores; es sorprendentemente confrontativa para los acusadores la respuesta de Jesús:

“El que de vosotros esté libre de pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (Jn. 8:7). El texto dice que

“... Ellos al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio. Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete y no peques más” (Jn. 8:9-11).

En efecto, de nuevo los legalistas tenían razón cuando decían que Moisés había dejado la norma de apedrear a los que cometían el pecado de adulterio y eran sorprendidos. Ahora bien, la respuesta de Jesús nuevamente muestra que es más importante el amor y la misericordia que aplicar estrictamente la ley. Jesús demostró que los religiosos no tenían la solvencia moral ni espiritual para llevar tal ajusticiamiento porque ellos mismos practicaban pecados. Sin embargo, Jesús sí pudo haber apedreado a tal mujer porque Él era sin pecado, pero tampoco quiso aplicar la ley mosaica, sino que aplicó la ley del amor, que es la primera ley que debemos guardar. Si guardamos la ley del amor, ante Dios hemos guardado las demás leyes. Por lo tanto, debemos practicar el amor y la misericordia en lugar de condenar juzgando a los demás.

1.8 La fe como vida, compromiso, conocimiento, acción y la multiplicación de la fe

La falta de una entrega total, de una respuesta agradecida a Dios y el impacto de la religiosidad imperante son el enemigo mortal de nuestra iglesia. Hoy debemos combatir con la primacía de la fe que es la que puede iluminar nuestra vida interior y nuestra práctica en la piedad del diario vivir. Decimos un “SÍ” a la fe que evidencia que el pecador ha sido justificado y un “NO” a la “religiosidad” que justifica el pecado. Un “SÍ” a la fe, viva y libre que vive el que ha sido perdonado, que lleva al bautismo porque el creyente ha entendido el compromiso y la participación en la cena del Señor. Un “SÍ” a esa fe que conduce a examinarse a uno mismo delante de Dios para hallar gracia y justificación. Un “NO” a la religiosidad que acepta perdón pero sin arrepentimiento, el bautismo sin disciplina, la cena del Señor sin confesión de pecados. Un “NO” a la religiosidad pervertida que queriendo manipular a Dios cambia la justificación del pecador por la justificación del pecado, en el cual incurre el hombre religioso y farisaico

Eso no es lo que espera Dios de nosotros, sino más bien el seguimiento de su hijo Jesús, abandonándolo todo, tomando nuestra cruz cada día, crucificando la carne todos los días y los deseos mundanos.

El evangelio se volvió religiosidad barata, alienante, precisamente por ser ritualista y no una fe que por gracia se nos donó y que supone una respuesta del hombre con una ruptura con el pecado, no su simulación, apariencia; aunque en esencia el hombre sigue siendo pecador (*simul iustus et peccator*) como decía el Dr. Martín Lutero.

La fe es el resultado del amor de Dios al hombre en Cristo Jesús en su soberana voluntad. Ahora bien, otra cosa es que se quiera tener como un presupuesto sin más y no como don que es resultado de la soberanía de Dios, eso también es perversión de la fe. Cuando esto se da, tal y como sucedió en el nacimiento, consolidación y declinación de la religiosidad popular de la edad media, cuando se pretendía ganar el favor de Dios y la salvación a cualquier precio, por peregrinaciones, misas, intercesión santoral, penitencias, símbolos y ritos mágico-religiosos, culto a las imágenes... estamos ante casos flagrantes de religiosidad alienante.

Sin justificar lo anterior, se sabe que esto fue producto de muchos factores que incidieron en el clero y en el pueblo, tales como: una cristología y una eclesiología deficientes y, como resultado, una soteriología obscura, confusa e insegura. A esto se puede agregar la carencia de directrices bíblicas en cuanto a la excelencia en asuntos de fe y conducta. Claro está que el contexto sociocultural era otro: subdesarrollo económico, analfabetismo en gran escala, el desconocimiento de ciencia y tecnología, inestabilidad política, guerras constantes, disputas interminables por la supremacía entre la iglesia y el estado... lo que condujo algunas veces al "papocesarismo" (dominio del papa sobre el César) y en otras al "cesaropapismo" (dominio del César sobre el papa) característica singular en la Edad Media.

También es cierto que al darse las circunstancias mencionadas, la tolerancia y manipulación de la iglesia sobre un pueblo ignorante que hacía lo que se le decía, aceptando todo sin cuestionamientos, con ingenuidad muy cercana a la ceguera espiritual, fue evidente.

Pero el hombre religioso, casi siempre despierto para descubrir dónde puede adquirirse "fe", confundiéndola con la religiosidad barata, pervirtió la fe; el resultado fue trágico: la religiosidad alienante vestida de piedad. Bien

lo dice Bonhoeffer hablando de la falta de compromiso de la fe y perversión de esta cuando es impactada y penetrada por el hombre religioso: “Nosotros reunidos como cuervos alrededor del cadáver de la “fe barata” hemos chupado del veneno que ha hecho morir en nosotros el compromiso con Jesús”.²¹⁷

Sin embargo, la Reforma obtuvo la victoria de la justificación por la fe sola. La herencia de la Reforma Protestante fundamentada en los principios de *la sola fides, la sola gratia, la sola scriptura y solus Crhristus*, no deben pasar a segundo o tercer plano, dejarse abordar y superar por la religiosidad que siempre tratará de ocupar el primado en la vida de la iglesia. Por estas razones la religiosidad siempre ha sido condenada y rechazada desde el Antiguo Testamento por el ministerio profético y en el Nuevo Testamento por Jesús juntamente con los autores epistolarios. Todos esos hombres de Dios hicieron un llamado a vivir la fe que nos ha sido donada como respuesta y compromiso ante Dios y ante la comunidad.

Pareciera hoy que la fe comprometida queda en manos de los legalistas o quizás de los iluminados, aduciendo que ya somos suficientemente espirituales porque hacemos muchas cosas como: danzar, celebrar, asistir una vez por semana a la iglesia, cantar los mismos coros, repetir las mismas oraciones con los mismos de siempre. Sin embargo, el fruto del Espíritu Santo (Gá. 5:22) está ausente en nuestro diario vivir, en nuestra familia, en nuestro trabajo, en la escuela y aun en la misma iglesia por cuanto somos un número más y desconocemos la verdadera adoración. Esto no está acorde con la revelación de la fe cristiana.

Al proponer el conocimiento, la acción y la multiplicación de la fe, nos estamos refiriendo a la fe bíblica. Una fe que no es ciega ni supersticiosa. Es la que viene por el oír y el oír la palabra de Dios (Ro. 10:17). Es un oír un tanto singular en cuanto es el espíritu y el corazón los que oyen. Es una fe que procede del conocimiento, pero no del conocimiento humano por medio de la razón, la idea o la fuerza mental, la experiencia, el escepticismo, sino de la revelación que procede del Espíritu de Dios. El Espíritu es quien, con un toque especial, en el espíritu del hombre vivifica la palabra escrita. Tanto la palabra como el espíritu trabajan para iluminar la condición del hombre ante Dios, ante los otros y ante sí mismo para que este pueda dar una respuesta en fe a Dios. Entonces, allí acontece, el conocimiento de la fe. Si esa fe bíblica procede de un conocimiento,

entonces es factible ponerla en práctica y a su vez predicarla con palabras y con hechos. La fe bíblica pues, no es la “fe del carbonero”: Una fe ignorante mágico-religiosa. Spurgeon, uno de los más famosos predicadores, conocido como “el príncipe de los predicadores” dijo acerca de la fe genuina: “La fe no es cosa ciega, puesto que principia con el conocimiento. No es cosa de conjeturas, por cuanto la fe se funda en hechos ciertos. No es cosa de sueños, porque la fe encomienda su destino reposadamente a la verdad de la revelación divina”²¹⁸

La fe genuina está ligada a la verdad. La una no funciona independientemente de la otra. Una actitud confiada sobre algo que es falso, tarde o temprano traerá frustración. La fe independientemente de lo verdadero se convierte en una fuerza peligrosa que pretende obtener resultados aunque no medie la voluntad perfecta de Dios. Por ello, aunque la fe implique no saber a donde uno va, sí se tiene la certeza del amor y del cuidado de Dios que está guiando al creyente. En consecuencia, una fe divorciada de la verdad bíblica es una fe pervertida. Hunt afirma que existe una falsificación secular de la fe llamada “actitud mental positiva” sustentada y divulgada por los siguientes libros: “The Power of Positive Thinking”, “The Magic of Believing,” “Success Through a Positive Mental Attitude” y un sin número más de libros que se han convertido en éxitos de librería.²¹⁹ La fe bíblica no es, pues, una fuerza independiente de la verdad revelada. Además, es pertinente recordar que la verdad está personalizada en el Señor Jesucristo. Él dijo en el evangelio de Juan 14:6 “*Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*”.

La fe es certeza que conduce a la acción. La fe no es un conocimiento abstracto que habla de una fe abstracta. Es un conocimiento que se ratifica por la experiencia del creyente que profesa dicha fe. La fe es más práctica y vivencial de lo que muchos cristianos creen. Con razón, Santiago en su carta afirma contundentemente que la fe sin obras es muerta. El hombre vano –dice Santiago– se jacta de fe pero con sus hechos lo niega. El creyente vive por la fe y por lo tanto practica obras que proceden de la fe. En otras palabras: las obras del creyente proceden de la fe y la fe procede del conocimiento. Por lo tanto, no puede haber fe sin obras ni fe sin conocimiento. Conocimiento (espiritual), fe y obras es la tríada sobre la que camina la vida del cristiano. Aunque somos salvos por la fe seremos juzgados por nuestras obras.

Como vemos, la fe bíblica muestra varias aristas que se integran sobre la confianza y la obediencia en Dios y su Palabra: fe para salvación, (Ef. 2:18), fe para la vida diaria (Ro. 1:17), fe para acercamiento y comunión con Dios (He. 11:6), fe para protegernos de los embates de las huestes espirituales malignas (Ef. 6:16). Todo ello nos muestra la consistencia de la fe bíblica para que el hombre enfrente no solo las dificultades cotidianas, sino las realidades últimas de la vida: enfermedad, vejez y muerte. Además, estas diversas perspectivas de la misma fe bíblica se pueden explicar porque forman parte del conocimiento mencionado. Un conocimiento que es a la vez espiritual y vivencial.

En cuanto a la metodología para hacer de la fe bíblica una fe popular, proponemos algunas rutas de acción. La transmisión integral de la fe es uno de los componentes fundamentales. Se hace imprescindible que se ejecute esa enseñanza a todos los niveles: discipulado personal, desde el púlpito, en las escuelas formativas cristianas para que se dé un efecto multiplicador. La enseñanza, la vivencia y la transmisión de la fe implican una orientación global dentro de un proyecto y de una filosofía de la vida, que puede identificarse como cristiana. Dicho proyecto tiene que estar inspirado en los valores que retoma la Reforma Protestante y de las Sagradas Escrituras, como lo hemos venido diciendo.

La fe que Jesús enseñó es una fe integral que abarca cuerpo, alma y espíritu del hombre. Es una opción personal por el mensaje y la conducta de Jesús de Nazaret. Entonces podemos decir que tiene fe aquel que ve a Jesús como la Palabra de Dios que se hace vida en su propia existencia.

Tradicionalmente, en cuanto a la fe, tendemos a hacer énfasis en el aspecto de creencias, por lo que, en un alto porcentaje, la fe se entiende como lo puramente doctrinal. En este sentido, es creyente aquel que acepta la sana doctrina y los valores que esta contiene en el nivel teórico, bíblico, y teológico. Sin embargo, estas son insuficientes si se separan de la fe práctica en la vida diaria. La fe que nos demanda Jesús va mucho más allá de lo teórico. Nos lleva a la práctica y a la identificación con el prójimo. De tal manera que Cristo se convierte en el punto de referencia de la vida y el modelo de conducta personal que nos enseña las formas de acción y de comportamiento. Claramente, Jesús hizo popular la fe no solo en el ámbito de creencias, sino en la práctica, en cuanto proclamó a las multitudes, a los

desamparados, a los marginados, a los desconsolados mostrando su amor, su misericordia y su comprensión hacia estos.

Jesús no rebajó la fe a la mera creencia como los religiosos de aquel tiempo la entendieron. Estos eran guardianes religiosos de estas tradiciones pero con una vida corrupta. En esa dirección, Jesús enseñó la necesidad de poner en práctica la fe cuando habló del buen samaritano, la oveja perdida, la moneda perdida, el hijo pródigo, el fariseo y el publicano, la ofrenda del publicano que debía ponerse a cuenta con su hermano antes de ofrecerla, el no juzgar a la mujer adúltera, etc.

Por otra parte, la fe está íntimamente ligada con el seguimiento. Pero no como una mera repetición estática y liberalista de los hechos y dichos de Cristo, sino como un proceso dinámico que revivifica esta historia en cada discípulo de Jesús. A guisa de ejemplo: nadie, como genuino cristiano, se puede comportar como cristiano en la vida conyugal o familiar y olvidarse de serlo en lo profesional.

Es necesario, pues, que la vivencia y la transmisión de la fe abarque toda la persona como una opción global, porque la fe se integra en el marco de las decisiones experimentales. Porque la fe es eso: fiarse del otro, confiar en el Señor, arriesgarse a tomarlo como centro referencial de nuestra existencia, optar por su forma de vivir y de ver la vida.

También es necesario acentuar que la fe no se vive en abstracto, sino en un lugar y tiempo concretos. Nunca es algo aislado e independiente del resto de la sociedad, puesto que vivimos en un contexto social determinado sobre el que ejercemos una influencia, al mismo tiempo que la recibimos. Por lo que la fe debe interactuar e interrelacionarse con la sociedad. En consecuencia, la fe debiera influir y configurar la sociedad. En ese sentido, M. Weber determinó la conexión de la fe protestante, específicamente la calvinista (esta acentúa la importancia del trabajo y castiga el ocio, como pecado; señala como signo de la voluntad de Dios la cautividad económica y el respectivo crecimiento de la riqueza) con el nacimiento y el desarrollo del capitalismo en la Europa Occidental²²⁰.

Sin lugar a dudas que el desarrollo económico-político de Occidente es producto –en buena medida– de la interacción entre la nueva forma de fe que nace con la Reforma Protestante. Como también es evidente el efecto dañino, desde una perspectiva económico-social, que tiene el Hinduismo con sus creencias en la contemplación, su veneración de la vaca como

animal sagrado, su tendencia a la pasividad y el no aprovechamiento al máximo de la naturaleza.

Cuando hablamos de un programa educativo de transmisión de la fe no nos referimos a meras “creencias” solamente, pues, eso sería un reduccionismo mental, sino principalmente a un modelo de vida que corresponda a la fe en Jesucristo como modelo perfecto a imitar. En consecuencia, no debe darse una desconexión entre el culto, la adoración y la vida diaria. Un comportamiento al margen de la fe que profesamos en el ámbito de los templos conduce a un dualismo que busca cumplir con Dios solo en el aspecto religioso y lo expulsamos de nuestro diario vivir.

Para acabar estas reflexiones se sugieren algunas propuestas respecto de la transmisión de la fe. En las congregaciones locales, los centros educativos cristianos tales como: seminarios, institutos, colegios, escuelas dominicales, grupos de discipulado, escuelas ministeriales es importante comenzar una labor educativa, de enseñanza bíblica y práctica, que abarque las realidades humanas existenciales en el contexto específico particular de las iglesias locales.

El resultado de la fe son las obras de la fe de las que habla Santiago que se realizan en el ámbito social humano. Es Dios pero también el prójimo los que son objetos de nuestra fe concreta. Para Dios es nuestra obediencia en amor, para nuestro prójimo es una ayuda integral también en amor. Además, es necesario presentar una Cristología que presente no solo al Cristo de la fe, sino a Jesús el hombre, su vida, su misión, su carácter sus obras, su enseñanza con relación a Dios y con los hombres entre sí. El contenido del mensaje de Jesús resalta su conducta ante cada circunstancia que Él enfrentó. Todo ello con el propósito que podamos vivir la vida de Jesús en nosotros por medio del poder de la resurrección. No es pues una vida de mera repetición.

En conexión a una fe rectamente vivida es necesaria una Cristología definida. Muchas de las expresiones de religiosidad evangélica encuentran espacio por la ausencia precisamente de una enseñanza y práctica claras en torno a la vida y la obra de Jesús el Mesías. A esto se puede añadir que mucha de la teología que estudiamos en América Latina es un modelo importado, principalmente de Norte América y del mundo occidental. Por supuesto que esto sucede porque ellos nos trajeron el evangelio, lo cual agradecemos. Sin embargo, todo tiene su tiempo y oportunidad. Creo que es

el tiempo para que los latinoamericanos comencemos a vivir y reflexionar a partir del texto sagrado contextualizando, optando, rechazando, examinando, por un lado, lo que es universal en el evangelio y por lo tanto aplicable a toda sociedad y lo regional que contradice. Por el otro lado, lo que no contradice, pero tampoco afecta la revelación.

En la formación bíblica y teológica de nuestros institutos y seminarios se nota inmediatamente tanto en los “pensum” como en los modelos de estudios que no están contextualizados. No reflejan el compromiso de fe y de vocación cristiana. Si la fe, la vocación y la formación no están en perfecto equilibrio, no podemos esperar el superar el cristianismo tradicional y actual, basado en religiosidad espuria que hemos criticado anteriormente. Es necesario, pues, el conocimiento de la genuina fe, la acción de esa fe en la práctica y su multiplicación para hacer una “fe popular”.

1.9 La misión de la Iglesia

Creo que al hablar de la misión de la Iglesia, nos acercamos a la cuestión siguiente: ¿A qué ha sido enviada? ¿Para qué específicamente fue comisionada después de ser fundada aquí en la tierra de los mortales? En otras palabras: ¿Cuál es la encomienda o tarea que recibió del Señor Jesús? El tratar de responder a esas preguntas es, a mi criterio, la sencilla clave que pueden conducirnos a la comprensión de la esencia de su misión. En la Biblia encontramos, de principio a fin, muchos pasajes que muestran de manera clara y precisa a qué ha sido enviada.

Cabe mencionar, por otra parte, en cuanto al origen de la palabra *misión*, encontramos que la palabra hebrea “derek” es traducida en la Biblia Reina Valera versión 1960 como misión. Esa versión traduce esta palabra dos veces únicamente en el Antiguo Testamento como tal. Su significado primario es “un camino trazado”, “instrucciones específicas a cumplir”, “un plan anticipado”, “un camino a seguir”, “una ruta a seguir”, “una dirección específica”, rastro, rumbo, “un modo singular indicado de hacer algo”²²¹. Los pasajes en los cuales se encuentra esta palabra, que hablan que Jehová envió a un “derek” a Saúl, son: 1 Samuel 15:18: “*Y Jehová te envió en misión y dijo: Ve, destruye a los pecadores de Amalec, y hazles guerra hasta que los acabes*” y 1 Samuel 15:20 “*Y Saúl respondió a Samuel: Antes bien he obedecido la voz de Jehová, y fui a la misión que Jehová me envió,*

y he traído a Agag rey de Amalec, y he destruido a los amalecitas". Vemos pues que Dios había enviado a una misión específica en la cual se tenía que llevar a cabo con instrucciones de manera concreta. El enviado no tenía que desviarse de la ruta y del camino indicado ni un tanto. Sin embargo, en esta ocasión Saúl se apartó de su misión. Las consecuencias fueron trágicas para él.

Si aplicáramos ese mismo concepto a la misión de la Iglesia en el Nuevo Testamento, podríamos afirmar que su misión "es el camino trazado" o "las instrucciones específicas a cumplir" que recibió por Jesús el Mesías, pero no la obra misma. Más bien la obra de la Iglesia es parte del cumplimiento de su misión, pero no es la misión misma. La misión "es el camino trazado" que hay que caminar, sin salirse del trayecto indicado, cumpliendo instrucciones específicas, y, la obra es la ejecución de esas instrucciones. La misión es universal, la obra es especial. Más bien el "derek" o misión precede a la obra, pero entre el "derek" y la obra se tiene que dar el ungimiento sin el cual es imposible llevar a cabo la obra. En otras palabras: El "derek" precede al ungimiento y el ungimiento precede a la obra. Estos pasos se cumplieron a cabalidad en Jesús de Nazaret: primero fue enviado, luego fue ungido por el Espíritu Santo y solo entonces inició su obra. Hechos 10:36-38 nos confirma esos pasos:

"Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; este es Señor de todos. Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él".

Es así, pues, como el modelo de Jesús se convierte en el modelo bíblico misionológico a seguir. En virtud de lo anterior, afirmamos que la iglesia es escogida, ungida y enviada para realizar la obra. En consecuencia, en esta sección abordaremos estrictamente la misión de la iglesia sin tocar su ungimiento y su obra, pero procurando no caer en una tricotomía entre estas. Podemos afirmar –en cuanto a la misión de la iglesia– que así como Dios le dio un "derek" a Jesús el Cristo, Jesús se lo dio a su Iglesia. Le dio una orden para ir a un lugar asignado de antemano y una obra específica que realizar. Para eso había de ser enviada: para realizar las obras que fueron preparadas de antemano desde la fundación del mundo.

En el Nuevo Testamento, el concepto de la misión de la Iglesia se ha basado tradicionalmente sobre el verbo “apostello” de donde se deriva las palabras enviar y enviado. El significado de este verbo *enviar* tiene que ver con “una orden para ir a un lugar designado” y el sustantivo *enviado* se refiere a aquel que ha sido designado con una orden o instrucción específica. Es decir, que la Iglesia tiene que realizar instrucciones precisas que tienen que ver con las de un mensajero, un apóstol o enviado. Cabe mencionar que el Señor Jesucristo es designado literalmente apóstol en He. 3:1-2 “*Por tanto, hermanos santos, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús el cual es fiel al que lo constituyó*”. De ahí que Jesús en su misión mantiene una estrecha relación con Dios para cumplir fielmente con lo que le ha sido encomendado; y lo que le ha sido encomendado a Jesús, en buena medida, se le ha encomendado a la Iglesia. Para identificar la misión de la Iglesia en las Sagradas Escrituras existen, igualmente, otras palabras, verbos y frases traducidas al español tales como: id, enseñad, haced, anunciad, proclamad, predicad, testificad, servid etcétera. Sin embargo, por la proporción de este apartado con relación a la extensión del capítulo en el que se encuentra, abordaremos solamente los pasajes bíblicos más prominentes que tienen relación con el “derek” y con el “apóstole” que Jesús dio a la Iglesia.

En el capítulo diez del evangelio de Mateo, Jesús da instrucciones específicas (misión) a sus doce discípulos para que hagan la obra del Reino de Dios. Aunque la Iglesia nace oficialmente en el día del Pentecostés, más o menos en el año 30 D.C., realmente su gestación se inicia con el llamamiento, equipamiento y envío de los doce. Son los doce los que discipularán a otros que a su vez lo harán con otros. De ahí que veamos claramente la multiplicación de los discípulos de doce a setenta y de setenta a ciento veinte. Por supuesto que el número exacto de los discípulos no lo sabemos, pero es significativo que la Escritura haga énfasis en esas cifras específicas. De manera que la misión que le encomendó Jesús a sus doce apóstoles (enviados) la está encomendando a su Iglesia. Veamos entonces en qué consiste.

La misión que dio Jesús a la iglesia en Mateo diez incluía tres instrucciones específicas: a) Echar fuera demonios b) Sanar toda enfermedad y dolencia c) Predicación:

“Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia... A estos doce envió

Jesús, y les dio instrucciones, diciendo... Y yendo, predicad diciendo: el reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis dad de gracia” (Mt. 10:1, 5ss).

Si observamos, a simple vista notamos que Jesús mandó específicamente a sus doce que pusieran en práctica lo que habían aprendido de Él. Ellos no podrían hacer algo que Jesús no les hubiera enseñado. En efecto, en los evangelios, el Libro de los Hechos y otras referencias en algunas cartas, se menciona otra vez que en la obra y ministerio de Jesús resaltaban esas tres cosas: a) Predicación y enseñanza del evangelio del reino de Dios; b) Expulsión de demonios; c) Sanidad divina para los enfermos. A guisa de ejemplo:

“Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó” (Mt. 4:23-24).

También en el evangelio de Marcos capítulo 6:7-13 encontramos las instrucciones que Jesús dio a sus doce discípulos en torno a la misión:

*“...Comenzó a enviarlos de dos en dos; y les dio autoridad sobre los espíritus inmundos...”
“... Y saliendo predicaban que los hombres se arrepintiesen. Y echaban fuera demonios, y ungián con aceite a muchos enfermos, y los sanaban”.*

De igual manera observamos que los mandatos de hacer el bien a las personas son los mismos tres, aunque no aparecen en el mismo orden: a) Echar fuera a los espíritus inmundos que poseen y atormentan al hombre; b) La predicación; c) Oración por los enfermos. Otra referencia clara de las mismas instrucciones (misión) que Jesús dio a la iglesia para ejecutarlas (obra) la encontramos en el evangelio de Lucas 10:1, 9,17-18.

“Después de estas cosas, designó el Señor a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir... Y sanad a los enfermos que en ella haya y decidles (predicación espontánea) Se ha acercado a vosotros el reino de Dios... Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. Y les dijo: Yo veía Satanás caer del cielo como un rayo”.

En consecuencia, si esta tríada *predicación, sanidad y expulsión de demonios* la practicó Jesús, la enseñó a sus discípulos y estos a su vez no solo la practicaron, sino que la enseñaron a otros de tal manera que la iglesia primitiva también la practicaba, la pregunta obvia y necesaria es: ¿por qué la iglesia, o quizá más bien algún sector de la iglesia, en la

actualidad no practica esa tríada cabalmente, dejando la sanidad divina y la expulsión de demonios quedándose únicamente con la predicación? Sé que existen muchos argumentos teológicos, históricos, clínicos, psicológicos y algunos bíblicos que tratan de justificar tal postura. Sin embargo, creo que el asunto no es tan fácil de desechar. Las argumentaciones teológicas bien elaboradas pueden hacernos creer que la sanidad divina y la expulsión de demonios ya no son para la actualidad. Pero yo no encuentro un solo versículo bíblico claro y contundente que afirme el cese o la prohibición de tales instrucciones con relación a esas señales. Más bien mereciera una revisión tanto desde las perspectivas mencionadas como de una búsqueda sincera bíblica, teológica y espiritual sobre el modelo de misión de Jesús, que sería el modelo a seguir para la iglesia.

También encontramos otros varios versículos que se refieren a la misión de la iglesia. Los que se encuentran en Mateo 28:19ss son unos de los más conocidos por lo que tradicionalmente se les ha tomado como el punto de partida bíblicamente hablando. Contienen instrucciones (derek) específicas de parte de Jesús que tienen que ver con ir a todas las gentes de todas las naciones para hacer otras tres cosas sumadas a las mencionadas: d) *Hacer discípulos* para Jesús; e) *Bautizarlos*; f) *Enseñarlos* a obedecer los mandamientos que Jesús dejó. En Marcos 16:15-18 se reiteran algunas instrucciones para la iglesia que se refieren a la predicación, a la expulsión de demonios y a la sanidad divina que ya se han descrito. De sobra se sabe, sin embargo, que esos versículos no se encuentran en los manuscritos más antiguos pero no altera en nada la doctrina en otros textos.

En el libro de los Hechos 1:8 encontramos otra instrucción muy importante para la misión de la iglesia: g) La del testimonio: *“pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”*. En 1 Tesalonicenses 1:9 el apóstol Pablo describe uno de los propósitos que Dios tiene para cada uno de los creyentes que forman parte de la Iglesia y que viene a convertirse en una instrucción: servir a Dios *“porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero”*. En 1Pe. 1:9 se nos declara la importancia del anuncio del evangelio encargado a todos los creyentes sin excepción, como parte de la αποστολη (misión o instrucciones específicas):

“Más vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”.

Resumamos. El “derek”, la *αποστολη*, o instrucciones específicas dadas por Jesús a la Iglesia constituyen en esencia su misión. Esta misión se convierte en obra, de acuerdo a los textos bíblicos que hemos revisado, en las siguientes acciones a) **El kerigma** o la proclamación del evangelio del reino de Dios; b) el **Matheteuo** o el discipular; c) la **Terapeia** o Sanar toda enfermedad y dolencia; d) **Daimonía exérchomai** que significa echar fuera demonios; e) la **Didaskalía** o el enseñar; f) La **Martiría** o dar testimonio; y g) La **Diakonía** que se refiere al ministerio, servicio, contribución, ayuda, asistencia²²²; h) La **evangelización**; i) **El iglecrecimiento** (Término que se ha incorporado recientemente. Algunos lo toman como parte de la misión de la iglesia). En las páginas siguientes abordaremos brevemente cada una de las instrucciones arriba mencionadas que, a nuestro criterio, forman parte de la misión de la iglesia, como propuestas para hacer de la fe cristiana una fe popular. A propósito, creemos que en la misión de la Iglesia debe usarse todos los medios posibles a nuestro alcance incluyendo los medios masivos de comunicación: radio prensa, televisión y cine.²²³

212. Cf. Pablo VI, *EVANGELII NUNTIANDI, Sobre la evangelización del mundo contemporáneo*. 8-XII-1975, p. 358

213. Cf. VA., *El hombre latinoamericano y sus valores*, 6ta., Nueva América, Bogotá, 1991, 359ss.

214. Cf. KÄSEMANN E., *Ensayos exegéticos*, Sígueme, Salamanca 1978,22.

215. Citado por RIGGLE M. “*Hacia una Teología de la Adoración*”, en *Revista Reflexión Teológica* 5, 1987, 2.

216. Cf. Küng H., *La Iglesia*, Herder, Barcelona, 5, 1984.

217. Cf. BONHOEFFER D., *El precio de la gracia, el seguimiento*, Sígueme, Salamanca 3, 1986,23.

218. Cf. SPURGEON C., *Solamente por gracia*, Portavoz, Grand Rapids Michigan, 1988, 49.

219. Cf. HUNT D., *Más allá de la seducción, regreso al cristianismo bíblico*, Portavoz, Michigan, 98,49.

220. Cf. KÜNG H., *Ser cristiano*, Cristiandad, Madrid, 1977, 24.

221. Cf. Strong J. *Nueva Concordancia Strong Exhaustiva*, Caribe, Nashville Tn, 2002, 31

222. Cf. VA. *The Greek New Testament, Dictionary 3a*, Sociedades Bíblicas Unidas, New York,1975.

223. Cf. GALVEZ R., *Teología de la comunicación*, Clie, Barcelona, 2001.

Propuestas de acción pastoral hacia una fe popular

El señalar deficiencias no es tan difícil como proponer soluciones. Sin embargo, hemos querido correr el riesgo. Nuestras propuestas de acción son encaminadas hacia una fe popular para contrarrestar la religiosidad popular señalada que ha hecho un impacto fuerte y negativo en la Iglesia Evangélica. Consideramos que, por lo menos, la Iglesia tiene que tener conciencia clara del camino a seguir para que esa fe de los evangelios se expanda hasta lo último de la tierra. Proponemos que se conozcan a conciencia algunos presupuestos fundamentales de acción y se pongan en práctica. Estas acciones diversas en la práctica son, a nuestro criterio, la obra de la misión de la iglesia que hemos mencionado. A continuación abordaremos cada una respectivamente.

2.1 La iglesia y la predicación del evangelio

También se le ha llamado el Kerigma o proclamación.

En Mt. 10:7, Mr. 16:15 y Lc. 9:1-2 se deja en claro respectivamente la instrucción o misión a la iglesia de predicar el evangelio: *“Y yendo, predicad, diciendo:*

“El reino de los cielos se ha acercado”. “Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”. “Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades. Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos”.

La orden de Jesús dada a sus discípulos obedece al plan del Padre de salvar a los hombres por medio del escándalo de la predicación: *“Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación”.* (1Co. 1:21). A esa predicación también se le ha llamado la tarea *kerigmática* o tarea de la proclamación. Esa tarea ha sido asignada a cada uno de los miembros de la congregación. Por lo tanto deben convertirse en auténticos heraldos.

El heraldo o el *Kérux* era el encargado de ser el “transmisor” del mensaje o la noticia. Él no tenía un mensaje que fuera de él, simplemente lo recibía y asimismo lo tenía que entregar. De igual manera, todos los que hemos sido llamados a desempeñar las funciones de predicadores se nos ha entregado el mensaje que tenemos que proclamar. Este mensaje está contenido en las Sagradas Escrituras y nuestro deber es decir lo que hemos recibido por gracia. Hemos de dejar que el texto hable a través de nosotros, no que hablemos de nosotros a través del texto. Es la Palabra de Dios quien tiene la autoridad; nosotros participamos de esta autoridad en la medida que somos fieles al texto. De ahí que nuestras propias palabras no puedan hacer impacto en la vida de las personas. Es la Palabra de Dios la que produce fe, la que vivifica, la que no regresa vacía y produce fruto. La predicación cristiana no es, pues, un discurso patriótico, cultural o humanístico. El *kerigma* siempre tendrá un mensaje urgente que comunicar. En el momento que no lo tenga, dejará de ser proclamación.²²⁴

La palabra predicada por Pablo y los demás apóstoles fue efectiva precisamente porque predicaban la Palabra de Dios, no de hombre. El secreto es el genitivo: “de Dios”. En efecto, en el mensaje apostólico siempre se escuchaba la voz del Dios viviente. Los reformadores compartieron ese criterio al estar convencidos de que, cuando se está proclamando el mensaje del Evangelio de Jesús, los oyentes escuchan a Dios mismo. Cuando el mensaje es predicado en la iglesia por predicadores legítimamente llamados, creemos que la misma palabra de Dios es predicada. En la confesión helvética Heinrich Bullinger, discípulo del Reformador Zwinglio, resumió la posición de los reformadores en una sola afirmación concisa: “*Paredicatio verbi Dei est verbum Dei*”: “*La predicación de la palabra de Dios es la Palabra de Dios*”.²²⁵

Por otra parte, no debemos olvidar que debemos proclamar a Jesucristo con palabras, hechos y actualización a la situación histórica real de acuerdo a la época y condición singular de cada región. Eso origina una misión integral. El Señor en su ministerio se preocupó tanto de las almas perdidas como de los cuerpos enfermos. Muchas veces dio comida a los hambrientos. En las Sagradas Escrituras vemos que el evangelio trae salvación al hombre como una unidad fundamental indisoluble. Así como en Cristo Dios condescendió para tomar sobre sí mismo nuestra carne (encarnación), así en la predicación de la palabra el Espíritu Santo

condesciende en cada situación particular para alcanzar a personas de distintas culturas. En consecuencia, al proclamar el evangelio tenemos que tomar en cuenta no solo el contexto de la Escritura, sino el contexto y las necesidades de la congregación, de tal manera que la palabra viviente de Dios para la actualidad sea escuchada en mutua relación e influencia del texto y la situación.

2.2 La iglesia y la acción de discipular

En la Biblia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo aparecen los términos discípulo y discípulos. En el Antiguo Testamento aparecen únicamente dos menciones que tienen relación con ese término. 1 Crónicas 25:8 *“Y echaron suertes para servir por turnos, entrando el pequeño con el grande, lo mismo el maestro que el discípulo”*. Isaías 8:16 *“Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos”*.

Sin embargo, como vemos, estos términos: “discípulo” y “discípulos” al igual que en el tiempo de Jesús, han tenido siempre la connotación de aprendizaje, sumisión y un marcado contraste con el maestro.

En el Nuevo Testamento aparecen las palabras discípulo, discípulos, discípula pero también el mandato de “hacer discípulos”. A ese mandato le he llamado la acción discipuladora. Ahora bien, antes de definir el **Matheteuo** o acción de discipular, es pertinente que veamos el perfil bíblico del discípulo. La razón es que se necesita ver claramente la diferencia entre lo que es un “discípulo” y lo que es la acción discipular. La palabra griega que corresponde a la palabra castellana discípulo es *Mathetes* que significa: un aprendiz, un alumno, uno que es fiel a una persona y a sus ideas, uno que es imitador de otro, uno que sigue la enseñanza de otro.²²⁶

El discípulo, pues, se mantiene en una actitud de dar honor, reconocimiento y respeto a su maestro. Él es quien aprende y el maestro es quien enseña. El discípulo es el que se sienta a los pies del maestro a escuchar con paciencia y avidez de asimilar todo lo que su maestro le explica. Vive en una relación tan íntima que en todas las circunstancias y en todos los lugares está muy cerca de su maestro: en el camino, en la mesa, en el santuario, en el servicio, en la predicación, etcétera. En los momentos de alegría, de tristeza, de prueba, de soledad, permanece fiel al ejemplo y la enseñanza de su maestro. El discípulo, no obstante, aunque aspira a ser igual que su maestro, mientras dura su aprendizaje muestra cierta

dependencia de su maestro. Sin embargo, llegará el día en que él estará en la capacidad de discipular a otro, entonces ya no debe ser dependiente, en cuanto ha alcanzado el nivel de su maestro. Jesús dijo que aunque el discípulo no es más que su maestro, sí le debe bastar ser como su maestro.

El discípulo es aquel a quien el maestro le habla con toda la franqueza y con toda la claridad posible. El maestro aunque le va enseñando gradualmente las verdades a su discípulo no le esconde nada. En cada etapa le instruye de acuerdo a su capacidad de asimilación. La relación entre ambos es sincera, en cuanto que el discípulo ha aceptado incondicionalmente que su maestro lo guíe y el maestro ha aceptado la responsabilidad de formar a su discípulo. Todo eso en un marco de libertad basado en el amor y la justicia.

El auténtico discípulo cristiano recibe de su maestro no solo el ejemplo, la capacitación, la enseñanza, sino la autoridad y poder para llevar a cabo lo que se le ha encomendado: predicar y enseñar el evangelio del reino de Dios, orar por los enfermos y echar fuera a los demonios. (Mt. 10:1, Lc. 9:1ss, 10:1ss, Mr. 6:7ss). El discípulo se ve realizado al vivir como su maestro y hacer las obras que su maestro hace. Eso sí, el discípulo tiene que ser como un niño que tiene fe, que ora con la sencillez de un niño y que actúa con la obediencia de un niño. De esa manera demostrará que permanece en la palabra de Jesús y por lo tanto es un verdadero discípulo.

Por otro lado, el discípulo tiene que estar dispuesto a poner en segundo plano, si es necesario, a sus padres, su cónyuge, sus hijos, y cualquier otra relación con tal de agradar y seguir fielmente a su Señor llevando a cabo la instrucción (misión) que le ha sido dada. También el discípulo debe estar dispuesto a no estimar preciosa su vida para sí llegando hasta las últimas consecuencias: Dar su propia vida, si es necesario, por el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Él vive en una constante renuncia voluntaria incluso a lo legítimo: Mt. 8:21-22.

“Otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos”; Lc. 14:26 “ Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”.

Otra de las características del auténtico discípulo cristiano, es que ha renunciado voluntariamente a sus aspiraciones egoístas personales. Su seguimiento es hacia la verdad. Ya no va en busca de su propio beneficio.

Su punto de partida no es su intelecto, emoción o sentimiento, es la Palabra de Dios. Sabe que está crucificado para el mundo y el mundo está crucificado para él, como enseñó el apóstol Pablo. Está muerto para el pecado y vivo para Dios. Su caminar es un continuo “no” para él y un constante “sí” para Jesús. La gloria de ser discípulo de Jesús radica en su negación de sí mismo y en una voluntaria crucifixión: *“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”* (Mt. 16:24). En efecto, el orden del caminar del discípulo es: negarse, crucificarse, seguir a Jesús. No se puede seguir a Jesús si antes no se da la negación y la crucifixión.

No obstante, todo lo que el discípulo pueda practicar: el negarse, el crucificarse, el renunciar a lo legítimo, carece de significado ante Dios sino va sustentado por el amor. El rasgo sobresaliente del auténtico discípulo es el que ame a su prójimo y se deje amar sin condiciones, tal y como lo define el apóstol Pablo en su primera carta a los Corintios en el capítulo trece:

“El amor (ágape: el amor de Dios) es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser... Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, pero el mayor de ellos es el amor” (1Co. 13: 4-8a,13.).

Si eso es una realidad en la vida de cada discípulo entonces los hombres conocerán, sin que nadie les anuncie, que son discípulos del Señor Jesús.

Por otra parte, al hablar de la acción de hacer discípulos, en el Evangelio de Mateo 28:19-20 encontramos la orden para llevar a cabo tal acción:

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”.

Aquí observamos que es una orden del Señor. Jesús instruyó a sus discípulos para que hicieran más discípulos. Los nuevos discípulos, a su vez, debían multiplicarse en otros. De esa manera, la Iglesia del Señor iría conformándose en “un edificio” sobre el primer fundamento: Jesús, los doce, los setenta, los ciento veinte, luego los fundamentos de los otros apóstoles y profetas y así sucesivamente. En el Nuevo Testamento a esa acción se le llama **Matheteuo** que literalmente significa “discipular”.

Si hoy le pudiéramos preguntar al apóstol Pedro cómo haría los discípulos, sin duda, él podría contestar: “Como el Señor Jesús me discipuló a mí”. Si le preguntáramos a Pablo cómo hizo él discípulos, sin duda nos respondería, como Ananías y el Señor Jesús me discipularon a mí. En efecto, nadie puede discipular a otro si no ha sido discipulado primero. No puede dar algo que no ha recibido. Por lo tanto, el modelo para discipular debemos tomarlo primero del Señor Jesús y de aquellos que nos han precedido y nos lo han transmitido para luego nosotros hacer exactamente lo mismo.

La acción del **Matheteuo** consiste fundamentalmente en dos cosas. La primera tiene que ver con el aprendizaje y recepción de las verdades que enseñó Jesús del evangelio del reino de Dios. La segunda tiene que ver con la transmisión a otro de esas verdades que se enseñan en la teoría y la práctica. La revelación recibida y la transmisión de la misma no pueden ir separadas en el “haced discípulos” en cuanto que si una de las dos falta ya no es una acción discipuladora. La revelación del evangelio del reino consiste en Jesucristo, quien es la máxima revelación de Dios. La transmisión de esa revelación acontece de un discípulo que ha sido enseñado, probado y ejercitado a otro que ha aceptado voluntariamente ser un aprendiz, reconociendo que necesita ser instruido en todo lo necesario para llevar a cabo la misión que encomendó Jesús. Mateo resume esa acción discipuladora en enseñar a otros a guardar fielmente todas las cosas que Jesús ha revelado. Ese enseñar a guardar debe acontecer en un acompañamiento del discípulo maduro con el principiante. Ambos deben recordar que Jesús prometió estar con sus discípulos todos los días, hasta el fin del mundo. Según Mateo el **Matheteuo** debe extenderse a todas las naciones e incluye el bautizar en agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Otra de las características del “haced discípulos” es la multiplicación, no la suma, de los mismos. Vemos en Hechos seis que los doce convocaban a la multitud de los discípulos que se había multiplicado a causa de la acción evangelística y discipuladora.

“Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas” (Hechos 6:2); “Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe”. (Hechos 6:7).

Por lo que observamos en la vida de la Iglesia del principio, el discipulado o la acción de “haced discípulos” fue determinante para la consolidación y el crecimiento de la iglesia. Tanto en los evangelios como en el libro de los Hechos se registra claramente que el estilo de vida que Jesús enseñó, giró en torno al “ser discípulo” y al “haced discípulos”.

Cabe mencionar, por otra parte que a pesar que en las cartas del apóstol Pablo, Pedro y Juan no aparece el término discípulo, sino los términos creyentes, santos, elegidos, amados, sí se percibe el mismo estilo de vida de un verdadero discípulo. De manera, pues, que todos los que hemos creído en el Señor Jesús no solo debemos ser discípulos de Él, sino, además, hacer discípulos para Él.

2.3 La iglesia y la sanidad divina

Si bien es cierto que el propósito fundamental de la misión de la Iglesia es la predicación del Evangelio del Reino de Dios, no debemos menospreciar la sanidad divina porque Jesús la incluyó en su ministerio. Además, ordenó específicamente a sus discípulos que la pusieran por obra. Si Jesús, quien es nuestro modelo para todo nuestro caminar cristiano, la practicó, si sus primeros discípulos la practicaron, si la iglesia primitiva la practicó, ¿no deberíamos nosotros hoy, crearla, enseñarla y practicarla? Quienes piensan lo contrario no pueden fundamentar sus racionamientos en la Biblia: la **Terapeia** o sanar toda enfermedad y dolencia es muy clara en las Sagradas Escrituras.

Jesús recorrió todo Israel no solo enseñando y predicando, sino sanando toda enfermedad y toda dolencia. Casi sin excepción cuando predicó, también sanó a los enfermos y libertó a los endemoniados. Jesús nunca separó la predicación de las señales que hacía. Más bien las señales de sanidad confirmaban su predicación. Mateo 4:25 describe a grandes rasgos el ministerio de Jesús: *“Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio de reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo”*. Incluso, mucha gente, quería ver a Jesús y escucharlo porque Él hablaba con autoridad y satisfacía las necesidades de salud de muchas personas. Jesús se volvió famoso a causa de su predicación y las sanidades que realizaba. Eso lo dice también Mateo 4:24-25.

“Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades... y los sanó. Y le siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán”; “Y se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó” (Mt. 15:30).

Por si fuera poco, es contundente el testimonio del Evangelio de Mateo en cuanto que la **Terapeia divina** está incluida en la muerte expiatoria de Jesús profetizada en Isaías 53:4. Eso contradice lo que algunos intérpretes afirman en relación con la sanidad que se refiere en Isaías, diciendo que únicamente se menciona a la salud espiritual y no a la física. Pero el evangelista contradice a esos pensadores. Veamos lo que dice Mateo 8:14.17

“Vino Jesús a casa de Pedro, y vio a la suegra de este postrada en cama, con fiebre, Y tocó su mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía. Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos, para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo; Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias”.

Este es uno de los pasajes más claros en relación con la aplicación de la sanidad que Jesús obtuvo para nosotros cuando murió crucificado. No necesita interpretación porque el pasaje no es oscuro. Jesús, pues, nos enseña con su ejemplo que la predicación debe ir acompañada de la **Terapeia divina**.

Jesús después de haber enseñado con el ejemplo y con la instrucción envió a sus discípulos a predicar y a sanar a los enfermos: “Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad... *y para sanar toda enfermedad y toda dolencia*. Y yendo, predicad, diciendo el reino de los cielos se ha acercado. *Sanad a los enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos...* de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mt. 10:1, 7-8). En Lucas 9:1-2 encontramos instrucciones similares: “Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad... *para sanar enfermedades*. Y los envió a predicar el reino de Dios y a *sanar a los enfermos*”. Más adelante, en el Evangelio de Lucas encontramos instrucciones dadas a una cantidad más grande de discípulos para que prediquen y sanen a los enfermos: “Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, (otras versiones dicen setenta y dos) a quienes envió de dos en dos delante de Él a toda ciudad y lugar adonde Él había de ir... en cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que os pongan delante; *y sanad a los*

enfermos que en ella haya, y decidles: Se ha acercado el reino de Dios” (Lc. 10:1, 8-9). En este pasaje hay un elemento digno de notar: Jesús les dice a estos discípulos que sanen a las personas que se encuentren enfermas en las casas que visiten, luego de sanarlas o cuando las estén sanando les digan: “El reino de los cielos se ha acercado”. En otras palabras: una señal de que el reino de Dios está entre nosotros es que hay sanidad física divina que acompaña la predicación del evangelio. Esa sanidad ocurría generalmente por la palabra de autoridad, de fe y de poder que salía de la boca de los mensajeros del reino. En otras ocasiones, tanto Jesús como los apóstoles imponían manos y utilizaron medios tales como lodo, barro, saliva. Los discípulos incluso usaban aceite: “...*Y ungián con aceite a muchos enfermos, y los sanaban*” (Mr. 6:13).

Jesús, sus doce, y luego los setenta creyeron, enseñaron y practicaron la sanidad divina. Eso lo vemos registrado en los cuatro evangelios. Pero también el libro de los Hechos nos describe cómo la iglesia primitiva creía, enseñaba y practicaba la sanidad divina. Veamos algunos versículos: “*Y teniendo asidos a Pedro y a Juan el cojo que había sido sanado, todo el pueblo, atónito, concurrió a ellos al pórtico que se llama de Salomón*”. (Hch. 3:11); “*Y aun de las ciudades vecinas muchos venían a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados de espíritus inmundos; y todos eran sanados*”. (Hch. 5:16). Es evidente que la iglesia del principio vivió un evangelio no solo de palabras, sino de poder.

En las epístolas, encontramos a Pablo enseñando que Dios ha dado hermanos en las congregaciones que sanan, es decir, se les ha concedido el don de sanidad.

“Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas” (1Co. 12:28).

Pedro el apóstol, también recordando el pasaje de Isaías 53:4, que el mismo Mateo ya ha citado y lo ha interpretado como cumplimiento de la sanidad física, lo dice con estas palabras:

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1Pe. 2:24).

Concluyamos. Según nuestra percepción de acuerdo a los textos bíblicos que hemos señalado, podemos afirmar que la sanidad divina es parte de la misión de la Iglesia y por ende está vigente. Además, la sanidad divina como un complemento y como un testimonio del poder de Dios puede ayudar a que la fe de Jesús sea extendida en todos los pueblos.

La iglesia ha sido enviada a predicar y a sanar a los enfermos, pero sin perder de vista que la sanidad divina tiene varias limitaciones y matices, como lo hemos indicado. La sanidad divina la hemos cuestionado en la segunda parte de este trabajo en el apartado “Fórmulas y métodos de aprendizaje para sanidad”, porque consideramos que ha habido desviaciones. Por ello, es importante recordar que la sanidad debe estar subordinada a la predicación del Evangelio en cuanto es un aspecto secundario. Gracias a Dios por la salvación eterna y por la sanidad divina para nuestros cuerpos aquí en la tierra. Bendito el Señor por la vida eterna que nos ha dado y también por el alivio que ha traído a nuestros cuerpos físicos.

2.4 La iglesia y la expulsión de demonios

Creo que otra de las acciones que la Iglesia debe considerar como parte de su misión es la **Daimonía exérchomai**, que significa echar fuera demonios. Quiero probar esa afirmación con las Sagradas Escrituras, que es la *Norma Normans*. Para comenzar, en primer lugar, Jesús donde quiera que fue a predicar el Evangelio libertó a los endemoniados: “Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias... *los endemoniados, lunáticos* y paralíticos; y los sanó” (Mt. 4:24); “Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos *endemoniados*; y con la Palabra echó fuera a los demonios,...” (Mt. 4:16); “como Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y como este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch. 10:38).

En segundo lugar, es muy interesante notar que Jesús mismo haya afirmado que una señal indiscutible en cuanto a la llegada del Reino de Dios era el echar fuera demonios: “*Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera a los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios*”(Mt. 12:28). Esta verdad que Jesús reveló deja en claro de manera sencilla que una de las formas de asegurarnos que el dominio, el gobierno,

la autoridad de Dios han llegado a la tierra y a la vida de los hombres es el ver cómo los demonios salen de las personas y de los entornos donde tenían influencia o posesión.

En tercer lugar, Jesús el Mesías les dio autoridad y poder a sus discípulos para que donde quiera que llevaran el mensaje del Evangelio echaran fuera demonios de los oprimidos por el diablo. Fue una orden específica que los discípulos debían cumplir: “Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre *los espíritus inmundos, para que los echasen fuera,...* Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, *echad fuera demonios; De gracia recibisteis, dad de gracia*” (Mt. 10: 1,8).

“Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo y nada os dañará” (Lc. 10:17-19).

Como observamos, son bastante claras las instrucciones que Jesús dio a los doce y a los setenta en relación a la necesidad de echar fuera demonios, pues esta acción es uno de los beneficios que trae consigo el Evangelio a los oprimidos por el Diablo.

Finalmente, la iglesia primitiva, que vivía un Evangelio de poder, nos muestra también que ella practicó la expulsión de demonios como una señal de que el Reino de Dios se había acercado. Hechos 16:18 es un ejemplo en el que se muestra a uno de los principales protagonistas de la historia de la iglesia del principio: “*Y esto lo hacía por muchos días; mas desagradando a Pablo, este se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora*”.

Jesús durante su ministerio terrenal, que duró aproximadamente tres años y medio, fundamentalmente hizo tres cosas: predicar, sanar a los enfermos y echar fuera demonios. Nadie puede negar que esa tríada es recurrente en los testimonios de fe que se encuentran descritos en los evangelios. Si la misión de Jesús se fundamentó en esas tres acciones, entonces la Iglesia también debe tomarlas en cuenta, además de las otras que son inherentes a su misión.

2.5 La iglesia y la enseñanza

La enseñanza en la que la iglesia participa es distinta de la que se practica desde los tiempos de los filósofos griegos. Para los griegos, la enseñanza tiene el sentido de “instruir” a alguien o de enseñar alguna cosa por medio del maestro que está en la capacidad de transmitir habilidades artísticas, técnicas, valores e ideas. La enseñanza-aprendizaje que ellos practicaban se indica con el verbo *μαντανο* que asume un matiz especial en el terreno especulativo. Sócrates afirma que el aprender significa penetrar en la esencia de las cosas, a fin de llegar al conocimiento de la ética de dónde saca inspiración la práctica. Para Platón la enseñanza y el aprendizaje viene de la reminiscencia o fruto del recuerdo de un saber inconscientemente presente en el hombre. En los filósofos posteriores *μαντανο* indica ordinariamente la adquisición de un conocimiento teórico.²²⁷ De cualquier manera, en el pensamiento griego, la enseñanza-aprendizaje es un proceso meramente intelectual, a través del cual el hombre, después de haber entrado en contacto con la realidad externa, se la apropia y la re-expresa a través de ideas y conceptos. En el pensamiento griego ese proceso de enseñanza-aprendizaje que recibe el alumno es el mismo por el que el maestro ha pasado.

En cambio, la enseñanza a que la Iglesia del Señor ha sido llamada a transmitir es de orden espiritual. Es decir, procede de una esfera divina en la que el Espíritu del Señor reveló, inspiró, e iluminó a hombres para que plasmaran por escrito la Palabra y las palabras del Señor. A partir de la revelación escrita, el Señor ordenó que se transmitiera de generación en generación por medio de sus siervos intermediarios. Empero, esa labor no puede llevarse a cabo si el Espíritu Santo del Señor no ilumina al transmisor de dicha enseñanza. De tal manera, pues, que la enseñanza de la Iglesia debe recibirse y transmitirse espiritualmente usando, por supuesto, el intelecto como un medio únicamente. La enseñanza espiritual, pues, debe darse de la siguiente manera: el amor de Dios precede a la revelación, la revelación precede a la inspiración, la inspiración precede a la iluminación y la iluminación a la interpretación y la interpretación a la enseñanza.

En el Antiguo Testamento hay muchas referencias de ese proceso: Dios se reveló a sus siervos y a su pueblo, para que estos a su vez transmitieran esa revelación. Él enseñó a Moisés, Moisés a los sacerdotes y al pueblo, el pueblo a sus hijos, los hijos a sus hijos y así, de generación en generación. De esa forma, Dios quería asegurarse que su pueblo tuviera el conocimiento

siempre. De igual manera, Jesús enseñó basándose en la ley, los salmos o escritos y los profetas. Jesús realmente lo que enseñó a sus discípulos no fue nada nuevo. Él enseñó la ley que ya conocía el pueblo de Israel. La llevó a su máxima expresión.

Los evangelios nos presentan a Jesús como un maestro que dedica una gran parte de su tiempo a enseñar en las sinagogas, en los templos, en las casas, en las plazas, en las calles, en los montes, anunciando la llegada del Reino de Dios y sus exigencias para la salvación presente y futura. Jesús toca aspectos relevantes tales como las prácticas religiosas cuestionables, el discipulado, el espíritu de la ley, el amor a Dios y al prójimo, el comportamiento con relación al poder político. Usa como medios didácticos un sin fin de recursos, entre otros: las parábolas, dichos, sentencias, historias, preguntas, todo con el propósito de dar a conocer, con la unción del Espíritu Santo, las buenas nuevas de Dios para los hombres anunciadas de antemano como dice Pablo en Romanos 1:1-3.

“...Apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las Santas Escrituras, acerca de su hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne...”.

Por otro lado, en las cartas del Nuevo Testamento encontramos varios versículos que nos muestran claramente la verdad de la enseñanza recibida y transmitida con el poder y la sabiduría del Espíritu Santo. Veamos algunos: 1 Corintios 2:9-14.

“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”; 1 Corintios 2:3-5.

“Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.

De tal manera, pues, que la Iglesia tiene suficiente base escritural, no solo del proceso de cómo se recibe la enseñanza, su transmisión, la manera

de realizarla, sino la orden de llevarla a cabo para cumplir la gran comisión que deja en claro la importancia de enseñar a otros. Dicha enseñanza contribuirá a que la fe en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo descrita en el Nuevo Testamento, llegue a ser popular (del pueblo y para el pueblo de Dios) en todas las naciones.

2.6 La iglesia y el testimonio

La Iglesia del Señor ha sido llamada a dar testimonio en el tiempo, lugar y contexto cultural que le ha tocado vivir con respecto al actuar de Dios en la historia de la salvación. De ese actuar, el pueblo de Dios tiene que dar testimonio para que las naciones sepan quién es el verdadero Dios y cuál es el plan que Él tiene para que los hombres lo conozcan, lo adoren y sean salvos.

Para que ese testimonio sea efectivo tiene que fundamentarse en los primeros testimonios de la revelación de Dios. Ningún testimonio es verdadero si se basa en sí mismo. La Iglesia, desde el principio, se ha atenido a los fundamentos de los apóstoles, profetas y sobre el Señor Jesús:

“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Ef. 2:19-20).

Posteriormente, la iglesia imperial, la iglesia medieval, la iglesia de la reforma debieron atenerse a los testimonios del Antiguo Testamento y fundamentalmente a los del Nuevo para testificar del Reino de Dios. Si eso fue así o no, el propósito de este libro no permite discutirlo. Ahora bien, los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros de la iglesia del principio, a su vez, se fundamentaron en el testimonio del Señor Jesús, y en los escritos del Antiguo Testamento.

En esa misma dirección, siguiendo el principio de basar un testimonio sobre testimonios anteriores, Jesús predicó y testificó acerca de la llegada del Reino de Dios sobre la base de los testimonios de la ley, los salmos (escritos) y los profetas del Antiguo Testamento. Ahora bien, cabe señalar que esos escritos también daban testimonio acerca de la vida y la obra de Jesús el Mesías, anunciando al Señor como el centro y la convergencia de toda la revelación. En otras palabras: Jesús no solo usó los escritos

antiguotestamentarios para testificar del Plan de Salvación de Dios, sino que los usó como testigos acerca de su propia misión:

“Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallan la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor! Sin embargo, ustedes no quieren venir a mí para tener esa vida” (Jn. 5:39 NVI).

El testimonio profético de la escritura acerca de una parte de esa misión, señala que Jesús fue enviado para dar cumplimiento a la ley y los profetas. *“No piensen que he venido a anular la ley o los profetas; no he venido a anularlos, sino a darles cumplimiento”* (Mt. 5:17 NVI). Esta es una de las afirmaciones de Jesús más impresionantes en cuanto al carácter profético del Antiguo Testamento con relación a su persona. Él afirma que toda la ley y todo el contenido de los profetas tienen su pleno cumplimiento en su propia persona. Su vida, su carácter, su enseñanza, su obra, su naturaleza y su centralidad están anunciados en la ley y en los profetas. Esto es sumamente glorioso porque nos confirma que las doctrinas más importantes que Dios quiere que sepamos las sostiene en las siete columnas o testimonios de la verdad que están distribuidas en los dos testamentos: la ley, los escritos o salmos, los profetas, Jesús el Mesías, el apóstol Pablo, el apóstol Pedro y el apóstol Juan. Pablo, quien es una de las columnas de la verdad, señala específicamente un ejemplo de una doctrina anunciada de antemano en la ley y los profetas: *“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas”* (Ro. 3:21). Además, él asevera que todo lo que está escrito en la ley y los profetas había tenido cumplimiento en la vida y la enseñanza de Jesús de Nazaret y que esto era lo que los discípulos llamaban “el camino”, pero ellos lo llamaron herejía. A pesar que los religiosos leían continuamente en sus reuniones en las sinagogas la ley y los profetas no pudieron discernir que todo esto tenía cumplimiento en el Mesías Jesús de Nazaret: *“Pero esto te confieso, que según el camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas”* (Hch. 24:14). Pablo, sin embargo, creía todo lo que ahí estaba escrito como algo que tenía vigencia.

En los evangelios encontramos que los discípulos también comprendieron que Jesús era el cumplimiento de la ley y los profetas. Felipe fue uno de los que reconoció claramente esa verdad cuando afirmó que habían encontrado al Mesías anunciado con mucha antelación: *“Felipe*

halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret” (Jn. 1:45).

Ahora bien, es mucho más interesante que Jesús mismo haya dicho reiteradamente que Él era el punto central de lo que se había escrito en los testimonios de la ley, los profetas, y los salmos:

“Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lc. 24:44).

No obstante, el detalle relevante es que en toda la estructura y contenido de la ley, todo el propósito del surgimiento de los profetas y del profetismo, todas las diversas realidades y circunstancias en las que se escribieran los salmos era con un solo propósito: ¡que Jesús de Nazaret viniera a darles cumplimiento! ¡Aleluya! Si Cristo no hubiera sido enviado no tendría ningún sentido ni propósito los testimonios de la Ley, los profetas y los salmos. Todo eso sería como un montón de ladrillos amontonados sin estructura ni columna vertebral. De nada nos serviría el saber la historia sagrada del pueblo de Israel dentro de la cual se desarrolla la ley, los profetas y los salmos. En consecuencia solo Jesús viene a darle sentido a la historia sagrada, porque Él es la historia misma. Por eso pudo decir Jesús que Él era el principio y el fin, es decir el cumplimiento de la historia sagrada que abarca la historia de la humanidad.

Es tan exacto lo que se dice de Jesús en la ley, los profetas y los salmos que el Señor Jesús mismo les dio a sus propios discípulos una lección panorámica haciendo un recorrido por todas las Sagradas Escrituras comenzando desde Moisés pasando por todos los profetas para mostrarles que en Él se estaba dando cumplimiento exacto de todo lo que dijeron, indagaron y profetizaron los escritores sagrados: *“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lc. 24:27).* Otro de los detalles interesantes es que el cumplimiento de todo testimonio escrito antiguo testamentario en cuanto a Jesús tiene relación con Jerusalén. Jesús les dice a sus doce discípulos que subirían a Jerusalén y se cumplirían todas las cosas escritas por los profetas acerca de Él como el hijo del hombre Jesús es, pues el cumplimiento de la misma Jerusalén: *“Tomando Jesús a los doce, les dijo:*

He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre” (Lc. 18:31).

Cuando Jesús afirma que Él viene a dar cumplimiento a la ley y los profetas no solo se refieren al aspecto profético centrado en su persona y su obra, sino al cumplimiento del espíritu de la ley y los profetas. En ese sentido, ambos se resumen en el mandamiento “amarás a tu Dios y a tu prójimo”. Por supuesto que Jesús como judío guarda la ley y cumple con los ritos sacrificiales, pero todo esto gira alrededor de dos ejes centrales: el amor a Dios y el amor al prójimo. Sobre estos dos mandamientos depende todo el testimonio de la ley y los profetas:

“Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primer y grande mandamiento y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mt. 22:37-40).

Por lo tanto, solo Jesús pudo dar el pleno cumplimiento a estos porque solo Él verdaderamente amó a Dios y amó a su prójimo. Nadie antes de Él pudo y nadie después de Él puede realmente amar a Dios y al prójimo. Ningún ser humano puede decir “yo he amado a Dios con todo mi corazón, y con toda mi alma, y con toda mi mente”.

El mayor pecado que cometió el pueblo de Israel es no haber amado verdaderamente a Dios. Nosotros hemos hecho lo mismo. Algunos decían que lo amaban pero era solo de labios, porque su corazón estaba endurecido y alejado de Dios. Nosotros decimos que lo amamos, pero con nuestros hechos lo negamos. Jesús sí lo pudo decir porque lo cumplió, y de esa manera también dio cumplimiento cabal a los profetas, la ley y los salmos. Todo lo escrito, mientras exista el cielo y la tierra, ni una “yod” que es la letra más pequeña del alfabeto hebreo, dejará de tener cumplimiento. Jesús el Cristo con su misión, vida, carácter, enseñanza, obra, naturaleza, y centralidad da ese cumplimiento.

Siguiendo el orden inverso: de adelante para atrás, con relación a la *Μαρτυρία* o testimonio al que han sido llamados los discípulos del Señor, la Iglesia moderna se ha basado en el testimonio de la Biblia y la historia de la iglesia, la iglesia del principio se basó sobre el testimonio de los apóstoles y profetas y de Jesús el Mesías; Jesús el Mesías se fundamentó sobre los profetas, los salmos y la ley (hemos hecho énfasis en que estos testimonios testificaron acerca de la vida y la obra de Jesús). Los profetas y los escritos

se fundamentaron sobre el testimonio de la ley. De manera, pues, que en la historia de la salvación ha habido un sobreponer continuo y ascendente de testimonios o fundamentos, si partimos desde los primeros testigos. Barth afirma que a los primeros testigos de la revelación les corresponden una posición singular en cuanto de su posición histórica particular y por el llamamiento a escuchar la Palabra para luego confirmarla a otros. A esos testigos Barth les llama “los testigos bíblicos de la Palabra”, refiriéndose específicamente a las personas proféticas del Antiguo Testamento y las personas apostólicas del Nuevo Testamento.²²⁸ Esos primeros testigos vieron actuar a Dios como padre, rey, legislador, guerrero, y juez en la historia de Israel. Una historia que les hablaba a ellos acerca de la soberanía del Dios de la alianza, siempre fiel aun ante la infidelidad de su pueblo. Esos primeros testigos, ya como profetas en el sentido estricto o como relatores, legisladores, poetas, recibieron la Palabra del Señor para luego trasladarlo no con sus propias opiniones sino con “Así dice el Señor”. Los testigos posteriores registrados en el Antiguo y Nuevo Testamentos aunque recibieron la Palabra del Señor, ninguno de ellos dieron testimonio por escrito u oralmente sin atender a los testigos que les precedieron. Más bien han hecho suyas las respuestas de aquellos y han sobreedificado lo “nuevo” incorporando lo anterior a su propio testimonio. Como sigue diciendo Barth acerca de los primeros testigos: *“Ellos son los que han hecho oír la palabra Yaveh, emitida en su historia con Israel, a viva voz en su pueblo y la han fijado por escrito para la memoria de las generaciones futuras”*²²⁹ De tal manera, pues, que no se debe perder de vista que la Iglesia, al igual que los testigos que la precedieron, reciben su testimonio tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento pues, ambos, finalmente constituyen, en Jesucristo, una sola historia de un solo pueblo, que señala “al nuevo hombre”, la nueva humanidad. Efesios 2:12-16 revela con claridad esa verdad:

“En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades”.

No obstante, a los testigos del Antiguo les fue concedido el testimonio de la Palabra del Señor de muchas maneras: audible, por sueños, visiones, señales y prodigios. También se reveló por escrito en las Tablas de la Ley que estaban dentro del arca del “testimonio”, el cual fue un testimonio de que Dios se había revelado a su pueblo y había hecho una alianza incondicional con Él. Pero a los testigos del Nuevo Testamento les fue dado el privilegio de percibir la Palabra de Dios hecha carne en ese acontecer en el espacio y el tiempo. La Palabra de Dios en su gloria que se dirige, junto con Israel, a todos los humanos como anuncio, promesa, exhortación y consuelo. Barth, refutando a Bultman, en cuanto al testimonio de una historia de salvación, sin un espacio vacío, y que se puede visualizar en un “sobreponer continuo y ascendente de testigos y testimonios” afirma que:

*“Encontrar a un doble Jesucristo, llamado pre y postpascual, en la lectura de los textos del Nuevo Testamento, es solo posible si uno mismo se inserta esa idea previamente; una operación sumamente cuestionable, sobre todo desde el punto de vista crítico-histórico. El origen, objeto y contenido del testimonio del Nuevo Testamento fue y es una sola historia de salvación y revelación como acto y Palabra de Dios, hecha acontecimiento en Jesucristo”.*²³⁰

Concluamos. El Señor Jesús dio la instrucción a sus discípulos para que fueran testigos de lo que habían visto, oído, vivido, experimentado acerca de la salvación y la irrupción del Reino de Dios en Israel, en sus vidas, en sus familias como algo concreto. Ese testimonio comenzaría en Jerusalén, luego Judea, después Samaria y finalmente hasta lo último de la tierra. En efecto, en los tiempos de la iglesia apostólica el testimonio de Jesús llegó a todo el mundo conocido, por medio de los discípulos, apóstoles, profetas, maestros, diáconos, ancianos, creyentes sin distinción de edad y sexo, transmitiendo el Evangelio de unos a otros, sobre las bases que hemos mencionado anteriormente. Pablo da testimonio, reconociendo que lo ha recibido primero porque él no ha inventado ni el mensaje ni el testimonio porque ambos le fueron transmitidos: *“Porque primeramente os he enseñado, lo que asimismo recibí...”* (1Co. 15:3).

Hoy, nosotros tenemos no solo el testimonio de las Sagradas Escrituras, el testimonio de los testigos de primera mano del acontecimiento de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, que lo transmitieron y lo dejaron por escrito, el testimonio de la historia de la Iglesia, el pensamiento de la teología Evangélica que ha reflexionado sobre el testimonio de la historia de la salvación, sino que somos testigos porque hemos tenido un encuentro personal y espiritual muy real con el Cristo que murió, fue sepultado pero

que ha resucitado y se ha revelado a nosotros por la acción del Espíritu Santo. Nosotros nos hemos apropiado de esa salvación y de ese testimonio por medio de la fe. En consecuencia, hemos creído, se ha hecho vida la Palabra de Dios en nosotros, por lo que podemos testificar.

2.7 La iglesia y el servicio

El servicio es otra de las acciones pastorales que, según mi percepción, contribuiría a que la fe sea una fe popular (del pueblo) orientada desde las Sagradas Escrituras. La palabra griega traducida por servicio es Diakonía.²³¹ El origen y significado de esa palabra en el idioma original es significativo y rico. Por ejemplo, en Mateo, 4:11, se refiere al servicio de los ángeles. En este caso específico se refiere a la asistencia que los ángeles dieron a Jesús. En Romanos 13:4, al servicio del Estado; en primera de Corintios 3:7, Pablo habla de un servicio en el Espíritu. No obstante, al profundizar sobre el significado etimológico de la Diakonía, descubrimos que se trata de un servicio muy particular. Para comenzar, está compuesta de dos palabras: *diá*: a través, y *konos*: polvo. Es un hacer en medio del polvo. En otras palabras: es una tarea polvorienta. Esta palabra se originó de la acción que realizaba el conductor de camellos cuando los guiaba y los jalaba mientras su amo y señor estaba montado.²³² Eso indica la naturaleza humilde del servicio en la fe cristiana. Dicho de otro modo, el que es un “diácono”, en el sentido bíblico es un servidor que está constantemente jalando el “mecate” del camello donde viene sentado otro, para movilizarlo por diversos lugares atravesando caminos polvorientos. En consecuencia, todo hermano o ministro evangélico es un humilde servidor y no un alto ejecutivo. El servicio, entonces, no tiene que ver con un rango, sino con una actitud y condición que viene del Espíritu Santo.

Jesús quiso dejar muy clara la esencia del servicio cuando se levantó de la mesa, se despojó de su manto y tomó una toalla, se la ciñó y comenzó a lavar los pies de los discípulos. ¡Por supuesto! Los discípulos se desconcertaron porque para ellos Jesús tenía “un rango” de Maestro y ellos únicamente de discípulos. Por lo tanto pensaron que Jesús estaba equivocando el camino haciendo algo que no correspondía a su “nivel”. Jamás pensaron que Jesús hiciera algo que correspondía a las actividades que desempeñaba un “sirviente”. En efecto, lo que hizo Jesús era “una

actividad polvorienta” pero, precisamente esa es la actitud y condición que deben tomarse en el Reino de Dios.

En el Reino una de las normas de la vida es la Diakonía, de lo contrario no podemos participar del Reino en toda su dimensión. Por eso, cuando Jesús oyó que Pedro se le opuso a que le lavara los pies, le dijo que si no se dejaba lavar los pies no tendría parte con Él en el Reino. Ante esa realidad Pedro respondió que de ser así le lavara también la cabeza y todo el cuerpo porque él deseaba estar con Jesús siempre. Jesús, al final de esa tarea polvorienta, dijo: “*Ejemplo os he dado, para que como yo he hecho con vosotros también hagáis*”. En otra parte del texto de los evangelios dice: “*Yo soy entre vosotros como el que sirve*”, aquí habla otra vez, de una condición, dice soy como el que sirve, no habla de rango. En otro texto habla de la decisión y la disposición del siervo: “*No he venido para ser servido, sino para servir*”. Jesús no estaba hablando de rango, sino de actitud. En consecuencia, no importa la posición en la cual el Señor nos haya colocado; si somos cristianos nos convertimos en “diáconos” que llevan a cabo tareas polvorientas.

Para conocer la riqueza de significado del servicio y corroborar la clase de servicio a que se refería Jesús en primer término, no se pueden dejar a un lado otras palabras que también poseen connotaciones relacionadas con el que sirve. A manera de ejemplo: *doulos* se refiere al que sirve en esclavitud; *país* al que asiste, al que ayuda; *huperetes* al ministro, servidor con una connotación de rango, como el alguacil; *leitourgos* también se refiere al servidor y al ministro; *oiketes* a un siervo doméstico; *therapon* el que sirve asistiendo para sanar. Ese último término está fundido con los conceptos de libertad, dignidad.²³³

De cualquier manera, todas las palabras relacionadas con el que sirve dejan en claro la acción del creyente hacia el servicio de Dios y su prójimo, no hacia sí mismo con fines egoístas y utilitaristas. De tal manera pues, que por medio de la Diakonía proclamamos el Evangelio con ejemplos concretos de amor. Es un abrirse a los demás y un cerrarse hacia sí mismo.

2.8 La iglesia y la acción de evangelizar

El verbo evangelizar viene de la palabra griega EUANGELIZO que significa literalmente anunciar buenas nuevas. De esa palabra también procede la palabra EUVANGELIZESTHAI que se traduce por

evangelización.²³⁴ El evangelizar o evangelización como una propuesta de acción pastoral hacia una fe popular, debe, según nuestra percepción, fundamentarse en tres aspectos: a) El mensaje o contenido de la evangelización; b) Los protagonistas de la evangelización y c) Los métodos efectivos para la evangelización. No abordaremos los asuntos de la autoridad y el poder del Espíritu como elementos fundamentales en la evangelización efectiva, pues en otro apartado lo hemos indicado.

El mensaje o contenido de la evangelización es “el Evangelio del Reino de Dios”. Esa frase contiene tres conceptos fundamentales: “Evangelio” “Reino” y “Dios”. En cuanto a la palabra Evangelio se traduce literalmente por “buenas nuevas”. Ya en el Antiguo Testamento el llevar “buenas nuevas” tenía la connotación de llamar, explicar, publicar noticias. Se usaba en dos ámbitos: en el secular y en el profético. En el primer caso, se refería a la proclamación oficial del rey. En el segundo caso era la proclamación de los varones de Dios, los profetas. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento siempre que se usa la frase “buenas nuevas” se refiere a noticias de acontecimientos extraordinarios que tienen que ver con paz, gozo o victoria, pero siempre relacionados a la ayuda y la salvación de Dios a favor de su pueblo. Si se habla solo de “nuevas” estas se refieren a noticias trágicas o de información no importante que se ignora. Pero al agregar “buenas” se entiende que son buenas noticias que obligadamente se tienen que comunicar. Es interesante observar también que muchas veces los ángeles comunicaron un mensaje de parte de Dios a un hijo suyo, manifestaron traer “buenas nuevas”.

Es obvia, entonces, la relación entre la frase “buenas nuevas” y el plan de salvación de Dios. De hecho en el Nuevo testamento la palabra “evangelio” tan sonora y familiar para nosotros encarna el contenido de la predicación y se traduce literalmente como: traer buenas nuevas de paz y de reconciliación entre Dios y los hombres. Es la anunciación, de noticias de gozo, de la venida del Reino de Dios y de salvación a través de Jesús el ungido.

El otro elemento importante es “REINO” y “DIOS”. En la Biblia estos tres elementos: Evangelio, Reino y Dios siempre están relacionados: *“Pero él les dijo: Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado”* (Lc. 4:43). La Palabra de Dios es muy precisa. En este pasaje no es coincidencia que aparezca la

frase “evangelio del reino de Dios”, como centro de la predicación de Jesús, en lugar de “evangelio” o “Reino” o “Reino de Dios” por separados. La predicación completa es acerca del “Evangelio del Reino de Dios” porque anunciar únicamente el Evangelio sin el Reino de Dios, o Reino de Dios sin Evangelio sería, por un lado, tener una revelación incompleta y, por otro, proclamar una verdad a medias.

Para aclarar lo expuesto, analicemos por un momento las tres palabras claves de la frase “el Evangelio del Reino de Dios”: Evangelio, Reino, Dios. Si las tomamos por separado pierden su fuerza, y podrían tomar otro significado distinto del que presentan unidas. La palabra “Evangelio” significó al principio, en el sentido general, una recompensa por buenas noticias, sin embargo, más adelante, la idea de recompensa fue desapareciendo, para quedar solamente la de “las buenas nuevas”²³⁵. La palabra por sí sola, sin conexión con el Señor Jesucristo, y fuera del contexto del Nuevo Testamento, se quedaría únicamente con el significado llano de “buenas noticias”. Entonces la pregunta obligatoria sería: ¿de qué buenas nuevas se hablaría? Bueno, podrían ser noticias buenas de cualquier procedencia humana, pero no necesariamente divinas.

La palabra “Reino” en principio tiene un significado “abstracto” que implica soberanía, poder regio y dominio²³⁶. Otra vez, esta palabra independiente de las otras, tiene un significado genérico que se refiere a un gobierno de algo o alguien; incluso pudiera referirse al dominio de Satanás. De todas maneras no es específico.

En cuanto a la palabra “Dios”, que nos parece muy familiar, nos encontramos con una mayor dificultad no solo en el aspecto semántico, sino en la evolución de la misma palabra. En el concepto politeísta de los griegos la palabra “Zeus” como “dios” denotaba la deidad de cualquiera de sus dioses. Posteriormente los cristianos la tomaron para designar al único Dios verdadero. Los romanos usaban la palabra latina “Deus” de donde viene la palabra castellana Dios, para designar a algunos de sus dioses²³⁷. Vemos, pues que la palabra “Dios” por si sola, es también abstracta. No obstante si tomamos las tres tal como aparecen en el texto del Nuevo Testamento proveen un significado valioso de la revelación de las buenas noticias del Reino del único Dios y Señor.

El anuncio específico del Evangelio del Reino de Dios es confirmado por otros pasajes: Lc. 8:1:

“Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él”.

Mr. 1:14: *“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del Reino de Dios”.*

Ahora bien, el contenido del mensaje que resume el anuncio del Evangelio del Reino de Dios, es fundamentalmente el mismo: a Jesucristo como el Mesías. *“Y todos los días, en el templo y por las casas no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo”* (Hch. 5:42). Felipe partiendo de las Escrituras *“le anunció el evangelio de Jesús”* (Hch. 8:35). En Pedro y Pablo la evangelización también se centra en Jesús de Nazaret hombre acreditado por Dios con señales y prodigios cumpliendo la misión histórica anunciada por los profetas que se centra en su vida, su muerte y su resurrección.

En cuanto a los protagonistas de la evangelización, los textos de los evangelios y el libro de los Hechos, principalmente, muestran el proceso que comenzó con el origen de la Iglesia, su expansión y quienes fueron los primeros protagonistas de la evangelización. Por una parte, los evangelios describen el llamamiento, instrucción y envío de los primeros discípulos por parte del Señor Jesús, para que dieran las buenas nuevas del reino de Dios. Por otra parte, el libro de los Hechos muestra histórica y geográficamente las acciones de los agentes evangelizadores. Es en Hechos 1:8 donde se escribe la estrategia geográfica: *“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y hasta lo último de la tierra”.* Es impresionante observar en la historia que abarca el libro de los Hechos que la Iglesia haya cumplido con el evangelizar exactamente en ese orden llegando hasta lo último del mundo conocido de ese entonces. En otras palabras, la iglesia del principio cumplió con ese mandato en la época que le tocó vivir.

Los protagonistas de primer plano: Pedro, Pablo, Bernabé, Timoteo y Silas hicieron una labor evangelística extraordinaria digna de imitar por la iglesia. A pesar de la persecución, el rechazo, la ignominia y los peligros de muerte que enfrentaron, avanzaron por todas las aldeas y ciudades con el mensaje del Evangelio del Reino de Dios. Los protagonistas de segundo plano que incluye a diáconos, ancianos, obispos, evangelistas, no mencionados por nombre, y la misma congregación de los santos complementaron esa labor. En consecuencia, el evangelio se propagó rápidamente. Al final, todos los cristianos, independientemente de su

profesión u oficio, hicieron su parte. Apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros, soldados, constructores, marineros, curtidores, pescadores, vendedores, carpinteros, negociantes, hicieron de la fe de Jesús el Mesías una fe popular. Con respecto al método de la evangelización fue diverso.

Aunque podemos encontrar ciertos parámetros que se repiten en cada modalidad, no se observa rigidez. Evangelización a las multitudes como el caso de Pedro con sus dos primeros sermones impactantes. La evangelización en las ciudades como lo hizo la mujer samaritana. Evangelización personal como la de Felipe con el etíope; contacto personal como el que hizo Andrés con su hermano Simón cuando lo llevó con el Señor Jesús. Evangelización en las casas como las reuniones que se describen en Hechos 5:42, la evangelización en los templos y las sinagogas como las que hacía el apóstol Pablo.

Hemos visto el mensaje de la evangelización, los protagonistas de la evangelización y los métodos de la misma, sin embargo, es necesario recordar que la evangelización no es únicamente una acción práctica, sino que debe obedecer a una nueva enseñanza popular con la asimilación de los contenidos bíblicos de las Sagradas Escrituras. Tampoco debemos olvidar que la Reforma Protestante del siglo XVI, recuperó esos principios bíblicos que dan fundamento a la misión de la Iglesia de la cual es parte la evangelización. Mencionamos algunos de ellos que ya hemos citado: la soberanía de Dios Solo (Solus Deus), la suficiencia de Cristo Solo (Solus Christus), la Gratuidad de la Gracia Sola (Sola Gratia), la justificación por la Fe Sola (Sola Fides), la autoridad exclusiva de la Escritura sola (Sola Scriptura), y la renovación constante e interna de la Iglesia (Ecclesia semper reformanda).

En consecuencia, es necesario que la acción y el proceso de una evangelización popular contengan los fundamentos doctrinales, en cuanto que una de las características de la religiosidad popular es la pasividad, el formalismo y, además, la carencia de una conciencia histórica. Es por ello, que se debe promulgar una reformulación de la doctrina que dinamice las formas concretas de comunicar y de vivir la fe.

Esto conducirá al intento metodológico de una evangelización popular, de una teología práctica en la cual la congregación y los “grupos de estudio en los hogares”²³⁸ aprendan a reflexionar sobre su fe y dar razón de la

misma con prontitud y claridad, para luego evangelizar; en otras palabras: se intenta que cada cristiano no solo reciba el contenido teológico de su fe, sino que pueda manifestarlo en su compromiso y protagonismo como tal. Partiendo de los textos de las Sagradas Escrituras, sabemos del contexto socio-cultural, político y económico en el que se encontraba el mensaje de Jesús y los efectos necesarios que produjeron en la sociedad de su tiempo.

De manera pues que la evangelización y su fundamento teológico no deben quedarse simplemente en el nivel teórico, o ir únicamente a la práctica, sino que es necesario que se pongan al servicio del pueblo ambos conocimientos para que a su vez la congregación transmita no solo sus contenidos, sino también su propia metodología aplicándolas al contexto en que se desenvuelve.

Lo anterior no significa que todos sean teólogos en el sentido estricto, pero es cierto que cada cristiano (sacerdote) cuando intenta reflexionar sobre su fe de forma coherente y da testimonio de ella, también hace teología, al menos implícitamente. Todo con el propósito de que, aun la gente sencilla de la congregación, sea partícipe del efecto multiplicador del método de evangelización, del contenido de su fe y de aplicarlo a sus circunstancias concretas.

Es necesario derribar la estructura mental-religiosa de la congregación que de forma predominante es receptiva, es esa actitud de “solo aprender”. La evangelización es más inductiva que deductiva y promover a partir de ahí una identificación con la persona y mensaje de Cristo que genere una práctica operante tanto en el ámbito eclesial como social. Además, es pertinente no perder de vista los principios de vida y evangelización de la iglesia primitiva descrita en todo el libro de los Hechos. Allí la fe se vivía comunitariamente, como un “nuevo pueblo”, esta se expresaba en el ámbito de templos y de las casas que convergían en una eclesiología de comunión. La Iglesia era una comunión de pequeñas congregaciones en las casas fraternalmente unidas entre sí. Esta forma de vivir la fe y la evangelización permitió a la iglesia apostólica expresar su fe con formas, gestos, en los templos y con acciones evangelísticas fuera de los templos.

Por lo anterior, vemos que durante varias centurias no se encuentra la idea de que la Iglesia era equivalente al “clero”. La iglesia fue perdiendo influjo sobre la experiencia comunitaria en el correr del tiempo. Como consecuencia, se dejó la evangelización solamente en manos del estamento

eclesiástico. En el siglo XX se ha comenzado a tomar conciencia –en cierta medida– de la dimensión comunitaria y popular de la Iglesia en la evangelización.

2.9 La iglesia y el iglecrecimiento

En las dos últimas décadas se ha hablado y se ha escrito bastante acerca de las formas y los métodos de crecimiento de la iglesia. De ahí que se haya acuñado el nuevo término **iglecrecimiento**.²³⁹ Incluso existe una definición de iglecrecimiento como ciencia: “Iglecrecimiento es la ciencia que investiga la implantación, multiplicación, funcionamiento y salud de las iglesias cristianas, específicamente de la gran comisión “hacer discípulos a todas las naciones”. Trata de combinar los principios eternos de la Palabra de Dios con los conocimientos contemporáneos de las ciencias sociales y de la conducta humana”²⁴⁰. Independientemente que estemos de acuerdo o no con esta definición para el iglecrecimiento, nos demuestra que en los últimos años se ha querido sistematizar el conocimiento en torno al crecimiento de la iglesia y se le ha querido dar un carácter científico, lo cual, a mi criterio es un tanto dudoso.

En la bibliografía indicada en la nota de pie de página el lector encontrará libros que le proveen información no solo de cómo hacer crecer la Iglesia, sino por qué debe crecer. Algunos de esos libros hacen énfasis en la parte práctica, otros en la parte teórica bíblica, otros aunque un tanto desfasados del fundamento bíblico quieren justificar el crecimiento cuantitativo, pero otros buscan el equilibrio. Unos afirman que para crecer es necesario poner el énfasis en los grupos de células en los hogares que inició en la iglesia del Dr. Cho, otros en el discipulado de 12 que comenzó a ponerse en práctica en la iglesia de César Castellanos en Colombia, otros en la excelente atención a todos y cada uno de los asistentes procurando satisfacer todas sus necesidades de diversa índole. En fin, hay abundante literatura al respecto por lo que consideramos que no es necesario abundar en detalles en este apartado. Baste indicar que es pertinente que todo ministro debe conocer, evaluar y poner en práctica los distintos métodos válidos por medio de los cuales muchas iglesias han incrementado su membrecía. Esto contribuiría a que la fe en el Señor Jesús sea una fe popular. Sin embargo, sería un error el poner la mira únicamente en las fórmulas de crecimiento sin tomar en cuenta los principios bíblicos,

teológicos y espirituales que deben regir todo crecimiento legítimo. A continuación nos arriesgamos a señalar algunos principios que, según nuestra percepción, deben considerarse al poner en práctica el iglecrecimiento.

El crecimiento lo da Dios. En 1 Corintios 3:5-6 Pablo afirma esa verdad:

“¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios”.

Si Dios no aprueba lo que estamos emprendiendo a través de los distintos métodos del iglecrecimiento en vano estamos plantando y regando. Dicho en otras palabras bíblicas: *“Si Jehová no edificar la casa, en vano trabajan los que la edifican; Si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia”* Sal. 127:1. El crecimiento no viene finalmente por nuestra causa, sino por la voluntad preciosa del Señor. Es cierto que nuestra responsabilidad es sembrar y regar la semilla del Evangelio en plena consagración con calzado de santidad y no de carne, pero solo hasta ahí. El resultado se lo dejamos al Señor. En consecuencia, el crecimiento no se le puede atribuir a tal o cual método de iglecrecimiento por sí solo. Eso es una aberración espiritual. El creer que por el hecho de “aprender los pasos exactos de una metodología de multiplicación de membresía” y aplicarlos cuidadosamente uno a uno a nuestra congregación local automáticamente el iglecrecimiento va a funcionar, es una vanidad ilusoria. Muchos son los ministros y las iglesias que han fracasado al implementar algún método de crecimiento sin consultar cuidadosamente con el Señor para saber cuál era su voluntad perfecta para ellos. Pensaron que como a otros ministerios les funcionó, a ellos obligadamente les tenía que funcionar.

Dios solamente multiplica en crecimiento lo que primero ha bendecido con su aprobación. En la Biblia de principio a fin observamos que nuestro Dios es un Dios de multiplicación. Es por ello que Dios desea que su pueblo se multiplique y crezca en forma integral. No obstante la multiplicación está, casi sin excepción, después de la bendición de Dios. Esto está de acuerdo al carácter de Dios en cuanto que Él no puede multiplicar lo malo, tampoco puede bendecir lo pecaminoso. De ahí que exista un orden que precede al crecimiento o multiplicación: obediencia,

bendición y multiplicación. Veamos algunos versículos que confirman esa verdad:

Génesis 1:28 “Y los bendijo Dios, y les dijo: *Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra*”.

Génesis 9:1 “*Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra*”.

Deuteronomio 7:13 “*Y te amará, te bendecirá y te multiplicará, y bendecirá el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, tu grano, tu mosto, tu aceite, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas, en la tierra que juró a tus padres que te daría*”.

Isaías 51:2 “*Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz; porque cuando no era más que uno solo lo llamé, y lo bendije y lo multipliqué*”.

Hechos 6:1 “*En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquellos eran desatendidas en la distribución diaria*”.

Hechos 6:7 “*Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe*”.

Hechos 12:24 “*Pero la palabra del Señor crecía y se multiplicaba*”.

Hebreos 6:14 “*...diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente*”.

San Marcos 6:41 “*Entonces tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió los dos peces entre todos*”.

De acuerdo con los versículos descritos podemos corroborar, en primer lugar, que el Señor es un Dios que multiplica, no divide, tampoco resta. En segundo lugar, que al crecimiento o multiplicación le precede la aprobación y la bendición del Señor. En consecuencia, el iglecrecimiento no funciona cuando no hay un llamamiento del Señor, cuando no hay una vida de obediencia en total integridad. Los métodos y sistemas fracasan si no van unidos a la vida espiritual plena subordinada al Espíritu Santo. Además, estos siempre tendrán límites en cuanto que siempre serán superados o modificados de acuerdo a la época, la cultura y la necesidad propia de cada región.

Tensión entre las mayorías y el remanente. La Iglesia estará compuesta de un remanente y no de la totalidad de la humanidad. Tenemos que aceptar

con humildad que existe una tensión entre las mayorías que nosotros quisiéramos que se salvaran y el concepto bíblico del remanente salvo (casi sin excepción el pensamiento judeocristiano en la Biblia cuando habla de un remanente o un resto se refiere al 10%), del rebaño, de la manada pequeña, que Dios dice que se salvará. En otras palabras, la Iglesia siempre será la minoría en proporción a la cantidad de habitantes que existen sobre la tierra. Es un error pensar que el cien por cien de la población de cada región y de cada época tiene que ser salva. Es cierto, sin embargo, que debemos “predicar el evangelio a toda criatura” y llevar el mensaje “hasta lo último de la tierra” porque esa es la gran comisión que hemos recibido del Señor Jesús. En sentido opuesto, tampoco debe tomarse el concepto bíblico del remanente como base para que la Iglesia no crezca cuantitativamente. En consecuencia, afirmar que una iglesia local tiene que ser pequeña en número. También eso es un error.

El libro de los Hechos nos muestra que en las primeras predicaciones del apóstol Pedro se convirtieron tres mil y luego cinco mil. Esas cifras no están plasmadas por casualidad. Creo que es para darnos un ejemplo de que Dios también está interesado en las cifras y que no es malo pensar en tener una congregación de 500, 1000, 5000, 10000 o más miembros siempre y cuando no sea a costa de una calidad de vida espiritual.

Nuestra responsabilidad es predicar, no convertir. Si predicamos con esfuerzo y con diligencia Dios usará esas acciones para convertir a los necesitados. También dará el crecimiento como lo estime conveniente, porque tanto lo uno como lo otro es privilegio de Dios. Pero recordemos, la Iglesia no será la mayoría, sino la minoría, aunque es necesario que prediquemos al cien por ciento en todas las naciones.

El Evangelio es de carácter universal pero no universalista. Las buenas nuevas de salvación contenidas en el Evangelio son para todos los hombres. En palabras de Pablo: esas buenas nuevas son poder para salvación para el judío primeramente y también para el griego. El Evangelio no hace acepción de personas por su raza, sexo, pueblo y lengua. Dios quiere que todos los hombres se salven y reciban la vida eterna, que adopten los principios del Reino de Dios para esta vida y la venidera. Sin embargo, el Evangelio exige una respuesta de fe de parte del hombre. El hecho de que Jesús haya muerto en la cruz del calvario y haya efectuado la redención o pago por el pecado del mundo no quiere decir que

automáticamente todos –absolutamente todos– ya sean salvos. En efecto, la redención abre genuinamente la oportunidad de salvación a todos los hombres que escuchan el Evangelio, pero solo aquellos que se abren en fe a Jesús, creyendo en su muerte y en su sangre santa tienen dicha salvación. Ha sido el universalismo el que ha enseñado falsamente que todos los hombres sin excepción ya son salvos por el hecho de que Jesús ya murió por todos. Si así fuera Jesús no hubiera enviado a predicar el arrepentimiento y a pedir que creyeran en el Evangelio. La Iglesia está formada únicamente por todos aquellos que han creído en Jesús y han nacido de nuevo. No son parte de ella aquellos que solamente hayan escuchado el Evangelio, tampoco los que no lo han oído. El Evangelio es universal, la salvación es únicamente para los que creen.

La Biblia muestra el balance del crecimiento numérico con el crecimiento espiritual. Aunque hemos visto que el Dios de la Biblia es un Dios de multiplicación, que ama las multitudes y desea salvarlas, también hemos señalado que Dios no tiene problemas con el hecho de que las congregaciones crezcan cuantitativamente.

El Nuevo Testamento habla más del crecimiento espiritual que del crecimiento numérico. Veamos algunos versículos que dejan en claro esa verdad:

1 Corintios 15:58 *“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”.*

Colosenses 1:5-6 *“A causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad”.*

Efesios 4:16 *“De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”.*

1 Tesalonicenses 3:12 *“Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros”.*

2 Tesalonicenses 1:3 *“Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás”.*

2 Pedro 3:18 *“Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén”.*

Por lo anterior, podemos afirmar que la voluntad de Dios es tanto el crecimiento numérico como el crecimiento espiritual. El buscar el primero en detrimento del segundo es una aberración, empero buscar solamente el segundo menospreciando el primero es orgullo y negligencia. El Señor nos conceda su gracia para ver la importancia de ambos crecimientos en las congregaciones locales.

224. Cf. *Ibid*, 90.

225. Cf. VA., *Nuevo Diccionario de Teología*, CBP, El Paso Texas, 1992, 756.

226. Cf. VINE W. *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, Clie, Barcelona, 1989, 452.

227. Cf. VA. *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Paulinas, Madrid, 1990, 498.

228. Cf. BARTH K., *Introducción a la Teología Evangélica*, Aurora, Buenos Aires, 1986, 50.

229. Cf. *Ibid.*, 51.

230. Cf. *Ibid.*, 54.

231. Cf. VINE W., *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento.*, Clie, Barcelona., 1989, vol. 4, 51.

232. Cf. VA. *Pastores del Pueblo de Dios en América Latina*, Aurora, Buenos Aires, 1974, 18.

233. Cf. VINE W., *Diccionario expositivo de palabras del nuevo testamento.*, Clie, Barcelona, 1989, IV, 51ss.

234. Cf. VINE W., Op. Cit. 95.

235. Cf. *Ibid.*, 94.

236. Cf. *Ibid*, 340.

237. Cf. *Ibid*, 447.

238. C.E.B.: Reunión informal, familiar, en una casa particular donde un “Sacerdote” lleva a cabo un estudio sencillo del evangelio, similar a una reunión celular.

239. Algunos libros que tratan el asunto en cuestión son los siguientes: *La iglesia y los grupos familiares* de Paul Yongi Cho, pastor de la iglesia más grande del mundo; *Grupos de 12* de Joel Cominkey basado en la experiencia de crecimiento del pastor César Castellanos de la Iglesia Misión Carismática Internacional de Colombia; *Manual de crecimiento de la Iglesia* escrito por Juan Carlos Miranda; *La dinámica del crecimiento* de Fred Smith; *Understanding Church Growth* de Donald McGavran, uno de los escritores más reconocidos en el tema del iglecrecimiento, y que acuñó el término iglecrecimiento y *Una Iglesia con propósito* de Rick Warren.

240. Cf. MIRANDA, J., *Manual de Iglecrecimiento*, Vida, Miami, 1985, 11.

Conclusión

La Reforma Protestante, con los principios que la sostienen, constituyó una radical negación de las prácticas supersticiosas contenidas en la religiosidad popular. A la exuberancia de lo mágico religioso propio de la devoción popular contrapuso la sobriedad y sencillez cultural, síntoma del corazón contrito del creyente que a sí mismo se ofrece como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. A lo anterior, el protestantismo sumó el fomento de la responsabilidad del creyente mediante una adecuada instrucción bíblica. En cuanto a las denominaciones cristianas evangélicas latinoamericanas, herederas de la Reforma, directa o indirectamente, no han sido capaces de sustraerse a estas expresiones de religiosidad popular que las han permeado con pequeñas variantes.

Conviene aclarar al respecto que el re-descubrimiento del fenómeno de la religiosidad popular, caracterizado por el creciente interés que el mismo despierta en amplios sectores de las ciencias humanas, no nos debe inducir a error, pues en modo alguno supone concesión mínima al fasto externo de la religiosidad popular llevada al extremo. Se trata de hacer asegurable, comunicable, y popular el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo a las comunidades, a los pueblos, a las multitudes, en medio de sus culturas, no de condescendencia con creencia y práctica que riña con el dato revelado. En tal sentido, la recuperación de lo popular requiere la participación del sacerdocio universal de los creyentes en la tarea de la proclamación del Evangelio. De ahí que cuando se habla de laicado se refiere al “laos” de Dios, esto es, a la Iglesia entendida en su sentido global. En efecto, nunca se insistirá lo suficiente en cuanto a la definición de la Iglesia como Pueblo de Dios, es de orden esencial y primario, mientras que la definición de laico como algo aparte, como una subdivisión, es de orden secundario. De tal manera pues, que se debe dar al Pueblo de Dios, a su unidad, la prioridad que le corresponde en cuanto anterior a toda distinción. Es pertinente que no perdamos de vista a Jesús como el multimodelo en el que convergen las claves teológicas y las acciones pastorales (anotadas en el inicio de la tercera parte de este libro) que hemos propuesto para que la fe bíblica sea una fe popular. Decimos un “sí” a la fe salvífica y práctica vivida bajo la

guía del Espíritu. Decimos un “no” a la religiosidad vacía que pervierte al Evangelio del Reino de Dios.

Por otra parte, no podemos dejar de expresar la fe a través del rito con manifestaciones culturales (aspecto objetivo o actos religiosos) y psicológicas (aspecto subjetivo o religiosidad). Sin perder de vista la correcta respectividad y la genuina jerarquización de los tres elementos: religión, religiosidad y fe. Mérito de la Reforma es haber señalado que la fe de la Iglesia había perdido pie en razón de que los ritos habían degenerado en actos puramente externos y vacíos separados de la fe. De esta manera, se oponía a la enseñanza de las Sagradas Escrituras que presentan la relación del creyente con Dios de forma viva y comprometida. En el siglo XVI, en el seno de la Iglesia, la religión y la religiosidad habían usurpado la primacía en vez de estar subordinados y orientados por la fe.

En otra dirección, con profunda preocupación se ha constatado a lo largo de esta investigación la pervivencia, en algunas iglesias evangélicas, de algunas manifestaciones de religiosidad popular que los reformadores denostaban hace ya casi quinientos años.

Sabemos que la Iglesia nunca ha estado exenta de la religiosidad espuria. Todos aquellos que han tratado de vivir la fe bíblica a lo largo de la historia de la Iglesia se han enfrentado casi sin excepción a esas prácticas religiosas cuestionables desde el punto de vista bíblico, teológico, y reformado.

Se considera, con sencillez, haber expuesto una muestra representativa, cualitativa y cuantitativamente de la tentación ante la que se ha rendido un sector sustancial del pueblo cristiano evangélico de Guatemala y de Latinoamérica por el avasallante impacto de la religiosidad popular. Esta ha incidido negativamente en la fe del pueblo cristiano de la siguiente forma: impide una relación personal del creyente con Dios al reducir en gran parte el culto cristiano a asistencia a los templos, a la entonación de himnos y a la expresión de los más diversos gestos externos y formales.

En ese sentido, la respuesta integral del hombre al don de la gracia experimenta grave merma: prácticamente se circunscribe a la exacerbación emocional.

Buena prueba de la afirmación anterior es que la primacía de las expresiones de religiosidad popular nos ha alejado inadvertidamente de la enseñanza fundamental de las Sagradas Escrituras. De esa manera, la vida

de fe no ha conocido un genuino avivamiento espiritual en diversos núcleos de miembros del pueblo cristiano. Como resultado de la proposición precedente el espíritu de división y rivalidad ha causado estragos al interior de las congregaciones y las denominaciones.

Las iglesias evangélicas, al practicar la religiosidad popular, han llegado a creer que pueden acumular méritos para santidad e incluso salvación.

La Iglesia ha sido desviada –en alguna medida– de la fe comprometida, del verdadero culto cristiano, la genuina adoración y del sacerdocio universal de los creyentes. Por lo cual, se ha centrado la atención en lo externo, en lo formal, en el ritual e inclusive en la superstición.

Finalmente, para revertir y reducir a su mínima expresión el fenómeno censurado, se ha redescubierto, en congruencia con los principios de la Reforma del siglo XVI, el fundamento bíblico-teológico de la “fe popular”, y no la religiosidad. La fe se hace popular por medio de la predicación, del discipulado, la enseñanza, el servicio, del testimonio, la evangelización, y el iglecrecimiento. Todo ello bajo la égida del programa del seguimiento del Hijo de Dios, Jesús como el centro de todo, como el perfecto modelo de la misión de la Iglesia.

Sin embargo, este marco vivencial y doctrinal no es alcanzable si carece del contexto operativo de una eficaz acción pastoral que comprenda a un tiempo los esfuerzos propios del trabajo de la educación en la fe, cuya efectividad hemos tenido ocasión de comprobar a través de nuestro prolongado ejercicio ministerial del pastorado y que deseamos compartir con un número cada vez más extenso de interlocutores, de modo que esta experiencia se enriquezca y perfeccione. Así la investigación, en cierta manera, es vértice por la opción que propone en lugar de unas prácticas, que cuestiona. Pero al mismo tiempo es punto de partida, pues no reivindica un arrogante carácter definitivo, sino lanza modestamente un reto.

Recomendaciones

Que se inicie un proceso de educación, formación y divulgación en el que un vasto efecto multiplicador dé a conocer en sus líneas generales los principios de la Reforma Protestante del siglo XVI en la medida que esta volvió a los presupuestos universales del Evangelio.

Que a la luz de este proceso educativo se evalúe periódicamente si la tendencia a la religiosidad popular se revierte, permanece estacionaria o se incrementa al interior de las iglesias evangélicas Latinoamericanas.

Que la acción pastoral revise más concienzudamente las acciones pastorales y los métodos de evangelización popular en los que se dé un involucramiento de todo el pueblo para ejercer el sacerdocio universal de los creyentes.

Que se profundice un poco más en el conocimiento y prácticas de las nuevas opciones de evangelización que están apareciendo.

Es necesario recuperar la rica herencia musical adecuada, para la animación del culto cristiano auténtico de la que es portadora la Iglesia Evangélica, usando todos los instrumentos musicales regionales. En nuestro caso guatemalteco: la marimba.

Es apremiante la necesidad de reinvertir el orden de importancia doctrinal. Así por ejemplo, el don de la sanidad divina debe subordinarse a la realidad más abarcante de la salvación.

Debe rescatarse el punto central del Evangelio como mensaje de gracia y misericordia: perdón por parte de Dios y arrepentimiento por parte del hombre, y no dar la primacía a la religiosidad.

Es necesario que la educación cristiana abarque toda la persona como una opción global, puesto que la fe se integra en el marco de las decisiones existenciales y no en el ámbito de las cosas de las que tenemos seguridades y certezas experimentales.

Urge que el sermón hunda sus raíces en una teología de la predicación que conduzca a la conversión y no a la seducción de las personas a través de la manipulación de sus estratos emocionales.

Conviene que las instituciones de estudios superiores (Facultades, Seminarios, Institutos) patrocinen investigaciones de campo que muestren a nivel cuantitativo el fenómeno aquí investigado.

Que las instituciones mencionadas en el párrafo anterior incluyan en los “pensum” de estudios el fenómeno de la religiosidad popular de modo tal que sean conciencia crítica del mismo y suministren datos de la gravedad del hecho. Así mismo que aporten propuestas para su disminución.

Investigar a profundidad el origen, el significado y las implicaciones de las “celebraciones” arraigadas en formalismos, costumbres y convencionalismos sociales que se han adoptado sin mayores reparos en muchas de las iglesias evangélicas de Latinoamérica.

Que se inicie un proceso de reformulación doctrinal que dinamice y active la manera de vivir la fe.

Hacer factible la comunicación de la fe por medio de: la predicación, del testimonio, la evangelización, el servicio, el iglecrecimiento, el discipulado, usando todos los medios posibles a nuestro alcance (incluso los medios de comunicación masiva: la televisión, la radio, la prensa, etc.) haciendo de esta una fe popular.

Apéndice I

Las noventa y cinco tesis de Martín Lutero

Decidimos incluir las famosas noventa y cinco tesis del Dr Martín Lutero con el propósito de que el lector vea la fuerza del pensamiento bíblico y teológico que usa Lutero para cuestionar y rechazar toda práctica religiosa vacía que quiera sustituir la fe genuina. Las Tesis nos sirven no solo por su contenido teológico, sino porque se convierten en un parámetro que nos ayuda a revisar la obra y las prácticas que las congregaciones están realizando en esta generación.

Muchas de las tesis de Lutero evidentemente repudian y condenan el comercio de las indulgencias y el motivo intrínseco que las impulsan, así como las obras, las penitencias, la autoridad y el poder papal.

- (1) Nuestro Señor y Maestro Jesucristo, cuando dijo: *Poenitentiam agite*, quiso que toda la vida de los creyentes fuera arrepentimiento. (Nota: Mt. 4:17. Griego: *Metanoeite*, alemán: *Bussetun*. Las versiones latina y alemana pueden ser traducidas “haced penitencia”, el término griego solo puede traducirse “arrepentíos”).
- (2) Esta palabra no puede ser interpretada como penitencia sacramental, es decir, la confesión y satisfacción que administran los sacerdotes.
- (3) Sin embargo, no solo significa arrepentimiento interior, no, pues no hay arrepentimiento interior que no obre al exterior en diversas mortificaciones de la carne.
- (4) La penalidad (del pecado), por consiguiente, continúa mientras dura el aborrecimiento del yo; porque este es el verdadero arrepentimiento interior, y continúa hasta nuestra entrada en el reino de los cielos.
- (5) El Papa no quiere ni puede remitir otras penas que las que él mismo ha impuesto, ya sea por su propia autoridad o por la de los cánones.

- (6) El papa no puede remitir ninguna culpa, sino solo declarar que ha sido remitida por Dios y afirmado la remisión de Dios: si bien es cierto que puede conceder remisión en casos reservados a su juicio. Si fuera menospreciado su derecho a conceder remisión en tales casos, la culpa permanecería enteramente sin perdón (la teología católica, hace diferencia entre la “culpa” y la “pena” del pecado.)
- (7) Dios no remite la culpa a aquellos que no se someten humildemente al sacerdote.
- (8) Los cánones penitenciales solo pueden aplicarse a los vivos, no a los muertos.
- (9) El papa, por el Espíritu Santo, es benévolo, pues siempre hace excepción en sus decretos, del artículo de muerte y de necesidad.
- (10) Los sacerdotes que, en el caso de los moribundos, reservan las penitencias canónicas para el purgatorio, son ignorantes y malvados.
- (11) Este cambio de la penitencia canónica a la del purgatorio es una cizaña sembrada cuando los obispos dormían.
- (12) Antiguamente las penas canónicas se imponían antes de la absolución, como prueba de una verdadera contrición.
- (13) La muerte libera al moribundo de toda penalidad canónica.
- (14) La imperfecta salud del alma provoca necesariamente gran miedo al moribundo.
- (15) Ese miedo es en sí suficiente para constituir las penas del purgatorio.
- (16) Cielo, purgatorio e infierno, difieren entre sí, al parecer, como la desesperación, la casi desesperación y la seguridad perfecta.
- (17) Es necesario que se aumente el amor y disminuya el horror hacia las almas del purgatorio.
- (18) Ni la razón ni las Escrituras aseguran que ellas estén fuera del alcance del amor.
- (19) Tampoco está probado que ellas conozcan su bienaventuranza, aunque nosotros estamos seguros de ello.
- (20) Por consiguiente, cuando el papa habla de “completa remisión de las penas” no se refiere a “todas”, sino a las impuestas por él.

- (21) Por consiguiente, se equivocan los predicadores de indulgencias que afirman que por las indulgencias del papa uno puede ser librado de toda pena, y salvado.
- (22) Porque por ello no remite a las almas del purgatorio ninguna pena que hubieran debido pagar en esta vida.
- (23) Si fuera posible conceder la remisión de todas las penas, solo podría hacerse con los más perfectos, es decir los menos.
- (24) Por consiguiente, la mayor parte del pueblo está engañado por esta indiscriminada y altisonante promesa de liberación de penas.
- (25) El poder que el papa tiene sobre el purgatorio, en general, es igual al que cualquier cura u obispo tiene en sus respectivas parroquias y diócesis.
- (26) El papa hace bien cuando concede remisión a las almas (del purgatorio), no por el poder de las llaves, sino por la intercesión.
- (27) Ellos predicán que tan pronto como la moneda suena en el fondo de la alcancía, el alma sale del purgatorio.
- (28) Lo que sucede cuando suena la moneda es que aumentan la ganancia y la avaricia, pero el resultado de la intercesión de la Iglesia está en el poder de Dios solamente.
- (29) ¿Quién sabe si todas las almas del purgatorio quieren salir de allí, como en las leyendas de San Severino y San Pascual?
- (30) Nadie está seguro de que su propia contrición sea sincera; mucho menos de que ha obtenido plena remisión.
- (31) Tan raro como el hombre que es verdaderamente penitente es el que verdaderamente compra indulgencia.
- (32) Se condenarán eternamente, junto con sus maestros los que se crean salvos por tener letras de perdón.
- (33) Los hombres deben guardarse de aquellos que dicen que el perdón del papa es un don inapreciable de Dios.
- (34) Porque esas “gracias del perdón” solo conciernen a las personas sacramentales impuestas por el hombre.
- (35) No predicán doctrina cristiana los que enseñan que no es necesaria la contribución cuando se compra la salida de las almas del

purgatorio o se compra confesionalía (derecho de elegir su propio confesor).

- (36) Todo cristiano verdaderamente arrepentido tiene derecho a la plena remisión de la pena y la culpa, aún sin cartas de perdón.
- (37) Todo verdadero cristiano, vivo o muerto, tiene parte en todas las bendiciones de Cristo y de la Iglesia; lo cual le es concedido por Dios; aun sin carta de perdón.
- (38) La remisión papal no ha de ser menospreciada, sin embargo, porque, como he dicho, es la declaración de la remisión divina.
- (39) Es difícilísimo, aun para los más hábiles teólogos, recomendar al pueblo al mismo tiempo la abundancia de indulgencia y la necesidad de verdadera contrición.
- (40) La verdadera contrición busca y ama la pena, pero el perdón liberal solo relaja la pena y hace que se la odie.
- (41) Los perdones apostólicos (papales) deben ser predicados con cautela, no sea que se los tome como preferibles a las buenas obras de amor.
- (42) Se debe enseñar que el papa no desea que se compare la compra de perdones con las obras de misericordia.
- (43) Se debe enseñar a los cristianos que el que da al pobre o presta al necesitado hace una obra mejor que comprando perdones.
- (44) Porque el amor aumenta con las obras de amor, y el hombre se mejora; lo cual no sucede con los perdones que solo libran de la penalidad.
- (45) Se debe enseñar a los cristianos que quien en vez de ayudar al que está en necesidad compra perdones, no compra indulgencias sino la indignación de Dios.
- (46) Se debe enseñar a los cristianos que, salvo que tengan más de lo que necesitan para ellos y sus familias, no deben derrochar en perdones.
- (47) Se debe enseñar a los cristianos que la compra de perdones es cuestión de libre albedrío y no una obligación.
- (48) Se debe enseñar a los cristianos que el papa, al conceder perdones, necesita y desea más nuestras oraciones que el dinero que ellos le

producen.

- (49) Se debe enseñar a los cristianos que los perdones del papa son útiles, mientras no pongan en ellos su confianza; pero enteramente perjudiciales si pierden el temor de Dios.
- (50) Se debe enseñar a los cristianos que si el papa conociera las exacciones de los predicadores de indulgencias, quisiera más bien que la iglesia de San Pedro se redujera a cenizas que no fuera construida con la piel, la carne y los huesos de sus ovejas.
- (51) Se debe enseñar a los cristianos que sería el deseo del papa, y es su deber, dar de su propio dinero a muchos de aquellos a quienes ciertos pregoneros de perdones estafan, aunque para ello tuviera que vender la iglesia de San Pedro.
- (52) La seguridad de la salvación por carta de perdón es vana, aunque el comisario, o aun el mismo papa, lo asegurasen por su vida.
- (53) Son enemigos de Cristo y del papa los que suspenden la predicación de la Palabra en algunas iglesias para que en otras puedan predicarse las indulgencias.
- (54) Se ofende a la Palabra de Dios cuando el mismo sermón se le da igual o más tiempo a las indulgencias que a ella.
- (55) Debe ser intención del papa que si las indulgencias se celebran con una campaña y una procesión, el evangelio, que es lo más grande, sea predicado con cien campanas, un centenar de procesiones, cien ceremonias.
- (56) Los “tesoros de la iglesia” de los cuales el papa concede indulgencias no son suficientemente mencionados entre el pueblo.
- (57) Que no son tesoros temporales es evidente.
- (58) Tampoco son los méritos de Cristo y los Santos, porque estos obran sin necesidad del papa.
- (59) San Lorenzo dijo que los tesoros de la Iglesia eran los pobres de la Iglesia, pero hablaba con palabras de su época.
- (60) Sin audacia decimos que las llaves de la Iglesia, dadas por los méritos de Cristo, son ese tesoro.
- (61) Porque está claro que para la remisión de las penalidades y de los casos reservados, basta con el poder del papa.

- (62) El verdadero tesoro de la iglesia es el Santísimo Evangelio de la gloria y la gracia de Dios.
- (63) Pero este tesoro es naturalmente aborrecido, porque hace que los primeros sean postreros.
- (64) El tesoro de las indulgencias es más aceptable, naturalmente, porque hace que los últimos sean los primeros.
- (65) Por tanto los tesoros del evangelio son redes destinadas primitivamente a pescar hombres ricos.
- (66) Ahora los tesoros de las indulgencias son redes para pescar las riquezas de los hombres.
- (67) Las indulgencias que los predicadores anuncian como “las mayores gracias” lo son en la medida en que aumentan las ganancias.
- (68) Sin embargo, son en verdad las gracias más pequeñas, comparadas con la gracia de Dios y la piedad de la cruz.
- (69) Los obispos y curas deben admitir a los comisarios de los perdones apostólicos con toda reverencia.
- (70) Pero aun más obligados están a abrir ojos, oídos, no sea que esos hombres prediquen sus propias fantasías en lugar de la comisión del papa.
- (71) El que habla contra la verdad de los perdones apostólicos sea anatema.
- (72) Pero el que alerta contra la ambición y licencia de los vendedores de personas, bienaventurado.
- (73) El papa condena justamente a los que, por cualquier arte, perjudican al tráfico de indulgencias.
- (74) Pero mucho más entiende condenar a aquellos que usan el pretexto de las indulgencias para perjudicar el amor y la verdad.
- (75) Pensar que los perdones papales son tan grandes que pueden absolver a un hombre que haya cometido un pecado imposible y violado a la madre de Dios, es una locura.
- (76) Decimos, por el contrario que los perdones papales no pueden quitar el más pequeño venial, en cuanto concierne a la culpa.

- (77) Se dice que el mismo San Pedro, si fuera papa ahora, no podría conceder mayores gracias; esto es blasfemia contra San Pedro y contra el papa.
- (78) Decimos, por el contrario, que cualquier papa tiene mayores gracias a su disposición; el evangelio, dones de sanidad, etc.
- (79) Decir que la cruz blasonada con las armas del papa, que levantan (los vendedores de indulgencias) tiene el mismo poder que la cruz de Cristo, es blasfemia.
- (80) Los obispos, curas y teólogos que permitan difundir tales cuentos entre la gente, tendrán que rendir cuentas.
- (81) Esta desenfrenada predicación de indulgencias hace que sea difícil, aun para los hombres preparados, rescatar la reverencia debida al papa, de las calumnias o aun de las atrevidas preguntas de los laicos.
- (82) Por ejemplo: “¿por qué el papa no vacía el purgatorio, por puro amor santo y por la espantosa necesidad de las almas que allí están, si redime a un número infinito de almas por el miserable dinero que necesita para construir una iglesia?”
- (83) “¿Porque continúan las misas por los muertos, y por qué no devuelve o permite que sean retiradas las dotaciones fundadas en beneficios de ellas, desde que es un error rogar por los redimidos?”
- (84) ¿Qué es esta nueva piedad de Dios y el papa, que por dinero permiten que un impío, que es enemigo de ellos, saque del purgatorio el alma de un piadoso amigo de Dios, y no ponen más bien en libertad a esa alma piadosa y amada, por puro amor?”
- (85) “¿Por qué los cánones penitenciales, que hace tiempo están de hecho abrogados y muertos por el desuso, han de satisfacerse ahora por la concesión de indulgencias, como si estuviera en vigor?”
- (86) “¿Por qué el papa, cuya riqueza es hoy mayor que las de los más ricos, no constituye la iglesia de San Pedro con su propio dinero, en lugar de hacerlo con el de los pobres creyentes?”
- (87) “¿Qué es lo que el papa remite, y qué participación concede a aquellos que, por su perfecta contrición, tienen derecho a una perfecta remisión y participación?”

- (88) “¿Qué mayor bendición podría recibir la Iglesia que la de que el papa hiciera cien veces por día lo que ahora hace una vez, y concediera a todos los creyentes esas remisiones y participaciones?” (La indulgencia daba derecho a su poseedor a la absolución “una vez en la vida y en artículo de muerte”).
- (89) “Puesto que el papa, con sus perdones, busca la salvación de las almas más bien que el dinero, ¿por qué suspende las indulgencias y perdones concedidos hasta el presente, si tienen la misma eficacia?” (Durante la temporada que se predicaba la indulgencia del jubileo en los días de Lutero, todas las otras indulgencias estaban suspendidas).
- (90) Reprimir estos argumentos y escrúpulos de los laicos solo por la fuerza, y no darles razones, es exponer a la Iglesia y al papa a la irrisión de sus enemigos, y hacer desdichados a los cristianos.
- (91) Por consiguiente, si las indulgencias se predicaran de acuerdo con la intención del papa, todas estas dudas se resolverían fácilmente; en realidad, no existirían.
- (92) ¡Afuera pues, con todos esos profetas que dicen al pueblo de Cristo: “Paz, paz” y no hay paz!
- (93) ¡Bienaventurados aquellos profetas que dicen al pueblo de Cristo: “Cruz, cruz” y no hay cruz! (“Porque la cruz deja de ser cruz tan pronto como tú dices gozosamente: bendita cruz, no hay árbol como tú”).
- (94) Se debe exhortar a los cristianos a que sigan diligentemente a Cristo, su Cabeza, aun a través de penalidades, muertes e infierno.
- (95) Y tener así confianza en que han de entrar en el cielo, más bien a través de muchas dificultades que a través de la seguridad de paz”.

Apéndice II

A continuación presentamos una lista de algunos de los santos que se veneraron e imploraron en la Época Medieval cuando estaba en pleno apogeo la religiosidad popular. En la segunda parte de este listado incluimos otros que se han agregado hasta nuestros días:

1. SANTOS PROTECTORES, INTERCESORES Y AYUDADORES PARA LAS DIVERSAS ENFERMEDADES Y NECESIDADES

Artritis	Santiago
Mordida de perro	San Humberto
Mordida de víbora	Santa Hilaria
Ceguera	San Rafael
Cáncer	Santa Peregrina
Sordera	San Mauricio
Enfermedades de los senos	Santa Ágata
Enfermedades de los ojos	Santa Lucía
Enfermedades de la garganta	San Blas
Epilepsia y nervios	San Vito
Enfermedades de los pies	San Víctor
Fiebre	San Jorge
Gota	San Andrés
Vesícula	San Liberio
Dolor de cabeza	San Daniel
Enfermedades del corazón	San Juan de Dios
Locura	Santa Dimpna
Esterilidad	San Glies
Enfermedades de la piel	San Roque
Mujeres estériles	San Antonio
Bebedores	San Nicolás
Niños	San Dominico
Animales domésticos	San Antonio Abad

Emigrantes	San Francisco
Problemas familiares	San Eustaquio
Fuego	San Lorenzo
Inundaciones	San Colón
Tempestades y truenos	Santa Bárbara
Amantes	San Rafael
Solteronas	San Andrés
Pobres	San Lorenzo
Mujeres encintas	San Gerardo
Televisión	Santa Clara
Tentación	Santa Ciriaca
Captura de ladrones	San Gervasio
Tener hijos	Santa Felicitas
Obtener esposo	San José
Obtener esposa	Santa Ana
Encontrar objetos	San Antonio Anacoreta

2. SANTOS PATRONOS

Actores	San Genís	25 de agosto
Arquitectos	Santo Tomas	21 de diciembre
Astrónomos	San Dominico	4 de agosto
Atletas	San Sebastián	20 de enero
Aviadores	Ntra. Señora de Loreto	10 de diciembre
Panaderos	Santa Isabel	19 de nov.
Banqueros	San Mateo	21 de sept.
Barberos	Santos Cosme y Damián	27 de sept.
Limosneros	San Alejandro	17 de julio
Libreros	San Juan de Dios	8 de marzo
Albañiles	San Esteban	26 de diciembre
Constructores	San Vicente Ferrer	5 de abril
Carniceros	San Adrián	28 de sept.
Chóferes	San Cristóbal	30 de agosto
Comediantes	San Vito	15 de junio
Cocineros	Santa Marta	29 de julio

Dentistas	San Apolinar	9 de febrero
Doctores	San Lucas	18 de octubre
Editores	San Juan Bosco	31 de enero
Pescadores	San Andrés	30 de nov.
Floristas	Santa Dorotea	6 de febrero
Obreros	Santiago el Mayor	25 de julio
Cazadores	San Humberto	3 de nov.
Abogados	San Ives	19 de mayo
Mercaderes	San Jerónimo	30 de sept.
Mineros	San Francisco de Asís	4 de octubre
Músicos	Santa Bárbara	4 de diciembre
Notarios	Santa Cecilia	22 de nov.
Enfermeras	San Marcos Evangelista	30 de abril
Pintores	Santa Catalina	25 de abril
Policías	Santa Lucía	18 de octubre
Carteros	San Miguel	29 de sept.
Científicos	San Gabriel	24 de marzo
Cantantes	San Alberto	15 de nov.
Estenógrafos	San Gregorio	12 de marzo
Estudiantes	San Genesio	25 de agosto
Sastres	Santo Tomás de Aquino	7 de mayo
Cobradores	San Bonifacio	5 de junio
De impuestos	San Mateo	23 de sept.
Profesionales	San Gregorio el Grande	12 de mayo

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com

Bibliografía

Obras generales

- BERKOF, L., *Teología Sistemática*, T.E.L.L., Miami, E.E.U.U., 1995.
- BERG, D., En *Nuevo Diccionario de Teología Beacon*, CNP, Kansas City, 1995.
- BIBLIA *Nueva Versión Internacional*, Vida, Florida, 1999.
- LATOURELLE, R. Y FISICHELLA, R., *Diccionario de Teología Fundamental*, Paulinas, Madrid, España, 1992.
- RAMM, B., *Diccionario de Teología Contemporánea*, CBP, El Paso, Texas, 1984.
- SKEVINGTON WOOD, A., Wesley, Juan 1703-1791, En Nelson W. ed., *Diccionario de Historia de la Iglesia*, Caribe, Miami, 1989.
- STRAUBINGER, J., *Diccionario católico de información Bíblica y religiosa*, en Id. Sagrada Biblia, Edición Guadalupana, La prensa católica, Chicago, s/f.
- VA., *Nuevo Diccionario de Teología*, CBP, El Paso, Texas, 1992.
- VA., *Diccionario de Religiones Comparadas II*, Sígueme, Salamanca, 1986.
- VA., *Diccionario de Teología*, T.E.L.L. Grand Rapids, Michigan, 1985.
- VA., *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona, 1993.
- VA., *Diccionario Teológico Beacon*, CNP, Kansas, 1995.
- VA., *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Paulinas, Madrid, 1990.
- VA., *The Greek New Testament*, Dictionary 3ª Sociedades Bíblicas Unidas, New York, 1975.
- VINE, W., *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, Clie, Barcelona, 1984 y 1989, Vol. 4.
- VILLAS SANTAMARÍA, D., Carey Guillermo (1804-1884) en Id, *Enciclopedia Ilustrada de la Iglesia*, Clie, Terrasa, Barcelona, 1979.
- STRONG, J., *Nueva Concordancia Strong Exhaustiva*, Caribe, Nashville, TN, 2002.

Monografías

- BAKER, A., *Compendio de la Historia Cristiana*, CBP, El Paso, Texas, 1986.
- BARTH, K., *Introducción a la Teología Evangélica*, Aurora, Buenos Aires, 1986.
- BARTH, K., *Ensayos Teológicos*, Herder, Barcelona, 1978.
- BASTIAN, J.P., “*Religión popular protestante y comportamiento político en América Central: Clientela Religiosa y estado patrón Guatemala y Nicaragua*”, en *Cristianismo y Sociedad* (1986).
- BERBERIAN, S., *Dos décadas de renovación*, Saber, Guatemala, 1983.
- BONHOEFFER, D., *El precio de la Gracia, El seguimiento*, Sígueme, Salamanca, 1986.
- BUNE, W., *Explosión carismática, Un análisis crítico de las doctrinas y prácticas de las llamadas “Tres olas del Espíritu Santo”*, Clie, Barcelona, 1996.
- BUSQUETS, J., *¿Quién era Martín Lutero?* Sígueme, Salamanca, 1986.
- BYERS, M., *La victoria final: ¿El año 2000?*, USA, 1991.
- CALVINO, J., *Institución de la Religión Cristiana*, Fundación Editorial de Literatura Reformada, Rijswijk, Países Bajos, 1968.
- CHADWICK H. y EVANS, G.R., *La Iglesia Cristiana, Veinte siglos de Historia*, Folio, Barcelona 1990.
- CHAFER, L., *Teología Sistemática I*, Publicaciones Españolas, Wisconsin, 1986.
- CANNISTRACI, D., *The Gift of Apostle, Biblical look at a apostleship and how God is using to bless his church today*, Regal Books, California, 1996.
- CORRAR PRIETO, L., *Las iglesias evangélicas de Guatemala*, Instituto Teológico Salesiano, Guatemala, 1980.
- DEIROS, P., *Latinoamérica en Llamas*, Creación, 1994.
- DE LEÓN, J., *La fe en el Crisol*, IGDAE, Guatemala, 1990.
- DUCH, L., *Reformas y Ortodoxia Protestantes, Siglos XVI, XVII*, en Vilanova E., *Historia de la Teología Cristiana II*, Herder, Barcelona, 1989.

- DUPRONT, A., “*Religión Popular*”, en POUPARD Paul (ed.), *Diccionario de las Religiones*, Herder, Barcelona 1987.
- DUSSEL, E., *Historia de la Iglesia en América Latina*, Sígueme, Salamanca 1983.
- ELIADE, M., *Historia de las Creencias y de las Ideas Religiosas III*, Cristiandad, Madrid, 1983.
- ESTRADA, J., *La transformación de la Religiosidad Popular*, Sígueme, Salamanca, 1996.
- FLAVIO, J., *Antigüedades de los Judíos III*, Clie, Barcelona, 1988.
- FLETCHER, J., *Historia compendiada de la Iglesia Cristiana*, Clie, Barcelona, 1985.
- GALINDO, F., *El Protestantismo Fundamentalista, Una experiencia ambigua para América Latina*, Verbo Divino, Estella, Navarra, 1992.
- GÁLVEZ, R., *Teología de la Comunicación, Un acercamiento bíblico a los medio masivos de comunicación*, Clie, Barcelona, 2001.
- GIRARD, R., *El Popol Vuh*, fuente histórica, 83, Citado en la expresión y metodología del pensamiento Maya, Tesis de graduación de licenciatura de Vitalino Similox en la Universidad Mariano Gálvez de Guatemala.
- GÓMEZ-HERAS, J., *Teología Protestante, Sistema e Historia*, B.A.C., Madrid, 1972.
- GONZÁLEZ, J., *Historia del Cristianismo I*, Unilit, Colombia, 1994.
- GONZÁLEZ, J., *Una historia Ilustrada del Cristianismo, La era de los gigantes II*, Caribe, Miami, 1984.
- GONZÁLEZ, J., *Una historia Ilustrada del Cristianismo, La era de las tinieblas II*, Caribe, Miami, 1987.
- HANEGRAAFF, H., *Cristianismo en Crisis*, Unilit, Florida, 1993.
- HENRY, M., *Libros Históricos I*, Josué a 2 de Samuel, Clie, Barcelona, 1986.
- HUNT, D., *Más allá de la seducción, Regreso al cristianismo bíblico*, Portavoz, Michigan, 1998.
- HUMMUEL, C., *Fuego en la chimenea*, 1990.
- IDÍGORAS, J., *La religión fenómeno popular*, Ediciones Paulinas, Lima, Perú, 1991.

- KASSABIAN, R., *Avivamiento ¿Bendición o confusión?*, Unilit, Miami, 1996.
- KASEMANN, E., *Ensayos Exegéticos*, Sígueme, Salamanca, 1978.
- KSELMAN, T., *Ambivalence and Assumption in the concept of popular religion*, Levine D. *Religion and political conflict in Latin America*. The University of North Carolina, 1986.
- KUNG, H., *Ser Cristiano*, Cristiandad, Madrid, 1977.
- KUNG, H., *Teología para la Post Modernidad*, Alianza, Madrid, 1989.
- KUNG, H., *La Iglesia*, Herder, Barcelona, 1984.
- LATOURETTE, K., *Historia del cristianismo*, CBP, El Paso, Texas, 1983.
- LEÓN PORTILLA, M., *Antología de Teotihuacan a los Aztecas*, Citado en la Expresión y Metodología del Pensamiento Maya, Tesis de Graduación de Licenciatura de Vitalino Similox en la Universidad Mariano Gálvez de Guatemala.
- LORTZ, J., *Historia de la Iglesia en la Perspectiva de la Historia del Pensamiento II*, Cristiandad, Madrid, 1982.
- MACARTHUR, J., *Los carismáticos, Una Perspectiva Doctrinal*, CBP, El Paso, Texas, 1995.
- MALDONADO, L., *Génesis del Catolicismo Popular, El inconsciente colectivo de un proceso histórico*, Cristiandad, Madrid, 1979.
- MALDONADO, L., *Introducción a la religiosidad popular*, Sal Terrae, Santander, 1985.
- MALDONADO, L., *Pueblo Laicado y Pueblo de Dios como Iglesia*, en Carthagesia III, 1987.
- MALDONADO, L., *Religiosidad Popular*, En conceptos fundamentales de pastoral, Cristiandad, Madrid, 1983.
- MARQUINEZ, G., y HOUGHTON, T., *Los valores religiosos, El hombre latinoamericano y sus valores*, Nueva América, Bogotá, 1991.
- MARTÍN, J., *Religiosidad Popular, religiosidad popularizada y religión oficial: Pastoral Misionera*, 1975.
- MATLIK, J., *Entendiendo el movimiento carismático*, 1992.
- MIGUEZ BONINO, J., *Rostro del Protestantismo*, Nueva Creación, Buenos Aires, 1995.

- MIRES, F., *La colonización de las almas*, DEI, Costa Rica, 1987 Citado en la Expresión y Metodología del Pensamiento Maya, Tesis de Graduación de Licenciatura de Vitalino Similox en la Universidad Mariano Gálvez de Guatemala.
- NÚÑEZ, E., *El evangelio de la prosperidad*, En apuntes pastorales, 1994.
- NÚÑEZ, E., *El movimiento apostólico contemporáneo*, Marlor, Guatemala, 2001.
- NÚÑEZ, E., *La Biblia y la sanidad divina*, Portavoz evangélico, Barcelona, 1986.
- PALMER, E., *Doctrinas Claves, Estandarte de la verdad*, Pennsylvania, 1976.
- PANNENBERG, W., *Teología Sistemática I*, UPCO, Madrid, 1988.
- PEARLMAN, M., *Teología Bíblica y Sistemática*, Vida, Miami, 1989.
- SPURGEON, C., *Solamente por gracia*, Portavoz, Grand Rapids, Michigan, 1988.
- STOLL, D., *¿América Latina se vuelve protestante? Las políticas de crecimiento evangélico*, Abya-Yala, Ecuador, 1990.
- VA., *Pastores del Pueblo de Dios en América Latina*, Aurora, Buenos Aires, 1974.
- VA., *El hombre latinoamericano y sus valores*, Nueva América, Bogotá, 1991.
- VA., *La Civilización Maya, Fondo de Cultura Económica*, México, 1947.
- VA., *La historia de la Iglesia Cristiana*, Vida, Miami, 1979.
- VA., *La historia de la Iglesia*, Vida, Miami, 1987.
- VA., *Un estudio de sínodo de la Iglesia Cristiana reformada, La renovación carismática*, subcomisión de Literatura Cristiana, Grand Rapids, Michigan, 1977.
- VILA, S., *A las fuentes del cristianismo*, Horeb, Barcelona 1986.
- VOS, H., *Breve Historia de la Iglesia Cristiana*, Moody, Chicago, 1965.
- WALKER, W., *Historia de la iglesia cristiana*, CNP, Kansas, 1991.
- WEBER, M., *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, Premia, México, 1979.

WOLFGANG, B., *Explosión carismática, Un análisis crítico de las doctrinas y prácticas de las llamadas "Tres olas del Espíritu Santo"*, Clie, Barcelona, 1996.

Documentos

CANCLINI, A., *El Informe de Willowbank, El evangelio y la cultura*, Comité de Lausana para la Evangelización Mundial, 1978.

DOCUMENTO LAUSANA, en *Teología en el camino*, documentos compilados por Pedro Arana, Presencia, Lima, 1987.

CLADE IV, FTL, Quito, 1998.

LAS 95 TESIS DE MARTÍN LUTERO, Producido por el consejo de las iglesias Luteranas de Centro América y Panamá, Sociedad Bíblica de Guatemala, 1983.

Tesis

GÁLVEZ, R., *El impacto de la Religiosidad Popular en la fe de las iglesias evangélicas de Guatemala*, tesis presentada a la facultad de teología de la Universidad Mariano Gálvez de Guatemala, previo a optar el grado de Licenciado en Teología.

GÁLVEZ, R., *La iglesia evangélica en Guatemala ante el desafío de los medios masivos de comunicación*, tesis presentada a la facultad de la comunicación de la Universidad Panamericana, previo a optar el grado de Magíster en Ciencias de la Comunicación.

SIMILOX V., *La Expresión y Metodología del Pensamiento Maya en Guatemala*, Cholsamj, Guatemala, 1992, tesis de graduación.

Revistas

DUSSEL, E., "Religiosidad popular latinoamericana. Hipótesis Fundamentales", en *Concilium* 206, 1986.

MINISTERIO CIUDAD MERLYOT, *La cara oculta del rock y televisión*, en *Revista Dominical: La prensa gráfica*, San Salvador, 1988.

NÚÑEZ, E., "El evangelio de la prosperidad", en *Apuntes Pastorales* 4, 1994.

PAREDES, T., *Fe Cristiana, Antropología y las Ciencias Sociales*, Kairos, 1993.

RIGGLE, M., *Hacia una teología de la adoración*, Revista Reflexión Teológica, 1987.

Este ebook utiliza tecnología de protección de gestión de derechos digitales.

Pertenece a Ricardo Ochoa - Rickbooks84@gmail.com